



Los niños de
Armagedón

Terry Brooks

Lectulandia

Logan Tom recuerda un mundo mejor y está dispuesto a luchar para recuperarlo. Decadas de decadencia y excesos por parte de la humanidad provocaron que las fuerzas del mal arrasaran con los hombres. Pero existe la oportunidad de salvar la tierra de las malditas fuerzas del mal que esclavizan y matan el resto de la humanidad. Cruzando el continente norteamericano lleno de peligros pero guiado por un talismán, Logan ha jurado encontrar un ser mágico con poderes inciertos que deberá liderar la última lucha contra las fuerzas del mal.

Lectulandia

Terry Brooks

Los niños del Armagedón

Shannara. La Génesis de Shannara - 01

ePub r1.0

Titivillus 24.02.18

Título original: *Armageddon's Children*

Terry Brooks, 2008

Traducción: Juan Rodrigo García

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Judine,
mi mejor amiga en todos los sentidos

1

Logan está profundamente dormido la noche en que unos demonios y las extrañas criaturas que los siguen van por su familia. Llevan observando el recinto varios días, estudiando los muros y las costumbres de los vigilantes. Han esperado pacientemente y de pronto se ha presentado la oportunidad que tanto habían aguardado. Un grupo ha saltado los muros, ha dejado atrás a los vigilantes, y ha abierto las puertas para dejar pasar a todos los demás. En menos de cinco minutos han inundado el recinto y todo está perdido.

Logan no se da cuenta de lo que está pasando cuando su padre lo despierta, pero nota que algo va mal.

—Logan, levántate. —La voz de su padre está cargada de miedo y apremio.

El muchacho parpadea para protegerse de la luz de la linterna, una de las dos que todavía les quedan y que su padre sostiene en la mano. Ve que su hermano se está poniendo con rapidez y ansiedad la camisa y los pantalones. Tyler no dice nada, ni siquiera lo está mirando.

Su padre se acerca un poco más, sus rasgos pronunciados se acentúan a la luz de la linterna. Pone una de sus grandes manos en el hombro de su hijo y lo aprieta.

—Logan, tenemos que irnos cuanto antes. Vístete, coge el macuto y espera con Tyler junto a la trampilla. Tu madre, Megan y yo iremos enseguida.

Su hermana. Mira a su alrededor, pero no la ve. Fuera se oyen gritos y disparos. Sin necesidad de ver para corroborar, ya sabe lo que está ocurriendo. Es algo que ha estado oyendo comentar toda su vida: un día los enemigos lograrían entrar, el día en que los muros, las puertas y las defensas cederían. Eso es lo que ha ocurrido en Estados Unidos, lo que ha ocurrido en todo el mundo. Ya no hay nadie a salvo, y es posible que nadie pueda estar a salvo nunca más.

Se levanta rápidamente y se viste. Su hermano se ha colocado la mochila a la espalda y le tira a Logan la suya. Las mochilas ya estaban preparadas desde hacía mucho tiempo. Cada mes sacaban el contenido, lo comprobaban y lo volvían a meter. Su padre es un hombre metódico, muy planificador. Un superviviente. Siempre ha sabido que ese día iba a llegar, a pesar de que siempre había asegurado a su familia lo contrario. Con todo, Logan nunca había creído en las falsas esperanzas que su padre intentaba transmitirles. Su padre jamás se refería a ello directamente, pero, en los silencios entre sus frases, había notado la advertencia del peligro, y no ignoraba lo que implicaba este peligro.

—Date prisa-le dice entre dientes Tyler, mientras sale por la puerta.

Termina de abrocharse las botas, se echa la mochila al hombro y sale corriendo detrás de su hermano. Las voces son cada vez más fuertes y más desesperadas; se oyen gritos de terror. Sin embargo, curiosamente, se siente como ajeno a lo que está pasando, como si todo aquello les estuviera ocurriendo a personas con las que nunca ha tenido ninguna conexión, a pesar de que son sus amigos y sus vecinos. Se siente

un poco mareado, oye un ligero zumbido en los oídos. Quizá todo esto le ocurra porque se ha levantado demasiado deprisa, sin dejar que su cuerpo se acostumbrara a los cambios.

Es posible que sea uno de los muchos cambios que tenga que hacer en su vida de ahora en adelante.

Sabe lo que va a ocurrir. Su padre se lo ha contado a toda la familia, siempre teniendo cuidado de utilizar el condicional «si», en vez de «cuando». Tendrán que salir de la ciudad a través de los túneles, abandonar su hogar y sus posesiones, porque si los cogen, los matarán. Los demonios y esas extrañas criaturas lo dejaron claro desde el principio. Dijeron que no perdonarían a ninguno de los que habían elegido encerrarse en aquel estadio. Era el castigo por su rebeldía, además de una advertencia: «Si queréis sobrevivir, tenéis que poneros en nuestras manos».

Por supuesto, nadie se lo creyó, porque nadie puede sobrevivir fuera del estadio, no como hombres y mujeres libres. Y menos con las epidemias y la contaminación, que invaden aire, tierra y agua. No en los campos de trabajo adonde te llevan, en los que te explotan hasta morir. Imposible, porque todas las ciudades y los pueblos están plagados de monstruos y criaturas extrañas.

Imposible porque aquellos demonios intentan exterminar la raza humana.

Imposible en este nuevo mundo.

Logan lo sabe, a pesar de que solo tiene ocho años, lo sabe porque lo está soñando, volviéndolo a vivir veinte años más tarde. Su comprensión de la verdad trasciende el tiempo y el espacio; tiene ese conocimiento por sus recuerdos. Lo sabe, al igual que sabe cómo va a acabar todo aquello.

Está de pie junto a su hermano Tyler, cuando su padre llega con su madre y su hermana.

—Quedaos aquí y no os separéis ni un momento-dice, mirándolos a la cara.

En la mano lleva una vieja escopeta Tyson33 Flechette negra, con el cañón metálico, capaz de abrir un gran boquete en una pared de piedra. Logan lo sabe porque vio a su padre dispararla hace algunos años, cuando la estaba comprobando. El sonido que emitía al disparar era ensordecedor y todavía se acuerda perfectamente del olor y del estruendo en sus oídos. Le da miedo esa escopeta, pero si su padre la lleva es porque las cosas están tan mal como se esperaban.

—Jack-su madre pronuncia el nombre de su padre en voz baja, se da la vuelta y lo abraza, escondiendo la cara en su hombro. Los gritos y los alaridos se oyen justo detrás de la puerta.

Su padre la deja apoyarse en él unos segundos, pero después la aparta suavemente, se agacha y abre la trampilla.

—¡Entrad! —les grita, acompañando las palabras con un gesto de la mano.

Tyler no duda un minuto. Con una de las dos linternas que les quedan en la mano se mete dentro. A continuación, entra Megan, con sus inmensos ojos verdes llenos de lágrimas.

—Logan-lo llama su padre, cuando ve a su hijo más pequeño dubitativo.

Justo en ese momento la puerta principal salta en pedazos. Sus padres quedan atrapados por los escombros y él cae por la escalera y aterriza encima de su hermana. Ella grita, y algo muy pesado cae cerca de él y casi lo alcanza en la cabeza. La linterna de Tyler apenas ilumina la estancia, pero Logan logra distinguir la Flechette un poco más abajo de donde está Tyler, le hace un gesto con la mirada a su hermano, que coge la escopeta.

Sus ojos se encontraron y ambos se dieron cuenta al instante:

—Salgamos corriendo-resopló Tyler.

Los tres niños bajan a toda prisa por el largo y oscuro pasillo, siguiendo el haz de luz de la linterna, Al fondo se ven más destellos, que van apareciendo de otros túneles que confluyen por el que ellos van, y los gritos se oyen cada vez más cerca. El túnel fue un proyecto conjunto de muchas familias, encabezado por su padre y unos cuantos hombres más, un refugio en caso de que ocurriera lo peor. De pronto los túneles se llenan de gente, se empujan unos a otros y tratan de abrirse camino. Tyler hace todo lo posible para que Megan no se quede atrás, y, con la linterna en la otra mano, grita su nombre y tira la Tyson Flechette a Logan.

Logan agarra el arma sin pensárselo. Sus manos abrazan el frío y suave metal del cañón, y bajan con delicadeza a través de la culata forrada de piel. Curiosamente, el arma se siente bien en las manos de Logan, de estar allí; y, cuando se la coloca en el hombro, de pronto los miedos del muchacho se disipan.

Al fondo convergen muchas luces de linternas. Se ve una escalera de madera que sube hacia el exterior. La gente está saliendo del túnel a la oscuridad de una noche plagada de destellos y explosiones y sonidos de muerte. Cuando sale, siente el calor de un fuego intenso. Respira, y el olor acre del humo y de la madera carbonizada invade sus sentidos.

Se ha detenido para mirar a su alrededor, tan solo a tres pasos de donde se encuentran Tyler y Megan, cuando de pronto una explosión mueve la tierra bajo sus pies, haciéndole perder el equilibrio. Un silencio estremecedor se hace a su alrededor. Los sonidos que llegan a sus oídos parecen estar a mucha distancia, amortiguados. No puede ver nada, no se puede mover. Yace en el suelo, agarrado a su Flechette como si fuera lo único que lo pudiera mantener unido a la vida.

Se levanta con dificultad, aturdido y asustado. Ve cuerpos sin vida esparcidos a su alrededor. En la salida del túnel hay docenas de cuerpos amontonados. Se pone de pie y se dirige hacia donde Tyler y Megan yacen sangrando y con los ojos todavía abiertos. Siente que las fuerzas lo abandonan, y un profundo dolor en su corazón. Están muertos. Toda su familia ha muerto. Todo ha ocurrido en un abrir y cerrar de ojos.

De pronto nota que algo se mueve a su alrededor, formas oscuras que poco a poco van saliendo de la oscuridad. Criaturas extrañas de ojos desorbitados, con caras de animales. Sin pensárselo dos veces, sin saber casi lo que hace, quita el

seguro de la Flechette y dispara. Docenas de criaturas desaparecen en la oscuridad de la noche. Dispara de nuevo. Se siente lleno de júbilo, tan enloquecido como ellos. Los odia por lo que han hecho y lo único que desea es destruirlos a todos.

De pronto ve una figura a su lado, un hombre mayor, alto y encorvado de aspecto fantasmal, cubierto con una capa que le llega casi hasta el suelo. Tiene los ojos clavados en Logan, y una mirada de fría aprobación, que sale desde debajo de su sombrero de ala ancha, aterroriza al chico. No entiende bien qué es lo que aprueba este anciano, pero sin necesidad de mirarlo a la cara sabe de forma instintiva que es un demonio.

El demonio sonrío y asiente con la cabeza.

De pronto le arrebató el arma de las manos. Sus ojos, negros como el azabache, están plasmados en un rostro lleno de grasa y sudor.

—Ya es suficiente por hoy, chaval. Dejemos la pelea para otro día.

Agarra a Logan del brazo y empieza a correr hacia la oscuridad. Otras personas con el rostro pintado de la misma manera se unen a su carrera, guiando a los que han logrado salir vivos del cuartel en ruinas. Un grupo de hombres armados protege su retirada, disparando sus armas en dirección donde se encuentran las criaturas.

—¡Corre, chico! —le grita el hombre.

Intentando olvidarse del dolor que siente en el pecho, de las heridas que arden en su espalda, hace lo que aquel hombre le dice, sin mirar atrás.

La luz del mediodía deslumbró a Logan Tom cuando abrió los ojos y miró por el parabrisas del Lightning S-150 AV. Los campos de Indiana, sin vida, se extendían a cada lado del pequeño bosque de olmos donde había aparcado el coche la noche anterior. La autopista por la que había ido hacia el oeste, en dirección a Chicago, estaba plagada de malas hierbas y chatarra. Levantó la mirada. Se veían campos en barbecho, secos después de semanas sin caer una sola gota de lluvia, formando un mosaico marrón agrietado que se extendía hacia el sur. Mirando hacia el norte se veía una granja abandonada y un granero casi en ruinas rodeados de un pequeño bosque de robles sin vida.

Nada se mueve a su alrededor.

Logan cogió la vara y la apretó durante un momento, bajó las manos suavemente por la pulida superficie, sintiendo la potente presencia de la energía de las runas talladas.

Otro día en este mundo.

Comprobó los controles del AV, con lucecitas verdes que brillaban a la luz del día. Las luces rojo oscuro le indicaban que nadie se había acercado al vehículo durante la noche. De todas maneras, si alguien se hubiera acercado, las alarmas acústicas habrían sonado, pero por comprobarlo no perdía nada. El vehículo de asalto es su arma preferida contra los seres que andan al acecho. Confiaba en él lo mismo que uno confía en su mejor amigo. Se acuerda de Michael. Había sido el mejor amigo que había tenido últimamente. Más que un amigo, había sido su maestro. Era un genio de

la mecánica que había adquirido y arreglado el AV, y cuando falleció, le dejó en herencia el Lightning, un pequeño regalo de un hombre más grande que la propia vida.

Se acordó del sueño que había tenido la noche anterior sobre su familia y su infancia. Solo habían pasado veinte años, pero parecía toda una eternidad.

No pienses en ello. No dejes que te influya el pasado.

Satisfecho al no ver ningún peligro a su alrededor, miró los indicadores de la batería solar. Completamente cargada. La energía solar tenía sus ventajas en un mundo en el que el clima había cambiado por completo y la luz del sol lucía trescientos cincuenta días al año, desde el Ecuador hasta Canadá. Una vez cruzado el Mississippi no se veía más que desierto hasta llegar a las montañas, y después más de lo mismo hasta cerca de la costa. La capa de ozono había desaparecido prácticamente, y, a consecuencia de ello, los hielos de los polos se habían derretido, la temperatura había subido en todo el mundo, y las tierras del medio oeste americano se habían convertido en un suelo yermo y quebradizo. Sin embargo, todo aquello pertenecía al pasado, había ocurrido treinta años atrás. La previsión meteorológica para aquel día, para el siguiente y para los siglos venideros era de un sol arrasante.

¿Y la lluvia? Tan solo unos diez centímetros por metro cuadrado en los sitios húmedos.

Logan Tom no creía que jamás fuese a ver algo que se pareciera al mundo que él había conocido, y tampoco sus descendientes lo verían, a juzgar por las condiciones en las que estaba el planeta. El mundo que sus padres y sus abuelos habían conocido había desaparecido para siempre, tan muerto como la estructura moral y social de la humanidad. Nadie había creído que fuera posible. Nadie había pensado que pudiera ocurrir.

Nadie, salvo los Caballeros de la Palabra, que habían visto aquella pesadilla en sueños y habían intentado evitarla sin éxito alguno. Hombres y mujeres que dedicaron su esfuerzo a conservar la magia que mantenía todas las cosas en equilibrio.

Porque había magia en el mundo, una magia que existía mucho antes de que existiera la humanidad, que procedía de un mundo de hadas y duendes, de una civilización más antigua. Una magia que iba más allá de lo que se podía ver y entender, pero que mantenía todo en una simbiosis perfecta.

Una magia sobre la que la Palabra y el Vacío intentaban ejercer el control.

Era una guerra antigua, que se inició en los albores de la humanidad. Era una contienda por la supremacía, que combatía entre las fuerzas de la luz y la oscuridad, entre el bien y el mal. Logan Tom no pretendía comprender en profundidad todo aquello, tan solo le bastaba entender la diferencia entre el deseo de conservar y la decisión de destruir. Los Caballeros, al servicio de la Palabra, intentaban mantener un equilibrio que siempre estaba en peligro; los demonios, criaturas del Vacío, intentaban destruirlo. Era un concepto fácil de entender, sobre todo si se creía que el

bien y el mal existían, algo que la mayoría de los seres humanos sabía; de hecho, siempre lo habían sabido. No obstante, lo que nunca habían querido creer, de lo que nunca se habían querido dar cuenta, era de que el bien y el mal no procedían del exterior, sino que estaban en ellos mismos, puesto que era más cómodo atribuir lo que les pasaba a algo o a alguien superior, algo o alguien al que no podían ver o que simplemente desconocían. No habían querido aceptar que lo que había destruido todo lo que amaban era algo que estaba en los mismos seres humanos.

Los Caballeros y los demonios sí sabían esta verdad, y cada uno por su parte intentaba darla bien a conocer, aprovecharse bien de ella. Los Caballeros y los demonios eran seres humanos, pero en una fase superior de desarrollo. Hasta casi el final, los seres humanos no habían conocido su existencia, y muchos todavía no sabían que existían. Los Caballeros y los demonios eran la base de leyendas urbanas y religiones radicales. Nadie los había visto realizando su labor, nadie los distinguía del resto de seres humanos, hasta que empezaron a darse a conocer y a defender su causa, hasta que el equilibrio que existía empezó a peligrar y la destrucción de la humanidad fue una realidad palpable.

Ni siquiera entonces, con la realidad frente a ellos, habían podido aceptar la verdad. Ni siquiera después de que las epidemias hubieran aniquilado a millones de personas, lo habían aceptado. Ni siquiera después de que la atmósfera y el agua se hubiesen contaminado, habían sido capaces de creérselo. Tan solo se lo empezaron a creer cuando se lanzaron las primeras bombas nucleares y las ciudades se desvanecieron ante sus miradas. Se lo empezaron a creer cuando vieron que las guerras bacteriológicas diezmaron poblaciones enteras. Fue entonces cuando empezaron a refugiarse en los estadios, con lo que tuvieron que adaptarse a una nueva forma de vida; una nueva forma de vida que había cambiado poco en treinta años.

Y todo fue a peor, por supuesto. Cuando la comida y el agua empezaron a escasear, la supervivencia dependió del control de la comida que quedaba, y de lo que se podía conseguir; no obstante, pocos sabían cómo alimentarse en un mundo tan contaminado, ni cómo desarrollar nuevos recursos. Y por si fuera poco, los demonios se encargaban de los pocos que lo intentaban. La gente empezó a no querer compartir la poca comida que tenían con los menos afortunados y los estadios se convirtieron en símbolos de tiranía y egoísmo. Los que vivían en aquellos fuertes eran los privilegiados, los menos amenazados por el hambre, la sed y la enfermedad. Los que quedaron fuera se tuvieron que acostumbrar a los venenos y a las enfermedades, sus cuerpos se adaptaron y fueron etiquetados como enemigos solo por ser diferentes a los demás.

Monstruos, los denominaban los humanos. Los chicos de la calle les habían puesto otros nombres: Lagartos, Cucarachas, Arañas, Topos. Mutantes. Seres abominables. Seres a los que habían afectado la radiación y los productos químicos, monstruos que habían sido abandonados a su suerte fuera de los muros de los estadios.

Logan Tom se quedó observando la llanura de Indiana, alargó el brazo y giró la llave de contacto. El motor se puso suavemente en marcha. Sintió las vibraciones de la estructura metálica debajo de su asiento. Pasados unos segundos, apretó el embrague, salió del bosquecillo y tomó la carretera que iba hacia el oeste.

A pesar del elenco de monstruos que vagaban por las calles, los enemigos reales del ser humano eran los anteshombres, seres a los que no solo había transformado la radiación y los productos químicos, sino las falsas promesas y las mentiras que los demonios proclamaban: «¿Quieres saber cómo sobrevivir? Con voluntad para hacer lo que hay que hacer. El mundo siempre ha sido para los más fuertes; los débiles nunca van a conseguir nada. Tienes que elegir lo que quieres ser en esta vida. Elige entre estar con nosotros o contra nosotros. Elige sabiamente.»

Los demonios habían estado propagando todas aquellas mentiras y haciendo falsas promesas a los seres humanos durante siglos, pero ahora aquellos a quienes los demonios habían hablado estaban más dispuestos que nunca a escucharlos.

El mundo se había convertido en algo muy sencillo después de la destrucción de la civilización: o se vivía en los estadios, o fuera de ellos. Los que vivían fuera consideraban que los que se habían quedado dentro eran débiles y estaban asustados, porque conocían el miedo y la debilidad de forma instintiva. Toda aquella gente provenía de los ejércitos y de los cuerpos de seguridad ya desaparecidos, de las milicias fracasadas y de las organizaciones paramilitares, de una cultura de la lucha armada, de un escenario de odio y sospecha. Y una vez que el discurso del mal hizo mella en ellos, su descenso a la locura fue inmediato. Al principio, cambiaron emocional y psicológicamente y a continuación mental y físicamente. Se fueron deshaciendo poco a poco de su humanidad y adoptaron el aspecto y los sentimientos de los monstruos.

En apariencia eran seres humanos, aparte de sus ojos mortecinos y sus expresiones vacías, pero por dentro carecían de humanidad, eran animales depredadores que no dudaban en aniquilar cualquier cosa que se moviera.

Eran los anteshombres.

Logan Tom conocía bien a aquellos monstruos, pues había tratado con buenas personas que se habían convertido en anteshombres. Algunos de ellos habían sido sus mejores amigos. Nunca lo había entendido, pero en todo momento había sabido lo que tenía que hacer: los había perseguido y los había matado sin pestañear y seguiría persiguiéndolos y matándolos hasta acabar con todos ellos.

Era la tarea que le habían encomendado los Caballeros de la Palabra. Era lo que, de hecho, definía su vida.

A pesar de todo, tenía la sensación de que él no era muy distinto a sus enemigos, pues, en muchos aspectos, se comportaba igual que ellos y eso lo asustaba. Podía argumentar que él luchaba por el bien, pero el resultado era el mismo: mataba igual que lo hacían ellos. Y además, era bueno haciendo su trabajo.

Condujo a unos cincuenta kilómetros por hora, evitando los socavones y los

agujeros que plagaban la autopista, esquivando lo que parecían restos de postes calcinados y montañas de basura procedente de las granjas abandonadas. No había visto un alma desde que había salido de Cleveland el día anterior. Había varios estadios allí, mucho más grandes que el resto y bien defendidos. Los demonios y los anteshombres habían empezado a atacarlos, después de haber acabado con los enclaves más pequeños. Pronto terminarían con los más grandes, y lo habrían conseguido ya si no hubiera sido por la intervención de los Caballeros de la Palabra.

Si no hubiera sido por él.

¿Quedarían más como él? No tenía forma de saberlo. La Dama no se lo decía cuando se le aparecía en sus visiones y no se había encontrado con ningún Caballero en dos años. Sabía que tiempo atrás había habido otros que habían luchado igual que él para detener el avance de los demonios, pero tenía constancia de que habían sido pocos los nombrados Caballeros y que muchos de ellos habían muerto. El último Caballero con el que se encontró le había dicho que en la Costa Este no quedaba ninguno.

Ya era mediodía. Atravesó Indiana, camino de Illinois cuando el sol se ponía por el horizonte y el cielo adquiría un color dorado. Sonrió de forma amarga. Curiosidades de la vida, una de las cosas que tenía la contaminación era que los atardeceres eran impresionantes.

Paró el Lightning en medio de la autopista y salió para admirar los colores que le brindaba el paisaje. Se estiró, intentando liberar la tensión. Se había convertido en un hombre alto y delgado como su padre. Tenía cicatrices en los brazos y en las manos, y heridas frescas repartidas aquí y allá por toda la piel. Sin embargo, las peores heridas las llevaba en el alma. Se había endurecido después de todos aquellos años de servicio a la Palabra, por el dolor y el sufrimiento que había presenciado y por la sensación de soledad que lo acompañaba a todas partes. Su rostro, como el de su padre, era el de un guerrero, pero los ojos azules que había heredado de su madre dulcificaban aquella dureza. Sus ojos reflejaban compasión, un sentimiento que no se podía permitir el lujo de manifestar en ningún momento, pues los demonios y los demás seres del mal no se lo permitirían.

Miró fijamente a lo lejos el atardecer, por delante de los postes torcidos de una valla, donde la oscuridad comenzaba a deslizarse sobre el paisaje. Aquella luz producía un efecto nebuloso en el horizonte del este. Se volvió a apretar la cinta que tenía atada en la cabeza, para apartar su larga melena de la cara, y se fijó en las sombras que proyectaban los postes, las cuales eran como serpientes. De pronto se levantó una ligera brisa, transportando con ella el olor a muerte.

Dirigió su mirada hacia donde sintió que procedía aquel olor y una bandada de aves carroñeras alzó el vuelo como una nube negra, dejando al descubierto los cuerpos de los que habían estado alimentándose. Se quedó mirándolos, tratando de reconstruir lo que había ocurrido. Se imaginó que varias familias habían estado viajando a pie, durante varios días, al menos. Los habían descubierto y habían

acabado con ellos.

Algo grande y rápido. Algo con lo que no quiero encontrarme en este momento.

Volvió a meterse en el Lightning y siguió conduciendo, en dirección hacia la puesta del sol. Al oeste todavía se veía un poco de claridad, y pasados unos minutos apareció la luna creciente y plateada por el noreste. En un momento le pareció ver que algo se movía en el sombrío horizonte, y se agachó. No podía ver nada. Entonces, miró los controles del coche, pero no indicaban nada. Todas las luces eran verdes.

Tardó menos de una hora en llegar a la ciudad. Estaba en Illinois, una ciudad en la cual nunca antes había estado, pero la Dama le había pedido que fuera allí. Lo había visitado en sus sueños, como siempre, indicándole lo que tenía que hacer, dando con ello un descanso a las constantes pesadillas que tenía sobre su pasado. Una vez uno de los Caballeros le había contado el sueño que había tenido sobre el futuro si fracasaban en su lucha por evitarlo. Sin embargo, ahora ya no tenía sentido alguno soñar con el futuro, porque todos lo estaban viviendo. Soñó con los momentos más oscuros de su pasado, con los fallos y con las oportunidades perdidas, con las pérdidas, demasiado dolorosas para soportarlas, salvo en sueños, y con todas las decisiones que había tenido que tomar y que tanto lo habían aterrorizado.

Confió en que una vez terminado el trabajo que había ido a hacer, sus sueños podrían dejar que descansara por lo menos una noche.

Las casas empezaron a aparecer en la distancia, eran oscuras cajas contra el cielo. No se veían luces, ni fuegos, ni velas, ni signo de vida alguno. No obstante, había vida, lo sabía. En todas las ciudades de aquel tamaño, siempre había algo de vida, pero no la clase de vida con la que uno quisiera tropezar.

Se dirigió con el coche hacia la ciudad por una carretera rodeada de ruinas. Pasó despacio al lado de señales rotas y edificios con techos y paredes caídas. Por el rabillo del ojo vio que algo se movía. Carroñeros. Donde había carroñeros había también otras cosas. Miró los indicadores de su vehículo y siguió conduciendo.

Vio un pequeño indicador de color verde tirado a un lado de la carretera, cuyas letras casi habían desaparecido:

BIENVENIDO A

Hopewell, Illinois

Población: 25.501

Veinticinco mil quinientas una personas, repitió en silencio. Moviéndose de lado a lado la cabeza. Alguna vez, quizá. Cien años atrás. Cuando el mundo todavía era un sitio habitable.

Condujo hacia su destino, tratando de no pensar en lo que ya se había perdido para siempre.

2

Halcón se quedó parado cuando los Fantasmas salieron de su guarida subterránea, lo que antes había sido Pioneer Square, y empezaron a caminar hacia Seattle. Quedaba una hora para el mediodía, que era el momento en el que se realizaban las negociaciones y los intercambios, pero le gustaba ir con tiempo por si se encontraba con algún monstruo. Normalmente no se los veía durante el día, pero nunca se sabía. Como líder, su responsabilidad era velar por la seguridad de los demás.

La ciudad estaba en calma, las calles llenas de basura, sin un alma. No se veía nadie en los apartamentos, ni en las entradas de los grandes almacenes, con los escaparates rotos y las puertas destrozadas. Los chasis oxidados de los coches y de los camiones estaban donde sus propietarios los habían abandonado hacía varias décadas, algunos todavía intactos, pero la mayoría de ellos totalmente descuartizados y reducidos a meros esqueletos de metal. Al mirarlos se preguntó qué aspecto debió de tener aquella ciudad con todos aquellos coches circulando, con todos sus habitantes. Porque ahora ya nadie vivía fuera de los estadios, a no ser los monstruos y los niños de la calle.

Halcón detuvo a los demás en el cruce de Pioneer Square y miró a Vela para pedir su aprobación; ella parpadeó con sus brillantes ojos azules y asintió con la cabeza. Podían seguir con plena seguridad. Tan solo tenía diez años, pero podía ver cosas que nadie más podía ver, y más de una vez, el don que poseía les había salvado la vida. Halcón no sabía cómo lo hacía, pero era una suerte tenerla entre los Fantasmas. Le había puesto un buen nombre: ella era como una luz en toda aquella oscuridad. Vela.

Miró un instante a los demás, un grupo variopinto, vestido con vaqueros, camisetas y zapatillas. Les había puesto nombre a todos. El nuevo nombre que les había asignado a todos y cada uno de ellos reflejaba su carácter y su temperamento. Les había dicho que empezaban una nueva vida, por lo que ninguno podía tener un pasado dentro del futuro. Eran Fantasmas, que rondaban por las ruinas de la civilización que sus padres habían destruido. Quizá algún día, cuando dejaran de ser niños de la calle y tuvieran un buen sitio donde vivir, él podría darles un nombre mejor.

Vela lo miró y sonrió con aquella sonrisa que iluminaba todo lo que había a su alrededor. Tenía la sensación de que sabía lo que él estaba pensando. Apartó la mirada.

—Vamos —dijo.

Empezaron a caminar por la Primera Avenida, atravesando coches en ruinas y montañas de chatarra, hacia el norte, hacia el centro de la ciudad. Sabía que estaban en la Primera Avenida porque todavía quedaban señales en los semáforos de las calles. Ni Halcón ni ningún Fantasma había visto nunca un semáforo en funcionamiento. No obstante, Pantera aseguraba haber visto uno en San Francisco, pero Halcón pensaba que era solo producto de su imaginación. Los generadores

eléctricos habían dejado de funcionar mucho antes de que él naciera, y él era uno de los mayores del grupo. La electricidad era un lujo que pocos se podían permitir fuera de los estadios, donde se generaba por energía solar, por lo que se las arreglaban tan solo con velas y los fuegos que hacían.

Caminaban por el centro de la calle, manteniéndose alejados de las oscuras entradas de los edificios que había a cada lado, marchando en «T», una formación que había ideado Halcón. Halcón en la punta, Pantera y Oso a cada lado y las chicas, Vela y Río, en el centro, llevando las vituallas en mochilas a sus espaldas. Lechuza había leído un libro en el cual se explicaba lo de la formación en «T» y se lo había contado a Halcón. Halcón sabía leer, aunque no muy bien, como el resto de sus compañeros, y menos los más pequeños. Lechuza, sin embargo, leía con fluidez, puesto que había aprendido en los estadios, antes de unirse al grupo. Trató de enseñar a los demás, pero todos preferían que fuera ella la que les leyera, pues la paciencia de los muchachos era limitada, y sus deberes como miembros de los Fantasmas ocupaban la mayor parte de su tiempo. No obstante, el más recurrente de sus argumentos era que la lectura no era necesaria para sobrevivir.

Sin embargo, sí que lo era. Incluso Halcón se daba cuenta de ello.

El cielo empezó a cubrirse de nubes, mientras avanzaban hacia el Hammering Man. De pronto empezó a lloviznar. Halcón levantó la cara y dejó que las gotas de agua refrescaran y lavaran su rostro. Sintió unos deseos inmensos de irse al río a nadar, como había hecho cuando era pequeño y vivía en Oregón. No obstante, ahora el agua estaba demasiado contaminada, tan infectada que si se te ocurría meterte en ella, corrías el peligro de morir; aunque, por lo menos tenían la lluvia, algo de lo que no todo el mundo disfrutaba.

Aunque Halcón no conocía demasiado mundo. A sus dieciocho años tan solo había vivido en dos sitios: en Oregón hasta que cumplió cinco años y en Seattle después, hasta ahora. No obstante, los Fantasmas tenían una radio y algunas veces escuchaban algunas noticias, aunque cada vez menos, puesto que las emisoras iban desapareciendo poco a poco, destruidas por los anteshombres, seguro.

Los anteshombres. Los *locoshombres*.

Otras veces se enteraban de las noticias por otros chicos de la calle, pues a menudo aparecía algún niño de alguna parte del país que se unía al grupo y les contaba lo que pasaba por allí. No obstante, llegaran de donde llegaran, las historias siempre eran muy parecidas, pues todas más o menos tenían el mismo fin: lograr sobrevivir. Los mismos peligros acechaban a todo el mundo y lo único que se podía decidir era cómo querías vivir, si dentro de los estadios como animales enjaulados o fuera, como animales de presa.

O, como en el caso de los Fantasmas, en subterráneos, siempre ocultándose.

Lechuza era la que sabía la historia de la ciudad subterránea. Lo había leído en un libro. Seattle se había quemado hacía muchos años y se había construido una nueva ciudad encima de esta. La vieja ciudad había permanecido olvidada durante mucho

tiempo, hasta que se empezaron a hacer excavaciones y recorridos turísticos por ella. Sin embargo, después de las Grandes Guerras y de la destrucción de la nueva ciudad, la antigua quedó de nuevo olvidada.

No obstante, Halcón la había vuelto a descubrir y ahora pertenecía a los Fantasmas. Casi, porque había más gente ahí abajo, aunque no niños de la calle: Lagartos, Topos y Arañas en su mayoría, no de los peligrosos, aunque nunca se podía uno fiar de ellos, porque, a pesar de que se mantenían a una prudente distancia, e incluso de vez en cuando habían llegado a algún trato, nunca se sabía a ciencia cierta cuál iba a ser su reacción. Aquellos seres eran tímidos y no demasiado inteligentes e incluso se podía convivir con ellos, pero a veces mostraban su lado perverso.

De entre la variedad de monstruos que plagaban la ciudad, los Croaks eran los más peligrosos. Había que tener mucho cuidado si te cruzabas con uno de ellos, pues eran los que más daño podían hacerte.

Oyeron un ruido metálico en la distancia y todos se quedaron paralizados, pero pasados unos minutos, el eco fue perdiendo fuerza. Halcón miró a Pantera y a Oso, el primero delgado y nervudo con la piel tan negra como el carbón, el último alto, grande y desgarbado, con la piel tan blanca como la nieve. Eran los más fuertes, los que se encargaban de proteger al grupo, y para ello tenían las lanzas eléctricas, que funcionaban con energía solar, y que dejaban paralizado a cualquiera con solo tocarlos, incluidos los Lagartos.

Pantera miró a Halcón a los ojos, cuyo rostro no tenía expresión alguna. Hizo un movimiento con el brazo y movió la cabeza. Desde su posición no se veía nada. Oso emitió una respuesta similar. Halcón esperó unos segundos, transcurridos los cuales empezaron a caminar de nuevo.

A tan solo dos manzanas del Hammering Man, en el cruce de la Primera y Séneca, de pronto vio que algo se movía y se detuvo. Un enorme lagarto salía tambaleándose de un garaje. Avanzaba hacia ellos emitiendo terribles quejidos, pues tenía heridas por todo el cuerpo y la sangre brotaba de ellas con profusión. Cuando estuvo cerca, Halcón se dio cuenta de que le habían sacado los ojos y parecía como si su cuerpo hubiera pasado por una picadora de carne.

Los Lagartos, los Topos y las Arañas eran mutantes, humanos cuya apariencia externa había cambiado por la exposición prolongada o excesiva a la radiación y a los productos químicos. Los Topos vivían a mayor profundidad y los cambios afectaban principalmente a su estructura ósea; las Arañas se movían por los edificios, eran seres pequeños y muy ágiles, con cuerpos achaparrados y miembros muy largos; tan solo los Lagartos vivían en el exterior, tenían la piel escamosa y sus facciones habían desaparecido casi por completo. Eran seres muy fuertes y peligrosos.

Pantera se puso a su lado.

—¿Qué hacemos? ¿Nos quedamos aquí a esperar que esa cosa se acerque más? Larguémonos cuanto antes, Hombre Pájaro.

A Halcón no le gustaba que le llamaran Hombre Pájaro, pero Pantera disfrutaba

desafiándolo.

—¡Déjalo! —le dijo Pantera, al ver que no respondía—. Vámonos.

—No nos podemos ir y dejarlo así. Está sufriendo y se va a morir.

—No es nuestro problema.

Halcón lo miró.

—¡Es un monstruo, tío! —Pantera insistió con los dientes apretados.

Oso y los demás se habían colocado a su lado. Tenían la cara húmeda y el pelo empapado. La lluvia seguía cayendo y daba a todo un aspecto fantasmal. Todos permanecieron en silencio.

—Esperad aquí —contestó al cabo de un rato.

—¡No, tío! —refunfuñó Pantera.

Halcón los dejó agrupados en el centro de la calle y caminó hacia el lagarto herido. Era muy grande y musculoso, y Halcón era delgado y no demasiado alto, casi parecía un enano a su lado. Un lagarto no solía atacar si no se sentía amenazado, pero el dolor que estaba sufriendo aquella bestia podría hacer que se comportase de cualquier manera. Tendría que actuar de forma rápida.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un dardo untado con el veneno de una víbora. Se agachó y se acercó poco a poco al lagarto, que movía la cabeza de lado a lado, caminando sin rumbo fijo. A medida que se acercaba, Halcón pudo ver el grado de las heridas del lagarto, y se preguntó cómo era posible que siguiera todavía vivo y andando.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, no vaciló y le clavó el dardo en el cuello. El lagarto se quedó inmóvil durante unos segundos y se desplomó. Halcón esperó. Con la punta del pie movió su cuerpo. Estaba muerto. Lo miró una vez más, se dio la vuelta y se fue donde estaban los demás.

—Acabas de desperdiciar algo muy valioso con un monstruo —gruñó Pantera, con tono desafiante.

—No es verdad —respondió Río con un susurro—. Cualquier ser vivo merece que lo ayudemos, sobre todo si está sufriendo. Halcón ha hecho lo que tenía que hacer.

Río era una niña de unos doce años, de pelo oscuro, ojos grandes y gran corazón. Era la única superviviente del naufragio del *Duwamish*. Una epidemia había matado a todos los que iban a bordo de aquella nave. Gorrión se la había encontrado buscando comida por los muelles y la había recogido. Al principio, Halcón no había querido que se quedara con ellos, porque era débil e indecisa, una presa fácil para los monstruos más peligrosos. Sin embargo, pronto descubrió que lo que él había pensado que era debilidad e indecisión, en realidad era cautela y capacidad de análisis, puesto que Río no actuaba ni hablaba sin pensárselo dos veces. Era pausada y cuidadosa. Es como el fluir de un río profundo, cargado de secretos, le había dicho Lechuza a Halcón, y así la había nombrado. Por eso la llamaban Río.

No obstante, a Pantera no le impresionaron aquellas palabras.

—Bonitas palabras, que no significan nada, porque no vivimos en ese mundo que solo tú te imaginas. Todos esos bichos a los que quieres ayudar lo único que desean es vernos muertos. ¡Son solo alimañas!

Oso se acercó. La lluvia resbalaba por su rostro.

—Creo que no debemos quedarnos aquí parados.

Halcón asintió e hizo un gesto con la cabeza para que empezaran a caminar. Volvieron a la formación en «T» sin que nadie les dijera nada. Pantera siguió murmurando, pero Halcón no le prestaba la menor atención, tan solo pensaba en el lagarto muerto. Había que tener los ojos muy abiertos y ser extremadamente cuidadosos en el caso de que se encontrasen con el animal que había destrozado a un lagarto de aquel tamaño. Hasta aquel momento no habían visto nada tan peligroso, salvo los Croaks. Pensó que a lo mejor el lagarto había sido atacado por un grupo de Croaks, pero descartó la idea, pues estos no atacaban de aquella manera, tenían otro proceder. No, definitivamente había sido otro animal, algún ser surgido de las profundidades y que había llegado a la ciudad desde algún otro sitio.

Se lo preguntaría a Lechuza cuando volviera. Es posible que hubiera leído algo en los libros.

Llegaron al *Hammering Man*, se detuvieron y miraron por los alrededores, como siempre hacían. El *Hammering Man* era un gigante de metal con un brazo levantado y el otro estirado frente a él; en una mano sostenía un martillo y en la otra un pequeño yunque. Era una obra de arte, decía Lechuza. El edificio que había detrás de aquella estatua había sido un museo, pero ninguno de los Fantasmas había visto un museo salvo en fotografías, ni siquiera habían tenido la oportunidad de ver aquel, pues el edificio había sido saqueado, las ventanas estaban rotas y el interior medio calcinado. Lo único que quedaba de aquel museo en realidad era la imponente estatua.

Halcón los condujo a todos hacia el centro de la ciudad. Las calles estaban llenas de polvo y barro. Caminaron cuesta arriba siempre por las aceras, algo que era lento y peligroso. Oso resbaló en una ocasión y Vela, un par de veces. Pantera los miró frunciendo el ceño y continuó caminando. Se había puesto sus botas de escalada para aquella caminata, que había previsto dificultosa. Pantera siempre iba preparado para todo.

En otro tiempo y en otro lugar, habría sido el líder de los Fantasmas, pues era más alto y más fuerte que Halcón, más osado y más dispuesto a enfrentarse a cualquier peligro, y tan solo dos años más joven que él. Con todo, Halcón tenía más capacidad de visión y todos creían que sin capacidad de visión estaban perdidos. Lechuza era sabia, Vela tenía poderes y Oso era fuerte y constante, Pantera era valiente, Tiza, inteligente, Gorrión, fiero y Arreglatado, ingenioso. Todos los Fantasmas tenían algo que a Halcón le faltaba, pero Halcón tenía todo lo que necesitaban y por eso lo seguían.

Dos calles más arriba encontraron a los Gatos esperándolos, en el sitio que habían acordado, en el cruce de la universidad con la Tercera. Vivían en uno de los edificios

abandonados en la parte norte de la ciudad, pero Halcón no sabía dónde. Estaban en territorio neutral, un lugar deshabitado donde no vivía ninguna tribu, un punto de encuentro para todo aquel que quisiera hacer negocios. De aquello era de lo que todos vivían. Cada tribu llevaba algo que otras necesitaban y podían intercambiar. Los Gatos tenían manzanas y ciruelas. La comida fresca escaseaba y había mucha demanda. De dónde sacaban los Gatos la comida era un misterio, aunque Lechuza decía que ella creía que habían encontrado un jardín en el tejado de algún edificio donde había árboles plantados y solo tenían que cogerla.

Fuera como fuera, era fundamental comer fruta fresca para estar sano. Lechuza lo había leído y se lo había dicho a todos. Gran parte de la comida con la que se había alimentado la civilización había desaparecido. En los estadios todavía seguían plantando algunas cosas, pero debido a las condiciones de la tierra y la poca agua que tenían, no sacaban mucho. La mayor parte de lo que comían los niños de la calle era comida precocinada a la que solo había que añadir agua y calentar. Todavía había alimentos en conserva que se podían comer y botellas de agua para beber, pero poco a poco iban desapareciendo. Hacía tiempo que los grandes almacenes habían sido saqueados, y tan solo quedaban algunos pequeños, aunque su localización se mantenía en el máximo secreto. Los Fantasmas habían descubierto uno hacía un par de años y acudían a él de vez en cuando para reponer existencias.

Lo que habían llevado para intercambiar en aquella ocasión era tan apreciado y difícil de conseguir como la comida, algo que los Gatos necesitaban y por lo que estaban dispuestos a darles comida fresca.

—Llegas tarde, Halcón —gruñó Tigre, el líder de los Gatos.

No llegaban tarde, pero Halcón no quiso discutir. Era la forma que Tigre tenía de marcar el territorio.

—¿Hablamos de negocios?

Tigre llevaba su característica camiseta a rayas naranjas y negras. Todos los Gatos llevaban algún tipo de prenda que los distinguía del resto de las tribus, en la cual escribían sus nombres, aunque algunos eran difíciles de descifrar. Uno de los niños llevaba unos pantalones a rayas verticales azules y rojas. ¿Qué pretendía con aquello?, pensaba Pantera, que se burlaba de ellos y los comparaba con otros animales con los que sí tenían semejanza, pues los verdaderos gatos eran pequeños, lustrosos y cautelosos, y, sin embargo, el grupo de los Gatos era un revoltijo de tamaños y formas, a los que perfectamente se podría llamar Elefantes o Camellos. Pantera era uno de los mejores del grupo, tenía el don de la palabra, y hacía uso de él para divertirse. Además, habían empezado a llamarse Gatos y a crear sus nombres a partir de que conocieran a los Fantasmas.

No son nada, excepto un manojo de imitadores,^[1] decía, mofándose de la idea.

Halcón se reunió con Tigre a solas en el centro del cruce y los demás se quedaron esperando donde estaban. Los negocios estaban marcados por el protocolo y la tradición: los jefes se reunían primero a solas, hablaban, llegaban a un acuerdo y

fijaban un día y una hora para el intercambio, si no se celebraba ese mismo día. En aquella ocasión, ambas partes habían ido preparadas para intercambiar los productos de forma inmediata, pues lo habían hecho tantas veces, que cada uno de ellos sabía lo que el otro necesitaba. Los Gatos llevaban manzanas y ciruelas y los Fantasmas tenían algo muy valioso que ellos necesitaban.

—¿Qué nos has traído? —le preguntó Tigre, yendo directamente al grano.

A Halcón no le gustaba que le metieran prisa. Se pasó la mano por el pelo y miró hacia atrás, hacia la estatua del Hammering Man, acordándose una vez más del lagarto muerto.

—Depende. ¿Cuánta comida has traído?

—Dos cajas. Una de manzanas y otra de ciruelas. Maduras. Si las guardáis en un sitio fresco, os durarán algún tiempo. —Tigre se arrodilló—. ¿Y tú qué has traído?

—Cuatro linternas y pilas solares. Las pilas tienen una duración aproximada de treinta años. La fecha de estas es de hace veinte —sonrió—. No ha sido fácil encontrarlas.

—¿Todavía las fabricaban hace veinte años? —le preguntó el otro con suspicacia.

—Esa fecha tienen. De todas maneras funcionan. Las he comprobado yo mismo.

Tigre miró a su alrededor, como buscando algo, con gesto indeciso.

—Me tienes que dar algo más.

—¿Algo más? —preguntó Halcón—. ¿Qué pasa, tío?, es más que suficiente.

—Necesito algo más. Necesito un par de paquetes más de pleneten.

Halcón se quedó mirándolo, sorprendido. El pleneten era un medicamento que se utilizaba para combatir algunos virus, y nadie fuera de los estadios podía conseguir aquel medicamento, a menos que se lo encontrara por casualidad en algún gran almacén abandonado. Y ni siquiera así valía para nada, ya que había que mantenerlo en un sitio fresco para que no perdiera sus propiedades curativas. Si no se guardaba en un frigorífico, su vida útil era de más o menos diez días. Desde que era Fantasma no había visto el pleneten en su vida.

Salvo una vez, cuando Vela tuvo una infección y no le quedó más remedio que pedírselo a Tessa.

—Es para Persia —le dijo Tigre, mirándose a los pies—. Tiene salpicaduras.

Puntos rojos. Como Vela. Persia era la hermana pequeña de Tigre, el único familiar que le quedaba. De no ser por eso, no se lo habría pedido. Halcón podía ver con claridad la desesperación en su rostro, irradiando de él como el vapor que se escapa a través de las placas del metal en una fundición, blanco y caliente, apenas contenido.

Miró a los demás Fantasmas. Todos esperaban que llegaran a un acuerdo y protestarían si fracasaba, pues deseaban comer la fruta que tanto necesitaban. Algunos serían comprensivos, pero no todos.

—Vale —respondió Halcón—. Veré lo que puedo hacer.

Tigre negó con la cabeza.

—No, quiero el pleneten primero.

—Te costará mucho más si no llegamos a un acuerdo ahora. Mucho más.

—Me da igual. Quiero que Persia se ponga bien.

No había forma de razonar con él. No obstante, Halcón no quería que aquello pareciera un chantaje, por lo que le propuso un acuerdo.

—Hagamos ahora el cambio y te regalo el pleneten.

—¿Hablas en serio? —le preguntó Tigre sorprendido.

Halcón asintió con la cabeza, preguntándose si no se había vuelto loco.

—¿Puedes conseguirlo de verdad? Júramelo.

—Te lo prometo. Si no hacemos el intercambio ahora, olvídate de todo. Busca a otro que te consiga el pleneten.

Tigre se lo quedó mirando durante unos segundos, escudriñando su cara.

—Está bien.

Chocaron los puños y cerraron el trato. Los dos hicieron señas a sus grupos para que se acercaran. Los Gatos con las cajas de fruta, más pequeñas de lo que Halcón esperaba, aunque suficiente, y Vela y Río con las linternas y las pilas. Intercambiaron las mercancías y ambos bandos retrocedieron a sus respectivas posiciones, dejando a los jefes solos de nuevo.

Halcón miró el cielo. Había dejado de llover y las nubes estaban desapareciendo, dentro de poco empezaría a hacer calor. Se metió las manos en los bolsillos y miró a Tigre.

—Me encontré con un lagarto cuando veníamos hacia aquí —comentó—. Uno bastante grande. Estaba destrozado, muriéndose. ¿Quién crees que puede haberlo hecho?

Tigre movió la cabeza.

—¿Un Lagarto? No sé. ¿Quién crees tú que puede haberlo hecho?

—Algún ser que todavía no hemos visto. Algo muy peligroso. Ten cuidado.

El gato apartó un poco su impermeable y le enseñó la escopeta Flechette que llevaba colgada del cinturón.

—La encontré hace un par de semanas. No creo que sea de nadie.

—Yo tendría cuidado de todas maneras.

—Tú consígueme el pleneten —gruñó, guardándose la escopeta—. Te espero mañana aquí a la misma hora.

—Necesito tres días.

—Es posible que Persia no dure tres días.

—No puedo conseguirlo en menos tiempo.

Tigre se quedó mirándolo unos segundos más, después se dio la vuelta y se dirigió hacia donde estaban los demás. Cada uno volvió con su grupo, sin volver la vista atrás.

Halcón los miró hasta que desaparecieron, preguntándose cómo iba a pedirle a Tessa que arriesgara su vida para conseguir aquel medicamento.

Cheney estaba acurrucado en un rincón de la sala entre el viejo sillón de cuero y la mesa. Su cuerpo parecía una gigantesca bola de pelo. Lechuza cruzó la habitación en su silla de ruedas, dirigiéndose hacia la habitación de Ardilla. Cheney abrió uno de sus ojos grises, registró el movimiento y lo volvió a cerrar. Cheney veía todo. A Ardilla no le había gustado aquel perro la primera vez que lo llevó Halcón, pero se había acostumbrado a su presencia. Todos ellos se habían acostumbrado, salvo Pantera, al que realmente no le gustaba Cheney, por algo que le había ocurrido en el pasado, creía, pero no sabría decir qué exactamente.

No obstante, daba igual lo que Pantera pensara, porque el perro era quien velaba por la seguridad de todos. Halcón se había dado cuenta nada más verlo: no se le escapaba nada, detectaba cualquier cosa que se acercara a su escondrijo. Sin embargo, aunque los Fantasmas lo aceptaban, también les daba un poco de miedo, pues era un animal demasiado grande, un perro que parecía estar hecho de piezas sacadas de un desguace. Tan solo Halcón se llevaba bien con él, estaban tan unidos que a veces parecían ser uno la extensión del otro. Halcón había sacado su nombre de uno de los libros que había leído Lechuza. Era el de un político anterior a las Grandes Guerras. El libro de Lechuza lo describía como un *bulldog* dispuesto a pegarse con cualquiera en cualquier momento. A Halcón le había gustado aquella imagen.

Lechuza llegó con la silla de ruedas hasta la rampa que Arreglatodo había construido para ella y se metió en la habitación a oscuras. Ardilla yacía en el colchón, completamente dormido. Miró a Gorrión, que estaba leyendo a la luz de una vela, en una esquina, vigilando con el otro ojo al niño enfermo. Gorrión apartó la mirada de su libro, sus ojos azules asomándose entre la maraña de pelo color pajizo.

—Creo que está mejor —susurró.

Lechuza se acercó y le puso al niño la mano en la frente. Estaba caliente, pero no demasiado. La fiebre estaba remitiendo y respiró con alivio, pues había estado muy preocupada, ya que dos días antes había tenido más de cuarenta grados, una temperatura demasiado peligrosa para un niño de diez años. Tenían muy pocos medicamentos y los pocos que habían conseguido ni siquiera sabían utilizarlos. Las epidemias eran una constante, y si contraías alguna de las enfermedades y no tenías medicamentos para tratarla, estabas perdido. No obstante, seguía habiendo vacunas y Halcón había conseguido algunas a través de Tessa, pero la mayoría de los niños de la calle confiaba en la suerte y en su constitución física.

Contraer una enfermedad, o envenenarse, era una de las principales razones por las que la gente vivía en los estadios, pues allí el riesgo era menor. No obstante, los estadios también tenían sus peligros, como Lechuza había descubierto por sí misma. Para ella, al igual que para Tessa, vivir dentro de los estadios era peor que vivir fuera de ellos.

Por eso desde hacía cinco años estaban con los Fantasmas.

Antes, había vivido en el estadio de Safeco Field, junto a otras dos mil personas. Cuando estallaron las Grandes Guerras y casi la mitad de las ciudades del país había desaparecido, y el resto había sido presa de los ataques terroristas, de las epidemias y de los productos químicos, gran parte de la población se fue a los estadios. Muchos habían aprovechado instalaciones como Safeco, que había sido un campo de béisbol hacía décadas. Los complejos deportivos tenían sus ventajas. En primer lugar, sus muros eran muy resistentes y eran sitios bien protegidos, una vez tapiadas las entradas. En segundo lugar, podían acoger a miles de personas y disponían de espacio suficiente para guardar equipos y alimentos. Y en tercer lugar, tenían terreno que podían utilizar para cultivar y para que pastara el ganado.

Al principio, la estrategia funcionó bien. Era innegable que aquellos estadios eran una buena medida de protección, y juntos se sentían más seguros. Dentro se podía volver a instaurar alguna forma de gobierno y así mantener el orden; la comida y el agua se podían conseguir y distribuir de forma más equitativa; y cuantas más personas, mayor diversidad de conocimientos. Cuando un estadio se llenaba, los que quedaban fuera ocupaban otro complejo deportivo, y si no encontraban ninguno, se iban a vivir a un centro de convenciones, o incluso a un edificio de oficinas, aunque no eran sitios tan buenos como los estadios.

Los problemas en aquellos espacios surgían pasada la primera década, aproximadamente, cuando aparecían los primeros anteshombres. Nadie conocía bien su origen, aunque había rumores de que los demonios los creaban de los esqueletos sin alma de los seres humanos desnaturalizados. Había leyendas, se oían historias, pero ninguna había sido confirmada. Algunos decían haber visto a aquellos demonios, pero nadie se había encontrado con ninguno realmente. Con todo, lo innegable era que aquellos seres existían. Estaban organizados y formaban ejércitos que vagaban por los campos, atacando y destrozando los estadios abarrotados de gente, asediándolos hasta que se rendían, con la falsa esperanza de que se apiadaran de ellos. No obstante, cuando se empezó a correr la voz de lo que hacían con los que capturaban, la resistencia se intensificó. No obstante, todo esfuerzo era inútil, ya que los estadios no eran fortificaciones, como habían sido los castillos medievales, y una vez sitiados, se convertían en trampas mortales para los que las defendían, de las cuales no podían escapar. Los anteshombres superaban en número a los seres humanos, y no necesitaban ni agua potable, ni buena comida. No temían ni a las epidemias, ni a ningún tipo de veneno, por lo que el tiempo y la paciencia favorecían a los atacantes. Uno a uno, los estadios fueron cayendo.

Si los ocupantes de aquellos recintos hubieran tenido algún otro sitio donde ir, los habrían abandonado, sin pensárselo, pero la idea de sobrevivir en un lugar diferente al que estaban acostumbrados era inconcebible. Fuera de aquellos muros se arriesgaban a la muerte segura a manos de innumerables enemigos desconocidos: monstruos, seres salvajes que vivían entre los escombros de la antigua civilización, ejércitos de anteshombres merodeando por todos lados, aberraciones que nadie podía describir,

surgidas del infierno y del fango, anarquía y confusión. Los humanos que vivían en los estadios no se imaginaban luchando contra todos aquellos seres. Incluso el ataque y el asedio de los anteshombres era preferible a intentar vivir en un mundo donde reinaba el desorden.

Lechuza era una de las pocas personas que vivía en uno de aquellos recintos que no pensaba así. Había nacido en Safeco Field y durante los primeros ocho años de su vida allí residió. Nunca había salido de aquel sitio, ni siquiera una sola vez, en parte, porque había nacido sin piernas, debido seguramente a la mala calidad del aire o de la comida que su madre había ingerido durante su gestación. Sus padres murieron a consecuencia de una epidemia que asoló el estadio cuando ella tan solo tenía nueve años, con lo que se quedó huérfana y sin protección. Una niña tranquila y solitaria, en parte por su discapacidad, y en parte por su naturaleza, puesto que nunca había sido muy propensa a hacer amigos. Tras la muerte de sus padres, se fue a vivir con una familia que necesitaba a alguien que cuidara de su bebé. No obstante, el niño murió y nuevamente se quedó sola.

Empezó a trabajar en la cocina del estadio y dormía en una de las habitaciones que había en la parte de atrás, en una cuna. Llevaba una existencia deprimente, pero las opciones que tenía de salir de ella eran muy pocas, pues en los estadios todo el que tenía más de diez años tenía que trabajar, y si no lo hacías, te echaban. Por eso, no le quedó más remedio que trabajar. Sin embargo, era infeliz, y empezó a preguntarse si aquella existencia merecía la pena, si no sería mejor vivir allí fuera, en la ciudad.

Un día, cinco años atrás, decidió abandonar el cuartel, y así fue como conoció a Halcón.

De pronto se oyó un gruñido procedente de la sala común. Cheney alzó la cabeza, levantó las orejas y miró la puerta de hierro por la que se accedía a los pasillos de la ciudad subterránea. Había dejado de ser una inerte bola de pelo y ahora parecía un monstruo. Estaba enseñando los dientes y su mirada era torva. Lechuza se alejó de Ardilla y bajó con su silla de ruedas por la rampa al salón, donde unas potentes luces alimentadas por energía solar iluminaban la estancia. Gorrión estaba al lado de Cheney, con una de las lanzas eléctricas en la mano. Gorrión era pequeño y el perro, incluso echado sobre sus patas como estaba, le llegaba al hombro. Lechuza se fue hacia la puerta y esperó. Minutos más tarde empezó a oír golpes secos en la distancia, uno fuerte, otro suave, uno fuerte, y cuando los notó más cerca, quitó las barras de protección y abrió la puerta.

Arreglatodo y Tiza entraron, completamente empapados, parecían unas ratas a punto de ahogarse. Cheney dejó de gruñir y volvió a su postura anterior; Gorrión bajó la lanza.

—Se ha caído en una alcantarilla —explicó Tiza, señalando a Arreglatodo.

—Y él se ha caído tratando de sacarme —continuó Arreglatodo.

—Tendrías que haber estado en el tejado —comentó Gorrión, mirándolos

fijamente con sus grandes ojos azules—. Y el tejado está arriba, no abajo, que yo sepa.

—Sí, sí, ya lo sé. —Arreglatodo sacudió la cabeza como un perro para quitarse el agua de su cabello rizado y pelirrojo. Cheney y Gorrión se apartaron un poco—. Cuando está lloviendo de poco sirven las pilas de energía solar. Cerramos los colectores del sistema de recogida y echamos las pastillas purificadoras del agua. Luego decidimos buscar algún gran almacén y encontramos un alijo de agua embotellada dos bloques hacia el sur. Demasiadas para traerlas nosotros solos.

—Tendríamos que ir todos y además llevar el carro —añadió Tiza—. Pero ha sido un buen descubrimiento, ¿verdad Lechuza?

—Más que bueno —admitió Lechuza.

Sonrió y miró a su alrededor.

—¿Dónde están los demás? ¿No han vuelto todavía?

Lechuza negó con la cabeza.

—No creo que tarden en llegar. Será mejor que te quites esa ropa, si no quieres acabar como Ardilla.

—Hay que ser estúpido para terminar así —declaró Tiza, y Arreglatodo se rió.

—A mí no me hace ninguna gracia —protestó Gorrión, enfrentándose a ellos. Aunque no era tan fuerte, era mucho más impredecible—. ¿Te hace tanta gracia que esté enfermo?

—Déjalo ya, Gorrión —respondió Tiza, dándose la vuelta—. Yo también quiero que se ponga bien. Solo estaba bromeando con cómo le pasó.

—Pues bromea con otra cosa —sugirió Lechuza con suavidad—. Lo que le ha pasado a Ardilla ha sido un accidente.

Lo cual era verdad. Había sido un accidente cortarse con un trozo de metal y que la herida se le hubiera infectado. No obstante, también era cierto que la herida se la había hecho con una caja metálica que se había empeñado en recoger, a pesar de que Halcón le había dicho que no la tocara.

—¿Con qué derecho lo llamas estúpido? —preguntó Gorrión.

Tiza había estado hasta aquel momento tranquilo, con su pálida piel y sus cabellos rubios como el trigo, pero después del reproche de Gorrión, se giró contra este con el rostro enrojecido por el enfado.

—Déjalo ya, Tiza —intervino Lechuza, rápidamente—. Cámbiate cuanto antes de ropa. Tú también, Arreglatodo —continuó Lechuza—. Gorrión, tú vuelve a la habitación y vigila a Ardilla y dime si necesita algo.

Hubo gestos de protesta, pero hicieron lo que se les pidió. Lechuza era la madre y nadie se podía oponer a ella. Sin embargo, nunca había solicitado ocupar aquel puesto, simplemente nadie había querido hacerse cargo, y como la mujer de más edad del grupo, era la opción más lógica. La mayoría de los Fantasmas no se acordaba siquiera de sus madres y deseaban que alguien ocupara aquella figura en sus vidas. Halcón era la autoridad y Lechuza les daba estabilidad y confianza. En un mundo en

el que los niños pensaban que los adultos les habían fallado, tan solo podían recurrir a otros niños un poco mayores que ellos en los que confiar.

Lechuza se fue con su silla de ruedas hacia la cocina, pensando en lo que iba a hacer de cena. Cheney volvió a ocupar su sitio, entre el sillón de cuero y la mesa, con los ojos cerrados. Lechuza lo miró unos segundos, preguntándose si estaría soñando y, si lo hacía, cuál sería el objeto de sus sueños. Se dirigió hacia el espacio improvisado que servía para preparar la comida y empezó a desenrollar la masa, pues aquella noche iba a darles una sorpresa. Con la fruta que había traído Halcón, haría un pastel de manzana, pues, a pesar de que no tenían mucha electricidad, podría generar suficiente calor con la estufa que había construido Arreglatodo para cocer el pastel.

Se quedó pensando en Arreglatodo durante unos segundos. Era un enigma que no encajaba en ninguna categoría. Era un manitas, podía reparar y construir cualquier cosa. De hecho, los fogones de la cocina eran obra suya, así como los generadores y las unidades solares que los alimentaban. También la silla de ruedas de Lechuza. Para que pudiera maniobrar mejor, había colocado rampas en todo el espacio para que pudiera acceder a todas las habitaciones. El sistema de recogida de agua del techo, también lo había construido él; con restos sacados de la chatarra había reforzado puertas y ventanas. Decía que todo aquello lo había aprendido de su padre, que había sido herrero. Se había unido al grupo cuando apenas tenía diez años; no obstante, y a pesar de su corta edad, ya sabía mucho más sobre fabricar cosas útiles que todos los demás.

Ahora, a sus catorce años, podía asumir responsabilidades reservadas para los componentes de mayor edad del grupo. Con todo, tenía un gran defecto y era que no se podía confiar mucho en él. De hecho, no había ningún problema cuando estaba al mando de otra persona, pero si se le dejaba solo, era olvidadizo y poco responsable, pues dejaba siempre las cosas para otro día. Intentar que hiciera algo sin nadie que lo vigilara o enviarlo a algún sitio sin compañía era imposible. La última vez que lo habían hecho, había regresado dos días más tarde, y la explicación que dio a ello fue que se había entretenido reparando una máquina que ni siquiera sabía para qué servía; pero eso le daba igual, lo único que le divertía era hacerlo sin más, sin un objetivo concreto. Con todo, Arreglatodo escondía algún secreto, algo que explicaba su extraño comportamiento, pues un muchacho de su edad ya debería poder hacer cosas por sí solo, sin problemas.

Su mejor amigo era Tiza. Encajaban porque eran completamente diferentes. Tiza era un ser carente de curiosidad, al que le daba igual saber por qué funcionaban las cosas; le bastaba con que funcionaran. Le gustaba dibujar y se le daba bastante bien. De ahí su nombre, aunque no tenía alma de artista, pues era una persona tremendamente práctica, con los pies en la tierra, y consideraba su arte como un trabajo más.

Arreglatodo y Tiza eran inseparables. Lechuza pensó que aquella amistad tenía un

efecto beneficioso para ambos.

La muchacha estaba acabando de preparar la masa para el pastel de manzanas, cuando, de pronto, Cheney se levantó y se quedó mirando la puerta de metal una vez más, pero en aquella ocasión no emitió ningún gruñido. Eso quería decir que el que se acercaba era Halcón.

Como tenía las manos pringadas por la masa, le dijo a Gorrión que abriera la puerta. Segundos más tarde, Halcón y los demás entraron, riendo y bromeando mientras ponían las cajas de manzanas y ciruelas en la cocina. Tiza y Arreglatodo salieron de su habitación y todos se reunieron en el salón, donde intercambiaron información sobre lo que había ocurrido aquel día. Lechuza escuchaba desde la cocina mientras acababa de preparar la masa y comenzaba a cortar las manzanas, observando las expresiones en sus rostros y el ambiente de camaradería que reinaba.

Aquella era su familia, pensó sonriendo. La mejor familia que se podía imaginar.

Sin embargo, cuando Pantera empezó a hablar del lagarto muerto, los buenos sentimientos se desvanecieron al recordar que estaban viviendo en un mundo en el que tener una familia significaba principalmente estar protegidos del peligro que los acechaba, al ser más personas que pudiesen velar unas por las otras. En aquel mundo la palabra familia era tan solo un eufemismo. Los Fantasmas más bien eran una tribu y una tribu siempre tenía que estar luchando por su supervivencia.

Cuando terminó el pastel, le puso canela, azúcar y un sustituto de la mantequilla, lo metió en el horno, y se puso a hacer la cena. Cuarenta minutos más tarde, los sentó alrededor de la mesa en una singular colección de sillas y taburetes, dispuestos a comer. Todos la obedecían, pues era como una madre para ellos. Llevaba una vida muy diferente a la que había tenido en el estadio, donde simplemente la toleraban después de que sus padres hubieran muerto; sin embargo, entre aquellos chicos se sentía querida y apreciada.

Cuando terminaron de cenar, Oso y Río recogieron la mesa y Gorrión los ayudó a limpiar los platos. Normalmente utilizaban muy poca agua para lavarlos. Por suerte vivían en una parte del mundo donde todavía llovía algo, ya que en otros lugares no caía una sola gota. Seguro que algún día ellos también estarían en las mismas condiciones. Eran tiempos en los que uno no podía estar seguro de nada.

Lechuza estaba acabando de recoger cuando Halcón se acercó a ella.

—Tigre dice que Persia tiene puntitos rojos —comentó con tranquilidad. La miró con sus ojos oscuros, con gesto de preocupación—. Quiere que le consiga unas cajas de pleneten. Y le he dicho que sí. De lo contrario, no nos habría dado la fruta.

—Debe de estar bastante enferma —comentó ella, dejando las manos en el regazo—. ¿Le vas a pedir las cajas a Tessa?

—¿A quién más se las puedo pedir?

—Podrías darle las que tenemos nosotros.

—Esas las necesitamos.

Lechuza suspiró.

—Pero es posible que Tessa se niegue, porque para conseguirlas corre mucho peligro.

—Lo sé.

—¿Cuándo la vas a volver a ver?

—Mañana por la noche. Se lo preguntaré, a ver qué dice.

Ella asintió, mirándolo a la cara, mientras pensaba que se estaba haciendo mayor, que sus rasgos habían cambiado en los últimos seis meses.

—De todas maneras, si no puede Tessa, ayudaremos a Persia. Solo tiene once años.

De repente, Halcón esbozó una sonrisa irónica, burlona.

—¿Es que tener catorce, dieciséis o dieciocho es mucha diferencia?

Ella volvió a sonreír.

—Y a sabes a qué me refiero.

—Yo lo único que sé es que los pasteles de manzana que haces están muy buenos.

—¿Cuántos pasteles de manzana más has probado?

—Ninguno —respondió e hizo una pausa—. Bueno, ¿nos lees ahora algún cuento?

Lechuza recogió los platos y se fue con la silla de ruedas hacia el salón. En el momento en que la vieron los demás, supieron que había llegado el momento de la lectura. Dejaron de hablar e hicieron un círculo en torno a ella. Para todos, sin excepción, era el mejor momento del día, un momento para trasladarse a otra época, a otro lugar, para vivir en un mundo en el que nunca habían estado y que confiaban en que algún día conocerían. Cada noche Lechuza les leía algo, pero como no tenía demasiados libros, a veces se inventaba las historias.

Se recostó en la silla de ruedas y los miró a todos, viéndose a sí misma reflejada en sus miradas, tan solo unos años mayor que ellos, pero infinitamente mayor en lo que se refería a sabiduría y experiencia. Tenía el pelo y los ojos castaños, un rostro no demasiado agraciado, pero desbordaba simpatía y un sincero amor hacia todos ellos. Que el grupo la hubiera acogido con tanto cariño nunca dejó de asombrarla, y siempre que pensaba en ello se emocionaba.

—Cuéntanos la historia de las serpientes y las ranas y la visita del rey malvado y sus soldados —sugirió Pantera, inclinándose, con la mirada intensa.

—No, cuéntanos la del gigante y el chico, y cómo el chico mató al gigante —pidió Tiza.

Gorrión agitó las manos para que lechuza lo viera.

—Yo quiero la de la chica que encontró al chico en el río y lo escondió del rey malvado.

Todas eran variaciones de cuentos que les había contado años antes, cuentos que había modificado una y otra vez para enseñarles algo que quería que aprendieran. Sus padres le habían contado todos aquellos cuentos, leyéndolos de libros que hacía tiempo que habían desaparecido. Pensó que algún día encontraría alguno de aquellos

libros, pero hasta aquel momento no lo había conseguido.

Se puso un dedo en los labios en señal de silencio.

—Esta noche os contaré un cuento distinto, uno nuevo. Os contaré el cuento del chico que salvó a los niños del Rey Malvado y sus soldados y los llevó hasta la tierra prometida.

Había estado guardando aquel cuento porque era el que resolvía otros sobre el chico y el Rey Malvado. Por alguna razón, sintió que debía contarlo aquella noche; quizá era por cómo se sentía, o a lo mejor porque lo había tenido guardado demasiado tiempo. Los cuentos les daban fuerza y esperanzas cuando todo a su alrededor era tan triste y sombrío. Aquella noche se sentía tremendamente melancólica, por la enfermedad de Persia y por la muerte del lagarto; y habría más oscuridad y maldad al día siguiente, seguro. Con todo, los cuentos daban algo de luz a toda aquel caos, hacían que confiaran en el futuro.

Los niños se apretujaron en torno a ella y esperaron a que empezara. Le encantaba aquel momento, pues era cuando más cerca se sentía de ellos, cuando todos estaban unidos por el amor a sus palabras.

—El Rey Malvado perdonó al chico y a sus niños y los dejó que siguieran viviendo en sus casas —empezó a contar—. Era una persona muy testaruda. Nadie podía razonar con él, ni siquiera después de lo de las serpientes y las ranas y la muerte de toda su gente. Un día el Rey se despertó y decidió que ya había sufrido suficiente castigo por su rechazo y ordenó que él y los niños se fueran para siempre y no volvieran jamás. ¿Por qué no les iba a dar permiso para marchar? ¿Qué conseguiría él negándoselo? Si querían marcharse, que lo hicieran. Su reino viviría más tranquilo cuando ya no estuvieran.

—Ha tardado mucho en darse cuenta —declaró Pantera.

—A lo mejor cambia de opinión —comentó Gorrión.

—Y cambió de opinión —continuó Lechuza—. Pero no hasta que el chico y los niños habían hecho las maletas y habían emprendido el viaje hacia la Tierra Prometida. Caminaron y caminaron y solo paraban para comer y dormir. Viajaron todo lo deprisa que pudieron, porque deseaban llegar cuanto antes a su nuevo hogar. Sin embargo, no tenían ningún vehículo para desplazarse, ni siquiera una bicicleta, así que al cabo de una semana no habían llegado muy lejos.

»En ese momento fue cuando el Rey cambió de opinión. Le había estado dando vueltas a la cabeza desde el momento en que se habían marchado. No es que los echara de menos, sino que tan solo pensaba que no debería haberlos dejado marchar, pues creía que había sido un gesto de debilidad, y aquello lo puso furioso. Llamó a sus soldados y les ordenó que fueran a buscarlos. El ejército tenía vehículos para desplazarse, por lo que el Rey y sus soldados alcanzaron al chico y a los niños al cabo de dos días.

Hizo una pausa, evitando mirar a Halcón, para que no se diera cuenta de lo que estaba pensando.

—El Rey Malvado no sabía nada de la Tierra Prometida. No sabía que el chico había contado a los niños que los iba a llevar a un sitio donde dejarían de sufrir y vivirían felices para siempre. Solo los niños lo sabían y además se lo creían. Creían en la Tierra Prometida y en la felicidad que allí les esperaba.

—Como nosotros —comentó Vela—. Creemos en lo que nos dice Halcón.

Todos miraron de repente a Halcón, con lo que Lechuza respondió rápidamente.

—Así es, todos creemos en Halcón, al igual que los niños en este cuento creían en el chico; pero el Rey no creía en sus visiones, solo creía en lo que podía ver con sus propios ojos y tocar con sus manos. No creía en el mañana, solo en el presente.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Oso.

—El chico y los niños llegaron al río, pero era demasiado ancho y profundo para cruzarlo a nado, y antes de que pudieran encontrar alguna forma para hacerlo, el Rey y los soldados los encontraron. Estaban atrapados, no tenían escapatoria y sabían que la única solución que tenían era volver a las prisiones o morir.

—¡Que luchen! —gritó Pantera entusiasmado.

—¡Que escapen nadando! —exclamó Oso.

Lechuza negó con la cabeza.

—No eran suficientes para enfrentarse a aquel ejército y el río bajaba con mucha fuerza y no podían cruzarlo nadando. No obstante, cuando parecía estar todo perdido, el chico levantó los brazos y las aguas del río se separaron, creando un camino por donde pasar.

—¿Y cómo hizo eso? —preguntó Arreglatodo con cara de incredulidad.

—Porque el río conocía el sueño del chico —respondió Lechuza—. Los ríos conocen muchos secretos, y este conocía el secreto del sueño del chico. Por eso dejó que el chico y los niños cruzaran al otro lado, a un sitio seguro.

—¿Y qué hizo el Rey? ¿No los persiguió? —Pantera todavía estaba esperando la parte en que empezaban a pelear.

—Sí, los persiguió con su ejército y tomó el mismo camino que habían tomado el chico y los niños, pero el chico levantó los brazos y las aguas volvieron a unirse de nuevo, ahogando al Rey y a sus soldados.

Todos quedaron en silencio, asimilando lo que Lechuza les acababa de contar. La muchacha esperó un rato y continuó.

—Al cabo de dos días de camino por el río llegaron a la Tierra Prometida.

—¿Y qué vieron allí? —preguntó Río, acurrucada en el suelo junto a Vela.

Lechuza se recostó en la silla de ruedas de nuevo.

—Eso os lo contaré otra noche. Ahora es hora de ir a dormir —les dijo mirando la cara de protesta que ponían—. Leed un poco hasta que os entre el sueño y luego apagáis las velas. Felices sueños.

Movió la silla de ruedas un poco hacia delante, para que todos empezaran a moverse, pero lo hicieron a regañadientes, algunos diciendo que querían que les contara otro cuento, otros protestando porque no tenían sueño; no obstante, todos

obedecieron. Halcón siempre apagaba las lámparas de la sala, a excepción de la que iluminaba la puerta de entrada. Antes siempre se quedaba alguien haciendo guardia, pero desde que estaba Cheney, no hacía falta.

Mientras los demás se iban a la cama, Lechuza vio cómo Halcón pasaba la mano por encima del dorso y las orejas de Cheney. El gran perro permaneció tranquilo, como un manso animal doméstico. Lechuza pensaba que nunca vería el día en que el animal *apartara* las *manos* de Halcón.

Vela se detuvo junto a la silla de ruedas y la miró.

—El cuento que has contado se refería a nosotros, ¿no? —le preguntó—. Y el sueño del chico es el sueño de Halcón.

—Sí, así es, pero también les ocurrió lo mismo al chico y a los niños.

Vela asintió y dijo:

—Salvo que el sueño en el cuento no es real y el de Halcón sí lo es. Lo sé, porque lo he visto.

Se dio la vuelta y se fue a su habitación sin mirar hacia atrás. Lechuza sintió un nudo en la garganta y los ojos se le inundaron de lágrimas.

Lo he visto.

Vela, con su mente clara como la luz del día, lo había visto.

Sola en la sala, sentada en su silla de ruedas, mirando al vacío y pensando, no se movió hasta que los demás se metieron en la cama y se durmieron.

La Dama visitó a Logan Tom por primera vez en un sueño. Recordaba aquella escena con tanta claridad como si acabara de ocurrir. Se había quedado solo, porque Michael y los demás se habían marchado a la frontera de Canadá, y se había detenido a pasar la noche en una de las playas de los lagos que plagaban aquella región, que tiempo atrás había pertenecido a Wisconsin. Estaba oscureciendo y era una de aquellas noches en las que el cielo estaba completamente despejado y limpio, sin apenas contaminación, y se veían las estrellas y había luna llena, una vaga promesa de tiempos y lugares mejores.

Se había bajado del Lightning y estaba en la orilla del lago, observando el reflejo de la luna en la distancia, recordando los amigos que había perdido. Estaba en un sitio más oscuro que la noche y le asustaba la posibilidad de no poder encontrar una salida. Una sensación de recelo y culpa lo acosaba, y tenía la absoluta certeza de que su vida no valía nada. Las heridas físicas se habían curado, pero el corazón lo tenía destrozado. Los rostros de aquellos a los que más había amado, aparte de Michael, como por ejemplo sus, padres, su hermano y su hermana, eran imágenes vagas que casi se perdían en el recuerdo.

Tienes que hacer algo. Tienes que encontrar un motivo para seguir viviendo.

Tenía dieciocho años.

Notó un ligero movimiento a su derecha, justo en la orilla del lago. Un pescador estaba sentado a tan solo unos metros de donde él estaba. Estaba tirando una y otra vez el sedal de la caña. El pescador lo miró y asintió con la cabeza en un gesto de camaradería. Sus rasgos se veían duros a la luz de la luna, y Logan esbozó una sonrisa.

—¿Pescas algo? —le preguntó Logan.

Sin embargo, antes de que el pescador respondiera, oyó un ruido a su izquierda y se dio la vuelta con cautela. Nada. La orilla estaba tranquila y vacía, el bosque se veía igual.

Cuando volvió a mirar hacia el lago, el pescador había desaparecido.

Segundos más tarde, apareció una lucecita a lo lejos, sobre el agua, que se fue definiendo y haciendo más nítida poco a poco. La luz se acercaba a la orilla, hacia donde él estaba. Se quedó observando, sabiendo que lo mejor que podía hacer era marcharse de allí y meterse en su AV, donde estaría más seguro. Ni siquiera se preocupó en poner la Flechette en posición de disparo y la dejó colgando de su espalda, sin saber bien por qué lo hacía. Su experiencia y sus instintos deberían haberle hecho reaccionar rápidamente y con decisión. La supervivencia debería haber sido su única preocupación.

Sin embargo, no fue así. La luz lo tenía hechizado, una luz que parecía darle sentido a su existencia.

Cuando estaba a tan solo unos metros de distancia, el resplandor era tan intenso,

que no tuvo más remedio que protegerse los ojos con la mano. Sin embargo, y pasados unos segundos, poco a poco su intensidad fue disminuyendo, hasta que se extinguió, y fue entonces cuando apareció la Dama.

Era joven y bella, su piel blanca y pura. Un ser transparente. Iba vestida completamente de blanco, como su alba piel. Una larga melena oscura cubría sus hombros.

Estaba en el lago, no en el agua, sino sobre ella, a varios metros de distancia de la orilla, como si estuviera en tierra firme o no pesara más que una pluma.

—Logan Tom —le dijo.

El muchacho se quedó perplejo, incapaz de emitir respuesta alguna. No estaba alucinando, aunque no había otra descripción mejor para lo que le estaba ocurriendo.

—Logan Tom, te necesito —le dijo.

Hizo un gesto con la mano apuntando al cielo. Su ropa se movió y en aquel momento se dio cuenta de que realmente era transparente. Era un fantasma, o al menos más fantasma que humano.

—Estás destinado a ser uno de los míos, uno de los guerreros, uno de los mejores. Tu destino está marcado por las estrellas, un camino inmutable y brillante; un camino trascendental, un camino que jamás nadie ha tomado. ¿Estás dispuesto a recorrerlo?

Iba a decir que no, a retroceder, a hacer algo para salir de aquel hechizo, pero cuando finalmente se decidió, ella estiró un brazo y le dijo:

—¿Te unes a mi causa, Logan Tom?

En aquel momento notó en su voz un poder que jamás imaginó que existiera, el cual lo mantenía absolutamente inmóvil. La miró y vio que un poder casi sobrehumano lo embargaba. Las estrellas brillaban en el cielo y hubiera jurado que vio la luna moverse en el firmamento.

Se puso de rodillas, sin saber bien por qué, tan solo haciendo lo que le dictaba el corazón, sin notar nada más que las últimas palabras de la Dama. *¿Te unes a mi causa?*

—Lo haré.

—En tal caso te nombro Caballero de la Palabra, como él lo fue hace mucho tiempo.

La Dama señaló con la mano a su derecha y cuando Logan miró en esa dirección, vio de nuevo al pescador, tirando una vez más el sedal de la caña de pescar. No respondió al gesto que hizo la Dama, ni tampoco miró a Logan Tom. Era la misma persona, pero esa vez Logan supo de forma instintiva quién era y por qué estaba allí.

Era el fantasma del Caballero de la Palabra.

—Así es —dijo la Dama.

Logan la miró e intentó preguntarle qué era lo que tenía que hacer, pero no pudo pronunciar una sola palabra.

Sin embargo, ella respondió a sus pensamientos.

—La lucha de mis Caballeros por mantener el equilibrio ha fracasado. El Vacío se

ha apoderado de todos nosotros. Tú serás uno de mis Caballeros errantes, uno de los que luche contra la oscuridad, tendrás que luchar en mi nombre y en nombre de la Palabra. Tienes mucha fuerza y muy pocos podrán enfrentarse a ti, quizá ninguno.

Logan se humedeció los labios.

—Yo no sé si... —su voz tembló—. Yo no sé cómo...

—Dame tu mano.

Se aproximó a él, deslizándose por encima de la superficie del agua, con la mano extendida. Cuando se hubo acercado a tan solo unos centímetros, su proximidad hizo que se estremeciera. Sintió el calor de su presencia, un fuego invisible tan brillante que todo lo demás desaparecía. Permaneció hechizado, sin poder apartar sus ojos de ella.

Logan extendió una mano y la tocó.

Carne y sangre tocaron calor y luz, y el contacto fue penetrante, estremecedor. Jadeó e intentó apartarse, pero su cuerpo no lo obedecía, pues unas fuerzas extrañas lo recorrían. Parecía *como* si estuviera volviendo a nacer, lleno de coraje y determinación.

Vio imágenes del futuro. Se vio a sí mismo. Vio los sitios a los que tenía que ir. El camino que tenía que recorrer era largo y difícil, muy exigente; pero era un camino lleno de pasión y de esperanza, tan lleno de posibilidades que no podía renunciar a la confianza que habían depositado en él.

La Dama lo soltó y de pronto se sintió vacío y desconsolado.

—Abrázame —le susurró.

Y sin dudarle un instante, la obedeció.

Una luz a su derecha, procedente de los árboles, lo deslumbró y los recuerdos de la Dama se desvanecieron. Segundos más tarde, la luz se convirtió en un incendio. No era nada recomendable hacer fuego por la noche, a menos que se quisiera enviar alguna señal a alguien.

Miró con ojos entrecerrados un poco confuso. ¿Se habría quedado dormido mientras esperaba a descubrir con quién tenía que reunirse? No estaba seguro, no podía recordarlo. Se había acordado de la primera vez que había visto a la Dama y de pronto había aparecido una luz. Intento ordenar sus pensamientos. Estaba dentro del AV, aparcado en el arcén de la carretera. Una carretera que se adentraba en un bosque, paralela al río Rock. No podía ver el río, pero los mapas que llevaba así lo indicaban.

Una señal de madera quemada, que había a un lado le confirmó que había llegado a su destino. Sinnissippi Park.

Arrancó el motor del coche y avanzó hacia la puerta de entrada que estaba en el suelo. Cuando se acercó al fuego vio una figura solitaria. Detuvo el motor del coche y miró sin poder creer lo que estaba viendo.

No podía ser.

O'olish Amaneh. Dososos.

Apagó el motor del coche y puso las alarmas. Abrió la puerta y salió.

—¡Logan Tom! —dijo uno de los últimos indios que quedaban en Sinnissippi—. ¡Ven y siéntate junto a mí!

A Dososos no parecía importarle quién les estuvieran oyendo, como si fuera el dueño del parque y de la noche y de todo lo que habitaba a su alrededor. Le dijo que no le asustaba nada, que había superado el miedo a todo, incluso a la muerte.

Logan levantó el brazo en respuesta. Todavía no se lo podía creer, pero cosas más raras habían ocurrido. Y ocurrirían de nuevo hasta que todo aquello acabara.

Cuando se acercó, Logan Tom comprobó lo poco que había cambiado Dososos en diez años. Seguía siendo un hombre de gran tamaño, no había menguado ni un milímetro con el tiempo, ni tampoco le habían aparecido arrugas en los ojos, ni en la boca. Su piel cobriza brillaba a la luz de las llamas, suave, sin mancha alguna, completamente lisa en la frente y en las mejillas. Su cabello seguía siendo negro, sin ninguna cana. Lo llevaba recogido en una coleta que descansaba en su ancha espalda. Incluso la ropa que llevaba le resultaba familiar. Ropa militar de alguna guerra ya pasada, con un pañuelo al cuello y un macuto a su lado.

Cuando llegó junto a él, tomó la mano de Logan y la estrechó con fuerza.

—Has crecido, Logan —le dijo, mirándolo de arriba a abajo—. Ya no eres tan joven como cuando te conocí.

—No puedo hacer nada por remediarlo —respondió Logan—. Pero tú parece que conoces el secreto de cómo detener el tiempo.

—Me cuido. —Dososos sonrió y le soltó la mano—. ¿Tienes hambre?

Logan se dio cuenta de que tenía algo de hambre y los dos se acercaron al fuego, donde había una vieja parrilla de metal sobre unas bloques de hormigón. Cerca había una mesa que había sobrevivido a las inclemencias del tiempo y a los vándalos. Pusieron platos, vasos y cubiertos. Logan sonrió sin querer.

Se sentaron uno frente a otro. A pesar de lo que le dijo, Dososos no se movió para preparar la comida que le había ofrecido momentos antes. Logan no dijo nada. Miró a su alrededor, a la oscuridad de la noche. No veía nada más allá del resplandor del fuego. No podía ver ni siquiera su vehículo.

—Aquí estás seguro —le dijo el otro, como si supiera lo que estaba pensando—. La luz nos oculta de nuestros enemigos.

—Normalmente es todo lo contrario —comentó Logan—. ¿Es un viejo truco de los Sinnissippi?

Dososos se encogió de hombros.

—Un truco antiguo, sí; pero no de los Sinnissippi. De lo contrario, no habrían desaparecido. Todavía estarían aquí. Come algo.

Logan abrió la boca para contestarle, pero bajó la mirada y vio que su plato estaba lleno de comida y su vaso lleno de líquido. Dososos ya estaba comiendo, con la mirada clavada en un trozo de carne y unas patatas.

Comieron en silencio. Logan tenía tanta hambre que dejó su plato completamente limpio. Cuando acabó comentó:

—Estaba buenísimo.

Dososos lo miró.

—Las meriendas en el campo eran toda una tradición familiar en América.

—Las familias eran una tradición en América —contestó Logan amargamente.

—Y todavía lo son, aunque tú no tengas una. —Sus negros ojos se dirigieron hacia la carretera—. Veo que todavía sigues conduciendo ese tanque que construyó Michael Poole.

—Sí, lo heredé. —Logan se quedó mirando al impenetrable vacío, sin ver nada—. Pienso que es mi mejor arma.

—La vara es tu mejor arma. —El sinnissippi se quedó mirando fijamente a Logan—. ¿Recuerdas cuándo te la di?

Cómo iba a haberlo olvidado. Fue semanas después de que la Dama se le apareciera y lo nombrara Caballero de la Palabra. Esperó tiempo a que le dijera qué tenía que hacer. Sin embargo, no volvió a aparecer, ni en carne y hueso, ni en sueños. Tampoco le envió ningún mensaje. La indecisión lo había dejado paralizado por primera vez desde la muerte de Michael.

Entonces fue cuando apareció O'olish, el último sinnissippi, un hombre imponente con una vara completamente tallada con extraños signos. Sin ningún preámbulo ni explicación le preguntó a Logan su nombre y si había aceptado entregarse al servicio de la Palabra. A continuación, le entregó la vara.

—¿Recuerdas lo que me respondiste cuando te dije que la vara era tuya? —le preguntó Dososos.

Logan asintió.

—Te pregunté qué es lo que hacía y me dijiste que lo que yo quisiera que hiciera.

—Porque sabías para qué era.

—Para destruir demonios.

—Y empezaste a utilizarla enseguida.

Recordó su euforia al darse cuenta de lo que podía hacer con aquella arma. Pelearía por aquellos que no lo podían hacer. Salvaría vidas, destruiría a los enemigos de la raza humana y sobre todo destruiría demonios.

Había llegado el momento de vengarse.

Era lo único que había querido hacer en aquel entonces, todavía joven e ingenuo. Era la respuesta natural a su rabia, al dolor por todo lo que había perdido, su hogar, su familia, sus amigos, su forma de vida. Los demonios y sus secuaces se lo habían arrebatado todo. Los perseguiría, los sacaría de sus escondrijos, los desenmascararía y los convertiría en cenizas.

Había estado perdido en aquel mundo, buscando un camino, la Dama se lo había mostrado y Dososos le había dado el medio para conseguirlo.

—¿Sigues siendo igual de impaciente? —le preguntó el sinnissippi.

Logan se quedó pensativo unos segundos, al cabo de los cuales dijo que no con un gesto de la cabeza.

—Más bien estoy cansado.

—He oído tu nombre por ahí muchas veces —continuó el otro—. Dicen que eres un fantasma. Dicen que nadie te ve llegar, ni nadie te ve marchar, y solo saben que has estado por los muertos que dejas detrás de ti.

—A demonios y toda su estirpe.

Dososos asintió.

—Hablan de ti como si fueras una leyenda.

—Pues no lo soy. —Movi6 la cabeza—. En absoluto. —Se estir6 y se apart6 de la mesa—. ¿Y qu6 ocurre por el mundo? No suelo enterarme mucho de lo que pasa.

—No hay mucho que contar. Las cosas continúan igual.

—¿Los estadios todavía resisten?

—Algunos sí y otros no.

—América la hermosa. Solo una canción.

—Algún día volverá a ser hermosa, Logan. Algún día el mundo volverá a renacer.

Hablaba con tanta confianza, con tanta convicción que Logan suspir6 porque aquello fuera verdad. A pesar de la destrucción y la maldad que había vivido en sus viajes... Logan hizo un gesto de incredulidad.

—¿Y qu6 pasa en los dem6s países? ¿Qu6 pasa en Europa y Asia? ¿Qu6 pasa en África? —Ocurre lo mismo en todas partes. Los demonios persiguen a los humanos y los humanos resisten, aunque algunos se convierten en anteshombres o en esclavos. Pocos siguen libres. La lucha continúa, y lo que realmente importa es que el espíritu de los humanos sigue estando vivo. ¡—¿Tenemos entonces posibilidades de conseguir la victoria?

El hombre neg6 con la cabeza.

—¿Entonces qu6 estamos haciendo?

—Esperar.

—¿Esperar a qu6?

—Para eso he venido —le respondi6, mientras se ponía en pie—. Vamos a dar una vuelta.

Empez6 a alejarse del fuego y a caminar hacia la oscuridad. Logan apret6 la vara entre las manos, sin saber qu6 hacer.

—¿No sería mejor que nos quedáramos aquí?

Dososos se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Tienes miedo, Caballero de la Palabra?

—Más bien soy cauto.

El sinnissippi se acerc6 a Logan.

—Eso está bien, pero no creo que tengas que preocuparte de nada esta noche. Ven.

Comenz6 a caminar de nuevo. Logan lo sigui6. Se alejaron del fuego y se adentraron en la oscuridad. Al principio, Logan no podía ver nada, pero cuando comenz6 a acostumbrarse a la oscuridad, se dio cuenta de que se estaban dirigiendo

hacia el río y hacia el bosque que lo bordeaba, pues podía oler las aguas nauseabundas. El río Rock hacía mucho tiempo que estaba totalmente contaminado por productos químicos y seres muertos en descomposición.

Dirigió su mirada hacia los árboles, buscando algún peligro oculto, pero solo vio troncos y ramas. En aquel tiempo ya casi no se oía el cantar de los pájaros. Al igual que a otros animales y peces, la guerra los había diezclado.

—La Dama no me ha dicho por qué tenía que venir aquí —comentó, cuando alcanzó al otro—. Pensé que era para otra caza de demonios.

El hombre asintió.

—Pues pensaste mal. La verdad Logan, es que puedes seguir cazando y matando demonios hasta que tus piernas ya no te sostengan más, pero ellos seguirán existiendo. Hay muchos y nosotros somos pocos. El mundo ha ido en declive durante mucho tiempo y ahora la subida va a ser lenta y dificultosa. Tenemos que encontrar un nuevo camino.

—¿Qué quieres decir?

—Que matando demonios no vamos a conseguir nuestro objetivo. La humanidad está librando una guerra que no puede ganar.

Caminaron en silencio durante un rato, sus pasos casi no se oían en aquel profundo silencio. Logan trató de asumir lo que acababa de decirle Dososos, pero le era difícil. ¿Le estaba diciendo que la raza humana estaba condenada, hiciera lo que hiciera, a pesar de la presencia de los Caballeros de la Palabra? No podía ser. Podía aceptar cualquier otra cosa, pero no aquello.

—¿Estás diciendo que deberíamos rendirnos? —le preguntó.

El sinnissippi lo miró.

—Si te pidiera que te rindieras, ¿lo harías?

—Nunca.

—Entonces no te lo pediré.

Se acercaron a los acantilados que recorrían el río. Debajo de estos, el río se ensanchaba y corría plateado y liso bajo la luz de la luna, escondiendo la penosa realidad de su condición. En ambas orillas, se veían hileras de árboles muertos, y a lo lejos se divisaba un oscuro y sombrío grupo de casas abandonadas. Hubo un tiempo en que en aquellas casas vivieron familias con sus animales, sus vecinos y amigos, que en noches como aquella reían y conversaban viendo la televisión y después dormían en paz, sabiendo que despertarían y comprobarían que el mundo no había cambiado.

Logan se apoyó en la vara. Estaba sudoroso y tenso, impaciente y cansado.

—¿Qué quieres decirme? Porque, la verdad, no entiendo nada.

Dososos se sentó con las piernas cruzadas al borde del acantilado y se quedó mirando al río. Logan dudó unos instantes y a continuación se sentó a su lado, dejando el arma junto a él.

—Mira a tu alrededor, Logan. —El hombre hizo un gesto con la mano—. Hubo

un tiempo en que este parque era precioso, casi como el jardín del Edén. Sin embargo, ahora está muerto. ¿Qué hay que hacer para recuperarlo?

Logan se quedó pensativo.

—Esperar.

—Volver a nacer. —Dosos lo miró directamente a los ojos—. ¿Sabes lo que hay debajo de este parque? Mis ancestros. Todos enterrados allí.

Señaló con su mano una serie de montículos de tierra, no muy lejos de donde estaban.

—Me acuerdo mucho de mi familia, pero mucho más de una niña que ahora descansa aquí. La encontré en este parque hace casi cien años, cuando era mucho más joven —sonrió—. Vivía en una casa a la entrada del parque. El parque era como su patio de juegos. Era completamente feliz. A cualquier sitio donde iba la perseguía el espíritu de un lobo inmenso. Aquella criatura resultó ser parte de ella. El bien y el mal eran parte de ella. Fue la persona más importante de su generación, pero cuando yo la conocí era una niña. —El indio levantó una ceja en un gesto de curiosidad—. Se llamaba Nest Freemark. ¿La conoces?

—No —respondió Logan.

—Yo la encontré primero, pero había otros dos seres buscándola. Uno era un Caballero de la Palabra llamado Ross; el otro, un demonio. Uno había ido a salvarla, el otro a pervertirla. Ella tenía grandes poderes mágicos, Logan, podía cambiar la historia por ser quien era y por lo que podía hacer. Sin embargo, no era consciente de ello. Lo empezó a descubrir en el curso de los siguientes quince años, aunque nunca conoció todo su poder real.

—¿Y por qué era tan importante? —Logan se fijó en un par de carroñeros entre los árboles. Procuró no prestarles atención—. ¿Es por ella por lo que estamos aquí?

Dosos asintió.

—Está enterrada en el cementerio, detrás de las tumbas de mi familia. Hace tiempo que abandonó este mundo, pero cuando cumplió treinta años tuvo un hijo. Fue su único hijo. Un niño nacido de la magia, un ser con un poder enorme, su regalo al mundo en que vivimos, porque es la única esperanza que tenemos.

—Pero debe de ser bastante mayor ahora —observó Logan.

—Casi ochenta años, pero es todavía un niño, pero no como nosotros nos imaginamos a los niños humanos. Empezó siendo un mutante, un ser con muchos poderes, que puede asumir cualquier forma o tamaño; de hecho, no ha habido nunca dos parecidos, y casi nunca se los puede ver. Sin embargo, John Ross atrapó a este en la costa de Oregón; había tomado la forma de un niño pequeño, después de múltiples transformaciones. Lo trajo a este pueblo para encontrar a Nest Freemark, pues el objetivo del mutante era volver a formar parte de su madre, para volver a nacer. Todo esto había ocurrido después de la batalla en la que Ross había perdido la vida. El mutante entró en el vientre de Nest Freemark con una forma determinada y volvió a nacer con otra diferente. Solo ella conocía sus orígenes y sus secretos. Solo ella sabía

quién era.

Hizo una pausa.

—Sabedor de su condición, se mantuvo apartado del mundo, viviendo casi siempre en soledad. Durante un tiempo se quedó con su madre, no sabemos cuánto, y después desapareció. Yo esperé a que reapareciera; sin embargo, su momento no había llegado. Entonces, el mundo comenzó a degradarse cada vez más y las semillas de las Grandes Guerras empezaron a echar sus raíces. Busqué al chico por todas partes, pero no lo pude encontrar. Muy pocas personas logran ocultarse de mí, pero este ser lo consiguió.

No podía seguir la pista de su magia, porque tampoco sabía muy bien qué tipo de magia poseía, pues la magia de cada mutante, al igual que el mutante mismo, es diferente, y además es impredecible, puede ser bondadosa o diabólica. Los demonios intentaron capturar y utilizar este mutante, conocedores de su potencial, pero Nest Freemark lo impidió.

Logan se quedó mirando el río.

—Y ahora me vas a decir que ha aparecido, ¿no?

Dososos asintió.

—Así es. Conocemos su propósito. La Dama lo conoce. Sin embargo, todavía es un niño, todavía tiene la forma de un niño y la mente de un niño. Sabrá lo que tiene que hacer cuando llegue el momento, pero no sabe cómo sobrevivir hasta que llegue ese momento, por lo que tenemos que ayudarlo, necesita a alguien que lo proteja.

Logan suspiró.

—Y supongo que ese alguien soy yo.

—La persona que se encargue de ayudarlo tendrá que estar preparada para lo peor, pues los demonios harán todo lo posible por detenerlo y destruirlo, para que no consiga su propósito. No conozco a nadie mejor que tú para que se enfrente a ellos, Logan. La Dama piensa lo mismo.

—¿Y por qué es tan importante ese niño? ¿Qué es lo que va a hacer?

Dososos se inclinó y apoyó los codos en sus piernas cruzadas, con el rostro de color cobrizo ensombrecido.

—Va a salvar a la humanidad, Logan.

—Eso es una tarea difícil. —Trató de no mostrar incredulidad en su tono—. ¿Cómo lo va a conseguir?

El sinnissippi se quedó pensando su respuesta unos segundos.

—Como te he dicho, salir del abismo va a ser un proceso largo y difícil, pero lo que no te he dicho es que solo unos pocos van a poder conseguirlo, muchos perecerán en el intento. Los demonios han ganado la guerra con el mundo antiguo y nada lo va a cambiar, pues la maldad ha penetrado en el corazón de la civilización. Se está aproximando un fuego inmenso y arrollador que destruirá lo poco que queda del mundo que conocemos. Y será algo fugaz y repentino.

—Suen a bíblico. —Logan cambió de postura, apoyando el peso de su cuerpo al

otro lado—. ¿Quieres decir que los demonios se han apoderado de las armas nucleares y están dispuestos a utilizarlas?

Los ojos negros de Dososos brillaron bajo sus espesas cejas.

—De lo que los demonios no se dan cuenta, o les da igual, es que su capacidad de destrucción es indiscriminada. Aniquilarán tanto lo bueno como lo malo. Muchos demonios morirán también.

—Eso no está mal. ¿Pero todo eso puede evitarlo el mutante?

—Nadie puede evitarlo, nada puede detenerlo. Sin embargo, el mutante tiene los medios para sobrevivir a la destrucción y para salvar a unos cuantos para que empiecen una nueva vida.

—¿Y cómo lo va a hacer?

—Abriendo una puerta que lleva a un sitio seguro.

—¿Que atravesarán solo unos pocos?

—Los pocos hombres, mujeres y niños que logren llegar hasta ti.

—Lo que queda de la humanidad.

—Algunos. No todos serán seres humanos.

Logan dudó al escuchar aquello, pero decidió no preguntar más.

—¿Y dónde está esa puerta?

—El niño lo sabe.

Logan se sintió un poco frustrado. Todo le parecía un tanto confuso.

—Lo que no entiendo es que si tú no has podido encontrarlo, ¿cómo lo voy a poder encontrar yo? No tengo tantos conocimientos.

—No los necesitas; te ayudará su madre. —Se puso en pie—. Vamos, Logan, caminaremos un poco más.

Se dirigió hacia los árboles y los montículos de las tumbas, aproximándose a los restos de una alambrada oxidada por el paso del tiempo. Logan siguió al sinnissippi en silencio, mirando constantemente a su alrededor. Todavía no estaba muy convencido de estar tan seguros como aquel hombre pensaba.

Al otro lado de la alambrada había un cementerio, con varias hileras de lápidas de distinto tamaño cubiertas por la maleza. Muchas habían sido profanadas y las inscripciones eran casi ilegibles. Logan no había estado nunca en un cementerio, pues nadie había utilizado los cementerios desde que él había nacido. No obstante, se imaginó el aspecto que debía de haber tenido cuando lo cuidaban. La tristeza lo embargó, pensando en tantas vidas olvidadas, aunque sabía que los recuerdos de los antepasados se llevan en el corazón, que es el sitio más seguro.

Dososos lo llevó a una parte del cementerio separada del resto por un pequeño sendero. Caminaron entre la maleza, la hierba y las piedras de granito, hasta llegar a un par de robles inmensos. Allí había una lápida solitaria.

Logan leyó la inscripción:

MARION CASE

Nacida el 2 de septiembre de 1948.

Fallecida el 21 de marzo de 2018

—¿Quién es Marion Case? —preguntó Logan.

Como respuesta, Dosos pasó la mano por la piedra y en lugar de la vieja inscripción apareció una nueva.

NEST FREEMARK

Nacida el 8 de enero de 1983.

Fallecida el 29 de julio de 2062

CORREDORA VELOZ

—La oculté cuando empezaron las guerras, para protegerla de los que quieren hacer daño incluso a los muertos —respondió el sinnissippi sosegadamente—. Incluso sus huesos tienen mucho poder y ese poder no debe caer en manos de los que desean el mal.

Logan se quedó observando.

—¿Qué quiere decir eso de «Corredora Veloz»?

—Era una atleta olímpica, una de las mejores, que participaba en las carreras de media distancia en las que ganó muchos títulos. Cuando murió, yo la traje aquí y la enterré. Y aunque sabía que su labor no había terminado, este es su sitio. Siéntate un momento.

Se sentó encima de la lápida con las piernas y los brazos cruzados. Logan lo imitó.

—¿Qué vamos a hacer?

O'olish Amaneh no respondió, sino que se puso un dedo en los labios, para que guardara silencio. Cerró los ojos y se quedó muy quieto. Logan lo observó, esperando a que pasara algo. Al cabo de unos segundos, el hombre empezó a cantar en un idioma que Logan desconocía, la lengua de los Sinnissippi. El canto subía y bajaba de volumen, llenando el silencio con sus cadencias y tonalidades. Logan cogió la vara y se la colocó a un lado, por lo que pudiera pasar, pues temía que aquel cántico atrajera a los que menos deseaba ver en aquellos momentos.

Sin embargo, no apareció nadie, ni siquiera los carroñeros que había visto momentos antes. Pasados los primeros minutos de ansiedad, se empezó a relajar.

De repente, de la tierra y de la tumba empezaron a brotar lucecillas, que se quedaron suspendidas en el aire, desplazándose de un lado a otro, como si estuvieran bailando, formando complicados patrones de movimientos. De pronto, brillaron con un blanco muy intenso, cayeron al suelo como si fueran piedras y desaparecieron. Dosos dejó de cantar, aunque continuó sentado respirando de forma rápida y

laboriosa.

Logan parpadeó para recuperar la vista, ya que los destellos finales lo habían cegado. Cuando recuperó de nuevo la visión, Dososos estaba mirándolo.

—Ya está. Nos ha dado lo que necesitamos.

Recogió unos cuantos palitos blancos que había sobre la tumba y se los guardó en el bolsillo. Se levantó y empezó a caminar; Logan lo siguió obedientemente.

Regresaron a donde habían hecho el fuego y se sentaron uno frente al otro. La intensidad del fuego no había disminuido, a pesar de que nadie lo había alimentado. Logan miró a su alrededor. Todo estaba como lo habían dejado.

—Así es como encontrarás al niño —le dijo Dososos de repente.

Puso un trozo de tela negra sobre la mesa, alisándolo con la palma de la mano. Luego se metió la mano en el bolsillo y sacó los palitos, mostrándoselos a Logan.

Eran huesos humanos.

—Son los huesos de la mano derecha de Nest Freemark —le informó—. Tómalos.

Logan decidió no preguntarle cómo había podido sacarlos de la tumba. Había misterios que era mejor no intentar resolver. Recogió los huesos en la palma de su mano, se quedó mirándolos y miró de manera inquisidora a Dososos.

—Ponlos sobre la tela —le ordenó.

Logan dudó unos segundos, pero colocó los huesos donde le había dicho. No ocurrió nada. La blancura de los huesos amontonados contrastaba con la superficie negra de la tela. Sin embargo, de repente, empezaron a moverse y a unirse y al final adoptaron la forma de cuatro dedos y un pulgar.

Después, los cinco dedos se estiraron y apuntaron en la misma dirección, hacia el oeste.

—Allí es donde encontrarás al niño, Logan —dijo Dososos—. Hacía allí es donde tienes que ir.

Recogió los huesos, los envolvió en la tela y se los dio a Logan.

—Los huesos te llevarán hasta donde está el niño. Cuando lo encuentres, dale los huesos de su madre y él sabrá lo que tiene que hacer.

Logan se guardó los huesos en el bolsillo de la chaqueta. No sabía si creerse todo aquello, pero no tenía otro remedio. El mundo se había convertido en un lugar extraño, en el que ocurrían también cosas muy extrañas.

—Y cuando encuentre al niño y le dé los huesos, ¿qué? —preguntó.

—Debes acompañarlo donde vaya. Tienes que protegerlo —Los ojos del sinnissippi tenían un gesto de extraña amabilidad—. Tienes que recordar lo que te he dicho y tener fe en ello. Ese niño es la última esperanza, es el eslabón que une la humanidad con el futuro.

Logan se quedó mirándolo unos instantes y después movió la cabeza.

—Yo solo soy un hombre.

—En toda la historia de la humanidad ha habido épocas en las que un solo

hombre ha sido suficiente, Logan.

Se encogió de hombros.

—Te ayudarán. Habrá más personas que te ayudarán. Poderosos aliados, quizá más poderosos que tú, pero ninguno mejor que tú para lo que hay que hacer. Tú eres el protector que el niño necesita. Eres la persona con mayor corazón.

—Bonitas palabras.

—La verdad, nada más.

—Pero, ¿por qué yo? ¿Y por qué no tú? Tú eres más fuerte y poderoso que cualquier Caballero de la Palabra. ¿No eres tú por ello más adecuado para esta tarea?

O'olish Amaneh sonrió.

—Quizá hace tiempo lo podría haber hecho, antes del Nam y de que se me partiera el corazón. Estoy viejo y cansado y tengo demasiada compasión por dentro. Ya no puedo luchar más, pues el recuerdo y el sabor amargo de todas las batallas en las que he estado me acompañan continuamente. La historia del sufrimiento de mi pueblo es un peso demasiado difícil de llevar.

Logan puso las manos encima de la mesa.

—Está bien, haré lo que pueda.

—Harás mucho más —le respondió—. Porque hay mucho en *juego*, algo que todavía no te he contado. ¿Qué es lo que más deseas en este mundo?

—Ya te he respondido más de una vez a eso. Y no he cambiado.

—Necesito oírlo una vez más.

—Quiero encontrar al demonio al frente del asalto al estadio donde mis padres, mi hermano y mi hermana murieron.

—Si consigues encontrar y proteger al niño —respondió Dososos—, lograrás tu objetivo.

Se levantó y le ofreció la mano.

—Me tengo que ir. Otros me necesitan.

Logan se quedó mirando al vacío, intentando asumir todavía lo que acababa de decirle. Encontrar al demonio que había matado a su familia era el objetivo de su existencia.

—¿Cuándo te volveré a ver?

—Nunca más en esta vida. A mí me queda poco. Yo moriré con el viejo mundo. El nuevo pertenece a otros.

Logan estuvo a punto de preguntarle si en ese mundo nuevo también estaría él, pero prefirió no conocer la respuesta.

—Adiós.

—Adiós, Logan Tom.

Logan se dio la vuelta y se dirigió caminando hacia el Lightning. No había hecho más que dar unos pocos pasos cuando se giró. El sinnissippi no estaba, se había desvanecido en el aire, incluso el viejo macuto había desaparecido.

Logan Tom miró fijamente el claro donde habían estado, con la mesa de picnic

vacía y la parrilla metálica. Pasados unos minutos, se dio la vuelta de nuevo y siguió caminando.

A la mañana siguiente, Halcón se despertó muy pronto. Estaba un poco intranquilo. Aquel mismo día por la noche tendría que ir a ver a Tessa y los encuentros con Tessa siempre eran excursiones arriesgadas. Permaneció un rato tumbado en el colchón, bajo el calor de las mantas, pensando en ella. Mientras tanto, los que había a su alrededor seguían durmiendo: Oso roncaba haciendo el mismo ruido que haría el resoplido de una gran máquina, mientras Pantera, Tiza y Arreglatodo añadían un armónico con su dificultosa respiración. Se imaginó la misma escena en el resto de las habitaciones: Lechuza junto a las demás chicas, cuidando a la pequeña Ardilla, esperando a que se curase del todo, y Cheney, que seguro que estaba acurrucado en la puerta de entrada, protegiéndolos a todos.

Se incorporó y miró a la oscuridad, observando el reflejo de la vela que habían dejado encendida en la sala. Le gustaba despertarse antes que los demás y escucharlos, sabiendo que todos estaban seguros juntos. Eran su familia y aquel era su hogar. Él había sido quien los había descubierto y también quien había descubierto aquella ciudad subterránea, mucho antes que los monstruos, mucho antes que las tribus de los Gatos, las Gaviotas o los Lobos. La había encontrado hacía cinco años, mientras exploraba las ruinas de Pioneer Square, después de haber llegado a Seattle y decidir que no estaba dispuesto a vivir en los estadios, sobre todo porque no lo habrían admitido en ninguno, al ser huérfano. Tessa podría haber intercedido por él, pero siempre tuvo claro que no quería vivir en un recinto cerrado, no sabía bien por qué. Suponía que era porque aborrecía la idea de vivir confinado entre muros, una existencia claustrofóbica para alguien que había nacido para ser libre. No obstante, en parte también era porque quería ser responsable de su propio destino y no dejarlo en manos de nadie. Sabía que siempre había sido muy independiente, autosuficiente y solitario. Lo sabía, aunque los recuerdos de su pasado fueran bastante borrosos. Incluso le costaba visualizar una imagen precisa de los rostros de sus padres; apenas distinguía sus rasgos, los cuales, a veces, parecían cambiar completamente.

Con todo, poco importaba eso ahora. No merecía la pena perder el tiempo pensando en el pasado, el futuro era lo que importaba de verdad, y todas las tribus aceptaban aquel hecho, los Fantasmas en especial, y así lo plasmaban en su saludo habitual: «Somos los Fantasmas y caminamos por las ruinas de nuestros antepasados». Era un recuerdo constante del estado de su existencia. El pasado pertenecía a aquellos que habían destruido el mundo; el futuro pertenecía a los chicos de las tribus. Los que vivían en los estadios no lo entendían, ni lo habrían aceptado aunque lo entendieran, pues creían que ellos eran el futuro, pero estaban equivocados, puesto que eran otra parte del problema. Halcón lo sabía, lo había visto en su visión: el futuro solo pertenecía a quienes pusieran a salvo su existencia.

Perdido en sus pensamientos, permaneció solo en la oscuridad, rodeado de los sonidos de los que dormían a su alrededor. Al cabo de un rato, se levantó y se puso

los vaqueros y la camiseta que había usado el día anterior. Aquella noche le tocaba a él el turno del baño y a la mañana siguiente podría ponerse ropa limpia. Guardaban un estricto orden en cuanto a la limpieza, pues las enfermedades, muchas de las cuales se derivaban de la falta de higiene, eran enemigos contra los cuales ellos tenían pocas defensas.

Cuando se vistió, salió a la sala, con intención de sentarse al lado de la vela a leer un rato, pero Lechuza estaba allí, acurrucada bajo una manta, con un libro abierto entre sus manos. Cuando entró, levantó su mirada y sonrió.

—¿No podías dormir?

Halcón negó con la cabeza.

—No. ¿Y tú?

—Yo no duermo mucho nunca. —Dio unas palmaditas al asiento del sofá, indicándole que se sentara a su lado—. Ardilla ya no tiene fiebre. Mañana seguro que está mejor. —Sacudió la cabeza y apartó el cabello desordenado que caía sobre su rostro—. Creo que ha tenido suerte.

—Todos tenemos mucha suerte. De lo contrario estaríamos muertos. Lo mismo que el Lagarto. Lo mismo que Persia, si no conseguimos que Tessa consiga el pleneten. —Hizo una pausa—. ¿Tú crees que nos lo dará?

Vio que el rostro de Lechuza se tensaba y reflejaba su preocupación. Le gustaba su rostro, y sobre todo le gustaba que reflejara siempre lo que estaba pensando. Lechuza no era una persona complicada: lo que veías era lo que había. Quizá era aquello lo que más gustaba a los demás de Lechuza, quizá era lo que más le gustaba a él.

—Ella te quiere —respondió Lechuza, y sus palabras quedaron suspendidas en el aire—. Yo creo que te lo dará si lo puede conseguir. —Frunció los labios—. Aunque ya sabes que es un riesgo para ella, y también lo que le podría pasar si la pillan.

Lo sabía. A los ladrones los expulsaban, aunque no creía que la castigaran si él la visitaba. Los padres de Tessa eran personas muy influyentes en aquella comunidad y era hija única, así que ellos la protegerían. No obstante, podrían expulsarla si cometía una falta grave. En parte, esa idea le gustaba, ya que así podrían vivir juntos.

—Persia se está muriendo —dijo finalmente—. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Todos los días muere algún niño en algún sitio. —Se apartó el pelo de la frente—. Pero creo que debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos por evitarlo, incluso Tessa o cualquiera que pueda ayudar, dentro de los estadios o fuera de ellos; pero, por favor, ten cuidado.

Dejó el libro en el sofá, marcando la página donde se había quedado, al tiempo que se acurrucaba un poco más debajo de la manta. Halcón miró a Cheney, que estaba tumbado al lado de la puerta, pensando que el perro no necesitaba que nadie le dijera que debía ser cuidadoso, pues él lo era siempre.

No obstante, dejó pasar aquel pensamiento, pues había algo que le rondaba la cabeza.

—¿Por qué contaste ese cuento anoche?

—¿El del chico y el Rey malvado?

—Sí, sobre el chico que llevaba a los niños a la Tierra Prometida. ¿Por qué les contaste ese cuento?

—Para recordarles tu visión. Vela lo supo inmediatamente. Me lo dijo antes de irnos a la cama. Puede que otros lo supieran también. ¿Qué más da?

—No sé. Quizá fue la forma en que lo contaste. Te inventaste cosas. Me sentí como si me lo estuvieras robando.

Se quedó mirándolo fijamente con cara de sorpresa.

—Lo siento. A lo mejor no tenía que haberlo contado de esa manera, pero quería que todos supieran que tenemos una meta en nuestras vidas, la cual es encontrar un sitio seguro y mejor para vivir. ¿No es tu visión llevarnos a todos a un sitio mejor?

—Sí. Ya te lo he dicho muchas veces. Lo he soñado.

Lechuza estiró el brazo y puso su mano encima de la de él.

—Y lo que has soñado es un sueño muy antiguo, Halcón. Es el sueño en el que se encuentra la Tierra Prometida. Lo han estado soñando cientos de años a lo largo de la historia. Nunca nos has contado los detalles. Ni siquiera se los has contado a Tessa. ¿Cómo puedes creer que te los estoy robando? Además, nunca haría eso.

—Lo sé. —Se sonrojó, avergonzado por su comportamiento—. Pero me sentí incómodo oyéndote contar ese cuento. Quizá sea porque tampoco yo tengo claro lo que va a pasar. Ni siquiera sé cuándo nos tenemos que marchar, ni a dónde tenemos que ir. Sigo intentando descubrirlo, esperando que alguien llegue y me lo diga, porque mis sueños no me lo dicen. Lo único que me dicen es que ocurrirá.

—Pues tendrás que confiar en tus sueños y esperar —le respondió dándole unos golpecitos en la mano—. No volveré a contar nunca más ese cuento hasta que no me digas que sabes algo más.

Halcón asintió con la cabeza, pensando que aunque fuese un niño, sentía la necesidad de proteger a los demás. El sueño era todo que él tenía, era la base de su liderazgo, la razón por la que era capaz de mantener a los Fantasmas unidos; sin el sueño, era solamente un niño de la calle más, huérfano y abandonado, sobreviviendo en un mundo postapocalíptico donde todo se había vuelto loco. Sin el sueño, no tenía nada que dar a los que confiaban en él.

—Algún día soñarás el resto, estoy segura. —Lo tranquilizó Lechuza, como si supiera lo que él estaba pensando—. Ya lo verás.

—Lo sé —respondió con rapidez.

Sin embargo, la verdad era que no estaba tan seguro.

Es Tessa quien lleva a Lechuza junto a Halcón, que acaba de llegar a la ciudad y vive solo en los subterráneos. Tan solo tiene catorce años y Lechuza, por aquel entonces «Margaret», tiene dieciocho y es una persona mucho más madura. Halcón había quedado con Tessa y ella se ha presentado con una chica en una silla de ruedas.

Están de pie en un muro de uno de los edificios, a unos cien metros de Safeco y Tessa le cuenta por qué ha llevado a aquella chica.

—Margaret no puede seguir viviendo en el estadio —le dice—. Necesita otro hogar.

Halcón mira a la chica en la silla de ruedas, con las piernas cubiertas por una manta.

—Creo que estará mejor en el estadio.

Margaret lo mira a los ojos fijamente.

—Allí me muero.

—¿Estás enferma?

—Me duele el corazón. Necesito respirar y sentirme libre.

La entiende perfectamente, pero no cree que vaya a estar mejor con él.

—¿Dónde están tus padres?

—Murieron cuando tenía nueve años. No tengo familia. Tessa es la única amiga que tengo —responde sin apartar la mirada de él—. Puedo cuidarme sola y puedo cuidar de ti también. Sé muchas cosas sobre enfermedades y medicinas. Te puedo enseñar.

—Ella es la persona que estás buscando —insiste Tessa.

Halcón está a punto de responder que es una persona en una silla de ruedas y que no puede caminar; no obstante, decide no hablar.

—Cuéntale lo que quieres hacer —lo presiona Tessa—. Deja que ella te cuente lo que piensa.

—No —responde él.

—Pues si tú no se lo cuentas, yo lo haré.

—Está bien. —Finalmente cede, sin mirar a Margaret—. Quiero formar una familia. No tengo familia y quiero tener una.

—Cuéntale el resto.

Quería que le contara su sueño. Tessa insiste en que se lo cuente; así es Tessa. La mirada de Halcón ahora se dirige a la chica mayor.

—Quiero juntar a unos cuantos chicos como yo y llevármelos a un sitio donde estén seguros —le cuenta con un tono un tanto infantil; pero todavía tiene que decirle algo más, e intenta buscar un tono más maduro para pronunciar unas palabras que tienen un sentido mucho más profundo—. Todo eso lo he visto en un sueño.

Margaret no se ríe de él. Su expresión no ha cambiado, e incluso hay una nota de reconocimiento en sus ojos.

—Tú serás el padre y yo la madre —responde Margaret.

Halcón duda.

—¿Me crees?

—¿Y por qué no va a ser verdad lo que has visto en sueños? ¿Por qué voy a dudar de que vas a hacer lo que dices que quieres hacer? Tessa dice que eres una persona especial, y yo sé a qué se refiere. Basta con mirarte y escucharte. Yo ya he

dejado de soñar y también de tener esperanza, pero quiero volver a soñar y tener esperanza. Sé que contigo lo voy a conseguir.

Halcón hace un gesto de desaprobación con la cabeza.

—Pero vivir en las ruinas es bastante peligroso.

—Lo sé.

—Yo no podré estar contigo continuamente, y puede que incluso no pueda protegerte cuando lo necesites.

—Ni yo a ti —le respondió sin pestañear—. La vida es riesgo; pero también es algo precioso, siempre y cuando vivas por algo que merezca la pena. Incluso en estos tiempos —continuó, y le extendió la mano—. Llévame contigo, dame una oportunidad. No te pido más que eso. Si la cosa no funciona, me vuelves a traer aquí o me abandonas. No tienes ningún compromiso conmigo. No me debes nada.

No sabe bien qué decidir. Si accede y la lleva con él, está aceptando algún tipo de responsabilidad sobre ella. Sin embargo, su súplica lo ha conmovido, y la intensidad de su mirada lo ha cautivado, puede ver la fuerza que hay en ella, una fuerza que no suele encontrar a menudo en las personas, por lo que cree que sería un error subestimarla.

—Ella no está bien en el estadio —le dice Tessa con voz suave.

—Ni tu tampoco.

Sin embargo, finalmente es Margaret la que se va con él y Tessa la que se queda.

A media mañana, salió con Cheney hacia los muelles. Era un día nublado, y, aunque no llovía, el aire estaba cargado de productos químicos y olía a podrido, por toda la suciedad que se había depositado en el mar. Siempre ocurría lo mismo en la costa cuando hacía viento. Los vertidos habían acabado con la capacidad de limpieza de los océanos porque estaban completamente contaminados. Los gases tóxicos se disipaban, pero el mar depositaba los desechos en la costa y recordaba a los humanos el daño irreparable que habían causado a la naturaleza. Halcón cerró la boca y se puso un pañuelo en la cara, tratando de no respirar.

Un esfuerzo inútil, pensó. El veneno estaba por todas partes: en el aire, en el agua, en la tierra. Nadie podía escapar de ellos. Quizá dentro de cien años el mundo sería diferente, pero Halcón nunca llegaría a saberlo.

Había esperado con Lechuza a que los demás se despertaran, había tomado el desayuno —consistente en harina de avena, leche condensada y azúcar, todo lo que habían podido salvar y que no se había estropeado por el pasar del tiempo—, y había impartido las órdenes del día antes de marcharse: Pantera tenía que ir con Gorrión, Vela y Arreglatodo a tratar de recuperar las botellas de agua que Tiza había descubierto el día anterior; Oso tenía que ir con Tiza al tejado a recuperar los depósitos donde almacenaban el agua, que ya debían haber purificado las tabletas que habían echado; Río se tenía que quedar con Lechuza a cuidar a Ardilla. A todos les había advertido de que no salieran solos ni se separaran si iban en grupo. Hasta no descubrir quién había terminado con la vida del Lagarto con el que se habían

encontrado el día anterior, todos tenían que asumir que corrían peligro.

—De modo que hay cambios, ¿no? —dijo Pantera con desdén mientras se dirigía a la puerta.

Halcón esperó hasta que el grupo de Pantera se fue, y Oso y Tiza se marcharon al tejado. Antes de irse advirtió a Lechuza de que mantuviera la puerta cerrada y no abriera a nadie, hasta no estar segura de quién había al otro lado.

Caminaba por la calle junto a Cheney, sin poder quitarse de la cabeza al lagarto. Estaba decidido a averiguar qué animal podía haberle atacado, y para conseguirlo tenía que visitar al Hombre del Tiempo. El cielo estaba oscuro, como si fuera a llover. No obstante, días como aquel, grises y estériles eran muy comunes, aunque no lloviera nada. Antes no era así, pues en aquella ciudad siempre había llovido mucho, pero de eso hacía ya tiempo. Sin embargo, se puso una gabardina que Vela había encontrado tiempo atrás. En un bolsillo llevaba una linterna y en el otro los dardos venenosos, por si acaso.

Miró a su alrededor, para comprobar si los seguía alguien. No vio nada y continuó hacia los muelles. Cheney iba delante de él. El perro de pelos como espinas caminaba cabizbajo y moviéndose de lado a lado. Parecía no saber dónde iba, pero Cheney siempre sabía a dónde se dirigía y lo que había en su camino, siempre se mantenía al acecho. Cheney sabía mejor que todos ellos cómo mantenerse vivo.

Halcón lo había encontrado cuando era un cachorro, al lado de un edificio en ruinas, casi muerto de hambre. Cuando intentó acercarse a él, empezó a ladrar y a enseñarle los dientes, pero Halcón se agachó y le ofreció un trozo de carne medio podrida que llevaba, y esperó a que el perro se acercara; no obstante, se quedó mirándolo durante un buen rato, sin hacer nada, sosteniendo la mirada de sus ojos grises, torva y suspicaz. Y algo pasó entre ellos —como un reconocimiento, un entendimiento quizá, Halcón nunca lo ha sabido con certeza—, pues el cachorro se acercó y Halcón, después de un rato, le tiró la carne, se dio la vuelta y empezó a alejarse. Tenía cosas más importantes en la cabeza como para preocuparse por un perro. Gorrión y Arreglatado acababan de unirse al grupo, para alegría de Lechuza y él, pues aquello significaba que empezaban a formar una pequeña familia, pero ahora tenía que encontrar comida para todos ellos, lo que sería mucho más difícil con un animal, hambriento y moribundo.

Sin embargo, cuando volvió la cabeza, vio que el cachorro lo seguía a distancia, aunque suficientemente cerca como para no perderlo de vista. Trató de espantarlo con las manos, pero no le hizo caso. De manera que lo siguió hasta el refugio bajo tierra, aunque no entró. A la mañana siguiente lo encontró en la puerta, donde lo había dejado, y así estuvo varias semanas, hasta que una noche decidió entrar. Olisqueó por todos los rincones, observó a todos, se acurrucó y se durmió.

Desde aquel día, se quedó a vivir con ellos. No obstante, nunca había entablado amistad con nadie, salvo con Halcón. Dejaba que se acercasen, incluso que lo acariciaran, el que se atrevía a hacerlo, pero se mantenía alejado de todos, salvo

cuando estaba Halcón. El chico no se explicaba muy bien la conducta del animal, de no ser que había sido él el que lo había encontrado cuando era un cachorro y le había dado comida.

Halcón lo miró mientras caminaba, ahora ya era un perro enorme, con sus orejas estiradas y su cuerpo relajado, explorando todo a su alrededor y listo para cualquier ataque. Tenía un cuerpo demasiado grande para un perro, y cuando se sentía en peligro, realmente era temible, pues aunque ya era grande de por sí, parecía que doblase su tamaño. Su pelo se erizaba y su hocico se retraía dejando ver sus enormes dientes. Halcón ahora tenía dardos venenosos con los que protegerse. No obstante, cuando aún no los habían conseguido, en una ocasión, cuando hacía menos de un año que había encontrado a Cheney, mientras caminaba con el perro, se encontraron con un par de Croaks, seres transformados por todos los productos químicos y gases venenosos que se habían utilizado en los ataques terroristas. Seres que habían sido expulsados de los estadios y que vagaban por las calles y edificios esperando la muerte. Los Croaks eran extremadamente peligrosos, puesto que bastaba un ligero arañazo para que te infectaran y aquellos dos eran realmente desagradables y estaban dispuestos a atacarlo. Si embargo, estaban tan concentrados en Halcón que no se habían dado cuenta de que Cheney estaba allí. Un error fatal. El perro se les echó encima y en cuestión de segundos acabó con la vida de ambos antes de que se dieran cuenta de lo que les estaba pasando.

Después de aquel suceso, Halcón dejó de preocuparse cuando tenía que salir y dejar a Lechuza y a los demás solos. Si Cheney se quedaba, estaba más tranquilo.

La calle bajaba en una pendiente suave y ondulante abarrotada de restos de coches y escombros de los edificios en ruinas. En una de las aceras había una pila de huesos que había estado allí desde siempre. No era normal ver huesos en la ciudad, porque los carroñeros se los llevaban, pero por alguna razón, nadie se había llevado aquellos. Ni siquiera Cheney se había molestado en ir a olisquearlos.

A lo largo del muelle había una serie de edificios en ruinas. El agua que rompía contra el hormigón tenía una capa aceitosa y estaba llena de residuos y algas, que se extendía más allá de una gruesa cortina de niebla que descendía desde las nubes. Había tierra detrás de esa cortina de niebla, otra ciudad enclavada en una península salpicada de casas y árboles medio secos. Sin embargo, raras veces se veía últimamente, ya que la niebla lo tapaba todo, un lejano mundo apartado del suyo.

Llegó al muelle y se quedó mirando a su alrededor unos instantes, mientras Cheney se movía de un sitio a otro, con el hocico en el suelo, y con los ojos brillando por la tenue luz del día. A su izquierda, los esqueletos de acero de las grúas se erigían hacia el cielo, como dinosaurios congelados en el tiempo, sombríos y con aspecto tétrico. A su derecha, los edificios de la ciudad, con los oscuros huecos de las ventanas cuyos cristales hacía tiempo habían desaparecido. El muelle estaba plagado de coches en ruinas y trozos de edificios que se habían desplomado junto con el puente por el que hacía tiempo había transcurrido todo el tráfico hacia la ciudad. Vio

un cuerpo moviéndose entre las sombras de un edificio, uno de los pocos que todavía quedaban en pie, que de pronto desapareció. Halcón esperó en vano que apareciera otra vez.

Empezó a caminar hacia los sitios donde normalmente encontraba al Hombre del Tiempo. Procuró mantenerse alejado de los edificios y de los escombros, donde podían ocultarse y estar al acecho seres de la peor calaña. Sobre todo Croaks, que eran impredecibles, y podían atacar en cualquier momento. Cualquier ser podía atacar a los niños de la calle, pues eran una presa fácil.

No había caminado más de cincuenta metros hacia el norte, cuando oyó al Hombre del Tiempo cantando:

*A tisket a tasket
The world is in a casket
Broken stones and dead men's bones
All gathered in a basket.^[2]*

La voz del Hombre del Tiempo era aguda, tarareando una canción sin ninguna entonación, reflejo de que no estaba prestando mucha atención a lo que estaba haciendo. Halcón sospechaba que la mente de aquel hombre hacía mucho tiempo que no había estado centrada en nada. Era un milagro que hubiera podido sobrevivir tanto tiempo en la calle, solo y sin protección. Casi ninguna persona adulta vivía fuera de los estadios, tan solo los niños y los monstruos.

*Mary had a little lamb, little lamb, little lamb
Sweet and kind and slow of mind, it really didn't know.
That everywhere that Mary went, Mary went, Mary went.
Everywhere that Mary went, bad things were sure to go.*

—Hola hermano Halcón.

El Hombre del Tiempo salió de entre las sombras de un edificio, tenía la cara llena de pústulas y manchas negras, y los ojos como los de un loco, el pelo sucio, despeinado, apuntando en todas las direcciones. Llevaba un abrigo negro y una bufanda roja, tan destrozada que era increíble que los hilos todavía se mantuvieran unidos.

—¿Eres tú el lobo de la canción? —le preguntó Halcón.

El anciano se acercó a él, mirando de reojo a Cheney, pero sin mostrar temor. Cheney le clavó la mirada, pero no se movió.

—No lo sé. ¿Crees que podría ser yo el lobo?

—Tú eres el Hombre del Tiempo, aunque también podrías ser un lobo.

El hombre se colocó a su lado. Su cuerpo tenía el olor de las calles, de todos los gases tóxicos y desperdicios. Sus ojos eran lechosos y sus dedos huesudos.

—Podría ser muchas cosas, hermano Halcón. Pero solo soy una. Soy el Hombre del Tiempo y mi pronóstico para hoy es de cielo nublado, noches frías y mucho viento —le respondió clavándole la mirada.

Halcón se mantuvo unos segundos en silencio.

—Ayer nos encontramos con un lagarto. Su cuerpo estaba hecho *trizas*. ¿Conoces al *animal que lo puede haber atacado*?

—Algo que estaba buscando comida y marcando su territorio. Alguien como nosotros. ¿Sabes, hermano Halcón, que hubo un tiempo en que esta ciudad era una ciudad hermosa? Había árboles y jardines y el agua estaba limpia y el cielo azul radiante.

El hombre sonrió, los huecos en su dentadura negros y vacíos.

—Hace mucho tiempo yo era un chico como tú. Vivía allí, al otro lado de la niebla. —Señaló hacia el oeste, mirando en esa dirección como si pudiera ver todavía su pasado. Después miró a Halcón—. ¡Qué hemos hecho! Nos merecemos todo lo que tenemos.

—Yo no he hecho nada para merecer todo esto —le respondió Halcón—. Vosotros habéis sido los culpables. Dime si sabes algo del lagarto.

Sin embargo, el Hombre del Tiempo no quiso cambiar de tema.

—No todos hemos tenido la culpa de lo que ha ocurrido. Tan solo unos pocos fueron suficientes para causar esta destrucción, aquellos que tenían poder y medios. En aquel entonces todo era distinto. ¿Sabes que la gente se podía ver y hablar unos con otros a través de pequeñas cajas negras, incluso aunque estuvieran a miles de kilómetros? ¿Sabías que incluso se podían proyectar imágenes en esos aparatos?

Halcón movió en sentido negativo la cabeza.

—Lechuza algunas veces nos lo cuenta, pero todo eso pertenece al pasado. ¿Qué crees que le ocurrió al Lagarto?

El hombre se quedó mirándolo fijamente, como si no se creyera lo que estaba oyendo. A continuación asintió con la cabeza.

—Es verdad, todo eso es pasado. Es difícil de creer.

Suspiró y continuó:

—Hay seres que están saliendo a la superficie, hermano Halcón. Seres grandes y oscuros, nacidos de los gases venenosos y de los productos químicos y de toda esta locura. Yo no los he visto y he comprobado los estragos que hacen a su paso. Hace poco vi un grupo de Croaks totalmente descuartizados. Parece que estuvieron luchando, pero el ser al que se enfrentaron era mucho más fuerte que todos ellos juntos.

Halcón se quedó pensativo. La mayoría de las personas y otros seres evitaba a los Croaks, sobre todo si iban en grupo. ¿Qué es lo que les podría haber atacado sin tenerles miedo?

El Hombre del Tiempo se acercó a él.

—Esta ha dejado de ser una ciudad segura. Ni en las calles, ni en los edificios, ni siquiera en los estadios puedes estar seguro. Soplan vientos de cambio, hermano Halcón, vientos que amenazan acabar con nosotros.

—Conmigo no —espetó Halcón, furioso por tener que escuchar de nuevo una predicción tan sombría—. Haces todos esos pronósticos, como si nada tuvieran que ver contigo. Tú también vives en la calle. ¿Qué vas a hacer si te encuentras con uno de esos monstruos?

El hombre sonrió enseñando su dentadura, a la que le faltaban varios dientes.

—Me refugiaré. Me esconderé hasta que pase la tormenta. —Se encogió de hombros—. Soy viejo y los viejos tenemos menos que perder que los jóvenes como tú.

—Todo el mundo tiene algo que perder, aunque sea su vida. —A Halcón no le gustaba lo que estaba oyendo. El Hombre del Tiempo casi nunca hablaba de la muerte.

—A veces es mejor alejarse lo más posible de la tormenta en vez de enfrentarse a ella —comentó el hombre.

Halcón perdió la paciencia.

—¡Eso es lo que yo haré, irme de aquí cuanto antes! ¡Reuniré a los Fantasmas y buscaremos un nuevo hogar, un sitio donde estemos mejor!

Aquellas palabras las dijo sin siquiera pensarlas. No había las había querido decir, pero aquel anciano siempre estaba prediciendo cosas funestas, horribles, y aquello lo puso furioso. No obstante daba igual, al fin y al cabo las cosas no podían empeorar más de lo que estaban.

El hombre pareció no notar su enfado. Se dio la vuelta y miró en dirección a la niebla.

—Supongo que habrá sitios mejores que este, hermano Halcón. Pero no olvides que todas las ciudades están en ruinas. Casi todo el país es polvo y veneno. Los estadios son los únicos sitios donde se puede vivir ahora, aunque no van a durar mucho. Lo peor todavía no ha llegado. Pero llegará. No lo dudes.

Halcón empezó a moverse, impaciente por marcharse de allí cuanto antes. Miró a su alrededor y después miró de nuevo al hombre.

—Será mejor que tengas cuidado —le advirtió—. Sea lo que sea lo que anda por ahí, es mejor que no te lo encuentres.

El hombre no respondió. Ni siquiera lo miró.

—Volveré dentro de un par de días, para ver si te has enterado de algo más.

No respondió. De repente, levantó la cabeza y le preguntó:

—¿Puedes llevarme contigo cuando te marches, hermano Halcón?

Aquella pregunta imprevista lo cogió tan por sorpresa, que por un momento no supo qué contestar. Sabía que no podía llevárselo con él, pero tampoco lo podía abandonar a su suerte.

—Cuando llegue el momento, si te quieres venir, puedes hacerlo —le respondió—. Tengo que irme.

Se alejó caminando, descontento consigo mismo por razones que no podía definir. Miró a Cheney, que iba caminando a su derecha, con la cabeza baja y moviéndose de lado a lado.

En la distancia oyó al hombre del tiempo cantar:

*Happy Humanity sat on a wall
Happy Humanity had a great fall
All of our efforts to put him to mend
Couldn't make Happy be human again.*

Sin mirar atrás, Halcón levantó la mano y se despidió.

Después de su encuentro con Dososos, Logan Tom se metió en el Lightning AV y condujo hasta llegar a un punto en la carretera donde la llanura se extendía a ambos lados. Aparcó, puso la alarma perimetral, se fue a los asientos de atrás del vehículo y se durmió. Lo hizo de forma profunda y sin sueños, y cuando despertó de madrugada, se sintió renovado y descansado. Salió completamente desnudo del coche y empezó a lavarse el cuerpo con una esponja y el agua del depósito que llevaba en la parte trasera. El agua la había purificado con pastillas y aunque no se podía beber, podía utilizarse para la higiene personal. Nadie bebía agua que no fuera embotellada, y si alguna vez se acababan las existencias, sería el fin de todos los seres humanos.

Se vistió y desayunó fruta en conserva y cereales, sentado con las piernas cruzadas en el suelo y observando la llanura, con su espalda apoyada en el vehículo. En el horizonte, las ventanas de las casas y edificios de las granjas eran huecos negros y los árboles palos estériles.

Desayunó pensando en Dososos, en la tarea que le había encomendado, y en lo impactado que había quedado después de su encuentro. Se quedó pensando en algo que le había dicho de pasada y que no había procesado en el momento en que se lo dijo.

Un fuego inmenso se aproxima que acabará con toda la humanidad. Será algo fugaz y repentino.

Logan Tom dejó de masticar y se miró las manos. Poco importaba lo que cualquiera hiciera después de eso, demonios o humanos. Si tenía que actuar, mejor sería que lo hiciera antes de que aquella conflagración los consumiera a todos. Eso era lo que Dososos le había dicho, esa era la advertencia que le había hecho. Tenía que encontrar al Mutante Mágico y encontraría la forma de salvar lo que quedaba de humanidad del peligro que los acechaba.

No sabía si creérselo, ni qué pensar de todo aquello. El mundo era un lugar inhóspito tal y como estaba, y aquella conflagración no podía empeorar más la situación. Sin embargo, cuando reflexionó con detenimiento, se dio cuenta de que no era verdad, pues las cosas podían empeorar, incluso en un mundo tan deteriorado como aquel.

Terminó de desayunar, sacó los huesos de los dedos de Nest Freemark y los puso sobre el trapo negro cuadrado en el que los había envuelto. Los huesos permanecieron estáticos durante unos segundos, pero de pronto empezaron a moverse y a juntarse, hasta formar una mano. Escalofriante. Al cabo de unos segundos, los dedos apuntaron hacia el oeste. Los observó un rato más y después los volvió a envolver en el trapo negro y se los metió en el bolsillo de la chaqueta. Tenía órdenes que cumplir, y lo mejor sería ponerse en marcha.

Condujo lentamente, siguiendo la línea blanca de la autopista, cruzando aquel Estado bajo un cielo nublado y brumoso. Todavía no era mediodía cuando llegó al río

Mississippi. Las aguas del gran río fluían de forma lenta y pesada, grises y repletas de chatarra y desperdicios. Vio restos de coches en una de las orillas. Había trozos de casas y árboles caídos en el agua y cuerpos en descomposición. Olía a muerte y a decadencia, un hedor que inundaba todo el aire que se respiraba. Miró el puente de hormigón que cruzaba el río, y que llevaba directo a Iowa.

El puente estaba plagado de cuerpos.

El olor a muerte no procedía del río, procedía de allí.

Se quedó mirando fijamente todo aquello durante unos segundos, sin saber bien lo que pensar. Por el número de muertos y la acumulación de escombros parecía que el final había sucedido de repente.

Miró a su alrededor, con precaución por lo que pudiera haber oculto por allí. No vio nada. Avanzó con el coche hasta el puente. Allí nada se movía. Avanzó entre los cuerpos con los brazos y las piernas extendidas y los puños apretados como si hubieran querido aferrarse a algo. Se fijó en los rostros y observó que estaban negros. De pronto, supo lo que había ocurrido.

La peste.

Llamaron a esta peste «sangría rápida» por la velocidad con que mataba. Era la que había provocado la muerte repentina de toda aquella gente. Estaba en el aire. Una vez se metía en los pulmones, era mortal si antes de una hora no te inyectaban un antídoto, o no estabas vacunado. Por el número de muertos que había, parecía que había sido una cepa bastante virulenta, que seguro que se había disipado ya. No había forma de conocer su procedencia, si había sido causada a propósito o por accidente, si había sido un ataque o un error. Poco importaba ya, el resultado era el mismo: la muerte. El ya había conocido las consecuencias de aquella epidemia, mucho tiempo antes, cuando todavía estaba con Michael.

Siguió conduciendo, tratando de no respirar el aire, aunque sabía que ya no corría peligro. A su mente llegaron recuerdos de un pasado cercano.

Está en su cama, con tanta fiebre que casi no puede sostenerse en pie. El sudor empapa su piel y la ropa que lleva puesta. Los músculos le duelen tanto que se retuerce como si fuera un muñeco de trapo. Tiene los dientes apretados y reza para que toda aquella agonía pase. Le da igual morir con tal de no sentir tanto dolor.

Cierra los ojos con fuerza y al abrirlos todavía está oscuro. Oye voces procedentes de la habitación de al lado.

—...tendría que estar muerto... tiene mucha fiebre... no sé cómo puede resistir.

—...es más fuerte de lo que... ya lleva así siete días... abrígalo y...

Uno de los que hablan es Michael Poole, el otro, su compañero Fresh, aunque no distingue quién es quién. La fiebre nubla el pensamiento y no puede identificar las voces. Es ridículo. Conoce a Michael tanto como a sí mismo. Y conoce a Fresh tanto como a Michael; sin embargo, no puede distinguir sus voces.

—...nadie se recupera de algo así... es mejor dejarlo en vez de intentar...

La voz se pierde en la distancia, el zumbido de sus oídos y el sonido de su propia

respiración a través de sus dientes apretados la tapa. Tiene la peste. No sabe qué cepa y le da igual. Lleva así varios días. No sabe bien cómo la ha contraído, ni tampoco recuerda lo que le ha ocurrido desde que cayó enfermo. Los sueños y la realidad se mezclan, lucha por respirar, porque tiene la garganta hinchada y le impide la entrada del aire. El dolor es lo que hace que siga respirando, porque lo mantiene despierto y esforzándose por vivir. Si se duerme, perderá la conciencia y morirá. Nunca ha tenido tanto miedo.

—...nos tenemos que ir cuanto antes... y no detenernos cuando se enteren...

—...no podemos dejarlo solo... los animales acabarían con él.

—...qué otra cosa podemos hacer si las cosas no... es necesario que sacrifiquemos algo... uno por todos...

Solo oye fragmentos de la conversación, pero se imagina el resto. Están discutiendo lo que tienen que hacer con él, todavía tan enfermo, quizá todavía con poder de contagiar, un peligro para los demás. Tienen que irse cuanto antes porque los demonios los persiguen y no tardarán en darles caza. Uno de ellos dice que es mejor dejarlo, lo mismo que han hecho con otros, por el bien del resto; otro dice que es mejor esperar para ver si la fuerza de su constitución le permite recuperarse. Están hablando de forma tranquila y razonando, sin acalorarse. De pronto siente deseos de gritarles y decirles cómo se siente uno en semejante situación.

De repente dejan de hablar. Entorna un poco los ojos y ve que la luz de la entrada la tapa un cuerpo. Están mirándolo. Intenta hablar, pero no le salen las palabras. El dolor recorre su cuerpo y se estremece de forma violenta.

—¿Lo ves? —dice uno.

—Veo, ¿qué? Está luchando por vivir.

—Una batalla perdida, porque lo está consumiendo.

—Vero todavía no le ha ganado.

Se van y lo dejan solo, se siente abandonado y traicionado. ¿Quién es el que lo quiere abandonar? Son sus dos mejores amigos, pero uno de ellos quiere abandonarlo. Los ojos se le llenan de lágrimas y empieza a llorar. Esto es morir, piensa. Uno lo hace solo, y es degradado por ello; es expuesto a sus propias debilidades y ala realidad áspera de lo que significa la muerte. Da un suspiro y espera la llegada de la muerte.

Sin embargo, la muerte no llegó aquella noche. La fiebre bajó y a la mañana siguiente podía moverse. Estaba muy débil, pero se estaba recuperando. Michael y Fresh fueron a verlo y le dijeron lo felices que estaban. Todavía no sabía cuál de los dos había querido abandonarlo, cual de los dos le había dado por muerto. En aquel momento pensó que había sido Fresh, que Michael nunca lo abandonaría. No obstante, no estaba seguro. Sobre todo ahora, después de saber lo que había hecho Michael pasado el tiempo.

Era extraño lo que sentía por Michael. Sus padres nunca lo habrían abandonado, ni aunque les hubiera costado la vida. Los recordaba vagamente, de forma menos

precisa según iba pasando el tiempo, y ya casi no se acordaba de su hermana ni de su hermano. Sus rostros se desdibujaban en el recuerdo. Sin embargo, se acordaba de Michael como si estuviera ahora mismo allí con él: los rasgos duros, los hombros amplios, inclinados, el sonido de su voz profunda tan claro como el encuentro con Dossos la noche anterior. Se acordaba porque había pasado mucho tiempo con él, habían hecho muchas cosas juntos, la fuerte personalidad de Michael había calado hondo en la de Logan, había sido su referencia cuando era más joven. Con todo, nunca lo había querido tanto como a su propia familia, pues nunca había estado tan seguro de Michael como lo estaba de ellos. No parecía haber ninguna razón para ello, tampoco ninguna señal para que lo sintiera de otra manera.

Los edificios se extendían a cada lado frente a él. Había más cuerpos en las calles y el olor a muerte se respiraba por todas partes. Nada se movía entre las sombras, no había ningún signo de vida. Según los sensores del coche, ni siquiera había carroñeros, una señal clara de que no quedaba nada. Dirigió su mirada hacia la entrada de los edificios y las ventanas. La ciudad estaba desierta.

Cuando cruzó la ciudad, el cielo se había nublado y amenazaba con llover, aunque dudó que pasara, pues casi siempre parecía estar a punto de llover, pero luego no caía una sola gota.

Siguió conduciendo por el extrarradio de la ciudad, dejando atrás casas, colegios e iglesias. No había nadie en ningún sitio, pues cuando la peste atacaba, lo mejor era huir. No es que hubiera muchos sitios donde ir, pero cuando no se tenían más recursos, lo mejor era salir corriendo, en vez de quedarse y enfrentarse a lo imposible. Lo mismo había ocurrido cuando se produjeron los ataques con armas químicas.

No siempre había sido así. Al principio la gente se había enfrentado, sin importarles la muerte. Estaban dispuestos a dar la vida por lo que creían, porque así era su naturaleza, no dejarse intimidar. Incluso cuando los gobiernos empezaron a desaparecer, la gente se mantuvo unida. Creían que su fe los protegería, que su coraje sería un escudo contra lo peor; pero se equivocaron, y al final casi todos murieron. Los únicos que pudieron sobrevivir fueron los que se dieron cuenta de que la fe y el coraje eran necesarios, pero no suficiente. También eran necesarios el criterio y el razonamiento. Cuando el mundo se desmoronaba a tu alrededor, era imprescindible saber cuándo quedarse y enfrentarse a la situación o cuándo había que salir corriendo. Había un momento y un lugar para ambas situaciones.

Incluso para él. Incluso para el Caballero de la Palabra.

Aparcó el coche a las afueras de la ciudad, en lo que una vez había sido un pequeño parque y que ahora era un trozo de terreno yermo, en el que quedaban tan solo unas cuantas mesas rotas y restos de columpios oxidados. Aparcado, con el capó del coche mirando hacia el oeste, se sentó y empezó a comer el almuerzo. Comer había dejado de ser un placer para él, pues la comida era envasada e insípida. Comía nada más que para mantenerse fuerte y seguir viviendo. Pasaba lo mismo con el sueño. Dormía porque no tenía más remedio, pero no le gustaba ninguna de las

pesadillas que tenía que soportar.

Al igual que muchas otras cosas, pensó. Al igual que casi todo.

Estaba todavía comiendo cuando unos hombres aparecieron por su espalda. Se le había olvidado activar la alarma y estaba absorto en sus pensamientos, cuando de pronto los vio a cada lado del coche apuntándolo con sus armas. Se habían acercado sigilosamente y no se había dado ni cuenta. Era un grupo de desarrapados que olían a sudor. Iban armados con rifles y pistolas, armas muy antiguas, de tiempos anteriores a los anteshombres. Le sonrieron mientras hacían un círculo en torno al coche, la satisfacción brillando en sus ojos desquiciados. Le habían pillado desprevenido y eran conscientes de su situación de ventaja.

Estúpido, se dijo a sí mismo. Estúpido despistado.

—Sal —le ordenó el que estaba más cerca, tocándole el hombro con su arma automática.

Logan ya había puesto la mano derecha en su vara, mientras abría la puerta con la izquierda para salir del vehículo. Se sujetó la vara para salir, fingiendo que necesitaba apoyarse en ella. Cuando estuvo fuera, miró a su alrededor y a cada uno de ellos. Eran cuatro. Los típicos saqueadores de gesto enloquecido, dispuestos a pegarle dos tiros si les daba la mínima oportunidad. Serían capaces de disparar contra su propia madre.

—Vamos a confiscar tu vehículo por razones oficiales —le dijo, mientras lo apuntaba con su arma.

—¿Perteneceis a la milicia de Iowa?

—Más o menos —respondió otro, pasando la mano por el AV.

El primero sonrió y asintió con la cabeza.

—Por razones oficiales —repitió—. Te lo devolveremos cuando hayamos terminado.

Parecía disfrutar con aquella farsa. Era el cabecilla, el que se había vuelto hacia los demás y les había hecho una señal para que se subieran al vehículo. Logan se quedó observándolos, sin hacer nada. Tenía en su mano la vara y empezó a notar la fuerza de su poder, que ascendía por su brazo y por todo el cuerpo. Sentía el calor, sentía la subida de la adrenalina. Estaba impaciente por utilizarla, anticipando la satisfacción que le iba a dar, ese pequeño placer a su desgraciada existencia.

—¿Qué le ha ocurrido a la gente de por aquí? —preguntó retrocediendo unos pasos.

—Enfermaron —respondió uno.

—Muy enfermos —dijo otro.

—Tan enfermos que murieron —volvió a hablar el primero, sonriendo.

—Los más afortunados —comentó el segundo.

Se estaban acomodando en el coche, admirando su nueva adquisición. Eran como niños con zapatos nuevos, tenían en sus manos un coche tan maravilloso como jamás hubieran soñado; sin embargo, el conductor tenía problemas con los mandos, puesto

que nunca se había montado en un vehículo parecido.

Miró a Logan y le apuntó con su arma.

—Dime cómo se pone en marcha —le ordenó.

Logan se acercó, apoyándose en su vara.

—Así que dices que los afortunados murieron. ¿Y los que no fueron tan afortunados?

—¿Y a ti qué más te da? —respondió el conductor.

—Los han llevado a los campos de esclavos —respondió otro.

El que estaba en el asiento del conductor lo miró de mala manera, pero el otro se encogió de hombros. Logan se quedó a unos pocos pasos y señaló al tablero de mandos.

—Dale a ese botón de la derecha para ponerlo en marcha.

El que estaba en el asiento del conductor miró el tablero de mandos y localizó el botón que Logan le había indicado y lo presionó. No ocurrió nada. Lo presionó de nuevo. Nada. Lo intentó varias veces sin éxito alguno. Cuando se cansó, miró a Logan con cara de pocos amigos.

—Déjame a mí —le dijo Logan acercándose.

Metió la cabeza en el coche y le agarró la mano que sostenía el arma antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando. Le apretó hasta que soltó el arma y después tiró de él y lo lanzó fuera del coche volando hasta caer a unos metros de distancia. No le costó casi esfuerzo. Su vara le daba el poder suficiente para hacer aquello y mucho más. Los otros tres se quedaron anonadados y antes de que pudieran reaccionar pasó su vara por delante de ellos y un chorro de luz de color azul los sacó del vehículo volando por los aires, hasta caer al suelo. Logan se acercó, les quitó las armas y las rompió contra un poste de luz.

—¡Debería daros vergüenza! —les dijo con tranquilidad. Agarró al cabecilla por la pechera y lo sentó—. ¿Dónde está el campo de esclavos?

El hombre se quedó mirándolo, asustado.

—No lo sé.

—Claro que lo sabes. Seguro que hasta colaboraste con los que los perseguían. —Le puso la mano en el cuello y se lo apretó—. Dime dónde está.

El hombre abrió la boca para tratar de respirar.

—Hacia... el oeste —dijo con voz entrecortada—. Nunca... he estado... allí.

Logan asintió con la cabeza.

—Pues deberías ir. Te sentaría bien —lo soltó con tanta fuerza que casi se golpea la cabeza contra el suelo—. Si lo que me has dicho es mentira, volveré y acabaré contigo. ¿Entiendes?

El hombre asintió, con los ojos desorbitados y tragando con dificultad.

—No puedo mover los brazos. ¿Qué me has hecho?

—Te he dejado vivo, que es más de lo que mereces —le respondió—. Si yo fuera tú, me buscaría la manera de hacer algo mejor con mi vida, y como tú esos otros

animales que tienes como compañeros. —Logan se levantó y miró al hombre de arriba a bajo—. Si nos llegamos a ver otra vez, no seré tan generoso.

Durante unos segundos estuvo considerando la posibilidad de no ser tan benevolente en aquel momento, pues eran tipos de la peor calaña, la escoria de la humanidad, de la que los anteshombres se alimentaban. No eran mucho mejor que los anteshombres, los cuales carecían de organización y estaban solo un poco más locos. Eso era en lo que se había convertido el mundo, en lo que se había convertido la civilización después de su caída.

El hombre debió de ver en los ojos de Logan lo que estaba pensando.

—No me hagas daño —le suplicó—. Yo solo trato de sobrevivir, como los demás.

Logan se quedó mirándolo un rato. ¿Tratar de sobrevivir para qué? Apartó de su mente aquel pensamiento. Al poco tiempo se dio la vuelta y se montó en el AV. Arrancó el coche, miró por última vez a los hombres que todavía estaban en el suelo y se dirigió hacia el oeste.

A última hora de la tarde, cuando los demás Fantasmas volvían a casa, Halcón salió para ir a ver a Tessa. Había dicho a Lechuza que diera la cena a los demás, que él comería algo cuando volviera. Ella lo miró de la misma forma que lo miraba siempre que salía al anochecer, con miedo, como advirtiéndole de que tuviera cuidado. No trató de disuadirlo, porque nunca lo hacía, pues aunque solo tenía veintitrés años, conocía sus necesidades mejor que él, y sabía que de nada serviría decirle que no fuera. Mucho menos en aquellas circunstancias; mucho menos si iba a ver a Tessa.

La neblina se había espesado aún más con la caída de la noche, y las ruinas de la ciudad estaban cubiertas de sombras cuando Halcón salió del subterráneo con una de las lanzas de energía solar en la mano y Cheney detrás. Siempre se llevaba a Cheney en este tipo de visitas nocturnas, no era tan temerario como para ir solo. A pesar de que era muy arriesgado salir a aquellas horas, iba mejor equipado que la mayoría de los demás seres para asumir ese riesgo, pues podía ver tan bien a oscuras como con plena luz y tenía una capacidad auditiva inusualmente desarrollada. Con todo, la noche era peligrosa y había seres ocultos que podían ver y oír mejor que él, por eso prohibía a los Fantasmas salir a horas muy tardías, ni siquiera en grupo. Halcón se aventuraba porque era el único momento en el que Tessa se podía arriesgar a reunirse con él.

Sin embargo, aquella noche no podía dejar de pensar en qué era lo que había acabado con los Croaks y con el lagarto. Algo grande y peligroso andaba suelto por la ciudad, algo que estaba cazando. Si podía haber acabado con la vida de un lagarto de aquel tamaño y con un grupo de Croaks, podría perfectamente despachar a un niño de la calle sin mayor problema. Incluso aunque fuera con Cheney.

Era casi de noche, pero todavía se podía ver algo. Recorrió la Primera Avenida, pasando por entre los escombros de los edificios y los coches abandonados. Caminaba deprisa a través de las ruinas, siempre por el centro de la calle, dejando que Cheney fuera delante marcando el paso. La ciudad estaba en silencio, como si estuviera vacía, pero sabía que había seres por todas partes. A algunos los conocía, como la comunidad de Arañas que vivía en un almacén, justo por encima del estadio; y la pequeña familia de Lagartos, que ocupaban lo que una vez fue un edificio de apartamentos; también había Croaks por allí, pero no muchos cerca del estadio, pues, a pesar de que los Croaks eran muy atrevidos, no les gustaban los espacios abiertos, sino que preferían la oscuridad y los sitios más aislados. Incluso aunque fueran en grupo, evitaban los estadios.

Sin embargo, Halcón, a diferencia de los demás seres que se movían en grupo, iba solo y sabía que era presa fácil. Los Croaks estarían al acecho.

Su sombra se alargaba mientras caminaba y el aire se hacía cada vez más frío. Estaban a mediados de año, pero no sabía con certeza en qué mes. Seguro que

Lechuza estaba al tanto, pero no lo comentaba porque tampoco importaba demasiado. Los relojes y los calendarios eran para los que vivían en los estadios y querían mantener alguna sensación del pasado que se negaban a reconocer como muerto y olvidado. Los que vivían en las calles, como los Fantasmas, solo se sentían cómodos con el presente, no con los recuerdos. La mayoría ni siquiera hablaba de sus padres, si es que alguno se acordaba de ellos. Sus familiares eran como historias olvidadas, habían dejado de ser reales.

Algunos ni siquiera recordaban su pasado. Halcón recordaba algo, pero sus recuerdos eran tan fragmentados y desconectados de la realidad actual que no podía darles un contexto concreto. Su padre era una sombra sin rostro y de vez en cuando imágenes de su madre aparecían en su mente o creía reconocer su rostro en alguna mancha de alguna pared, recordaba algunas de las señas que le hacía en un movimiento en las sombras, o su sonrisa en el chillido de una gaviota. No obstante, nunca era capaz de juntar todas las piezas. Incluso los datos concretos de su pasado los recordaba con dificultad: tenía recuerdos de ir a nadar a la costa de Oregón y recordaba la playa, pero no mucho más. Era como si no hubiera vivido hasta llegar a aquella ciudad.

Con todo, poco importaba aquello ahora, pues los Fantasmas habían sido capaces de rehacer sus vidas, y tenían nuevas costumbres y rituales. Lechuza había impuesto unas normas para comer, dormir y bañarse; y Halcón había asignado las tareas. La rutina los mantenía centrados en seguir sobreviviendo. No celebraban fiestas, porque ninguno de ellos, salvo Lechuza, podía recordar más de una o dos, aunque en los estadios sí las celebraban. Algunas veces Tessa le hablaba de aquellas celebraciones con fervor, pero a él le parecían superficiales y forzadas. En cuanto a las festividades que merecían ser recordadas parecían estar en desacuerdo, pues Halcón pensaba que solo servían para permanecer anclados en el pasado. Los Fantasmas tampoco celebraban los cumpleaños, porque muchos ni siquiera sabían cuándo habían nacido. Lechuza había puesto una fecha de nacimiento a los que la habían olvidado, y la había marcado en el calendario que colgaba de la pared, y aunque no sabía con seguridad en qué día ni en qué año vivían, se lo imaginaba y aquello se convirtió en un juego en el que todos participaban.

De pronto, vio que algo se movía entre las sombras en el interior de uno de los edificios. Cheney se acercó agachado a la apertura oscura de la entrada, se quedó mirando hacia la oscuridad y gruñó suavemente. Halcón se detuvo, con la lanza en la mano, preparado. Tras unos minutos de tensión, Cheney se dio la vuelta y empezó a caminar de nuevo. Halcón lo siguió y los dos emprendieron la marcha juntos.

Algunas veces pensaba que todo sería más fácil si vivieran en el estadio con Tessa y los demás, aunque sabía que no se lo permitirían después de haber vivido en la calle durante tanto tiempo, pero eso tan solo era una excusa. Daba cierta seguridad vivir en grupos numerosos, pues la responsabilidad se repartía, era más fácil conseguir comida y medicamentos y algunos de los que vivían allí dentro sabían hacer cosas

que ellos nunca aprenderían. Sin embargo, había algo tan repugnante en la vida en los estadios que eclipsaba todo lo que los hacía deseables: demasiadas restricciones y normas, muy poca libertad, demasiada conformidad, demasiado miedo a todo lo que había fuera de los muros. Era el mundo antiguo en miniatura. Y una de las cosas de las que Halcón estaba seguro era de que ese mundo había muerto para siempre y había que olvidarlo, pues con el tiempo, otro mundo nuevo resurgiría de las cenizas del viejo, pero viviendo encerrado entre cuatro paredes no se iba a conseguir nada.

Había oscurecido completamente cuando salió de entre las ruinas ennegrecidas por la ceniza y la carbonilla del extremo sur de la ciudad y vio con claridad el estadio en el horizonte. Unos muros de gran altura rodeaban lo que una vez había sido un campo de deportes, extendiéndose por los cuatro costados y ocupando el espacio de varios edificios. Tenía un tejado de metal apoyado sobre una red de vigas de acero, que había servido para cubrir y descubrir el campo de juego, aunque ahora siempre estaba descubierto. Había alambre de espino encima de todos los muros y el perímetro del estadio estaba rodeado por gruesos rollos del metal de púas. Los vigilantes estaban apostados en las cuatro esquinas y había barricadas en las entradas que no habían podido ser tapiadas completamente. El estadio estaba bastante separado de los últimos edificios de la ciudad, pues todos los edificios próximos habían sido derribados para poder divisar al enemigo en caso de ataque.

Una señal rota con las letras medio borradas y la superficie lisa ennegrecida y llena de cicatrices proclamaba que aquello era el «Estadio Safeco».

Halcón había oído que una vez hubo un campo adyacente que ocupó el espacio abierto entre la ciudad y el estadio. No obstante, los terroristas lo habían bombardeado cuando era uno de los últimos campos de deportes activos en el país, que todavía luchaba por mantener sus tradiciones. Más de dos mil personas habían muerto en aquel atentado, y la mayor parte del edificio se había derrumbado. Poco tiempo después, la primera de las epidemias se cebó con la población del estadio, matando cincuenta mil personas en menos de una semana. Aquello supuso el principio del fin.

Halcón se acercó al estadio dando un rodeo, manteniéndose siempre oculto entre los escombros y las sombras que proyectaban los edificios. Su destino estaba al este, a tan solo cien metros de donde se encontraba, los cuales recorrió agachado con Cheney a su lado. Nadie vivía en aquella parte de la ciudad, porque los muros se vigilaban día y noche, y en cuanto veían algo, mandaban a un escuadrón a que lo destruyera. El crepúsculo era la peor hora para los vigilantes, porque no podían distinguir el movimiento entre los escombros, por eso había elegido aquella hora para *encontrarse con* Tessa. Siempre se reunía con ella el mismo día de cada semana. Anteriormente habían acordado, que si alguno de los dos no iba en alguna ocasión, quedaban siempre la noche siguiente. El sitio y la hora siempre eran los mismos, a la caída de la noche en las ruinas de una antigua estación de un tren de cercanías.

Halcón miró a su alrededor mientras avanzaba sigilosamente entre huesos,

animales disecados y algún que otro cuerpo humano. No se detuvo a mirarlos de cerca, pues la muerte estaba por todas partes y ya nada se podía hacer. Encontraba restos de niños casi cada semana, seres solitarios que habían tenido la desgracia de caer en manos de algún depredador. Sin embargo, casi nunca se encontraba con restos de adultos. Salvo el Hombre del Tiempo, los que vivían fuera de los estadios se habían ido a vivir al campo, donde tenían más oportunidades de seguir con vida.

Halcón había perdido a dos integrantes de su pequeña familia en los cinco años que había vivido bajo tierra. Los Croaks habían atrapado a uno de los Fantasmas, a una niña a la que llamaban Ratoncita. El otro fue un chico más mayor que se llamaba Garza, se cayó y se mató. Todavía se acordaba de sus caras, de sus voces, de su aspecto. Todavía podía sentir la rabia por no haberlos podido ayudar.

Tardó tiempo en llegar al sitio donde habían quedado, porque tenía que avanzar lentamente y con cuidado entre las ruinas para que los guardas no lo vieran, y a veces tenía que desviarse un poco. Cheney se mantenía a su lado, siempre al acecho, sabía arreglárselas perfectamente para sobrevivir, convirtiéndose en un fantasma para no ser visto. Halcón siempre pensaba en que era impresionante cómo una cosa tan grande podía moverse con tanto sigilo. Si Cheney no quería ser visto u oído, no se le veía ni se le oía. En ese preciso momento, Cheney había pasado al lado de Halcón de improviso, apareciendo de entre las sombras como si hubiese nacido de la niebla y la oscuridad. Si el muchacho no fuera un guerrero tan experimentado, se hubiese llevado un buen susto.

Cuando llegó a la estación de tren, bajó por las escaleras y dio tres golpes a la puerta, dos fuertes y uno más suave, luego se apartó y esperó. Casi de forma inmediata la puerta se abrió y apareció Tessa.

—¡Halcón! —Tessa exclamó su nombre como si sus plegarias hubiesen encontrado la respuesta esperada y lo abrazó—. Casi me rindo. ¿Dónde te has metido? —Empezó a besarlo en la cara y en la boca—. Estaba casi segura de que ya no ibas a venir.

Tessa siempre se comportaba así, deseosa de estar con él, creyendo que nunca iba a acudir a la cita. Estaba enamorada y eso le hacía sentirse bien. Su amor le daba fuerza, la fuerza que da el saber que podías cambiar la vida de otra persona por ser solo quien eres. Además, Halcón compartía los mismos sentimientos hacia ella, con lo cual sentía que estando juntos serían capaces de hacer cualquier cosa, lo había sentido desde el momento en que la conoció. Y lo había sentido tan profundamente, de una manera tan real, que sabía que no había sentido nada igual en toda su vida.

La besó, deseándola tanto como ella lo deseaba a él.

Cuando se separaron, ella sonreía.

—Parece como si nunca hubiéramos hecho esto, como si hubiéramos estado esperando toda la vida para hacerlo.

Era una chica menuda y de tez del color del chocolate, con el pelo negro y muy cortito, que brillaba incluso en la oscuridad. Tenía los ojos enormes, como si todo lo

que estaba viendo le pareciera nuevo y emocionante. Irradiaba energía y vitalidad, y su entusiasmo contagiaba a todo el que estuviera cerca de ella, un entusiasmo que te hacía sentir bien incluso en los momentos más sombríos.

—¡Vaya pinta llevas! —exclamó—. Todo sucio, como si Lechuza no te hubiese hecho bañar en un mes —continuó diciéndole mientras sonreía—. ¡Estás realmente guapo!

Estaba claro que comparado con ella, con sus botas de cuero brillantes, su abrigo y su blusa limpia, iba hecho un desastre. Los vaqueros, la sudadera y los zapatos de lona que llevaba Halcón estaban destrozados. No obstante, Tessa nunca hacía comentarios de ese tipo, pues ella siempre le decía lo mucho que lo amaba y lo feliz y segura que se sentía a su lado. Era su modo de ser. No obstante, Halcón se había sentido herido por aquella crítica y pensaba en todas las cosas buenas que podría enumerarle que había fuera de los estadios que compensaban el no tener demasiada ropa con la que lucirse.

—¿Cómo están los demás? —le preguntó Tessa, mientras se sentaba en un banco de hormigón que había en la pared.

—Bien, todos sanos y salvos. Lechuza me ha dado recuerdos para ti. Dice que te echa de menos... casi tanto como yo.

Tessa se mordió el labio.

—Ojalá pudiera venir a vivir conmigo, ojalá todo fuera distinto.

—También podrías ser tú la que vinieras con nosotros. No tenemos un estadio, pero tampoco tenemos las estúpidas normas del estadio —le dijo tomándole la mano—. ¡Ven, Tessa! ¡Ven conmigo! ¡Únete a los Fantasmas! Tú puedes escapar de aquí, vivir fuera de estos muros.

Tessa esbozó una inquieta sonrisa.

—Ya sabes lo que pienso. ¿Por qué me lo sigues pidiendo?

—Porque creo que tus padres no son los que te tienen que dictar lo que tienes que hacer con tu vida.

—Ellos no me dicen lo que tengo que hacer con mi vida. Soy yo la que he elegido quedarme a su lado —le respondió apretando los labios, demostrando su frustración—. No me puedo ir hasta que... mi padre podría soportarlo, pero mi madre no. No es la misma desde que tuvo el accidente. Si pudiera utilizar... —Movi6 la cabeza, incapaz de continuar—. Si pudiera utilizar...

Le resultaba difícil pronunciar las palabras. A su madre le habían aplastado las manos unos bloques de hormigón durante un terremoto hacía menos de un año. Aquello había cambiado a Tessa por completo, y le costaba hablar de ello ahora.

—Si pudiera utilizar sus manos de nuevo —terminó la frase por ella—, tu madre tendría alguna esperanza, pero si tú te vas ellos no tendrían ninguna excusa para echarla del estadio. ¿No es eso?

Tessa negó con la cabeza.

—Pero no es solo eso, se quedó destrozada por dentro, y solo nos tiene a mi padre

y a mí en este mundo; se moriría si la abandonáramos cualquiera de los dos —alargó la mano y le tocó la mejilla—. Pero todo esto ya lo sabes. ¿Por qué tenemos que hablar ahora de ello? ¿Por qué no eres tú el que te vienes a vivir conmigo? Si te vinieras, es posible que Lechuza y los demás también se pudieran venir.

—Sabes bien que no admitirían a nadie que haya estado viviendo en las calles tanto tiempo. Y menos a los niños.

Tessa le apretó las manos.

—No tendrían más remedio si te casaras conmigo. Esa es la ley. Él se quedó sin poder decir palabra durante unos segundos, con la intensidad de su mirada, pero luego movió la cabeza.

—Es posible que a mí me dejen, pero no a los demás. Y una familia debe permanecer unida. Además, el matrimonio es una convención que pertenece al pasado, que ha dejado de tener sentido.

—Pero para mí sigue siendo muy importante. Lo es todo. —Se acercó a él y le dio un beso en los labios—. ¿Y qué crees que tenemos que hacer, entonces, Halcón? ¿Nos tendremos que conformar con seguir viéndonos el resto de nuestras vidas a escondidas? ¿Es eso lo que quieres? ¿Tan solo una hora a la semana, ocultándonos de los demás?

Halcón movió la cabeza y cerró los ojos, sintiendo la presión de sus labios. No era eso precisamente lo que él quería, pero a veces no siempre se tenía lo que uno deseaba. De hecho, casi siempre era lo contrario. Dejaron aquella discusión para más adelante, lo más adelante que pudieran, pues el tiempo apremiaba. Tessa había estado hablando últimamente de lo que suponía el matrimonio para ella. Era una clara señal de la desesperación que sentía por no encontrar una salida a su situación, por no poder estar más tiempo junto a Halcón. Era también una clara señal de su frustración el que hubiera sugerido lo del matrimonio abiertamente, tal como lo sentía.

—Casarnos no solucionaría nada, Tessa. Yo ya estoy casado contigo. Que alguien se ponga delante de nosotros y nos declare marido y mujer no cambia nada. De todas maneras, no podría vivir dentro del estadio. Ya lo sabes. Tengo que vivir en la calle, donde pueda respirar. Algún día tú sentirás la misma necesidad, estén o no estén tus padres.

Ella asintió, más para calmarse, que por estar de acuerdo, mientras se le escapaba una sonrisa triste.

—Algún día.

Sin embargo, Halcón quería decirle que era difícil que ese día llegara, pues habían esperado demasiado tiempo. Hasta hacía poco, tan solo les bastaba sus sueños y sus esperanzas, pero Halcón estaba cada vez más impaciente, y, sin embargo, Tessa parecía cada vez más distante. Halcón pensaba que poco a poco se iban desvaneciendo las pocas posibilidades que tenían de estar juntos.

Echó a un lado sus pensamientos funestos y su frustración.

—Cambiemos de tema —dijo—. Necesito que me ayudes. La hermana pequeña

de Tigre, Persia, está enferma y necesita pleneten. Le prometí que iba a tratar de conseguirlo.

Tessa bajó la mirada y la posó en las manos de los dos, que habían permanecido entrelazadas durante todo aquel rato, y volvió a mirar a Halcón.

—Te veré mañana por la noche si puedo conseguirlo. Supongo que es una buena razón para intentarlo.

—Tessa...

—No digas nada. Las palabras se las lleva el viento... Tan solo abrázame... Tan solo quédate un rato junto a mí.

Se quedaron abrazados sin pronunciar una sola palabra, mientras en el exterior cada vez se estaba haciendo más oscuro según avanzaba la noche. Halcón oyó el silencio que los envolvía, los sonidos de los pequeños animales moviéndose entre los escombros y las voces procedentes de los muros del estadio. Podía sentir los latidos del corazón de Tessa, su suave respiración. De vez en cuando Tessa buscaba otra forma de acercamiento, de vez en cuando lo besaba y él respondía con otro beso. Ojalá hubieran podido estar así para siempre. A él le daban igual sus padres. Tessa le pertenecía, como él pertenecía a Tessa, estaban hechos el uno para el otro. Intentó comunicárselo con el pensamiento, intentó hacérselo sentir con la fuerza de su determinación.

Durante el rato que había estado con Tessa, todo lo demás había desaparecido; cuando estaba con ella el tiempo se alargaba y se ralentizaba y finalmente se detenía completamente.

No obstante, al cabo del rato ella susurró:

—Me tengo que ir.

Lo soltó con brusquedad, como si se diera cuenta de repente todas las leyes que ellos estaban transgrediendo, y la ausencia de su calor lo dejó tiritando. Halcón se levantó al mismo tiempo que ella e intentó no mostrar sus sentimientos.

—No ha pasado tanto tiempo —protestó.

—Más de lo que piensas —le respondió Tessa, escudriñando en su rostro—. Aunque nunca es suficiente, ¿verdad?

—¿Nos vemos mañana entonces?

—Sí.

—Busca la manera de ayudar a Persia. Sé que es pedir demasiado.

—¿Ayudar a una niña? Eso nunca es demasiado.

Halcón vaciló un momento, como si recordara algo importante.

—Ah, otra cosa. Hay algo peligroso rondando por las calles. El Hombre del Tiempo encontró un grupo de Croaks muertos en el puerto. No sabe qué es lo que los ha matado. ¿No habrás oído nada tú por ahí?

Tessa negó con la cabeza, y su cabello corto brilló en la oscuridad.

—Nada. El estadio envía a exploradores a hacer rondas cada día, y nadie ha traído noticias especiales últimamente.

—A lo mejor es que no te lo han dicho, pues no siempre se lo dicen todo a los chicos.

—Mi padre sí.

Halcón asintió, en absoluto convencido de que tuviera que tener tanta confianza en su padre. Los padres protegían a sus hijos de extrañas maneras. Halcón le cogió las manos y le dijo:

—No obstante ten cuidado si tienes que salir. O mejor te quedas en el estadio hasta que me entere de algo.

Ella sonrió de forma irónica.

—¿Hasta que puedas descubrir qué es? Si te preocuparas un poco más por ti mismo, yo no me tendría que preocupar tanto.

Se quedaron juntos durante un rato más en la oscuridad, sin hablar, mirándose con una intensidad casi electrizante. Halcón fue el primero en romper el silencio.

—No quiero que te vayas.

Durante un largo momento, Tessa no le contestó. Entonces, le pasó los dedos por el pecho y le dijo:

—Llegará un día en que no tengamos que separarnos. —Lo dijo con suavidad y sin pasión, con una calma que sugería que sería inevitable—. Sé que creo en ti. Lo sé. Encontraremos la manera, pero tenemos que ser pacientes. Solo tienes que confiar en mí.

—Confío en ti. Te amo. —Se acercó a ella y la besó. Quería decirle tantas cosas... Pero se calló y permanecieron así en silencio durante unos minutos más.

Ella le devolvió el beso.

—Será mejor que nos marchemos —dijo Tessa con su boca pegada a la de él.

La chica se apartó, se dirigió a la entrada de la estación y se marchó.

Halcón esperó hasta oír que la cerradura de la puerta se cerraba. Se quedó allí inmóvil, incapaz de moverse, pues le dolía tanto el corazón que los músculos de su cuerpo no le respondían. Esperó demasiado rato.

Halcón regresó caminando con Cheney a su lado. El cielo estaba cubierto de nubes completamente negras que daban a todo un aspecto de infinita tristeza. Los edificios que iban quedando atrás parecían monolitos huecos, testigos mudos de la ruina a la que habían sobrevivido. No había luces por ningún sitio.

Hubo un tiempo en que aquella ciudad, como las demás del país, había estado completamente iluminada. Eso le había contado Pantera, pues lo había visto en San Francisco, cerca del principio del fin. Lechuza les había leído historias en las que los niños caminaban por calles iluminadas, historias en las que la luna plateada brillaba en un cielo plagado de miles de estrellas.

Ninguno de los niños había visto aquello, pero todos se lo creían, y Halcón pensaba que algún día volvería a ser así.

Caminó junto a los montones de escombros, los coches abandonados y las enormes piezas de hormigón y aluminio, al acecho de cualquier peligro. Veía sombras

por todos partes, algunas en los soportales, otras en el interior de los edificios. Estaban siempre allí, entre lo que quedaba del viejo mundo, los residuos de la destrucción y la locura. Sintió cierta compasión por las criaturas que merodeaban por la noche, intentado cazar y evitando ser cazados. Ellos también eran víctimas de la conducta temeraria y el mal juicio de la humanidad.

Tessa ocupaba su mente, e intentó pensar en qué más podría decirle para convencerla de que se fuera a vivir con él. No obstante, dudaba de que pudiera hacer que cambiara de opinión, pues estaba muy unida a sus padres, y sabía que lo mismo que él sentía por ella, ella lo sentía por sus progenitores. Sin embargo, las cosas no podían continuar de aquella manera, y tarde o temprano tendría que ocurrir algo que las cambiara, lo sabía de forma instintiva. Lo que verdaderamente le preocupaba era que cuando ocurriera, Tessa podría interponerse en su camino.

Decidió hablar de todo aquello con ella al día siguiente. Tenía que intentar convencerla.

Llegó al subterráneo, echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie lo había seguido, y, cuando lo comprobó, entró en el edificio por el que se accedía a su casa. Cheney iba a su lado, parecía cansado y dispuesto a dormir enseguida. La pesada puerta estaba cerrada con llave, y dio unos golpes para alertar a Lechuza de su presencia.

Sin embargo, no fue Lechuza quien abrió la puerta, sino Vela. Con la poca luz que había en la sala, se la veía más pequeña de lo que era y parecía una niña desamparada con el camisón que llevaba y su pelo rojo alborotado. Se quedó de pie, hasta que Halcón entró. Cheney iba detrás y fue directamente al sitio donde acostumbraba a dormir. Cuando miró de nuevo a Vela se dio cuenta por primera vez de lo asustada que estaba.

Se arrodilló frente a ella.

—¿Qué ocurre?

—He tenido un sueño —le susurró—. Lechuza se fue a la cana y yo me he quedado esperándote, me he dormido y he tenido un sueño; he visto algo grande y terrorífico.

—¿Qué era? —le preguntó. Le puso las manos en los hombros y vio que estaba temblando. La acercó hacia él y la abrazó—. Cuéntamelo.

No podía verle la cara porque la tenía pegada contra su hombro, pero sentía cómo tiritaba de miedo.

—No estoy segura, pero viene hacia aquí y si nos encuentra nos atacará. —Hizo una pausa para respirar—. Nos matará.

Veía había tenido una visión y lo que veía siempre se hacía realidad. Le pasó la mano por el pelo. Estaba temblando.

—Tenemos que irnos de aquí cuanto antes —susurró ella—. Ahora mismo.

—Tranquila —le dijo, apretándola contra él—. Tranquila, vete a dormir.

Ahora mismo, había dicho.

Inmediatamente pensó en Tessa.

Logan Tom pensaba que no iba a ser capaz de encontrar el campo de esclavos, porque de hecho no sabía dónde estaba. Sin embargo, lo encontró casi sin buscarlo. Estaba anocheciendo cuando había salido de Iowa, y no se había detenido a consultar los mapas. Se dirigía hacia el oeste cuando de pronto vio el resplandor de unos fuegos en el horizonte, como si fuera una segunda puesta de sol. Aquellas luces llamaron su atención al instante, como si lo invitaran a acercarse. Ya había visto aquel tipo de resplandor antes y en seguida se dio cuenta de lo que era.

Era ya noche cerrada cuando llegó a la sucia carretera que lo llevaba a su destino. Condujo el S-150 con las luces apagadas y muy despacio. Según se iba acercando, las torres de vigilancia y las barricadas fueron adquiriendo una forma reconocible. El resplandor emanaba de una combinación de luces alimentadas por los generadores solares y las llamas que se elevaban en el aire, dando a aquel conjunto un aspecto infernal. Era un campo de inmensas proporciones, que había sido utilizado para guardar ganado y que los anteshombres lo habían destinado a un uso diferente. El olor a vaca, estiércol y heno era muy fuerte, aunque sabía que ese hedor era algo engañoso.

Cuando apagó el motor, todavía a una distancia prudente de las torres de control y sus luces, oyó los quejidos de los prisioneros. Se quedó sentado en el AV, avergonzado y lleno de ira por los sonidos, incapaz de dejar de escucharlos. Vio sombras moviéndose de un lado a otro detrás de las alambradas. Los seres humanos se habían convertido en esclavos, se habían convertido en muertos vivientes, obligados por los anteshombres y los demonios a realizar trabajos forzados. Era el destino decretado para los pocos que sobrevivían a sus *cacerías*, el castigo que tenían que pagar por su estupidez y su desidia cuando la civilización había empezado a desmoronarse y todo empezaba a ser más horrible que la más siniestra de las pesadillas que los hombres pudieran imaginar.

Sin embargo, ya no tenían que imaginarse nada, ahora era una realidad, y Logan lo había visto tantas veces, que se había quedado grabado en su memoria, para siempre.

Por primera vez se preguntó por qué había ido allí. Había ido por la misma razón por la que había estado yendo a sitios parecidos durante años, un Caballero errante en busca de la injusticia. Lo había hecho sin pensar porque era la tarea que le habían encomendado, porque era lo único que sabía hacer: intentar imponer justicia. Atacaba los campos de esclavos y liberaba a los que podía; mataba a los anteshombres y a los demonios.

No obstante, no estaba tan seguro de la razón por la que había ido a aquel sitio en concreto. Le habían dicho que tenía que encontrar al Mutante Mágico, que lo identificara y lo protegiera, y que tenía que llevar a un pequeño grupo de seres humanos a un sitio seguro, antes de que llegara el cataclismo final que terminaría con

todo lo que los demonios habían empezado. Nada ni nadie sería capaz de interferir en aquella tarea. Dososos le había dicho con bastante claridad que el futuro de la humanidad estaba en sus manos. Ante tanta responsabilidad no se podía permitir el menor fallo; no podía arriesgarse a perder la vida en un ataque, por terrible que fuera, tenía que seguir su camino.

¿De verdad podía pasar de largo? ¿Cómo podía abandonar a toda aquella gente y seguir llamándose Caballero de la Palabra?

Trató de pensar en lo que Dososos le había prometido. Si hacía lo que le pedía, podría tener entre sus manos al demonio responsable de la muerte de su familia, aquel monstruo con una sonrisa y unos ojos tan fríos como la muerte. Tan solo era una promesa, pero él confiaba en la Palabra, pues lo que más deseaba en la vida era encontrar a aquel demonio. Lo había estado buscando durante años, pensando en que tarde o temprano se cruzaría con él, le parecía imposible que no fuera así. Incluso Michael, que tenía cierta capacidad de predicción, le había dicho que al final lo encontraría.

Sin embargo, nunca lo había vuelto a ver.

Sabía que estaba en algún sitio, allí fuera; lo sabía como era consciente de que tenía que cumplir la promesa que había hecho, como sabía que encontrarlo era el único objetivo de su existencia.

Se quedó mirando un poco más, luchando con su conciencia, y después arrancó el AV una vez más, dio la vuelta y se alejó del campo, de sus olores y sus sonidos. Condujo hasta que dejó de ver el resplandor del fuego, y cuando ya no vio nada más que la oscuridad de la noche, ya estaba en la autopista. Aparcó el coche entre unos árboles totalmente secos y puso la alarma perimetral. Cenó algo, sin hambre, pero consciente de que tenía que comer algo para sobrevivir, y se preparó para dormir.

Está con los demás, escondidos entre las sombras que cubren los barrancos que cruzan el terreno que hay detrás del campo. Es casi medianoche y el mundo es como un agujero negro debajo de un cielo densamente nublado. Llueve un poco, algo milagroso en esta tierra totalmente desértica. No sopla nada de viento y el calor es asfixiante. Salvo los quejidos y llantos de los encarcelados, ningún sonido perturba el silencio de la noche.

Mira su arma, una escopeta de cañones recortados que llaman Scattershot. Se la ha dado Michael, confiando en que la iba a utilizar de forma sensata. El está muy familiarizado con las armas, pues Michael le empezó a enseñar a disparar desde que se fue con él la noche en que murieron sus padres y sus hermanos. La Scattershot solo dispara una vez, pero acaba con todo lo que se encuentra a seis metros de distancia. Le han dicho que le servirá para luchar contra los enemigos, pero que la mejor protección era mantenerse siempre cerca de sus compañeros.

—No te quedes atrás —le advirtió Michael—. Esta es una misión peligrosa. Si no pensara que es una lección que tienes que aprender, no te habría traído. No hagas que me arrepienta de mi decisión.

Lo que menos desea es decepcionar a Michael, a quien ama y respeta, y a quien le debe la vida. Toda su existencia la ha consagrado a que Michael nunca se arrepienta de haberlo rescatado aquella noche. Coge su arma con fuerza, esperando la señal para avanzar. Han ido a atacar y destruir aquel campo, a liberar a los seres humanos encarcelados, a terminar con los programas de trabajo y cría impuestos por los anteshombres, que son los que ostentan el poder de decidir quién vive y quién muere, cuando los llevan allí desde los estadios.

Es la primera vez que participa en un combate.

Tan solo tiene doce años.

—Estad listos —susurra Michael, y su orden recorre uno a uno a los guerreros que lo siguen.

Salen de las trincheras como lobos, aullando y agachados, corriendo hacia las alambradas antes de que los vigilantes puedan detectar su presencia. Logan avanza al lado de Michael, como si fuera su sombra, atravesando el humo de los fuegos, con la escopeta lista para disparar. Aúlla como los demás y se agacha cuando oye los disparos de los vigilantes. La mayoría de las balas no da en el blanco, pero algunas encuentran su objetivo y unos cuantos hombres caen al suelo fulminados. En las torres y en las puertas se ven anteshombres agolparse para repeler el ataque.

Con todo, los defensores son pocos y lentos. El grupo atacante, bajo el mando de Michael, está bien entrenado y ha hecho esto muchas veces. Saben lo que les espera, y de nada sirven los esfuerzos de los defensores por detenerlos. Llegan a las puertas y ponen las cargas explosivas, se apartan unos metros y las hacen detonar. Avanzan para poner los rollos de cable que hacen rodar a través de los boquetes que han hecho con los explosivos que sirven de rampas y lanzan colchones a través de los puntos mortales para poder pasar.

Michael y los que van a su lado avanzan a través del campo disparando sus armas de forma indiscriminada, pues dan por supuesto que todo lo que se mueve es un enemigo. Dentro de los rediles se oyen gritos de desesperación, pidiendo ayuda, pidiendo que los liberen. Los atacantes no les hacen caso de momento, pues saben cómo tienen que hacer su trabajo, y responder a los encarcelados en ese momento sería un error fatal para ellos, puesto que antes tienen que eliminar completamente al enemigo.

Y lo hacen con una determinación aterradora. Van en grupo, protegiéndose unos a otros, como Michael les ha enseñado, avanzando poco a poco hasta llegar al centro del campo, destruyendo a todo anteshombre que encuentran a su paso. Si se encuentran con un demonio, pueden intentar alejarlo, pero si eso falla, lo único que les queda es darse la vuelta y echar a correr. No obstante, no esperan encontrarse ninguno esa noche, pues los informes de la patrulla no alertaban sobre la presencia de demonios y Michael no tiene otra elección que fiarse de esos informes. Encontrarse con uno de esos seres es parte del riesgo que todos asumen.

Esa noche tienen suerte, puesto que ningún demonio sale a su encuentro.

Hay cañoneros por todas partes, aunque no sabe muy bien cuál es la función de estas extrañas criaturas. Los ve corriendo de manera alocada entre los muertos y los heridos, saboreando el dolor, la muerte y el miedo. De vez en cuando, los puede intuir e incluso ver a pesar de la rapidez de movimiento de los cañoneros. Un escalofrío recorre todo su cuerpo.

Los anteshombres van cayendo poco a poco y los que quedan con vida huyen despavoridos. Cuando dominan la situación en el campo, un grupo empieza a liberar a los prisioneros, mientras los demás acompañan a Michael. Como le ha indicado su mentor, Logan siempre va a su lado. Avanzan en la oscuridad hacia los barracones que hay en medio del recinto, mientras las puertas a su alrededor son derribadas una a una y los hombres y las mujeres encarcelados son liberados. Mira su Scattershot y nota que el metal del cañón está frío. Se da cuenta de que no ha hecho un solo disparo.

Michael es el primero en llegar a los barracones, que abre de una patada. Hay gente dentro, pero Michael no dispara. El resto de los hombres va a los demás barracones y los abren de una patada también. Se hace un silencio sobrecogedor sobre esa parte del campo, todo el ruido y el furor de pronto desaparecen. Los que han acompañado a Michael bajan el arma y uno a uno van entrando en los barracones que han abierto. Michael espera hasta que todos han entrado, mira a Logan y le hace un gesto con la mano para que se acerque.

Entran en el barracón que está frente a ellos.

Logan piensa que está preparado para lo que se va a encontrar, pero está equivocado. Se queda en la puerta boquiabierto, con tal nudo en la garganta que piensa que ya no va a poder respirar jamás. Hay niños, docenas, apelotonados y abrazados unos a otros contra la pared, casi todos desnudos. Parecen un saco de huesos, cadáveres, fantasmas. Los hay de todas las edades, muchos son más jóvenes que él. No saben lo que les está ocurriendo, están aterrorizados y muchos lloran.

—Mira atentamente, Logan —le dice Michael—. A esto nos quieren reducir nuestros enemigos. Este es nuestro futuro si no luchamos para cambiarlo.

Logan mira a los niños y se arrepiente de haber entrado. Se arrepiente de haber ido, hubiese preferido quedarse en cualquier otra parte. Siente deseos de desaparecer, pero también sabe que huir no va a evitar que aquella imagen lo acompañe el resto de su vida.

—Los mantienen vivos por distintas razones —le explica Michael—. Algunos para trabajar, otros para hacer experimentos con ellos y para otras cosas que prefiero no nombrar.

Logan comprende a qué se refiere. Aspira una gran bocanada de aire lentamente, y exhala. Cree que va a vomitar, pero lucha para que no ocurra. Pronto se endereza y se recupera.

Michael le pone la mano en el hombro y aprieta.

—Los dejaremos libres y espero que puedan sobrevivir —hace una pausa—,

aunque algunos no lo lograrán.

Logan se dirige a la esquina más apartada y más oscura de la sala, y según se va acercando, oye los lamentos, los gritos y las súplicas de las sombras. Lo que ve es indescriptible.

Logan se despertó sudando, desorientado, en el asiento de atrás del Lightning. Echa hacia atrás la manta que lo cubre, como si lo quemara. Todavía podía ver con claridad el sueño que acababa de tener del campo de esclavos, incluso con los ojos abiertos. Estaba delante de él, como un gran lienzo en el que se casi se podía tocar y oler la oscura sangre y el terror que todo lo invadía.

Locura. Gritó en el silencio de su mente y una ingobernable ira repentina lo invadió todo.

Pasó entonces como siempre pasaba, el cambio repentino en las emociones de Logan provocaron que su ira alcanzara una intensidad incalculable. El lienzo de su sueño se amplió hasta que fue todo lo que pudo ver. Todos los recuerdos de las atrocidades que había presenciado desde su infancia surgieron como un enjambre de abejas furiosas desde lo más hondo de su mente. Había escondido estos recuerdos en el lugar más recóndito de su memoria, pero una sola imagen de aquel terror había podido rescatarlos y llevarlos a la superficie. No podía pensar en nada más que en el horror que estaban viviendo los prisioneros del campo que acababa de dejar atrás. La rabia que sentía lo consumía, se apoderó de él y le impedía pensar en cualquier otra cosa.

¡Tengo que destruirlos!

Sin detenerse a pensarlo dos veces, se colocó al volante, desactivó las alarmas y arrancó el AV. No se acordó de su promesa de no dejar que nada pusiera en peligro la búsqueda del Mutante Mágico. Se olvidó de la razón por la que había ido allí. La cólera lo dominaba y lo más importante ahora era volver a aquel campo y destruirlo.

Lo hizo porque nadie más que él podía ayudar a los prisioneros de aquel campo. Sabía lo que estaban haciendo con ellos y no podía permitirlo.

Condujo por la autopista hasta llegar al desvío, dirigiéndose hacia el resplandor de las llamas, dominado por la ira. Activó las armas del AV. La vara mágica tallada descansaba en el asiento de detrás, lista para ser utilizada. Se podría haber tomado más tiempo para prepararse para el asalto, pero la rabia que sentía no quería saber nada de preparativos, le exigía que estuviese listo ya, que se apresurase, que actuara en aquel preciso momento y que dejara atrás la razón y las reglas.

Voló hacia el campo como si fuera un ángel vengador, ardiendo por dentro como las llamas del campo. Llegó a los muros antes de que los vigilantes comprendieran qué iba a hacer. Atacó las torres con las escopetas de cañón largo, haciéndolas volar por los aires, junto con sus ocupantes, como si fueran trozos de papel. Rodeó con el AV el perímetro del campo de esclavos, después de derribar a dos anteshombres que no pudieron reaccionar ante la sorpresa del ataque. Saltó del coche antes de llegar al cercado de alambre de espino con la vara mágica en la mano. Dispararon contra él

con sus armas automáticas, pero el escudo de su vara lo protegía con la inexpugnable fuerza de su naturaleza, pues el rayo de fuego que salía de la vara, reducía a cenizas todo lo que tocaba. Dentro los prisioneros gritaban pensando que iban a morir bajo el fuego del ataque. No podía detenerse a tranquilizarlos, había que actuar de la forma más rápida posible.

Pasó a través de la valla en un instante. Era un Caballero de la Palabra en pleno ataque de ira, y actuaba como un salvaje impredecible, como un depredador hambriento. Aparecieron los carroñeros como por arte de magia, cientos de ellos, hambrientos y expectantes se movían a su alrededor. También aparecieron centenares de anteshombres, los cuales disparaban contra Logan sin descanso; no obstante, sus armas nada podían hacer contra la vara. Fue de torre en torre, destruyendo todo lo que encontraba a su paso.

Se movió con sigilo, por si aparecía algún demonio, pero no había ninguno. Había tenido suerte aquella noche, la suerte era lo que lo mantenía vivo todavía.

Los anteshombres retrocedían, con sus miradas desquiciadas y sus rostros desencajados, huían asustados, buscando refugio en la oscuridad. Los prisioneros del campo se precipitaron hacia los boquetes abiertos, atravesando las vallas arrasadas después de los anteshombres, cientos de hombres, mujeres y niños. Eran apariciones extrañas, esqueléticas. Escaparon por el resplandor de las llamas sin entender qué pasaba o hacía dónde huían. Aquello no tenía importancia para el Caballero de la Palabra, solo le importaba que no perdieran el control y que siguieran corriendo y no volvieran nunca la mirada atrás. Todos los humanos esclavizados, una vez liberados, huyeron.

Cuando todo el campo de esclavos estuvo en llamas y los barracones vacíos, Logan centró su atención en el conjunto de celdas que estaban en el centro del campo, intactas. Miró fijamente las estructuras desvencijadas, y su rabia se acrecentó al tiempo que el horror se dibujaba en su rostro sabedor de lo que iba a encontrar. Vaciló, y una mezcla de tristeza casi insoportable y repugnancia se apoderó de su alma.

La voz de Michael sonaba como un martillo en su cabeza.

No lo pienses. No intentes darle sentido. Haz lo que debes.

Dio un suspiro para estabilizar su agitada respiración y se dirigió hacia las casetas.

—Ven chico, y mira lo que hay aquí en la oscuridad.

Michael está esperándolo, muy cerca del sitio de donde venían los quejidos, con la expresión dura, y con un tono fuerte y dominante en sus palabras. Logan duda unos instantes, sabiendo que lo que va a ver lo va a dejar marcado para siempre, pero no tiene escapatoria y avanza unos pasos.

Lo que se oculta en la oscuridad poco a poco va tomando forma.

Siente un nudo en la garganta y presión en el pecho.

Son niños. O mejor dicho, fueron niños antes de convertirse en seres casi

demoníacos. Sus brazos y sus piernas habían crecido de forma desproporcionada con respecto a sus cuerpos, largos y encorvados, y sus manos terminaban en forma de garra. Tenían la espalda encorvada, como la de los gatos cuando se ponen furiosos. Rostros distorsionados y con gesto enloquecido, pómulos hundidos, mentones puntiagudos, narices aplastadas, orejas partidas como si las hubieran cortado con un cuchillo, ojos amarillos, reflejo de sus almas, bocas llenas de dientes afilados como cuchillos y lenguas camaleónicas que salían de la boca y lamían el aire. Eran manifestaciones del maléfico, de los monstruos que los tenían allí encerrados.

Trató de preguntar a Michael qué era lo que les había pasado, pero no le salían las palabras. No podía hablar. Tan solo podía mirar a aquellas criaturas que una vez fueron niños como él.

—Hacen con ellos experimentos —le explicó Michael—. Ya no podemos salvarlos.

Pero nosotros debemos salvarlos, piensa el muchacho, echando una rápida mirada al hombre que admira, esperando una mejor respuesta. Ningún niño debería llegar nunca a esto. Ningún niño debería vivir este infierno.

Michael no mira a Logan. No puede apartar los ojos de aquellos monstruos, que en realidad son niños asustados. Hay tal oscuridad en la mirada de Michael que parece que ante ella pudiese sucumbir cualquiera. Las pobres criaturas siguen gimiendo y llorando, arqueando sus espaldas y agachándose entre las sombras, viviendo su eterna pesadilla.

Michael los apunta con su arma.

—Sal fuera un momento y espérame.

Hace lo que le ordena, intentado mover las piernas para marcharse de allí, pero se le han quedado paralizadas. Solo desea salir de allí, evitar lo que está a punto de pasar, pero es incapaz de hacer nada por salvarlos. Logra llegar a la puerta y sale hacia la oscuridad de la noche. El campo de esclavos está completamente en llamas, de un color rojo carmesí que contrasta funestamente con el negro de la noche y del humo. Formas oscuras se precipitan aquí y allí, apariciones anónimas sin vida y sin alma. Logan vacila durante un momento, comprendiendo que su mundo se desmorona.

Locura.

Oye disparos de armas automáticas detrás de él y al cabo de unos pocos segundos se hace el silencio.

Cuando termina prende fuego a los barracones de forma rápida y eficaz, olvidándose de sus emociones según va de edificio en edificio, refugiándose en la mecánica de su trabajo. Los carroñeros lo acompañan, como sombras en el resplandor de las llamas. Trata de no prestarles atención, pero no puede, y aunque desea su muerte, sabe que no tiene sentido, pues lo que mueve a los carroñeros son las fuerzas de la naturaleza. Solo cuando ha acabado y se va a marchar lo abandonan, dispuestos a darse un festín con la carnaza. Se da la vuelta para comprobar que los barracones

están ardiendo, que los seres que hay dentro van a quedar calcinados, luego aligera el paso y vuelve a su AV. No ve a ninguno de los prisioneros que ha liberado, ni a los anteshombres que los mantenían cautivos. Parece como si todos ellos hubieran desaparecido entre el humo y las llamas.

Se sube al AV y se sienta mirando a la nada. La ira que lo había consumido ha desaparecido, su salvajismo se ha disipado y sus emociones se han enfriado. Se sentía a distancia de sus sueños y purgado de su locura. Casi no recordaba cómo había llegado allí. Los acontecimientos que acababan de vivir eran un remolino nebuloso de imágenes inconexas que carecían de un argumento identificable. La vara era una presencia silenciosa que lo mantenía calmado, lo llenaba de magia, limpio gracias al fuego purificador que emanaba.

Sin embargo, tuvo que cambiarse de sitio y al hacerlo las cerraduras metálicas rozaron las puertas, el sonido que emitieron lo transportó de nuevo en medio de la locura. Todavía podía oír los lamentos y los gemidos de los niños demonio.

Arrancó el AV y se dirigió hacia la autopista. Los ruidos del motor apagaron los gritos de aquellos niños diabólicos grabados en su mente. Mientras conducía, se le llenaron los ojos de lágrimas.

¿Cómo había podido soportar Michael aquello tanto tiempo? No era de extrañar que lo hubiera consumido, pues cualquiera que se enfrentara a algo semejante quedaría marcado. Ni siquiera los pertenecientes a la Orden de los Caballeros de la Palabra quedaban a salvo de la locura. Se preguntó si aquello era lo que ocurría a todos los Caballeros de la Palabra que los demonios no podían destruir; se preguntó si eso era lo que le iba a ocurrir a él. Poco le importaba.

Se lo había preguntado a Dososos y ahora se lo estaba preguntando a sí mismo.

¿Era él el último Caballero?

No lo sabía. Cansado y con el ánimo por los suelos, siguió conduciendo a través de la noche en silencio.

Contrariamente a lo que pensaba, Logan Tom no era el único Caballero de la Palabra. Quedaba otro.

Su nombre era Ángela Pérez.

Estaba de pie, escondida entre las sombras, en el hueco de un edificio, mirando las fachadas ennegrecidas de los bloques a cada lado de la calle, observando la contienda. Los demonios y los anteshombres estaban atacando el estadio Anaheim, un ejército de tal tamaño y ferocidad que parecía un milagro que los hombres que lo defendían no hubieran sucumbido hacía meses, cuando había empezado el asedio. Les había advertido de que escaparan y huyeran al norte, que no podrían ganar aquella batalla, a menos que no hicieran una guerra de guerrillas. Se lo había repetido una y otra vez, adelantándoles lo que les iba a ocurrir si no le hacían caso.

Por supuesto, no la oyeron. Ángela pertenecía a la hermandad de la Palabra y conocía el peligro mucho mejor que los demás, pero eso no importaba. Habían tomado una decisión: se iban a quedar detrás de los muros, sin querer ver lo inevitable.

Y lo inevitable había llegado. No quedaba en pie un solo estadio en la ciudad, salvo aquel. Venía del Coliseo, donde había estado ayudando a los que allí vivían durante casi un año. Sin embargo, era una sola persona para demasiados anteshombres y demonios, y no podía estar en todas partes a la vez. El Coliseo había caído la noche anterior, al crepúsculo. Ángela había dado lo mejor de sí misma, luchando día y noche para poder salvar la gente que vivía en aquella fortificación. Era incapaz de recordar la última vez que había podido dormir más de cuatro horas seguidas. Todas las cosas que había vivido durante los últimos meses, la lucha encarnizada, el terror y la locura, se dibujaba en su mente como un enjambre de imágenes y sonidos que invalidaban cualquier pretensión de paz que pudiera darle un respiro. Era como si aquellos atroces recuerdos fueran una segunda piel, imposible de evitar, una presencia constante, una inolvidable memoria.

Llevaba demasiado tiempo luchando; lo tenía que haber dejado hacía tiempo. Sin embargo, sabía lo que iba a ocurrir y se había quedado. Al fin y al cabo, era su hogar también.

Se quedó un rato pensando en cómo iba a poder ayudar a los que habían quedado atrapados dentro del estadio. Ahora sabía la respuesta. Desde hacía semanas había estado preparando el plan para hacerlo. No podría salvarlos a todos, solo a los que más lo necesitaban. Esa había sido su misión desde el principio, y siempre había tratado de cumplirla cuando los anteshombres y los demonios atacaban un estadio.

Salió de donde estaba oculta y se dirigió decidida hacia el caos, corriendo, siempre vigilante. Los edificios a lo largo de la calle estaban vacíos y en silencio, las ventanas rotas, las puertas sueltas y colgando, las paredes negras por el fuego y la ceniza. Una vez aquellas moles de cemento había sido grandes centros comerciales y

edificios de oficinas; sin embargo, de eso hacía demasiado tiempo.

Ángela era pequeña y fornida, mucho más fuerte de lo que podía indicar su tamaño. Mucho mejor entrenada que los demás, de sobra preparada para defenderse de cualquier bestia que se cruzara por su camino, algo que había demostrado con creces en repetidas ocasiones. Sus luchas contra los demonios y los anteshombres eran legendarias, aunque el número de personas que podían testificarlo había disminuido considerablemente. Con su negro pelo, su piel oscura, sus facciones angulosas, tenía un inconfundible aspecto latino, a pesar de que ella no pensaba lo mismo en absoluto.

Había nacido en Los Ángeles, en uno de los barrios más pobres, donde muy pronto había encontrado su identidad. Sus padres habían sido inmigrantes ilegales que habían cruzado la frontera, cuando las fronteras ya habían dejado de significar algo, buscando refugio después de haber perdido su casa en el campo. Habían vivido lo suficiente para dar vida a Ángela y haberla visto crecer hasta llegar a su infancia y luego habían perecido por una de las epidemias. Había crecido en las calles, como muchos otros, pobre, sin hogar y sin educación. Podría haber muerto, pero estaba viva, pues había rebuscado en lo más profundo de su alma para poder sacar las fuerzas que le dieran la oportunidad de sobrevivir.

Vio a los carroñeros, corriendo de un sitio para otro, saliendo por puertas y ventanas, dirigiéndose todos ellos a las puertas del estadio. Aquellos seres siempre estaban al acecho. Muchas veces se había preguntado por el origen de aquellas bestias, no podía entender por qué se comportaban de aquella extraña manera o cuál era su naturaleza. ¿De qué sustancia estaban hechos? Había aprendido a vivir con ellos, no le quedaba más remedio, pero no le gustaban, pues se alimentaban de las emociones más oscuras de los seres humanos. Había tantos que era imposible no darse cuenta de su presencia. Sin embargo, ninguna persona era capaz de verlos.

Lo que más odiaba era cuando se aglomeraban en torno a ella cuando estaba luchando con los demonios y los anteshombres. Daban la misma sensación que da una araña recorriendo la piel.

Solo eran sombras. ¿Como era posible que una sombra pareciera estar viva?

Dirigió su atención a la batalla que se estaba librando. Miles de carroñeros acudían a los muros de los estadios, trepando por los cuerpos de los muertos y los heridos, alimentándose de su dolor y su miseria. Estaban por todas partes, formas negras retorciéndose, mientras luchaban para llegar hasta donde estaban los vivos. En algunas partes había tantos que casi no se podía ver otra cosa. Debajo de aquella masa oscura de carroñeros, los seres humanos y los anteshombres luchaban.

Los anteshombres estaban ganando, puesto que tenían un ejército más numeroso. Habían colocado escaleras sobre los muros y estaban golpeando la puerta con un ariete. Era un asalto en toda regla y parecía que iban a conseguir sus propósitos. En otras épocas y lugares, el ejército había tenido artillería pesada que utilizaban en ocasiones como aquella, pero las armas mecánicas habían empezado a fallar y a

deteriorarse y el material de guerra quedó inutilizado. Todo era rudimentario ahora, un retroceso paulatino a la época medieval. No obstante, eso no quería decir que el ejército fuera menos efectivo. Si no que se lo preguntaran a los que habían luchado en otros estadios, si es que se encontraba alguno para contarlo. Con todo, daba igual las máquinas de guerra que utilizaran, pues los anteshombres siempre jugaban con ventaja. No habían sido encerrados entre cuatro paredes, no tenían miedo a morir, no tenían nada que perder, y su locura y su sed de sangre los dominaba.

Además, tenían un reputado líder al mando.

Se detuvo unos instantes, en el sotavento de un callejón, a tan solo dos bloques de distancia de donde se estaba desarrollando el combate, lo suficientemente cerca como para ver la ira en los rostros de los que combatían y la sangre que empapaba su ropa. Miró la vara que llevaba en la mano, su superficie tan negra como la noche más oscura. Podía ayudar a los hombres y mujeres que había dentro del estadio, pues tenía poder suficiente como para hacer volar a los anteshombres como si fueran hojas secas, pero debía ceder a la tentación en aquellos instantes. No había ido allí para eso y no podía permitir que nada la distrajera. Además, la invocación de la magia de su arma podía alertar a los demonios, que ya la estaban buscando.

Sobre todo el hombre al mando de aquel ejército.

Robert se lo había advertido el año anterior, cuando había ido a luchar junto a los que defendían los estadios en Nuevo México y Arizona. Ese hombre había estado al mando del mismo ejército y estaba sitiando ese estadio, cerrando cualquier vía de escape. Robert había hecho lo que había podido, pero un solo Caballero de la Palabra no era suficiente, ni entonces ni ahora. Conocía a Robert desde hacía cinco años, había luchado a su lado en Denver, e incluso se podría haber enamorado de él en una época diferente. Robert era un hombre fuerte tanto física como mentalmente, mejor luchador que ella. Con todo, eso no había sido suficiente para salvarse.

En los últimos mensajes que había recibido, enviados mediante palomas mensajeras, le había descrito a aquel hombre para que no lo confundiera cuando llegara a Los Ángeles, pues Robert sabía que ella iba hacia allí. Alto y encorvado, oculto bajo un largo manto gris y sombrero de ala ancha, era el diablo personificado. Los ojos eran el rasgo más característico, Robert le había escrito, duros como el acero, tan fríos que quemaban tu piel, pero vacíos de cualquier sentimiento humano cuando te miraban.

Había oído hablar de él antes de recibir las cartas de Robert. Un demonio cuya especialidad era localizar Caballeros de la Palabra para acabar con ellos. No sabía bien cuántos había aniquilado, aparte de Robert, pero suponía que unos cuantos más. Y no iba a tardar mucho en localizarla a ella.

No obstante, no se iba a dejar atrapar tan fácilmente, pensó, apretando su vara con fuerza.

Salió disparada y se ocultó en una bocacalle, esquivando los escombros y los restos de los coches calcinados antes de entrar por la puerta del hotel que había justo

al lado del estadio Anaheim.

A tan solo veinte metros de donde los anteshombres estaban intentando abrir a golpes de ariete las puertas del estadio, una figura observaba. Envuelto en su capa gris y oculto el rostro bajo su sombrero de ala ancha, parecía el mismo Gandalf hasta que te acercabas y veías su rostro y el peso de aquella mirada. Entonces te dabas cuenta de que no era un mago que estaba ayudando a los portadores del anillo, sino un ser completamente desalmado.

Aquel hombre nada sabía de Gandalf o del anillo, y le habría dado igual aunque lo supiera. Era un demonio y los seres humanos eran su presa. Había estado allí en el momento de la caída, cuando habían empezado a aparecer las primeras grietas en la fachada de la civilización, en la época de Nest Freemark, cuando había nacido el Mutante Mágico. Había estado durante siglos antes de todo eso, una presencia constante en el tejido que componía aquel mundo. Llevaba allí tanto tiempo que había perdido completamente su aspecto humano. Como demonio, veía a la humanidad como un anatema, una plaga sobre la tierra, una infección que había que erradicar.

Con todo, aquel hombre era diferente a los demás de su estirpe, pues no lo dominaban sus instintos básicos. La mayoría de los demonios se autodestruía pronto y de forma espectacular, se volvían locos por sus excesos emocionales. Sin embargo, aquel ser luchaba por otra razón, ya que su lucha no estaba motivada por un deseo de venganza o de gratificación personal, o para demostrar su poder y dejar su impronta en la tierra. Lo que lo consumía por dentro, como si fuera lava ardiendo, era el insaciable deseo de sacar a la luz los profundos y omnipresentes defectos de la humanidad y para demostrar de forma irrefutable que su decisión de apartarse de aquella especie había sido la correcta.

Había tomado aquella decisión hacía tiempo y había cambiado su alma de humano por la de un demonio. Nunca se había sentido cómodo en su existencia temporal, nunca había aceptado no ser nada más que una breve presencia en el firmamento de la vida, durante tan solo un momento, para después desaparecer para siempre. Abrazar el Vacío había sido el mayor premio que pudiera haber recibido: una nueva identidad se le entregaba a cambio de apenas nada. La vida como demonio le fascinaba, pues le brindaba innumerables ocasiones de explorar la naturaleza de la especie a la que antes había pertenecido. A medida que se desprendía de su piel de humano, fue descubriendo con fervor las posibilidades que le brindaba su nueva condición. Sentía la necesidad de probar sus teorías y su trabajo era para él la única fuente de satisfacciones.

Le había tomado siglos encontrar el camino adecuado para sus estudios, pero al final, con el derrumbamiento de la civilización, había tenido total libertad para adelantar en sus teorías.

Los campos de esclavos habían sido idea suya, eran laboratorios para los experimentos que ideaba, donde se hacían alteraciones genéticas, cuyas posibilidades

eran ilimitadas, y los resultados bastante asombrosos, incluso para él, que no dejaba de maravillarse ante sus avances. La destrucción de la raza humana era su único objetivo, pero no había por qué acelerar el proceso.

No obstante, cada vez mostraba más signos de cansancio, pues los experimentos que hacía eran largos y difíciles, y lo agotaban. Además ya no poseía la fuerza física y mental del principio, aunque ni la fuerza de su propósito, ni de su determinación habían disminuido. Con todo, el tiempo había agotado su energía y, en realidad, su interés por los seres humanos se estaba desvaneciendo. Estaba empezando a verlos de manera diferente. Últimamente los estaba viendo más como una distracción que como una oportunidad para demostrar sus teorías. Los tipos de experimentos que se podían hacer con ellos eran limitados y sabía que tarde o temprano, dejarían de tener la importancia que antaño habían tenido para él.

Había abandonado su Libro de Nombres, el listado de todas las personas que había matado, compilado de forma exhaustiva a lo largo de los siglos, pues en algún momento había perdido el interés en seguir con aquello. Los muertos ya le daban igual, y ni siquiera los vivos tenían atractivo para él. Estaba llegando a un punto en el que tendría que renunciar a los experimentos y centrarse en el exterminio.

Se quedó mirando a los anteshombres que atacaban las puertas del estadio, y aunque los gritos y alaridos de los heridos y de los moribundos formaban un muro en sus cavilaciones, casi ni los oía. Ya no le interesaba lo que estuviera ocurriendo en el estadio, o en cualquiera de los estadios que había destruido; le daba igual el ejército que lo seguía, simplemente lo dirigía porque los demás demonios y anteshombres lo temían, pues creían que era el elegido del Vacío, al que tenían que responder de cualquier fallo que cometieran. Y aunque no sabía con certeza si el Vacío lo había elegido a él para tamaña misión, no hizo nada por desalentar a quienes lo creían. Tenía la certeza de que lo que había hecho con los humanos durante su existencia como demonio, había sido de agrado al Vacío, y mientras sus esfuerzos siguieron teniendo éxito, no pensó que alguien intentaría desafiarlo. No obstante, no podía asegurar que muchos de los que estaban a su mando, no desearan su muerte, si pudiesen encontrar la manera de hacerlo.

Uno de ellos, al que consideraba más peligroso, estaba en aquel momento a su lado, una presencia que al instante alejó su mente de cualquier otro pensamiento.

—¿Perdido en los recuerdos de los muertos, abuelo? —le preguntó la diablesa con voz suave, acercándose a él para que la pudiera oír.

Abuelo. Nadie más habría osado llamarle así, pero ella parecía no conocer el miedo, o estaba completamente loca, depende del punto de vista de cada uno. Fuera lo que fuera, era la única de todos los que estaban bajo sus órdenes a la que tenía que vigilar de cerca.

—¿Las has encontrado, Delloreen? —le respondió sin mirarla.

Si la hubiera mirado, habría comprobado que su mirada se encontraría directamente con su pecho. Delloreen era alta, una de las mujeres más altas que había

conocido. Tenía hombros anchos, cintura estrecha y era fuerte como un toro. No tenía un solo gramo de grasa, todo su cuerpo era músculo. La había visto levantar un coche como si fuera un juguete, y partir a un hombre en dos casi sin pestañear.

Si hubiera alzado la mirada desde el pecho a su cara, habría visto sus rasgos aplanados, ojos del color del líquen, pelo rubio de punta y escamas cubriendo su cuello y su mentón, las cuales le habían aparecido no hacía mucho tiempo, pequeñas manchas que se habían extendido y se habían vuelto cada vez más gruesas y duras. Estaba sufriendo una transformación biológica que la convertiría en una nueva especie.

Llevaba a su lado doce años, era su mano derecha, la que satisfacía algunos de sus deseos, pues era la única con la fuerza suficiente para hacerlo, lo que la convertía en un ser útil, y peligroso. Al principio, no la había considerado una amenaza, pues Delloreen no quería lo que él tenía, no le interesaba el mando, pues conllevaba determinadas responsabilidades y ella era muy independiente. No deseaba que los demás confiaran en ella, le gustaba hacer las cosas sola y a su manera. Y él la entendía, y le daba la libertad que buscaba, el tiempo suficiente para satisfacer sus deseos demoníacos, y tan solo le pedía a cambio que lo protegiera. Era un acuerdo que hasta aquellos momentos había funcionado.

No obstante, últimamente había empezado a mostrar signos de insatisfacción con su situación, y él empezaba a sospechar que tendría que realizar algún cambio.

—¿No la has encontrado todavía? —repitió, al ver que Delloreen no respondía, mirándola aquella vez directamente a la cara—. ¿Me has oído, Delloreen?

Su ancha cara dibujó una amplia sonrisa que mostró todos sus dientes afilados.

—Yo siempre te escucho. No, no la he encontrado todavía. Pero la encontraré.

—¿Sabes si está aquí?

—Estaba en el Coliseo ayer. Sacó a los niños mientras nosotros estábamos tirando las puertas y matando a los padres —respondió sonriendo—. Muy lista.

El hombre movió la cabeza.

—Se te ha vuelto a escapar, ¿no?

—Intentará hacer lo mismo hoy, sacar a los niños mientras nosotros estamos con los adultos —hizo una pausa—, pero esta vez no lo conseguirá.

—Eso está por ver. Has tenido tres oportunidades y en ninguna has conseguido nada.

La sonrisa de Delloreen adquirió un tono desagradable.

—Una pena lo que les va a ocurrir a los niños, te habrían hecho pasar un rato agradable. Una ocasión perdida de convertirlos en demonios. Seguro que no te gustaría que ella los liberara.

—Han dejado de interesarme los niños, Delloreen —le respondió encogiéndose de hombros.

Ella se echó a reír.

—Claro, claro. Lo único que necesitas ahora son los recuerdos del sufrimiento

que les has causado. ¿No es verdad?

Lo estaba provocando, como había hecho durante años, pero en esos momentos, por razones que no podía explicar, lo ponía furioso. La forma en que se lo había dicho indicaba que las cosas estaban cambiando; el tono de su voz, como retándolo a que hiciera algo. Nunca antes se había dirigido a él de aquella manera. Nunca lo había desafiado.

Delloreen sonrió como si fuera un niño.

—Deja de preocuparte, abuelo. Tendrás lo que deseas muy pronto. Tendrás a tu preciosa Caballero de la Palabra entre tus manos.

Todavía estaba pensando en el tono con que se había dirigido a él, pero asintió con la cabeza.

—No sé. Lo mismo no puedes con ella. Lo mismo es mejor enviar a otro. A Klee, por ejemplo.

El hombre se dio cuenta de que Delloreen se encendía.

—Klee es un animal. No piensa. No sabría qué hacer con ella.

La observó de manera inquisitiva, sin mostrar malicia, o repugnancia, ningún sentimiento.

—A lo mejor es un animal lo que necesitamos.

Se dio la vuelta antes de que Delloreen pudiera responder, dejándola unos instantes para que meditara. Las puertas del estadio estaban a punto de ceder, pues los anteshombres estaban avanzando de forma inexorable, pisoteando los cuerpos de los que yacían muertos. Una pirámide de cadáveres se estaba formando al lado de los muros, un amasijo de cuerpos con los miembros retorcidos. Por eso eran útiles los anteshombres: no pensaban, no sentían y no les importaba morir.

—El hecho es que hay que acabar con ella —continuó.

—Ya te he dicho que yo puedo encargarme.

Lo dijo con un tono extraño, pero él siguió con los ojos clavados en la batalla.

—Mucho me temo que la estás infravalorando, Delloreen.

—¿Lo mismo que te pasó a ti con Nest Freemark? —le espetó—. Mírate bien al espejo, abuelo, y verás que no todos somos igual que tú.

En ese mismo instante se dio cuenta de que tendría que acabar con ella, pero no dejó que su pensamiento se reflejara en su rostro. Se limitó a asentir y a contemplar la batalla.

—Bueno —dijo al cabo de un rato—, espero que lo consigas. No te estoy juzgando. Lo cierto es que últimamente estoy demasiado ocupado y un poco cansado de todo esto, pues llevo demasiado tiempo haciendo lo mismo. Se necesita sangre joven. —La miró y observó el recelo en su mirada—. No pongas esa cara de sorpresa. Tienes razón. Llevo vivo demasiados años y estoy cansado de todo. Mí único placer son los niños y los experimentos que hago con ellos. Sería feliz si pudiera hacer algo más.

La miró de nuevo, dejándola que lo digiriera.

—¿Quieres ocupar mi sitio, Delloreen? Creo que eres la idónea. Pero tienes que tener mano firme. Yo te puedo apoyar, aunque tienes que hacer ver a los demás que eres la persona en la que pueden confiar.

Ella no pronunció una sola palabra. Tan solo se quedó escuchando.

—Tráeme la cabeza de esa chica en una estaca, Delloreen —le ordenó, como si se le acabara de ocurrir aquella idea—. Cuando me la traigas, te quedarás con el mando. Y yo te lo cederé con gusto.

Sin siquiera mirarla, supo lo que ella estaba pensando. Estaba pensando que la cabeza que Delloreen quería en una estaca era la suya. No le importaba. No lo iba a intentar hasta no estar segura de sí misma. Esperaría a que se le presentara una oportunidad mejor.

—Escúchame, abuelo —le dijo, acercándose tanto que pudo sentir el aliento en su cuello—. Yo no quiero ocupar tu sitio, no quiero estar al mando. —Le puso una garra en el hombro—. Te traeré a esa chica porque estoy harta de tus lamentos. —Le apretó un poco más—. Pero eso es todo. Quédate con lo que tienes, que yo haré lo mismo.

Se dio la vuelta y se marchó. Él continuó observando la batalla, pero sabía bien sus intenciones. Las cosas no podían continuar de la misma manera cuando alguien se había pasado de la raya. Tendría que acabar con ella.

En aquel momento, no sabía cómo lo iba a hacer, tan solo supo que lo haría. Y lo primero era alejarla de su lado para pensar la manera de hacerlo. La mantendría ocupada buscando a la mujer Caballero de la Palabra y, aunque eso no era ninguna garantía, era lo único que podía hacer por el momento.

Oyó de nuevo la voz de la diablesa en su mente, desafiándolo, recordándole a Nest Freemark, el único error que había cometido en su vida. Aunque una y otra vez se había repetido que no había sido un error, en realidad lo era, porque en algún momento podía aparecer el Mutante Mágico, pero cuando eso sucediera, lo encontraría y lo aplastaría con sus propias manos.

Observó la carnicería y sonrió cuando las puertas cedieron y los anteshombres entraron gritando y arrasando todo lo que encontraban a su paso. Muy pronto se uniría a ellos y participaría en aquella matanza. Para eso, ni estaba viejo, ni cansado.

Delloreen le había llamado abuelo.

Aunque su nombre, después de convertirse en demonio, era Findo Gask.

Angela Pérez atravesó corriendo el vestíbulo desierto y en ruinas del hotel, caminando a través de la basura y de los escombros, con la mirada fija en la destrozada escalera que daba a una habitación. El vestíbulo estaba totalmente arrasado, las paredes estaban calcinadas, había ratas por todas partes, las podía oír, el suelo estaba plagado de cristales y había montañas de papel apiladas en las paredes. Olía a muerte por doquier.

Miró a su alrededor rápidamente, escudriñando las sombras. No había carroñeros, lo cual era una buena señal.

Fuera, el ruido de la batalla, que entraba a través de las ventanas rotas, continuaba. La intensidad iba en aumento, lo que indicaba que cada vez quedaba menos tiempo, y el estadio caería de un momento a otro. No podía perder ni un solo minuto, porque de lo contrario no podría ayudar a los niños.

Llegó a la escalera, una amplia rampa circular con escalones, cubierta con una moqueta completamente destrozada y manchada y un pasamanos en espiral que ascendía a través de partículas de polvo y ceniza que flotaban en el aire como pequeños insectos. Dejó la escalera a un lado y se dirigió hacia la pared de atrás, donde había una puerta pequeña cerrada con llave. Comprobó que la cerradura estuviera intacta y que nadie había descubierto su entrada secreta al estadio. Utilizó la magia de su vara para abrirla.

Una vez dentro, cerró la puerta y cogió la antorcha de energía solar que había escondido semanas antes. Bajó por las escaleras que conducían a un pasillo subterráneo. Sus pasos resonaron en el silencio, roto tan solo por los ruidos de la contienda. Llegó al sótano, observando cualquier signo de peligro. Había conseguido muchas veces entrar y salir de otros estadios sin ningún problema y no iba a permitir que aquel fuera una mancha en su historial.

Aunque no había logrado convencer a la población de Anaheim, hubo unos pocos, en su mayoría mujeres, que entendieron que el final era inevitable. La habían escuchado y habían aceptado que lo que estaba intentando decirles a los demás era cierto, y que lo mejor que podían hacer era ayudarla a salvar a los niños. Juntas habían elaborado un plan durante un par de meses: los niños se reunirían en el sitio acordado y Ángela se los llevaría; algunas mujeres también irían con ellos, otras se quedarían con sus maridos y sus otros hijos.

Sabía que algunas vacilarían al tomar una decisión en cuanto las vio. Sabía que algunas la iban a ayudar y que otras se interpondrían en su camino, pero todas creían que lo que hacían era lo correcto.

Siempre ocurría lo mismo, también aquí.

Habría preferido no tener que hacerlo, pero su misión era destruir los demonios y los que estaban bajo su mando. No obstante, aquello solo había sido una parte de la responsabilidad que le habían encomendado; la otra era proteger a los seres humanos

que los demonios querían convertir en esclavos. Aquel era el trabajo más duro, pues la gente a la cual trataba de ayudar prefería quedarse dentro de los muros del estadio y morir, que salir de allí.

Por eso solo podía ayudar a los ancianos, a los niños, a los enfermos y a veces a las mujeres, y lo hacía sin dejarse arrastrar por otros pensamientos. Era duro, porque sabía lo que les iba a ocurrir a los demás. Lo había visto en innumerables ocasiones y había visitado algunos estadios después de una batalla. Había atacado los campos de esclavos donde llevaban a los pocos que no morían en la batalla, y había visto los resultados de los experimentos y oído las historias de los supervivientes. Llevaba todo eso grabado a fuego en su mente.

Bajó por el pasillo hasta llegar a una puerta que le impedía el paso. Comprobó la cerradura y vio que nadie había tratado de forzarla. Abrió la puerta con la magia de su vara, una vez más. El pasillo que tenía delante era más ancho y estaba iluminado con antorchas solares. Estaba debajo del terreno de juego del estadio, caminando hacia donde los niños la estaban esperando. Se habían dejado de oír los sonidos de la contienda y por ello sabía que no le quedaba mucho tiempo. Tenía que darse prisa.

Recorrió a toda prisa el pasillo, sin reparar en las puertas que dejaba a cada lado. La sala donde habían reunido a los niños estaba más adelante, otro nivel más abajo, protegida tras una sólida puerta de acero, y una serie de trampas dispuestas para impedir el paso a sus enemigos. Ángela conocía a todos sus enemigos, y sabía cómo evitarlos, por ello confiaba en que podría salvar a los niños, pero cualquier contratiempo podría ser fatal, por lo que nunca podía estar segura del todo.

—¡Ángela!

Se detuvo cuando apareció una mujer entre las sombras.

—¿Están todos bien? —le preguntó Ángela.

Helen Rice asintió. Era una mujer pequeña, llena de energía, a la que había prometido ayudar cuando llegara el día. Ángela se había reunido con ella la semana anterior y le había dicho que pronto los iban a atacar.

—Hemos llevado a todos los niños a la cámara acorazada. Son casi doscientos y hay algunos hombres y mujeres para que cuiden de ellos; algunas personas más también han decidido encerrarse. Te estábamos esperando para decidir qué hacer con ellos.

Ángela comenzó a caminar de nuevo, agarrando a Helen del brazo.

—Tenemos que darnos prisa. Los anteshombres ya han entrado y dentro de poco descubrirán este sitio.

—¿Dónde están los niños de los otros estadios? —le preguntó Helen, mientras corrían por el pasillo oscuro que habían camuflado—. ¿Lograste salvarlos a todos?

—A la mayoría. —Trató de no pensar en aquellos que se habían quedado y no había conseguido salvar—. Tantos como pude. No fue fácil. Están ahora en unas colinas en el norte, esperándonos a nosotros.

Helen movió en sentido negativo la cabeza.

—No puedo creer que todo esto esté ocurriendo. Intento convencerme de que es verdad, busco algo a lo que aferrarme, pero sigo sin poder creérmelo. ¡Dios mío!

Bajaron unos escalones que desembocaban en otro pasillo que terminaba en una pared de metal. Helen tecleó una secuencia numérica en la cerradura y la puerta se abrió. Ángela empujó la puerta, dándole un fuerte golpe para que tuvieran el espacio suficiente para poder pasar. Las dos mujeres entraron a la luz de la sala en silencio.

Docenas de niños estaban sentados encima de improvisadas mesas sobre el suelo de hormigón con las piernas cruzadas. Los más pequeños jugaban y dibujaban, y los mayores leían. Los pocos jóvenes que no podían luchar en la batalla o ayudar en la enfermería cuidando a los heridos ayudaban a los adultos en el cuidado de los niños. Se dirigían unos a otros en susurros. Cuando Ángela y la mujer entraron por la puerta, todos clavaron sus miradas en ella y sobre todo en la extraña vara que llevaba en la mano.

Un pequeño grupo de mujeres avanzó con el rostro aterrorizado. Necesitaban saber.

—¿Ha llegado el momento? —preguntó una.

—¿Qué tenemos que hacer? —inquirió otra.

Helen se acercó a una de ellas y apretó su hombro.

—Hay que hacer pequeños grupos y poner a uno de los niños mayores al frente de cada uno. Recordadles que no tienen que hablar ni hacer ningún ruido cuando salgan de esta habitación.

Las mujeres se dieron la vuelta y comenzaron a hacer los grupos. De pronto una mujer se dirigió a ellas, con el rostro encendido y los puños apretados que levantaba en el aire.

—¡No, no, no! —gritó, zarandeando a Helen—. ¿Qué es lo que vais a hacer? ¡No podéis sacar a los niños de aquí!

Se dio la vuelta y se encaró con Ángela.

—¡Todo esto es culpa tuya! ¡Solo nos has causado problemas con todas esas tácticas y falsas profecías! ¿Quién te crees que eres? ¡Estos no son tus hijos! ¡No puedes llevártelos!

Estaba furiosa. Otras mujeres acudieron a su lado a apoyarla. Todas la miraban, como si fueran a atacarla si se atrevía a hacer algo con los niños.

Ángela se mantuvo firme.

—Las puertas están a punto de ceder. El enemigo estará aquí en cuestión de minutos y ya no podremos escapar. Si os encuentran ya sabéis lo que va a pasar.

—¡Yo sé lo que tú nos has dicho que va a pasar! ¡Pero yo no te creo! ¡Harías cualquier cosa por llevarte a los niños!

—¡Haría cualquier cosa por salvarles la vida, sí! —les respondió, sosteniendo la mirada.

—¡Vete de aquí! ¡Déjanos en paz! ¡Aquí estaremos seguros! ¡Nuestros hombres nos protegerán!

Ángela la agarró del brazo.

—Mírame a los ojos y dime lo que ves.

La mujer trató de liberarse, pero la agarraba con tanta fuerza que no tuvo más remedio que hacer lo que le pedía. Fue imposible saber lo que vio, pero Ángela sabía el efecto que iba a tener.

Lo había aprendido antes de entrar a formar parte de los Caballeros de la Palabra, ella era la única que sabía que lo podía hacer. Pensó en las peores imágenes que había presenciado a lo largo de su vida, las batallas con los demonios y los anteshombres, y todo ese horror se reflejó en su mirada y cualquiera que posara sus ojos en ella se podía hacer una idea clara de lo que era el infierno.

—¡Dios mío! —exclamó la mujer, a punto de desmayarse. Se tapó la cara con las manos y comenzó a sollozar—. ¡No quiero ver nada más!

Estaba temblando, completamente desecha. Las demás mujeres que no apoyaban el plan de Ángela, acudieron a consolarla, con los rostros desencajados. Ángela les entregó a la mujer y les hizo un gesto para que se la llevaran.

—Os ruego que me ayudéis con los niños si queréis, u os apartéis.

Se apartaron, consolando a la mujer, abrazándola. Ángela las ignoró, y ordenó a Helen que preparara a los niños para la partida. Estaban dispuestos en filas, dándose las manos, esperando a que les dieran instrucciones. Algunos la miraban, pero ninguno trató de decir nada. A los pocos segundos volvió a abrir la puerta acorazada que los llevaría a un sitio más seguro.

—No hagáis ruido ahora —les susurró.

Cruzaron la puerta y subieron por las escaleras hasta llegar al sótano y a continuación recorrieron un largo pasillo. Ángela iba delante y miraba hacia atrás de vez en cuando, comprobando que los niños no se quedaran rezagados, atenta al mismo tiempo a cualquier sonido que pudiera significar peligro. Creía que sus enemigos no podrían descubrirlos todavía, pero no podía estar segura de su éxito si se presentaba cualquier contratiempo.

Cuando llegaron al final del pasillo, les ordenó que se detuvieran. Miró el siguiente pasillo que tenían delante. Parecía vacío.

Salió, hizo una señal para que la siguieran y caminaron hacia las puertas y las escaleras que llevaban al hotel abandonado.

Ya habían llegado casi al final cuando de pronto sintió la presencia del demonio. Estaba delante de ella, esperándola en las escaleras. Podía oler su hedor y sentir su calor. Su estómago reaccionó de la misma manera que lo hacía ante la presencia del maligno, con náuseas, que la debilitaban hasta el punto del desfallecimiento. Se detuvo unos instantes, dejando que se le pasara aquella sensación.

Detrás de ella, los niños permanecían quietos y en silencio.

—¿Qué ocurre? —preguntó una mujer.

Ángela no respondió. Se quedó mirando la puerta que tenía delante, tratando de pensar. No le quedó más remedio que decirle a Helen la verdad: estaban atrapados.

Cuando los padres de Ángela Pérez murieron, ella se convirtió en una más de los niños de las calles. No tenía familia, ni hogar, no tenía a nadie que la cuidara, no sabía cómo conseguir ni comida, ni agua, ni tampoco cómo buscar refugio para sobrevivir durante más de un día. Tan solo tenía ocho años.

Con todo, la suerte la favorece. Logra sobrevivir durante cinco días escondida y alimentándose con los restos de comida y agua que sus padres tenían guardada antes de que la peste se los llevara. Logra superar el miedo y pasa largas horas pensando en qué hacer.

A los pocos días Johnny la encuentra.

En realidad se llama Juan González, y sus padres también habían cruzado la frontera en busca de una vida mejor. Aparenta más edad de la que tiene, cuarenta y cinco años. Lleva el pelo largo, tiene barba y las manos desgastadas y llenas de callos. Sin embargo, tiene una voz muy dulce y cuando la encuentra escondida entre los escombros de la casa de sus padres, se acerca poco a poco, sin precipitarse, para no asustarla. Se dirige a ella y la llama, tratando de convencerla de que no se puede quedar allí porque es peligroso, que toda la ciudad de Los Ángeles es un sitio peligroso para una niña de ocho años. La invita a irse con él, diciéndole que puede acompañarlo a un sitio no muy lejos donde estará más segura. Le dice que está cansado de vivir solo y que le gustaría vivir con alguien, pero que no está obligada a quedarse con él para siempre, que se podría ir cuando quisiera.

Ella lo cree. No sabe bien la razón, pero lo cree. Se va con él y viven juntos durante seis años. Él le enseña a cocinar y a buscar comida, a defenderse utilizando tan solo sus manos y sus pies, a protegerse de los mutantes, de los animales y de los carroñeros; le enseña los sitios donde puede esconderse si a él le pasa algo; incluso le enseña a utilizar la escopeta de cañones recortados que tiene para casos de emergencia. Le dice que ella es la hija que él nunca ha tenido ni tendrá, la hija que él hubiera deseado tener si las cosas hubieran sido diferentes.

Todo el mundo conoce a Johnny. Es un tipo agradable que gusta a todos, por las mismas razones que le ha gustado a ella. Es una persona amable, que hace todo lo que está en sus manos por ayudar a los demás en su lucha por la supervivencia. Es una persona que cuida y protege a todos los que viven en su pequeña comunidad. Incluso aunque no se los admita en los estadios, por el miedo que tienen a los que viven en la calle y a la peste. Se tienen unos a otros.

Sin embargo, no es suficiente protección. La caída de la civilización ha producido toda clase de desechos humanos y algunos han descubierto su escondrijo. Una de las bandas que lo consigue se hace llamar los Blade Runners y dicen que representan el comienzo de un nuevo orden. La ley la imponen sus miembros y solo están aliados con ellos mismos y con nadie más. Van donde quieren y se apoderan de lo que desean. De dónde proceden o cómo llegaron a Los Ángeles es un misterio que parece más relacionado —piensa ella más tarde— con la suerte tenaz que otra cosa.

Johnny se enfrenta a ellos cuando amenazan a alguien de la comunidad. Saca la

escopeta de cañones recortados y ellos huyen, aunque se quedan merodeando, furiosos y vengativos, decididos a conseguir lo que quieren al precio que sea, incluso aunque eso que quieren suponga un esfuerzo que no merece la pena. Todo el mundo se ha vuelto loco y hacen cosas inexplicables, sin razón alguna que las justifique. Ángela, nada más verlos, sabe que han perdido la cabeza, lo sabe, de la misma manera que sabe cómo terminará toda esa locura.

Una noche, Johnny no regresa a casa. Ángela sabe inmediatamente que los Blade Runners lo han matado, y también sabe que irán por ella. Ha visto cómo la miraban algunos y puede adivinar en sus miradas lo que quieren. Al principio llora, está asustada, se da cuenta de que su vida va a cambiar para siempre porque Johnny no estará ya más a su lado. Se le ocurre pedir ayuda a otros. También piensa en irse a vivir a otro sitio.

Con todo, y a pesar de su miedo, saca la escopeta de cañones recortados y se esconde en el almacén que hay al lado de donde Johnny y ella viven, y espera.

La espera es breve. La banda de los Blade aparece a medianoche, como perros saliendo de las sombras, entrando en la casa abandonada. Son diez y van armados con palos y cuchillos. Creen que probablemente esté dormida y que no sabe lo que le ha pasado a Johnny, que la van a pillar desprevenida. No obstante, son bastante torpes, pues hacen tanto ruido que la hubieran despertado aunque hubiera estado sumida en el más profundo de los sueños. Sin embargo, no por eso le dan pena. Ya ha tomado una decisión y sabe lo que va a hacer.

Espera hasta que todos estén dentro, excepto uno que se queda a la entrada a vigilar. Se queda apoyado en el quicio de la puerta con cara de aburrimiento, mirando dentro cada poco tiempo, esperando a que ocurra algo. Ella sale de su escondite, dando la vuelta a una de las esquinas de la casa, y cuando está frente a él dispara su escopeta, que escape diez disparos y destroza una franja de cuatro metros de ancho de la entrada de la casa. La fuerza del disparo lanza al vigilante dentro de la casa. Ángela dispara una vez más sobre los hombres que están en el interior, dejándolos totalmente aturdidos. Dispara una última vez a uno de los chicos que intenta escapar por una de las ventanas y lo alcanza. El muro salta por los aires.

Está temblando, aterrorizada, sabiendo que a partir de ese momento su vida ya nunca será igual.

El recuerdo de Johnny y lo que había ocurrido hacía diez años antes desaparece a los pocos segundos. Ojalá tuviera en sus manos un arma como la escopeta de Johnny, algo con lo que pudiera abrirse paso, con capacidad de destruir incluso a un demonio. Sin embargo, solo tenía en sus manos la vara mágica para proteger a más de doscientos niños y a un puñado de mujeres y temía que no fuera suficiente.

—¿Qué ocurre Ángela? —volvió a preguntar Helen nerviosa.

Miró a la mujer y a continuación a la puerta que tenía enfrente y tomó una decisión. No tenía otra elección. Tan solo podían seguir adelante o retroceder, porque todas las demás salidas estaban bloqueadas. Aunque la situación a la que se

enfrentaba en aquellos momentos era distinta a la que se había enfrentado después de la muerte de Johnny, sintió más o menos lo mismo. Supo inmediatamente lo que tenía que hacer.

—Esperad aquí —ordenó a Helen—. Voy a abrir esta puerta, pero no vengáis hasta que yo os avise. Cuando lo haga tendréis que salir lo antes posible. No os detengáis, no me esperéis. Subid las escaleras y salid del edificio; corred hasta lograr salir de la ciudad. No os preocupéis por mí, ya os encontraré. —Hizo una pausa—. Si no vuelvo en una hora, lo mejor es que vayáis a San Francisco. Es posible que en el camino os encontréis a gente de otros estadios.

Helen abrió la boca para decir algo, pero Ángela se lo impidió. La agarró del brazo y se acercó a ella.

—Escúchame. Hay algo maligno esperando al final de esas escaleras. Le dan igual los niños. Me busca a mí. En cuanto me vea no pensará en otra cosa. No le des una razón para que cambie de opinión. ¿Me entiendes?

La mujer empezó a asentir, pero a continuación movió en sentido negativo la cabeza.

—¡No puedo dejarte sola! Tengo que ayudarte. Te has arriesgado mucho por nosotros.

Ángela la soltó y se apartó de ella.

—No puedes ayudarme en esto, Helen. Lo que nos espera arriba es una criatura con mucho poder, no es humano, es algo que no podemos comprender. Sólo yo puedo intentar detenerlo.

La abrazó y se alejó.

—Recuerda lo que te he dicho y hazlo.

Entonces, con la magia de su vara abrió la pesada puerta, la empujó, y entró en el sombrío pasillo que había al otro lado.

Encendió la linterna y empezó a subir las escaleras. Caminaba despacio y sin hacer ruido, colocando los pies en los escalones con cuidado. Había notado la presencia del demonio, pero era posible que aquel ser no hubiera notado la suya. No obstante debía ir con cuidado.

Cuando llegó a la puerta que daba al vestíbulo del hotel, se detuvo. Su sexto sentido le confirmó todos sus temores: el demonio la estaba esperando, había descubierto su plan con los niños y estaba aguardándolos a todos.

Extrañamente, solo estaba esperándola un demonio.

Durante unos instantes se quedó paralizada, pensando dónde estaba el error en todo aquello, pensando que sus instintos le fallaban. No obstante, no era así: el demonio estaba solo. Esto le preocupó más de lo que hubiese deseado, pues un demonio que iba a la caza de Caballero de la Palabra siempre iba acompañado por cientos de anteshombres que lo ayudaban en su lucha. Sin embargo, aquel parecía pensar que podía hacer el trabajo él solo, lo cual significaba que poseía mucha fuerza o conocimientos extraordinarios.

O que estaba completamente loco.

No voy a lograr salir con vida de esta.

Las funestas palabras resonaron en su mente sin poder evitarlo. Intentó borrarlas, pero no lo lograba.

Respiró hondo y cerró los ojos, tratando de imaginarse lo que le esperaba. Se imaginó el vestíbulo, las paredes y el techo, la escalera de caracol, los escombros, las ventanas rotas y las puertas, el mostrador de recepción, todo el conjunto. Trató de imaginarse dónde estaría el demonio. Seguro que había elegido un sitio para que ella no lo pudiera ver cuando entrara, pero desde el cual pudiera atraparla rápidamente. Trataría de pillarla desprevenida. ¿Dónde la estaría esperando? Intentó imaginárselo.

De pronto su mente se iluminó.

La estaría esperando en las escaleras. Saltaría el pasamanos y caería sobre ella. Lo vio todo en su mente, vio al demonio agachado y al acecho.

Grande.

Pero ella era más grande.

Fuerte.

Pero ella era más fuerte.

Apretó con fuerza su vara mágica y miró la puerta. La había dejado sin cerrar. El demonio lo sabría, habría probado la cerradura para cerciorarse. Si la habían sellado, el sonido que emitirían cuando la abriera daría la señal al demonio para que los atacara, pero si estaba abierta no le proporcionarían ninguna pista sobre su acercamiento. No obstante, si no era el sonido de los cerrojos, la sombra de la puerta al abrirla alertaría al demonio de su presencia.

Tendría que actuar con rapidez.

Invocó toda la magia de su vara y cuando la sintió hizo que la puerta volara por los aires. Entró en el vestíbulo, pegándose a la pared con los ojos clavados en la parte superior de la escalera. Vio la sombra del demonio cayendo sobre ella, según lo había visualizado, pero no logró atraparla, sino que cayó al suelo y ella con el fuego blanco de su arma lo lanzó contra el mostrador de recepción, que saltó por los aires en pedazos.

Tan solo pudo verlo de reojo, pero se dio cuenta de que era inmenso.

—¡Helen! —gritó—. ¡Corred!

Ángela se dirigió a un espacio entre las escaleras y el demonio, que estaba quitándose de encima todos los escombros. Lo miró detenidamente: pelo rubio, escamas repartidas por la cara, el cuello y el tronco. Se dio cuenta de que era una mujer. La atacó por segunda vez con su vara mágica, lanzándola de nuevo por los aires, pero el fuego no surtió ningún efecto esta vez, y pensó en la manera de encontrar un punto débil donde atacar.

Detrás de ella, pudo oír las débiles voces de los niños que lloraban y el sonido de sus pisadas. Todos ellos salían corriendo, dirigiéndose hacia la libertad de las calles. No se giró para mirarlos, pues tenía los ojos clavados en la diablesa. Se acercó a ella, con intención de utilizar la magia de su arma por tercera vez, pero en aquella ocasión la diablesa estaba esperando el ataque y se apartó a una velocidad vertiginosa, le golpeó los pies y la tiró al suelo, echándose a continuación encima de ella. Ángela se sintió como si le hubiera caído una pared encima. Apretó su cuerpo para quitársela de encima. Cuando lo logró, le puso la vara en el cuello y con la fuerza del fuego blanco de su magia logró apartarla.

Se puso en pie de nuevo. Los niños estaban gritando, pero ella trató de concentrarse exclusivamente en la batalla. Parecía que la magia de su vara no tenía efecto alguno sobre aquel ser, como si todo lo que hiciera fuese perder el tiempo. Pensó que quizá no estaba preparada para aquello y que lo que había hecho hasta ahora era lo mejor que podía hacer.

La diablesa la atacó de nuevo, quitándose de encima los escombros, haciéndolos volar por los aires con tanta fuerza que Ángela tuvo que utilizar la magia para protegerse de su impacto. De pronto se lanzó contra ella con toda la fuerza de su cuerpo, enseñándole las zarpas al tiempo que intentaba quitarle la vara. Trató de esquivarla, echándose a un lado, tal como le había enseñado Johnny, pero una de sus zarpas la rozó y le desgarró el hombro derecho. La fuerza de su impacto la desequilibró y cayó al suelo de espaldas. Sintió un dolor agudo en todo el cuerpo cuando intentó ponerse en pie. Antes de poder hacerlo, la diablesa atacó de nuevo.

Aquella vez, la levantó por los aires y la lanzó contra la pared de enfrente. Ángela abrazó la vara contra su pecho, se golpeó contra la barandilla de la escalera y cayó al suelo. Casi había perdido la conciencia por el impacto. Sintió como si todos los huesos de su cuerpo se hubieran roto. Respiró hondo y lanzó un chorro mágico protector. Sus ojos estaban inyectados en sangre y casi no podía ver. De pronto vio

que la diablesa se dirigía de nuevo hacia ella e intentó repeler el ataque con el fuego de su vara.

Sin embargo, la diablesa lo atravesó.

Ángela vio cómo atravesaba el fuego sin sentirlo, convirtiéndose en una antorcha humana, sin poder parar, lo vio todo como si pasara a cámara lenta. Vio la locura en sus ojos verdosos, sus dientes afilados como cuchillos, en una mueca de dolor que se dibujó en su rostro, mientras atravesaba con total facilidad el escudo protector que había creado.

De lo siguiente que se dio cuenta fue de que le quitaba la vara de las manos y la tiraba por los aires.

Se puso en cuclillas delante de ella, sonriendo a través de una capa de escamas, sangre y polvo. Tenía el pelo de punta y quemado, su ropa hecha jirones, y uno de sus brazos desgarrado hasta el hueso. No obstante, era un demonio y los demonios no sienten el dolor. Los demonios podían curarse de heridas por las que los humanos tendrían una muerte segura. Este incluso ni siquiera había reducido la marcha, y no solo hacía caso omiso a las heridas que le había infligido Ángela, sino que parecía disfrutar con ellas.

Hizo amagos de golpearla, como si quisiera jugar con ella. Se estaba divirtiendo.

Ángela se puso en pie y adoptó una posición defensiva. No intentó recuperar su vara, porque no quitaba los ojos de su atacante. Reaccionó de forma instintiva. Sabía lo que tenía que hacer, aunque también sabía que era posible que no saliera de aquella con vida. No respondió a sus fintas, no retrocedió un solo paso. Se mantuvo en su sitio, esperando.

Cuando la diablesa la atacó, moviendo las garras como si fueran cuchillos afilados, la estaba esperando y cuando estuvo cerca la golpeó entre los ojos. Se tambaleó, empezó a gritar y movió los brazos para intentar atraparla, pero Ángela se agachó y le dio un puñetazo, estaba vez en la oreja derecha. La diablesa lanzó un grito y perdió el equilibrio.

No obstante, Ángela no podría escapar tan fácilmente. Delloreen se recuperó pronto, y le desgarró el hombro y la espalda con sus garras, golpeándole al mismo tiempo con el antebrazo en la cara con tanta fuerza que perdió el equilibrio y cayó al suelo. Ángela se puso en pie de nuevo y esquivó la siguiente embestida, dirigiéndose después a recuperar su vara. La sacó de entre los escombros y lanzó un chorro de fuego contra la cara de su atacante.

En esa ocasión el fuego tuvo el efecto que deseaba. Empezó a retroceder gritando y retorciéndose de forma tan violenta que tropezó y se golpeó contra la barandilla. La madera se resquebrajó, los soportes cedieron y toda la estructura cayó sobre la diablesa, quedando bajo los escombros.

Ángela se quedó cerca de los escombros, mirando detenidamente, esperando. Cuando vio que no se movía se dio la vuelta. La sala estaba en silencio, los niños habían desaparecido con Helen y las demás mujeres. Miró de nuevo a los escombros:

no se movía. Si no hubiera estado tan débil habría apartado los escombros y habría terminado su trabajo, pero casi no se podía mover.

Suspiró hondo para recuperarse. Por suerte, estaba todavía viva. Con el cuerpo dolorido y ensangrentado se fue hacia la puerta y salió a la calle.

Las puertas del estadio habían cedido media hora antes, los anteshombres lo habían invadido y Findo Gask había esperado pacientemente. Sus órdenes fueron claras: había que matar a todo el que se resistiera, a todos los que estuvieran enfermos o heridos, y había que acabar con todos los viejos. El resto, los que estuvieran en buena *forma física*, *se debían encadenar y no hacerles daño*. A los niños, sobre todo, no había que tocarlos, pues no le servían los prisioneros con desperfectos y enfermedades. Los programas de cría y sus experimentos requerían especímenes sanos.

Una vez encadenados y alineados, los cautivos recorrerían treinta kilómetros hasta el campo de esclavos que había organizado dos meses antes. Allí vivirían hasta que fueran de utilidad.

Dirigió la mirada hacia la puerta y vio aparecer al primero a través de una cortina de humo y cenizas. Avanzaban arrastrando los pies, mirando al suelo. Tan solo uno levantó la cabeza para mirarlo cuando pasaron por su lado. El demonio los observó fugazmente, dirigiendo su mirada después hacia el estadio en llamas, que estaban a punto de saquear, llevándose todas las armas y los alimentos que pudieran. El resto, incluidos los cuerpos de los caídos, serían quemados. Tardarían un día en completar la tarea, y les llevaría lo que quedaba de semana derribar el estadio y los edificios colindantes. Findo Gask era muy concienzudo: cuando terminara su tarea no quedaría nada en pie.

Después marcharía con su ejército hacia el norte y atacaría todos y cada uno de los estadios de la costa.

Esta vez se había preparado concienzudamente, y dos semanas antes había enviado a la mitad de su ejército hacia el norte, a sitiar los estadios de Seattle y Portland. Uno de los ejércitos avanzaría por la costa hasta San Francisco y el otro desde Seattle al mismo destino. Juntos, los dos formarían las mandíbulas de una trampa que pronto se cerraría sobre los últimos estadios de la costa del Pacífico.

En menos de seis meses acabarían con todo.

Uno de los demonios que estaba bajo su mando, uno que todavía era demasiado humano, llamado Arlen, delgado y encorvado, con pelo greñudo y rasgos de reptil, apareció por las puertas llevando dos figuras ensangrentadas encadenadas por el cuello. Cada vez que tropezaban y se caían, les gritaba y tiraba de las cadenas para que se levantaran. Cuando llegó donde estaba su jefe, los detuvo y les pegó una patada. Uno era una mujer. Findo Gask esperó. Arlen sonreía esperando su recompensa. De pronto se dio cuenta de que el otro esperaba que dijera algo.

—Estos son los únicos que quedan, jefe —le dijo.

Findo Gask asintió.

—Los únicos que quedan de qué.

—De los que estaban cuidando a los niños.

—¿Y dónde estás los niños?

Arlen se encogió de hombros.

—Se han ido. Los han sacado mientras estábamos tirando abajo las puertas. Dicen que los han sacado por los túneles. A todos.

—¿La mujer que pertenece a la orden de los Caballeros de la Palabra? —preguntó entre dientes—. ¿Ha sido ella la que ha sacado a todos los niños?

El otro asintió.

—Sí. A todos. Entró por la parte de atrás del estadio.

Findo Gask agarró uno de los extremos de la cadena alrededor del cuello de la mujer, tiró de ella y la arrastró hasta sus pies. La miró fijamente a los ojos. Estaba temblando, pero no pudo apartar su mirada.

—¿Dónde se los ha llevado? —le preguntó.

—No lo sé —susurró.

Se quedó mirándola durante unos segundos, le partió el cuello y la echó a un lado. Se agachó y arrastró al otro hasta que estuvo a sus pies.

—¿Me dices tú dónde han ido?

—Salieron por los túneles... que dan a la calle... —le respondió respirando con dificultad. Le faltaba un ojo, el otro lo tenía completamente hinchado, y el rostro ensangrentado—. Nos advirtió... de lo que iba a ocurrir... Deberíamos... haberle hecho caso.

—Eso es lo que deberías haber hecho —le respondió dejándolo caer al suelo. Después miró a Arlen—. ¿Dónde están los túneles?

Arlen se encogió de hombros, gesto que asqueó a Findo Gask. Con la rapidez de una serpiente, agarró a Arlen del cuello y empezó a apretar.

—Será mejor que organices una patrulla y los encuentres cuanto antes. Si no los encuentras, es posible que termines igual que estos —le dijo tirándolo al lado del prisionero.

Arlen retrocedió arrastrándose unos metros y después se levantó, alejándose sin mirar atrás. Findo Gask lo dejó marchar. La verdad era que le daban igual los niños, ya tenía demasiados. Lo que de verdad le interesaba era imponer respeto, un respeto nacido del miedo, pues si mostrase debilidad o indecisión, no dudarían un minuto en descuartizarlo.

La situación empezaba a ser demasiado peligrosa.

De pronto se acordó de Delloreen. ¿Dónde se habría metido?

Ángela tardó bastante tiempo en salir de la ciudad. Estaba demasiado dolorida y cansada, y no podía avanzar con rapidez. La pelea la había dejado completamente destrozada. Tal y como estaba en aquellos momentos, dudaba mucho de que pudiera enfrentarse a otro demonio o ni siquiera a un grupo de anteshombres, por eso caminaba entre las sombras, esquivando cualquier cosa que pudiera oler a peligro,

conservando las pocas fuerzas que le quedaban para intentar alcanzar a Helen y a los niños.

Más de una vez, miró hacia atrás para ver si la diablesa del hotel la estaba siguiendo. Nunca antes se había enfrentado a nadie con tanta fuerza, nunca con un monstruo de aquellas características, y no sabía si la había matado. Si seguía viva, iría tras ella, a lo mejor con un grupo de anteshombres de apoyo, o incluso con aquel anciano que la acompañaba.

Si eso ocurría, no estaba muy segura de lo que podía pasar si se enfrentaba en una nueva pelea con la diablesa, pues de no haberse caído por la escalera, es posible que no la hubiera podido vencer. Había tenido mucha suerte y no sabía si la iba a tener la próxima vez.

A sus espaldas se veía el humo negro del estadio Anaheim. Los demonios habían echado abajo las puertas y habían logrado entrar. Habían acabado con todos. Desde donde estaba podía oír los gritos de desesperación. ¿Por qué no le habían hecho caso? ¿Qué más podía haber hecho? No tenía respuesta, y plantearse aquellas preguntas tan solo servía para poner de relieve que sus esfuerzos como Caballero de la Palabra habían servido de bien poco.

Se detuvo un momento y miró todo aquel destrozo. De nada le servía saber lo que les iba a ocurrir a los que se habían quedado en el estadio. Los más afortunados morirían, los demás serían esclavizados. Si había quedado algún niño, se lo llevarían para hacer experimentos. Confió en que todos hubieran escapado. Deseó volver y comprobarlo.

El dolor y el cansancio se apoderaron de ella de repente y empezó a llorar en silencio. Le costaba desahogar sus penas con lágrimas, pero a veces le ayudaba. Lloró por los hombres y mujeres del estadio que habían luchado para sobrevivir, lloró por todo lo que el mundo había perdido, por todo lo que en el pasado los seres humanos habían creído que iba a ser duradero y seguro. Ella no existía todavía en aquel entonces, pero lo sabía por las historias que le habían contado las personas de más edad. Quedaban pocos de los que habían nacido en aquella época y recordaban apenas algunos detalles de las cosas más importantes, muchos ya se habían muerto, y la memoria de los más mayores estaba sumida en la oscuridad.

Se preguntó si alguna vez tendría la oportunidad de atesorar recuerdos dulces que le dieran la paz que buscaba, y que acogiera con una sonrisa cada vez que emergieran de su mente. Ángela sabía que eso solo sería posible si un renovado mundo los esperaba en el futuro.

Se detuvo una vez más a contemplar lo que quedaba del estadio, se dio la vuelta y empezó a caminar de nuevo. Después de haber conquistado Los Ángeles, el ejército de anteshombres se dirigiría hacia el norte, hacia San Francisco, donde se repetiría el mismo escenario. Se preguntó si habría algún Caballero de la Palabra defendiendo la ciudad. Cuando llegara allí lo sabría, porque era allí donde se dirigía. Era el único lugar al que podía ir.

Vio a lo lejos a los niños y a las mujeres que los llevaban, atravesando las calles de la ciudad en ruinas. Algunos se aferraban a algún preciado objeto que habían podido llevarse consigo, algunos lloraban y se cogían los unos a los otros. Podía imaginarse perfectamente lo que estaban pensando después de haber perdido su hogar, sus padres y todo lo que habían conocido y amado. Podía imaginarse su desesperación.

Se apresuró para alcanzarlos, deseosa de hacer todo lo posible por aliviar su sufrimiento.

Delloreen tardó bastante tiempo en salir de debajo de la escalera. Se había quedado inconsciente, después de la caída. Cuando despertó, sintió todo el peso de los escombros aplastándole el cuerpo. Poco a poco se fue quitando de encima todo lo que la aprisionaba, se levantó y miró a su alrededor sabiendo lo que iba a encontrar: la mujer que pertenecía a la orden de los Caballeros de la Palabra había escapado.

Le dolían algunas partes del cuerpo, pero este dolor era superado por una intensa ira, que la embargaba y que le proporcionaba fuerzas renovadas. Miró la herida del brazo a través de la cual se le veía el hueso. Heridas como aquella inutilizarían a cualquier ser humano, pero no a un demonio como ella. Cerró el corte con los dedos, y a los pocos segundos una capa de escamas la selló de forma definitiva. Lentamente las escamas iban cubriendo cada vez más partes de su cuerpo, como si fuera una coraza, invadiendo lo poco que le quedaba de humana. Delloreen odiaba la parte de su cuerpo que le recordaba su anterior condición, por eso estaba impaciente por terminar con la transformación.

Cuando la herida estuvo curada lo suficiente como para que no tuviera que volver a pensar en ella nunca más, se frotó la sangre que le cubría el rostro con las manos y después se las limpió a lametazos. Recordó la pelea con la mujer Caballero de la Palabra. La mujer era pequeña pero resistente, mucho más fuerte de lo que aparentaba. No obstante, no se le tendría que haber escapado, y sabía que si no se hubiera caído de la escalera, no lo habría conseguido, pues era mucho más fuerte. La próxima vez que la encontrara se lo demostraría.

Se dirigió a la puerta y salió fuera. Vio el humo negro que salía del estadio. Los ruidos de la contienda habían cesado y tan solo se oían los lamentos y quejidos de los que habían quedado con vida. Pensó que lo único que podía hacer en aquellos momentos era buscar a la mujer que pertenecía a la orden de los Caballeros de la Palabra y acabar con ella, pues no podía regresar junto a Findo Gask sin haber matado a la mujer Caballero; no podía volver sin la cabeza de aquella mujer clavada en una estaca.

Era lo único que podía hacer si alguna vez quería liderar aquel ejército. Findo Gask había puesto las condiciones y ella las había aceptado. Si volvía a su lado, todos los demás considerarían que no tenía la fuerza suficiente como para ostentar el mando. Sería como admitir su fracaso, un signo de debilidad. Lo sabía. Lo mismo que sabía que sería su sentencia de muerte.

Pero no estaba dispuesta a admitirlo. Lo que haría sería ir detrás de ella, no por miedo o para demostrar nada a Findo Gask, o a los demás demonios o a los anteshombres que servían al Vacío, sino para demostrar que no había nadie mejor que ella; lo haría, para enfrentarse a alguien que se había creído que era su igual. No haber podido acabar con su vida era una humillación que no podía soportar. Poco importaba la promesa que le había hecho a Findo Gask, o lo que otros pudieran esperar de ella. Tan solo quería encontrarla y vengarse.

Apartó la mirada del estadio y observó la calle. Seguro que se habría ido hacia el norte, con los niños y las mujeres, en dirección a San Francisco. No podía ir deprisa, si iba con los niños, no tan deprisa como Delloreen, que la estaría buscando. Esa vez no conseguiría escapar. Lo intentaría, aunque, por supuesto, no lo conseguiría.

Se imaginó durante unos segundos lo que iba a hacer con aquella mujer cuando la atrapara; se imaginó el dolor y el miedo en sus ojos cuando la hiciera su presa. Se imaginó la manera en la que la destrozaría.

Solo entonces se sentiría recompensada.

Dejando todas esas imágenes para otro momento y abandonando las preocupaciones, empezó a caminar hacia el norte.

Era mediodía en Emerald City, y los Fantasmas estaban jugando al *stickball* ^[3] en Pioneer Square, una de las plazas de la ciudad. El *stickball* era un deporte parecido al béisbol, deporte que nunca habían visto practicar a nadie ninguno de los Fantasmas, pero habían leído las reglas en algunos libros. Ninguno de ellos sabía muy bien cómo se jugaba, salvo Pantera, que decía que él lo había practicado en las calles de San Francisco. Entre lo poco que les enseñó y un poco de imaginación, lograron más o menos organizar un partido.

Habían calculado los turnos para batear y cuántos de ellos deberían jugar, pero nueve turnos eran demasiado y el juego se alargaba excesivamente, entonces decidieron que harían cinco turnos. Habían leído que en el béisbol jugaban nueve o como máximo diez jugadores sobre el campo, pero había demasiados Fantasmas, por lo que se conformaron con organizar equipos de tres o cuatro. Tenían una pelota de caucho totalmente deteriorada y como bate utilizaban el palo de una escoba. El bateador tiraba la pelota al aire, la golpeaba con toda la fuerza que podía y echaba a correr. Si alguien cogía la pelota, el corredor quedaba eliminado, y si la pelota caía al suelo, el corredor podía seguir con su carrera; pero si lo tocabas con la pelota o se la tirabas y le dabas mientras estaba corriendo, quedaba eliminado. Los partidos se jugaban en un espacio abierto que había al norte de la vieja pérgola, Lechuza había buscado su nombre en uno de los libros de historia. Habían puesto cuatro bases de una manera extraña porque la superficie estaba plagada de escombros y vehículos abandonados. Los trayectos entre base y base eran más bien un laberinto. Tampoco habían tenido en cuenta los *strikes* ^[4] y las pelotas buenas, pero no importaba demasiado, puesto que no había ningún *pitcher*.^[5] Habían decidido desde el principio que los que bateaban solo tenían una oportunidad: les lanzaban una sola vez la bola y debían darle.

El bateador tenía que golpear tres veces la pelota, pero en algunas ocasiones dejaban que algunos como Ardilla o Vela, los más pequeños del grupo, la golpearan cuatro.

No era como lo jugaban en realidad cincuenta años atrás los chicos en las calles de América, pero se divertían de la misma manera, pues era algo distinto de lo que hacían siempre: buscar comida y refugio. Lechuza siempre los animaban a que jugaran, pues decía que era necesario que de vez en cuando se divirtieran. A Pantera le gustaba especialmente esta clase de juegos. Él había sido el que había ideado el juego y puso mucho empeño en que los demás se sintieran interesados en jugar.

En aquel momento Pantera era el que iba a batear y en el campo de juego estaban Tiza, Gorrión y Oso; Arreglatodo y Vela esperaban su turno; y Lechuza hacía de árbitro, el papel que le habían asignado, en primer lugar, porque nadie era tan imparcial y justa como ella y, en segundo lugar, porque iba en silla de ruedas. Ardilla

todavía estaba recuperándose de la fiebre. Había insistido en que se encontraba bien y quería ir a jugar con los demás, pero Lechuza le había dicho que necesitaba quedarse un día más en cama para recuperar se del todo y no tener una fatal recaída. Ríó le estaba haciendo compañía.

Halcón no participaba en el juego, pues le estaba dando vueltas a la cabeza a la visión que había tenido Vela la noche anterior. Cheney estaba cerca de la puerta, con el hocico descansando entre sus patas, con los ojos cerrados y las orejas levantadas.

—¡Bueno chicos, ahora me toca a mí! —gritó Pantera a los demás jugadores, sacudiendo la pelota encima de donde estaba Gorrión en el suelo, una vez retomó la postura de bateo—. ¡Eh! He dicho a mí porque este bebé está a punto de volar.

Golpeó la pelota con fuerza y salió volando por el aire. Tiza y Oso fueron a cogerla, pero la pelota cayó al suelo entre los dos, al calcular mal la distancia. Mientras, Pantera corría hacia las bases, mofándose de ellos por su ineptitud; se sentía tan satisfecho de su acción que no se dio cuenta de que Gorrión estaba en la segunda base y cuando llegó allí tropezó con ella. Gorrión, furiosa, le pegó una patada en la espinilla y empezó a golpearlo. Pantera entre risas salió corriendo de nuevo.

Para aquel entonces, Oso había logrado coger la pelota. Se echó un poco hacia atrás y la lanzó con fuerza. Gorrión intentó cogerla, pero se le escapó de las manos, rebotó y le dio a Pantera, que casi había llegado a la última base.

—¡Eliminado! —gritó Gorrión.

—¿Eliminado? —Pantera rió—. No flipes.

—¡Eliminado! —repitió Gorrión—. La pelota te ha dado antes de llegar a la base. Las normas dicen que estás eliminado.

Pantera agarró el bate y lo levantó con gesto amenazante. Después lo bajó otra vez.

—¿De qué estás hablando? No tienes ni idea. Oso tiró la pelota al campo. No la ha lanzado contra mí; te ha pegado a ti primero.

—No importa a quién golpeará primero. Te dio a ti y estás eliminado.

—¡Estás Hipando!

Gorrión se encaró con él, restregando su mata de pelo color pajizo contra los ojos azules y el ceño fruncido de Pantera.

—A mí no me hables así. ¡Lechuza, dile que está eliminado!

El resto del grupo rodeó a Pantera y a Gorrión que estaban uno frente a otro gritándose. Halcón se quedó observándolos, sonriendo. Lechuza lo miró con impaciencia mientras iba con su silla de ruedas a intentar separarlos.

—¡Ya está bien! —gritó Halcón dirigiéndose hacia ellos, también—. Pantera, no estás eliminado, porque no se puede eliminar a nadie cuando la pelota rebota en otro primero. Esa es la norma. Sin embargo —levantó una mano para silenciar la protesta de Gorrión—, tienes que volver a la primera base por tirar a Gorrión. ¿No es así, Lechuza? —La miró y le guiñó el ojo.

Ella levantó el pulgar en gesto de asentimiento.

Pantera se fue a regañadientes a la primera base y todos los demás regresaron a sus posiciones.

Halcón acompañó a Lechuza hasta detrás de la primera base, con las manos en los bolsillos y la cabeza baja viendo sus propios pies avanzando por el pavimento.

—Yo no sé mucho sobre estos juegos —comentó.

Lechuza levantó la cabeza.

—Les viene bien, Halcón. Tienen que jugar, los distrae y no piensan en lo que tienen a su alrededor. Tienen que sacar fuera toda su energía y agresividad. —Lo apuntó con un dedo—. Y tú deberías participar también. ¿Por qué no sustituyes a Arreglatodo un rato?

—Un poco más tarde, quizá.

Lechuza lo detuvo con la mano.

—Por lo menos dime qué te preocupa. Y no me digas que nada, porque te conozco. ¿Tiene que ver con Tessa?

Aunque Tessa era lo que más lo preocupaba últimamente, lo que no se podía quitar de la cabeza era la visión de Vela, que todavía no había explicado a Lechuza. Tampoco quería contársela a nadie, porque ni siquiera él entendía bien su significado, ni tampoco lo que tenía que hacer al respecto. Todavía estaba tratando de decidir si deberían abandonar la ciudad, y el sitio al que debían dirigirse.

Abandonar la ciudad era desarraigarlos del único sitio estable que habían conocido, significaba tener que buscar y encontrar otro sitio, abandonar lo familiar y aventurarse a lo desconocido; significaba encontrar la forma de convencer a Tessa para que se fuera con ellos, dejara a sus padres y toda su vida en el estadio, dejar todo lo que ella había conocido hasta ahora.

En pocas palabras, significaba poner el mundo patas arriba. Y no sabía muy bien cómo hacerlo.

—Mientras decides lo que me quieres contar —le dijo Lechuza—, yo sí quiero decirte algo. Río ha estado saliendo sola por ahí sin decírselo a nadie. No por la noche, sino durante el día, cuando todos los demás estamos haciendo nuestras tareas y no notamos su ausencia. —Hizo una pausa—. No sé, pero es posible que se esté viendo con alguien.

Halcón se agachó a su lado, mientras miraba a Arreglatodo, que estaba a punto de golpear la pelota.

—¿Cómo te has enterado?

—Me lo ha dicho Vela. Ya sabes que Río y ella son como hermanas. No tienen muchos secretos, pero Río esto no se lo ha contado. Un día la vio salir a hurtadillas y cuando regresó le preguntó dónde había estado, pero Río no le quiso responder, tan solo le pidió que confiara en ella y que no se lo contara a nadie. Vela no se lo ha contó a nadie, hasta ayer. Cuando nos explicaste lo de los Croaks se quedó muy preocupada y decidió decírmelo todo.

Halcón negó con la cabeza, en un gesto de duda.

—¿A quién crees que va a ver?

—No lo sé. Vela dice que llevaba algo en una bolsa cuando la vio salir. Cree que lleva tiempo haciendo lo mismo. No sé qué hacer, y no le quiero decir nada, porque si lo hago se imaginará que me lo ha contado Vela y eso rompería su relación. No quiero que se peleen por mi culpa.

—Ya, pero algo tendremos que hacer —respondió Halcón.

—Podrías seguirla un día y averiguar a dónde va.

Sonaba más fácil de lo que uno se podía imaginar. Río sabía cuidarse bien y no era fácil pillarla desprevenida. Para descubrir algo tendría que ir con mucho cuidado para que no se diera cuenta de que la estaba siguiendo, y, en cualquier caso, no era algo que le apeteciera demasiado, pues espiar a uno de tu propia familia era un gesto de desconfianza, una especie de traición.

—No sé —le dijo a Lechuza.

—Yo tampoco —respondió ella—. Creo que no deberíamos permitirle salir sola por ahí sin saber a dónde va ni lo que hace. Pertenecer a una familia supone responsabilidades y no creo que las estemos asumiendo si pensamos que puede correr peligro.

Sabía que lo que estaba diciendo era cierto, pero no por ello lo hizo sentirse mejor. Le molestaba que todo aquello estuviera ocurriendo justo en esos momentos, cuando había otras tantas cosas que requerían su atención. Si por él hubiera sido, habría ido a hablar con Río y le habría recriminado que lo distrajera con cosas que no tenían tanta importancia, pero sabía que esa no era la forma de solucionar las cosas.

—Deja que lo piense con más calma —concluyó.

Lechuza volvió a mirar al campo de juego.

—Pues date prisa, porque esto no puede esperar.

Halcón también pensaba lo mismo.

Cuando acabaron de jugar, se llevó a Pantera, Oso, Arreglatodo y Vela a buscar pastillas para purificar el agua. Se estaban quedando sin provisiones y había retrasado aquella excursión porque había que atravesar la ciudad y recorrer tres kilómetros, una distancia que normalmente no hacían. No obstante, el agua limpia era una necesidad vital y no podía retrasar más el viaje.

Lechuza y los demás se metieron en casa a limpiar y a hacer otras labores, por lo que estarían todos ocupados hasta su regreso. Halcón eligió a los más altos y fuertes para que lo acompañaran por un terreno que no conocía demasiado. Por eso también se llevaba a Vela, por su habilidad para prever el peligro. Les llevaría toda la tarde el camino de ida y vuelta y no sabía si iban a ser capaces de encontrar lo que iban a buscar, pero por lo menos con Vela estaban más seguros.

Era un día gris y nublado y las calles estaban desiertas. Comenzó a llover justo cuando empezaban a caminar. Pantera seguía protestando por el partido, que su equipo había perdido. Caminaba por la derecha. Arreglatodo se situó a la izquierda,

Halcón delante y Oso y Vela en el centro. Halcón lo miraba de vez en cuando, un poco molesto por tanta protesta, con ganas de decirle que se callara, aunque sabía que de nada serviría. Los cuatro chicos llevaban lanzas, y Pantera portaba la suya como si estuviera preparado para utilizarla.

Pantera era una persona cargada de ira.

Había nacido en las calles de San Francisco. Era el más pequeño de cinco hermanos. Lo llamaron Anan Kawanda. Su familia era afroamericana, aunque otra sangre corría por sus venas. Su padre murió antes de que él naciera, pero nadie le contaba lo que le había pasado. Cuando Pantera preguntaba, nadie quería decirle nada. Su madre era una persona fuerte y decidida, procedente de una familia que vivía en Presidio Park, un grupo de gente que odiaba los estadios y el campo. Vivían en tiendas de campaña y en edificios vacíos, o incluso en plataformas que construían en los árboles. Eran un grupo de cientos de personas, negros o hispanos mayoritariamente, todos ellos del mismo barrio, antes de trasladarse a Presidio Park, y con los mínimos conocimientos para lograr sobrevivir. Su madre y el resto de las personas mayores pensaban que la supervivencia dependía de la adaptación al medio y que había que lograr ser inmune a cualquier peligro. Los cambios en el aire, el agua y la tierra se podían tolerar cuando se lograra esta inmunidad, por lo que vivir entre los cuatro muros de los estadios, o marcharse al campo no era la solución, pues ellos eran gente de ciudad y en la ciudad era donde deseaban vivir.

Con todo, los monstruos eran una amenaza a la cual no eran inmunes, pues algunos mutantes se alimentaban de gente como ellos, personas que vivían en el exterior de los estadios. No obstante, la comunidad estaba armada con escopetas, lanzas y dardos venenosos. Estaban organizados en pequeños grupos y nunca iban a ninguna parte solos, especialmente los niños. Había rumores de que ejércitos de delincuentes recorrían los campos y atacaban los estadios; otros contaban las atrocidades que cometían algunos seres que no eran humanos, los cuales tenían un origen oscuro. A pesar de que ninguno de aquellos grupos había aparecido todavía por San Francisco, no querían arriesgarse.

Tenían un plan de evacuación de la ciudad por si aparecían, aunque muchos pensaban que no era necesario. Pantera creció jugando a sobrevivir y rápidamente el juego se convirtió en algo real. En un mundo en el que no había gobiernos, plagado de fanáticos sin cerebro, epidemias y alienados, de bombas y de productos químicos pestilentes, la infancia con la inocencia que la caracteriza era una etapa de la vida que no duraba demasiado. Así, cuando cumplió los siete años, ya sabía cómo utilizar las armas, y conocía la existencia de los monstruos y sus hábitos, reconocía cada tipo de huella, las medicinas que curaban las enfermedades, y los sitios que tenía que evitar; podía hacer guardia toda la noche y enfrentarse a cualquiera en caso de que fuera necesario.

Creció muy deprisa. Era fuerte, atlético y de carácter decidido. Cuando cumplió doce años, todo el mundo pensaba que algún día sería el líder de la comunidad e

incluso sus hermanos y hermanas mayores respetaban su juicio y sus conocimientos. Pantera se esforzaba al máximo por ser el mejor, pues sabía que era necesario, ya que cada vez se oían más rumores de que los ejércitos estaban barriendo la parte occidental del país. Todo el mundo sabía que las cosas iban a empeorar y que cada vez correrían más riesgos. Hubo un tiempo en que se comentaba que todo iba a volver a ser como antes, un mundo que Pantera no conocía y solo podía imaginar. Sin embargo, todos aquellos comentarios fueron disminuyendo con el paso del tiempo, y la gente empezó a aceptar que el pasado era pasado y que las cosas nunca iban a volver a ser lo mismo.

Aquello preocupaba a los más mayores, los que todavía recordaban tiempos mejores, aunque no era el caso de Pantera ni de los que tenían su edad, que solo conocían el presente y se sentían cómodos con lo que les era familiar, por muy peligroso que fuera. Pantera pensaba que lo mejor era aceptar la situación y defenderse como pudieran.

Durante un tiempo aquello fue suficiente.

Sin embargo, un día, antes de cumplir los catorce años, cuando regresó de una expedición junto con otros cuatro compañeros, encontró a toda su gente muerta. Los cuerpos estaban diseminados, rígidos, con los brazos y las piernas separados, las bocas abiertas, y la sangre saliendo por sus narices y oídos. Sin embargo, no había signos de violencia, ni indicios de qué podía haber acabado con ellos. No había ningún signo de violencia, ninguna evidencia de lo que los había matado. Buscó como si pudiera encontrar al culpable de aquella atrocidad. Parecía que los había exterminado un virus.

Pantera buscó la causa por el campo entre contenedores y escombros. No podría dormir tranquilo hasta resolver aquel misterio, pero no encontró nada. Desesperado, se arrodilló y empezó a llorar entre los cuerpos de los muertos, balanceando su cuerpo hasta vaciarse. Aquel día algo cambió en su interior, algo que sabía que nunca iba a recuperar. Todas sus creencias se derrumbaron, y pudo ver claramente que la supervivencia era cuestión única y exclusivamente de suerte, y de nada servía lo preparado que estuvieras, pues solo era cuestión de suerte.

Enterró a su familia, a su madre, a sus hermanos y hermanas, haciendo caso omiso de las advertencias de sus compañeros de que estaba arriesgando su vida al tocar el cuerpo de los muertos, de que le iban a contagiar la enfermedad que les había provocado la muerte. Cuando acabó, se despidió de los demás, que habían decidido quedarse en la ciudad y solicitar la entrada en uno de los estadios, recuperó algunas armas y alimentos, las metió en una mochila y empezó a caminar hacia el norte.

Semanas más tarde, llegó a Seattle y encontró a Halcón, a los Fantasmas y un nuevo hogar.

Durante la primera semana no paró de hablar de todo lo que le había pasado, como si quisiera vomitar todo el dolor y la amargura que llevaba en su interior. Después, nunca volvió a referirse a ello, decidiendo que el pasado era pasado y que lo

mejor era olvidarse de él cuanto antes. No obstante, Halcón sabía que no lo había olvidado, que estaba oculto en algún rincón de su conciencia, candente y corrosivo, que el dolor y la ira lo carcomían, y, sobre todo, que tenía que encontrar la forma de resolverlo, de curar sus heridas y olvidarse definitivamente de su vida anterior.

No obstante, a veces parecía que nunca lo iba a conseguir.

Halcón lo miró y se fijó en sus rasgos pronunciados, su mirada inquieta y agitada. Pantera se dio cuenta y giró la cabeza hacia otro lado.

Atravesaron la ciudad sin incidentes. No se cruzaron con ningún monstruo, ni ninguna tribu, ni obstáculos que dificultaran su viaje. El día seguía gris y húmedo; la niebla surgía del suelo y se pegaba a los edificios. Al cabo de un rato, vieron un bloque de pisos llamado el Platillo Volante por la punta que coronaba el techo y que apuntaba hacia el cielo. Hubo una vez en que la gente subía allí en ascensor y tomaban algo en el restaurante mientras observaban desde aquella altura toda la ciudad, aunque de eso hacía ya mucho tiempo, cuando había electricidad y los ascensores todavía funcionaban.

Debía haber sido impresionante, pensó. No la ciudad, porque la ciudad se podía ver si te subías a alguno de sus edificios más altos, sino toda aquella gente que vivía en ella, el tráfico, los colores, antes de toda la destrucción.

El lugar al que se dirigían apareció delante de ellos, un edificio de dos alturas con cristalerías hechas añicos y la fachada calcinada por el fuego. Halcón la había descubierto por casualidad hacía dos años. Había sido un almacén de medicinas, donde también había pastillas para purificar el agua; no obstante, eran demasiadas como para llevárselas todas y guardarlas en el poco espacio de que disponían en casa. No era fácil encontrar aquellas pastillas en una época en la que todos los pequeños comercios habían sido saqueados. Cuando descubrió el almacén, metió todo lo que pudo en el macuto y el resto lo escondió, para que nadie lo encontrara.

Cuando llegaron al edificio, se quedaron mirando un momento hacia los grandes ventanales.

—¿Bueno, cuál es el plan Hombre Pájaro? —le preguntó Pantera.

Halcón no le prestó atención. Escudriñó las sombras y la niebla, escuchando los sonidos y confiando en su instinto. Miró hacia atrás, hacia la calle que habían recorrido entre edificios y densa niebla. La lluvia había empapado el suelo, el aire olía a metal y a pescado podrido. Miró a Vela. Ella lo miró y negó con la cabeza. No había peligro.

Halcón se giró hacia donde estaban los demás.

—Arreglatodo, tú quédate dentro, escóndete y vigila. El resto venid conmigo a buscar las pastillas.

Entraron a través de uno de los ventanales, pues la puerta estaba cerrada con barras y cadenas. Dentro, en la oscuridad que inundaba el espacio, vieron estanterías, cajas, mostradores y escombros de todo tipo. Dejó a Arreglatodo delante de una de las paredes para que vigilara, y se fue con los demás hacia el muro que separaba la

tienda del almacén donde había una trampilla abierta que daba a una escalera que conducía al sótano. Una vez más, dudó. Nunca le había gustado aquella entrada, pero intentando quitarse de encima el miedo, encendió la linterna y empezó a bajar las escaleras.

Las escaleras terminaban en la parte central del sótano, que estaba totalmente oscuro y húmedo. Había un montón de cajas contra la pared, ocultando lo que habían ido a buscar. El muro que había a su izquierda estaba casi totalmente derruido, dejando un hueco abierto que daba a un almacén bañado por la oscuridad. El silencio era profundo.

De pronto Vela dijo:

—Hay algo allí. —Señaló un hueco en la pared y la oscuridad más allá de ella—. Allí.

Todo el mundo se dio la vuelta para mirar a la pared caída, colocando las lanzas en posición defensiva. Permanecieron inmóviles durante unos segundos, escuchando. No ocurrió nada. Nada se movía. Nada se oía. Los segundos pasaban y el aire del sótano cada vez se hacía más cálido y sofocante.

Finalmente, Halcón se dirigió hacia el muro.

Vela lo agarró del brazo y tiró de él.

—¡No entres ahí!

Halcón la miró sorprendido.

—¿Por qué?

Vela movió la cabeza. Estaba pálida y sus ojos reflejaban terror. Casi no podía responder. Mientras pensaba en qué decir, se dio cuenta de que no tenía ninguna razón aparente para decir aquello.

—Vámonos de aquí. Vámonos inmediatamente.

Lo dijo de tal forma que no daba pie a ninguna discusión.

—Vámonos.

—Espera un momento —la interrumpió Pantera con voz de enfado—. ¿Hemos recorrido toda la ciudad para irnos ahora con los bolsillos vacíos?

—Vámonos —repitió Halcón.

—Vete tú —le espetó Pantera, dándose la vuelta.

Los otros se quedaron mirándolo mientras se metía en el almacén oscuro, sin hacer caso a las advertencias de Vela. Halcón intentó seguirlo, pero se detuvo, al darse cuenta de que no iba a convencerlo. Sin saber qué hacer, apuntó con la linterna para iluminar su recorrido. Pantera llegó hasta la pila de cajas y empezó a apartarlas.

De pronto, desapareció de la vista.

Halcón mantuvo la respiración y esperó. Miró a su izquierda. En el almacén no se oía nada, pero las sombras de la habitación parecían estar creciendo.

A los pocos segundos, Pantera volvió a aparecer entre las cajas, con una de tabletas. Se dirigió hacia donde estaba el resto del grupo, pasó a su lado y comenzó a subir las escaleras.

—*Vamos, chicos* —les dijo *con aire altivo*.

Nadie abrió la boca. Todos siguieron mirando de vez en cuando hacia atrás, hasta llegar donde estaba apostado Arreglatado, que los estaba esperando impaciente. Volvieron a salir a la calle por la ventana por la que habían entrado, y cuando estuvieron fuera, permanecieron en grupo, mirándose unos a otros.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Arreglatado mirándolos con cara de asombro.

—Menos mal que me has dejado a mí hacer lo más difícil —declaró Pantera, mirando a Halcón—. Yo no le tengo miedo a la oscuridad y estoy dispuesto a enfrentarme al coco cuando salga de su agujero.

Halcón no respondió, aunque hubiera deseado decirle a Pantera que nunca más se atreviera a desobedecer sus órdenes. En vez de ello, prefirió ordenar a los demás que se pusieran en formación, y todos, con paso decidido, empezaron a caminar hacia la casa. Vela iba a su lado, mirando hacia el frente, con el rostro tenso y el cuerpo rígido. Halcón no le dijo nada, pero ella sabía lo que estaba pensando; pensaba que se habían librado de algo terrible escondido allí en aquel almacén, aunque Pantera no se lo hubiese creído, pensaba que habían tenido suerte, y pensaba en el lagarto, en los Croaks y en la posibilidad de que hubiera algo nuevo y peligroso en la ciudad.

No obstante, también estaba pensando en la visión que ella había tenido la noche anterior, de que algo se estaba acercando a ellos y los iba a matar, que quizá fuese mejor abandonar su refugio antes de lo que había pensado.

Pensó que quizá tendrían que estar preparados mucho más de lo que creía para cuando ese momento llegara.

Halcón todavía estaba dándole vueltas a lo que había ocurrido en el almacén cuando había llegado a Pioneer Square. Estaba oscureciendo y como no podía llegar tarde a la cita con Tessa decidió salir cuanto antes. Lechuza se fijó en su rostro preocupado cuando pasó por la cocina y cogía una rebanada de pan que acababa de hacer, pero no dijo nada. Los demás estaban ocupados y no se dieron cuenta de su desazón, a excepción de Vela, que compartía la misma preocupación sobre lo que había ocurrido en aquella oscuridad. No obstante, tampoco dijo nada.

Seguro que se lo contaría a Lechuza más tarde, pensó mientras salía por la puerta, con Cheney a su lado. Lechuza era como una madre para ella.

Compartían una relación muy especial, fruto de las circunstancias en las que se habían conocido. Lechuza acababa de marcharse del estadio de Safeco y llevaba viviendo con Halcón, Oso, Arreglatodo y Gorrión casi dos años cuando encontró a Vela. Recluida como estaba en una silla de ruedas y pasando casi todo su tiempo en casa, era casi imposible que encontrara a nadie, pero contra todo pronóstico, ella había sido la que había descubierto a Vela.

El grupo había ido a visitar a Tessa y se habían llevado a Vela con ellos. Unos días antes, la gente del estadio había pillado a Tessa y a Halcón juntos, y los padres de la chica le habían prohibido salir sola. Habían acordado encontrarse en Pioneer Square, en uno de los edificios que había frente a Occidental Park. Tessa estaba esperando cuando ellos llegaron. Nada más llegar, Oso se fue a buscar material de escritura para Gorrión, que se había quedado con Cheney, y Lechuza se había alejado con su silla, para dejar a Halcón y Tessa a solas un rato.

Estaba sentada de espaldas al edificio, observando los pequeños trozos de cielo azul entre las nubes cuando vio a la niña. Apareció y desapareció de repente, y volvió a verla después frente al edificio, observando detenidamente a Lechuza. Lechuza se quedó tan sorprendida que durante unos segundos no pudo hacer otra cosa que devolverle la mirada.

Pasados esos segundos, se dirigió a ella:

—¿Cómo te llamas?

La niña no respondió. Tan solo la miraba. Era tan pequeña y delgada que podría pasar desapercibida si se ponía de lado. Tenía la ropa hecha jirones y la cara manchada. Daba tanta pena que Lechuza decidió al instante que debía ayudarla.

Empezó a mover lentamente su silla de ruedas, acercándose poco a poco para que no se asustara. La niña permaneció inmóvil.

Cuando estuvo a tan solo unos metros de distancia, se detuvo.

—¿Estás bien?

—Tengo hambre —respondió la niña.

Lechuza no tenía comida. Se metió la mano en el bolsillo, sacó un caramelo y se lo ofreció. La niña lo miró, pero se quedó donde estaba.

—Toma —le dijo—. Es un caramelo.

La niña apartó la mirada. Tenía los ojos azules, una combinación perfecta para su melena pelirroja. Su piel era del color de la porcelana, tan pálida que parecía que nunca se había expuesto al sol. No era raro encontrarse niños así, pero Lechuza nunca había visto antes a ninguna como aquella.

Lechuza se recostó en la silla y se puso las manos en el regazo.

—Yo no puedo caminar, así que no te lo puedo llevar. Ni tampoco te lo puedo tirar, porque se mancharía. Tienes que venir tú a recogerlo. ¿Vienes?

La niña no respondió. Tan solo continuó mirándola fijamente; pero de pronto cambio de opinión. Se acercó, cogió el caramelo, lo desenvolvió y se lo metió en la boca. Lo estuvo chupando unos segundos y después sonrió. Era la sonrisa más encantadora que Lechuza había visto en su vida. Le devolvió la sonrisa, sintiéndose tan feliz que podría haber hecho cualquier cosa por aquella niña.

—Ven y dime cómo te llamas —le habló de nuevo.

—Sarah —respondió.

—¿Y qué haces por aquí tú sola, Sarah?

La niña se encogió de hombros.

—¿Dónde están tus padres?

Se volvió a encoger de hombros.

—¿Dónde vives?

—No tengo casa.

—¿Ni madre, ni padre?

Sarah negó con la cabeza.

—¿Ni hermanos, ni hermanas?

Volvió a negar con la cabeza.

—¿Vives sola?

La niña se abrazó a sí misma y se mordió el labio.

—Casi.

Lechuza no supo cómo interpretar aquella respuesta, ni tampoco Halcón cuando se lo contó. Él y Tessa habían vuelto y vieron a Lechuza contándole a la niña unos cuentos. En cuanto las vieron notaron que las dos habían establecido un vínculo de amistad que nadie podría romper, y a partir de entonces la niña se fue a vivir con ellos.

A los pocos días de estar viviendo con ellos, se dieron cuenta de que era especial. Soñaba mucho y tenía pesadillas que la dejaban temblando y sin habla. Cuando le preguntaban qué le pasaba, se negaba a responder. A veces no quería pasar por determinados sitios, en su mayoría lugares oscuros y demasiado aislados, tampoco quería que se adentraran los demás en aquellos espacios siniestros. Ni Halcón ni Lechuza sabían lo que le ocurría, pero imaginaban que era algo importante.

Un día, Lechuza estaba a solas con ella en Pioneer Square, clasificando las cajas que Oso había recogido de unos contenedores. Oso no estaba lejos, pero a una

distancia suficiente para no poder oír la conversación. Halcón y Gorrión se habían ido a buscar comida. Lechuza no estaba prestando mucha atención a lo que pasaba a su alrededor, concentrada en su tarea. De pronto Sarah gritó como si se hubiera quemado con agua hirviendo, agarró la silla de ruedas y metió a Lechuza dentro del edificio. Esta no tuvo tiempo de preguntar qué ocurría, porque la niña le tapó la boca con la mano y susurró:

—¡Croaks!

Segundos más tardes aparecieron. Tres Croaks salieron de uno de los callejones, mirando a izquierda y derecha mientras cruzaban la plaza y se dirigían hacia una de las calles laterales. Si no hubiera sido por la niña, los habrían descubierto. Lechuza agarró a la niña por los hombros y le preguntó cómo había sabido lo de los Croaks. Sarah no respondió. No obstante, Lechuza insistió en que se lo contara, argumentando que era muy importante saberlo.

La niña dijo que se lo habían dicho las voces.

Dijo que oía voces en su cabeza, tanto en sueños como cuando estaba despierta, que la advertían del peligro. Siempre estaban allí, cuidando de ella.

Lechuza no entendía lo que la niña le explicaba. ¿Podía Sarah oír aquellas voces cuando la advertían de que corría peligro? La niña asintió un poco cohibida. Lechuza seguía sin entender nada. Le preguntó por qué lo mantenía en secreto y no se lo contaba al resto de la familia.

Sarah le contó que muchas personas no se habían creído lo de las voces y que le habían dicho que, en todo caso, eran malas. Y si las voces eran malas, ella también era mala y no quería ser mala. No obstante, las seguía oyendo y creía en lo que le decían. No había podido ayudar a aquellas personas porque no habían hecho caso de sus advertencias.

Como su madre y su padre.

Lechuza no quiso preguntarle más. Después se lo contó a Halcón. Los dos hablaron con la niña y le dijeron que las voces eran importantes y que tenía que decirles siempre lo que decían, pues no eran malas, y mucho menos ella. Le explicaron que las voces que oía solo querían ayudarla y que lo malo era que no lo dijera, pues así no podría ayudar a los demás.

Al principio, Halcón no sabía si creerse lo de las voces, pero a los pocos meses de observar a Sarah cambió de opinión, sobre todo después de llevársela en algunas expediciones en las que ella los advertía de los peligros con antelación. No había una explicación racional para todo aquello, ni tampoco sabía de dónde procedían aquellas voces, pero eso no cambiaba los hechos. Al poco tiempo a Sarah la llamaron Vela, porque era como la luz en la oscuridad.

Poco a poco fue dejando sus recuerdos y se concentró en la realidad presente, según entraba en la plaza, casi cuando se estaba poniendo el sol. Tenía que darse prisa, pues había quedado con Tessa para que le diera el pleneten que había prometido a Tigre. Cheney iba delante de él, con la cabeza baja, olisqueando y

mirando cada vez que pasaba cerca de una puerta o de alguna ventana de los edificios que cruzaban. La ciudad estaba en calma, los pocos ruidos que se oían en la distancia se perdían en la oscuridad y en la bruma. Olía a contaminación y a podrido, algo a lo que Halcón se había acostumbrado. A veces se imaginaba un mundo de fragancias dulces, como las de las flores que recordaba de su infancia en Oregón. Algún día llevaría a los Fantasmas a vivir a un sitio como aquel.

Entró en la Primera Avenida, sorteando los coches y las montañas de chatarra que se acumulaban en la calle, atravesando la hierba y la maleza que crecía entre las grietas del pavimento. Luego giró hacía el norte pasando cerca del estadio, y siguió el camino hacia la entrada de la vieja estación de tren. Seguía pensando en la visión de Vela y en su advertencia de que tenían que marcharse de la ciudad. Todo lo que les había ocurrido últimamente indicaba que lo tendrían que hacer cuando antes. Los Croaks muertos, el lagarto, lo que había ocurrido aquella tarde en el almacén y su sensación de que las cosas estaban cambiando, eran una señal clara. La advertencia de las voces de Vela era algo que no podía pasar por alto.

Sin embargo, también sabía que no podía marcharse sin Tessa, y aunque le costara la vida, nunca la dejaría. No era una decisión racional, ni siquiera era una decisión a la que hubiera llegado de forma consciente, tan solo lo sentía. Quizá siempre lo había sabido y nunca lo había querido reconocer. Daba igual. En algún momento de su relación había adquirido aquel compromiso y era demasiado tarde como para cambiarlo. La quería mucho y no se podía imaginar la vida sin ella.

Antes de cumplir su destino, que era salvar a los Fantasmas, sacar a su familia de la ciudad y alejarla del peligro, debía convencer a Tessa de que se fuera con ellos. Ella insistía en no dejar a sus padres, pero debía encontrar la forma de convencerla y debía hacerlo cuanto antes.

Cuando llegó al punto de encuentro, bajó las escaleras, dejando a Cheney fuera vigilando las ruinas. Había poca luz y casi no se veían los muros del estadio. Era noche cerrada, el cielo parecía un muro hecho de nubes oscuras, sin un rayo de luz de luna ni el destello de una estrella extraviada que rompiera su monotonía. No obstante, apartó aquellos pensamientos, dejándolos para un momento más apropiado y llamó a la puerta de acero que conducía a los túneles, de la forma acostumbrada, dos golpes fuertes y uno suave.

A los pocos segundos, oyó descorrer los cerrojos, se abrió la puerta y apareció Tessa, que se echó en sus brazos y lo apretó con fuerza, como siempre.

—¿Por qué has venido tan tarde? —le susurró al oído, besándolo en la boca y escondiendo la cara en su cuello.

—Tuve que ir a la ciudad y volvimos tarde —la abrazó y la besó—. Lo siento.

—No importa —le dijo—. Pero estoy preocupada. Cada vez que llegas tarde pienso que te ha pasado algo malo. Y no sé cómo tranquilizarme.

Se apartó de él sin soltarle la mano y mirándolo como si nunca lo hubiera visto antes o no lo fuera a ver nunca más. Sus ojos eran como dos esferas negras que

brillaban en la oscuridad, y su tez morena aún se veía más oscura y lisa por la falta de luz.

—¿Me has echado de menos? —le preguntó.

—Tanto que he dejado de cenar por venir a verte.

—¿Solo eso?

—Es que solo podía dejar eso. ¿Qué más quieres?

Tessa lo miró fijamente.

—No sé. Todo, imagino. —Sonrió y se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta—. Te he traído las cajas de pleneten. Seis dosis. Guárdalas en un sitio frío hasta que Persia se las tome. Díselo también a Tigre.

Halcón asintió mientras se metía la caja en el bolsillo de la chaqueta. Al día siguiente, al mediodía, llevaría aquella medicina a Tigre, como le había prometido.

Tessa lo llevó al banco en el que se sentaban cuando se veían y se acurrucó junto a él.

—Gracias por conseguirlas —le dijo Halcón.

Tessa asintió, pero no dijo nada.

Él notó algo.

—¿Has tenido algún problema?

—Es posible que me hayan visto.

Halcón sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Durante unos segundos permaneció en silencio.

—¿Quién te ha visto? —dijo finalmente.

Tessa suspiró y apartó la cabeza de su hombro.

—Había otra chica cuando fui a la sala donde se guardan las medicinas. Le dije que iba a hacer un inventario, pero todo el mundo sabe que los inventarios los hacen determinadas personas y en momentos muy concretos.

—¿Crees que se lo puede contar a alguien?

—Puede.

—Entonces, no puedes volver...

Quiso decirle que ya sabía lo que le podía pasar si descubrieran que había robado medicamentos.

—Tienes que venir conmigo.

—Sabes que no puedo.

—Sé que piensas que no puedes.

Tessa se apartó.

—¿Por qué siempre estamos discutiendo lo mismo? Cada vez que nos vemos. ¿Por qué no podemos estar juntos sin hablar del futuro? —le recriminó—. ¿Por qué no podemos solo vivir en el presente?

Había pensado introducir aquel tema de forma más gradual, pero las cosas no estaban saliendo como él había imaginado. Se acercó a ella.

—Por todo —susurró—. Escúchame, Tessa. Ya te dije anoche que tenías que

tener cuidado cuando salieras del estadio, que el Hombre del Tiempo encontró Croaks muertos cerca de muelle; pero hay más. El otro día nos encontramos un lagarto gigante totalmente descuartizado. Nunca había visto nada igual. No conozco el animal capaz de hacer algo semejante. Y hoy, cuando estábamos en un almacén recogiendo provisiones, las voces de Vela le dijeron que nos marcháramos de allí cuanto antes. Yo no vi nada, pero lo sentí. Había algo grande y peligroso al otro lado de la pared.

Tessa intentó decir algo, pero Halcón le puso el dedo en los labios.

—Espera, cosía algo más. La pasada noche, cuando regresé a casa después de verte, Vela me estaba esperando despierta. Estaba temblando y asustada. Había tenido una visión y no era nada buena. Decía que había visto algo grande acercándose a la ciudad, algo que nos iba a matar a todos.

Le tocó la mejilla y le acarició el pelo.

—Vela no se inventa esas cosas. Las voces son reales y nunca se han equivocado, y no creo que lo hagan en esta ocasión; pero no sé qué hacer. ¿Sabes por qué? Porque no puedo hacer nada sin ti. Tengo que llevar a los Fantasmas a algún sitio seguro, pero no quiero irme sin ti. No puedo dejarte. Nunca te dejaré.

Tessa asintió, mordiéndose el labio y estirando la mano para acariciarlo y besar sus ojos, su nariz y su boca. Las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—¿Y qué puedo hacer con mi madre? ¡No puedes pedirme que la deje!

Halcón la miró enfadado.

—Ya eres mayor, Tessa. Los dos somos mayores y tenemos que vivir nuestra propia vida, y para eso tienes que dejar a tu madre. Así es la vida. Ella tiene a tu padre, y en cualquier caso si nos casáramos también tendrías que dejarla. ¿No es eso lo que quieres hacer?

—¡Ya te he dicho antes que podías venir a vivir al estadio! ¡Allí viviríamos juntos!

Halcón perdió el control y la zarandó.

—¡No digas tonterías! Cuando hace seis meses nos pillaron juntos tu padre te prohibió verme. Dijo que nunca dejaría que su hija estuviera con un chico de la calle, que vivía con una tribu. ¡Eso es lo que dijo! Y algunos de los del estadio dijeron cosas peores. Algunos querían que te expulsaran. Les preocupaba que hubieras pillado alguna infección y los contagiaras. ¿Crees que si nos casamos van a cambiar de opinión?

Halcón le puso la mano en la boca cuando ella intentó responder.

—Espera, no digas nada. Déjame terminar. Yo no dije nada en aquel momento. No sabía qué decir, solo sabía que no quería perderte. Por eso nos hemos estado viendo a escondidas. Pero los dos sabemos que esto no puede continuar así durante mucho tiempo. Algún día te descubrirán.

Respiró para tomar fuerzas y continuar.

—Estamos como al borde de un precipicio. Lo siento muy dentro. Si damos un

paso en falso, estamos perdidos. Tienes que dejar el estadio, tienes que venir conmigo a un sitio seguro en el que podamos vivir juntos. Tus padres no lo van a entender nunca. Nada de lo que les digas les hará cambiar de opinión, aunque les digas que se vengán con nosotros, sabes que no lo harán. Harán todo lo posible por retenerte.

Ella movió la cabeza.

—No lo sé.

—Yo sí. Estoy seguro, tan seguro como lo estoy de mis sentimientos hacia ti.

Tessa lo miró en silencio y se secó las lágrimas de los ojos.

—Tengo que pensarlo. Dame algo de tiempo.

Tiempo es lo que no tenemos, quiso añadir, pero se reprimió.

—Vale.

Se quedaron juntos sentados en el banco, agarrados de la mano, sin hablar, mirando a la oscuridad. Halcón seguía preguntándose si podía añadir algo más, algo que la convenciera de forma definitiva, pero no se le ocurrió nada. Se quedó pegado a ella, sintiendo su calidez y su suavidad, aprovechando los minutos que le quedaban antes de que se fuera.

—Un grupo de hombres salió de expedición la semana pasada —comentó Tessa de pronto, sin mirarlo, con la cabeza apoyada en su hombro. Casi no podía hablar, y se dio prisa en pronunciar las palabras, antes de que se derrumbara del todo—. Eran once, todos con bastante experiencia y bien armados. Se fueron a los almacenes que hay a veinte o treinta kilómetros de aquí, a buscar medicinas. Se suponía que iban a tardar cinco días. —Hizo una pausa—. De eso hace una semana y no han vuelto. Mi padre iba en ese grupo.

Halcón notó el miedo en su voz, notó el terror que ella estaba sintiendo. Seguro que la había afectado todo lo que le había contado. Ojalá se lo hubiera dicho en otro momento, pero ya era demasiado tarde.

—Pero son once y armados —le dijo Halcón tratando de tranquilizarla—. Saben defenderse.

—Los Croaks y ese lagarto también sabían defenderse y mira lo que les ha ocurrido.

—No es lo mismo. Once hombres armados se pueden enfrentar a cualquier cosa. No te preocupes. Tu padre volverá sano y salvo.

Lástima que ni él mismo se creía lo que acababa de decir, lástima que no se le ocurriera nada para tranquilizarla. Sabía lo que sentía por su padre y por su madre, y lo que significaba para ella la pérdida de cualquiera de ellos.

—Me tengo que ir —anunció Tessa de repente, apartándose. Se levantó y se fue hacia la puerta—. ¿Vendrás a verme pronto?

Halcón se levantó.

—Si me prometes que vas a tener cuidado, vendré dentro de dos noches. ¿Vale?

Tessa se acercó de nuevo a él y lo abrazó.

—Tú eres el que tienes que cuidarte, el que vive en la calle.

—A veces la calle es el sitio más seguro.

—No pienso lo mismo.

—Te quiero.

—Yo te quiero más. —Le dio un beso y se apartó con los ojos llenos de lágrimas y el rostro radiante fiel reflejo de sus sentimientos—. Te quiero. Quiero estar contigo para siempre.

Lo besó de nuevo y se fue hacia la puerta, la abrió y desapareció. Halcón se quedó escuchando el sonido de los cerrojos en silencio. Un sentimiento de agitación y miedo lo atenazaba, casi no podía contenerse. En su mente, tres palabras se repetían una y otra vez.

No te vayas.

—Kirisin —susurró Biat a través de la rendija de la puerta—. ¿Vienes a la cama?

El elfo miró por encima del hombro a su amigo y vio de forma fugaz su cara de enfado en la pálida luz de la vela.

—Ya estoy acabando —le respondió.

—¿Sabes qué hora es?

Kirisin negó con la cabeza.

—No está amaneciendo, es lo único que sé.

Vio cómo Biat suspiraba de desesperación antes de desaparecer y cerrar la puerta. Kirisin siguió escribiendo.

Estaba sentado sobre una barandilla de la casa que compartía con Biat, Erisha, Raya, Jam y Giln. Cuatro eran de Cintra y los otros dos habían hecho un largo viaje desde otros puntos para participar en la elección. La mayor parte de los elfos residía en Cintra, pero había pequeñas comunidades diseminadas por todo el mundo en bosques parecidos a aquel. En realidad, el Ellcrys podía haber escogido para su cuidado a los elfos que vivían cerca, pero por alguna razón le complacía que acudieran elfos de todas partes, y así había sido desde hacía más tiempo del que cualquiera pudiera recordar. Al fin y al cabo, era quien era y podía hacer lo que quisiera.

Cuando Kirisin lo vio por primera vez, se quedó sin respiración. Había árboles de gran magnificencia y belleza, pero el Ellcrys era totalmente diferente. Era alto y esbelto y su presencia transmitía majestuosidad y gracia. Su corteza plateada y sus hojas carmesí formaban un aura a su alrededor cuyo movimiento era parecido al de las plumas y la seda. Era mágico, por supuesto. ¿Qué árbol con aquel aspecto podía dejar de serlo? Era el único de su especie, creado hacía siglos para conservar la tierra prohibida, la barrera detrás de la cual habían sido enviados los seres demoníacos en la época de las Hadas. Nunca saldrían de aquel sitio mientras el árbol siguiera vivo. Los Escogidos eran sus sirvientes, los cuales eran seleccionados entre muchos candidatos para protegerlo. Era un honor de proporciones inimaginables, y que incluía no hacer preguntas sobre los motivos o las razones de su existencia. Servir al Ellcrys requería una devoción y obediencia que no permitía satisfacer la curiosidad personal.

Sin embargo, a Kirisin le hubiera gustado entender mejor al árbol. No conocían muchas cosas acerca de él, y la poca información que tenían la habían adquirido después de años de estar a su servicio, transmitida de generación en generación de Escogidos. El Ellcrys llevaba vivo miles de años, pero todo lo que se había escrito sobre él, desde su creación, se había perdido. Como casi todo lo demás sobre los elfos, recordó; como la magia, en particular. Hubo una vez en que en el mundo había existido la magia, y los elfos habían tenido gran parte del control en sus manos. Pero los elfos perdieron su magia, como perdieron su modo de vida. Al principio habían sido la especie dominante; ahora ya solo eran una estela de lo que habían sido, pues

los seres humanos poblaban el mundo y no comprendían el significado de la magia. Lo único que sabían era explotar la tierra, sacar lo que querían de ella, sin importarles el daño que pudiesen causar.

Los seres humanos, pensó de repente, eran destructores.

Se apartó la melena rubia de la cara y escribió, añadiendo la frase a sus demás pensamientos. Escribía en su diario todas las noches antes de irse a dormir, anotando sus reflexiones, sus descubrimientos, para que quedaran registrados cuando él ya no estuviera al servicio del árbol. Tal vez si los demás hubieran hecho lo mismo, no desconocerían tantas cosas como desconocían en esos momentos. Sobre todo en lo referente al Ellcrys.

Los Escogidos eran los encargados de llevar el registro de acontecimientos que giraban en torno al árbol, pero casi nadie lo hacía. El período que estaban al servicio del árbol era breve y eran seleccionados durante el solsticio de verano entre los chicos y chicas en su primer o segundo año después de la adolescencia, servían durante un año y después dejaban su puesto a un nuevo grupo. El árbol nunca elegía a más de ocho o menos de seis. Los suficientes para atender sus necesidades y cuidar los jardines en los que estaba plantado.

La ceremonia de elección era un ritual. Todos los candidatos pasaban por debajo de las ramas del árbol al romper el alba el día del solsticio y el árbol rozaba con una de sus ramas a los nuevos Escogidos. Esa era la única vez que se comunicaba con ellos. Cómo los elegía, cómo decidía quién iba a entrar a su servicio durante los siguientes doce meses era un misterio que nadie había descubierto, pero que era un ser con sentimientos nadie lo cuestionaba. La tradición dejaba claro que así había sido creado y que la naturaleza de su creación, aunque vaga en las historias que la describían, requería una conexión constante con los seres humanos. Por eso, la presencia de los elfos que lo cuidaban diariamente y la protección constante de la comunicad que confiaba en él.

Escribió los últimos renglones, recogió el material de escritura, se levantó y se estiró. El sol saldría en menos de una hora y los Escogidos irían al jardín a saludar al Ellcrys y anunciarle un nuevo día. Realmente era tan solo una formalidad. Lo hacían porque los Escogidos lo llevaban haciendo desde hacía más tiempo del que nadie podía recordar. Era una costumbre enraizada en la necesidad de mantener una conexión con el árbol.

Era extraño, realmente. El Ellcrys estaba en deuda con ellos, pero no parecía ser consciente nunca de su presencia. No era muy justo. Se quedó pensando en ello y movió la cabeza reprendiéndose a sí mismo. No estaba siendo muy solidario con el árbol, puesto que era eso, simplemente un árbol, y como tal ¿por qué debería tener una relación cálida con unos seres que caminaban sobre dos piernas y que podrían por capricho decidir cortarlo para hacer de él madera?

—¿Qué estás haciendo, Kirisin? —le preguntó una voz que le resultó familiar.

Erisha estaba detrás de él. No la había oído acercarse, lo cual lo irritaba. Siempre

aparecía sin saber cómo. Se quedó de pie y le habló con tono desafiante. Era cinco meses mayor que él y era Jefe de los Escogidos, y además, la hija del rey. A Kirisin aquello le daba igual, pero le hubiera gustado que no tuviera aquella actitud tan altiva.

—Estoy terminando de escribir mi diario —le respondió sonriendo alegremente.

Erisha no le devolvió la sonrisa, aquel era su problema: no sonreía lo suficiente, y todo se lo tomaba demasiado en serio. Sin embargo, Kirisin sabía que era un error tomarse las cosas tan en serio, pues te hacía envejecer rápidamente y perdías energía y esperanza. Lo había comprobado con sus padres, que habían intentado con todas sus fuerzas convencer al rey de que estableciera un nuevo enclave en las faldas de la montaña del Paraíso, donde el aire y el agua eran más puros. No obstante, abandonar Cintra suponía abandonar al Ellcrys también, una posibilidad que nadie se planteaba, pues la mayoría había vivido siempre cerca de aquel árbol y no se imaginaban una vida diferente. Poco importaba que solo fuera necesaria la presencia de los Escogidos para cuidarlo.

La vida fuera de Cintra era para otros elfos; los elfos de Cintra permanecerían junto al árbol.

Sus padres habían intentado inútilmente convencer al rey. El rey, al fin y al cabo, era el primo de su padre y por lo menos debería haberlo escuchado, pero Arissen Belloruus se había mostrado poco receptivo y había dejado claro que mientras él fuera el rey y su familia los soberanos de los elfos de Cintra, no habría un segundo enclave. Sus problemas los tendrían que solucionar allí.

Sin embargo, a decir verdad, los elfos no estaban solucionando ninguno de sus problemas. No habían conseguido detener el envenenamiento de los recursos de la tierra; no habían hecho nada para impedir las guerras y las epidemias que estaban devastando a la humanidad; y, lo peor de todo, hacían caso omiso del mayor de los mayores peligros: *los demonios* y los anteshombres a su cargo. No fue suficiente con que los elfos hubieran eliminado a los seres demoníacos, porque un demonio nacido de la raza humana los había sustituido. Por despreocuparse de los asuntos del mundo, los elfos habían permitido aquella situación. Estos nuevos demonios todavía no habían molestado a los elfos, quizá porque ni siquiera conocían su existencia, pero tarde o temprano los encontrarían, y cuando aquello sucediera los elfos tendrían que acarrear con las consecuencias de esconder la cabeza bajo tierra como los avestruces.

Solo pensar en ello lo ponía furioso, y aún más furioso la actitud de Erisha, preocupándose por cosas nimias, en vez de por algo realmente importante.

A eso era a lo que se tenían que dedicar las hijas de un rey, ¿no? A centrar su atención en cosas importantes.

Con todo, los primos del rey también debían mostrar una actitud responsable, por lo cual no tenía razón para protestar.

—¿Sabes qué hora es? —le preguntó.

Kirisin suspiró.

—Casi está amaneciendo. No podía dormir.

—Si no duermes, no descansas; y si no descansas no puedes realizar adecuadamente tus obligaciones como Escogido. ¿No se te ha ocurrido pensar eso? Estás distraído continuamente, Kirisin. La falta de sueño podría explicarlo.

Los dos eran muy parecidos. Delgados, con los típicos rasgos de elfos, ojos almendrados y cejas arqueadas, caras estrechas y orejas terminadas en punta, además de una forma de caminar que parecía como si fueran a salir volando en cualquier momento. Tenían el parecido de los primos, aunque Kirisin pensara que aparte del aspecto físico no se parecían en nada más.

—Puede que tengas razón, Erisha —accedió el muchacho sonriendo—. Esta noche intentaré irme a la cama antes; pero ahora estoy despierto y creo que será mejor que siga despierto hasta que amanezca.

—Kirisin...

Él ya se había dado la vuelta y se estaba alejando. La saludó con la mano antes de desaparecer entre los árboles, solo para que supiera que no estaba resentido. No obstante, no redujo la marcha.

Los elfos eran los seres más antiguos del planeta. Algunos pensaban que eran el prototipo de los seres humanos, aunque Kirisin siempre había pensado que eso era una tontería. Los elfos, decía, no se parecían en nada a los seres humanos.

Sin embargo, coexistían en un mundo en el que ambas especies habían dejado huella, para bien o para mal. De momento, la huella que habían dejado los seres humanos era la más evidente y no había sido precisamente muy positiva, pues habían perdido el control del mundo: de manera paulatina y sistemática habían destruido los recursos, habían contaminado todo, primero algunos países y luego todo el planeta; se habían enfrentado unos a otros con tal ferocidad que después de un siglo de violencia habían quedado más muertos que vivos. La naturaleza había respondido, por supuesto: epidemias, tormentas y hecatombes habían acabado con lo que los seres humanos habían empezado. Los elfos no lograban entender por qué el ser humano se comportaba de aquella manera tan nefasta, y al principio habían tratado de convencerse de que lo que estaba pasando formaba parte del ciclo de la naturaleza, que con el tiempo todo volvería a la normalidad. No obstante, se equivocaban. De hecho, algunos elfos abogaban por salir de su escondrijo para tratar de arreglar la situación.

Gran parte de la culpa de lo que había pasado había sido de los elfos, pensó Kirisin con tristeza, pues solo ellos habían decidido siglos antes ocultarse cuando la población de los humanos empezó a aumentar y la de los elfos a disminuir. La coexistencia parecía la mejor posibilidad si los primeros no sabían nada de los últimos. Los elfos tenían la capacidad de desaparecer de pronto, por lo que no les resultó difícil esconderse en los bosques que habían sido su hogar desde los comienzos del tiempo. Los más ancianos pensaron que era lo mejor.

Por eso estuvieron siempre ocultos en un mundo dominado por los seres

humanos. Los hombres llamaban a Cintra, Willamette, y a toda aquella región la denominaban Oregón. Era una región alejada y no muy poblada, por lo que no tuvieron muchos problemas en permanecer ocultos. Cuando los seres humanos se acercaban demasiado a ellos, los despistaban. Era fácil hacerlo, tan solo tenían que hacer un ruido aquí o un movimiento allá, y cuando eso fallaba, los intrusos despertaban con un golpe en la cabeza. No ocurría muy a menudo, porque no había nada en lo más profundo del bosque que interesara a los hombres. Los elfos protegieron sus tierras contra las usurpaciones promovidas por la negligencia del hombre y su pobre administración, pero sus esfuerzos llegaron tarde y se revelaron insuficientes. Había que hacer algo pronto, si no querían que las cosas fueran a peor. Ya se había tratado el asunto en el Gran Consejo de los Elfos, pero no hubo consenso y no se proporcionaron soluciones viables.

Como los elfos estaban empezando a descubrir, el desinterés por los asuntos del mundo solo conducía al desastre.

Más adelante, el reflejo carmesí del Ellcrys se distinguía entre los árboles, incluso bajo la luz de la luna, un resplandor que siempre le alegraba el corazón. Era tan bonito, pensó. ¿Cómo era posible que el mundo que le había dado vida pudiera estar tan enfermo?

Entró en el claro donde crecía el Ellcrys y se quedó mirándolo. Iba allí casi todas las mañanas antes de que los demás se despertaran, era el único momento en el que se podía sentar tranquilamente y hablar con él. El árbol nunca respondía, por supuesto, porque no respondía a nadie, aunque eso le daba igual, pues estaba allí porque entendía que aquel sitio era donde tenía que estar. Su turno como Escogido no empezaba a la salida del sol y acababa con la puesta del sol. Durante el tiempo que lo habían elegido para estar a su servicio, consideraba que tenía que dedicarle el tiempo que fuera necesario, siempre y cuando cumpliera con las obligaciones que le habían asignado.

Era esa falta de estructura reconocible lo que sacaba de quicio a Erisha, pues creía que las cosas se tenían que hacer de forma organizada, rigurosamente programadas. No le gustaba su falta de disciplina, pero ella no era él y él no era ella, algo que Erisha parecía no entender todavía.

Pasaba aquellas horas de la mañana realizando trabajos propios. A veces se ponía a alisar y limpiar la tierra en la que estaba plantado el árbol, otras le daba suplementos orgánicos que había compuesto, con alimentos y antitoxinas, lo cual, de enterarse, hubiera sacado de sus casillas a Erisha, o simplemente se quedaba mirándolo, y de vez en cuando, aunque no muy a menudo, lo tocaba para que supiera que estaba allí. No sabía bien por qué le gustaba tanto hacer aquello, pero todas las mañanas se levantaba temprano para estar cerca del árbol, sin esperar nada a cambio. Su conexión con el Ellcrys era visceral y no le parecía bien no responder a ese deseo. Tan solo iba a estar un año a su servicio y no quería desperdiciar un solo minuto.

Además, se le daban bien las plantas, tenía mano para ellas. Disfrutaba haciendo

mezclas de nutrientes para que crecieran más sanas. Cuando una planta estaba enferma, sabía lo que le ocurría de forma instintiva. Su hermana le había dicho que venía de familia, pues su madre tenía también capacidades curativas, y Simralin sabía exactamente descifrar los secretos de la naturaleza y la conducta de los seres que la habitaban. Había sido entrenada como Rastreadora, por lo que no le faltarían oportunidades para usar sus cualidades como cazadora élfica, tal como él tenía la oportunidad de demostrar su valía con el árbol.

Debía darse prisa en terminar lo que estaba haciendo. Los demás Escogidos iban a llegar pronto. Se imaginó sus rostros mientras se colocaban en círculo alrededor del árbol todos ellos cogidos de la mano. Podía ver las expresiones de aburrimiento, determinación, distracción o alegría, reflejo de los sentimientos de cada uno. Tan predecibles todos ellos. No obstante, seguía esperando que alguno lo sorprendiera alguna vez. ¿No se debería transformar el carácter del Escogido durante el año al servicio del árbol? ¿No formaba eso parte de la experiencia?

Él creía que sí, pero todavía no había visto ninguna prueba de ello. Ni tampoco él había sufrido ningún cambio, por lo que tampoco era justo que hiciera críticas a sus compañeros cuando ni él mismo estaba comportándose como esperaba.

Caminó alrededor del Ellcrys fijándose en el terreno, observando si había señales de alguna plaga invasora o de alguna enfermedad en las plantas que había alrededor del tronco. Había cosas que se manifestaban primero en determinados indicadores, por eso las plantaban, para advertir de los posibles peligros para el árbol.

Aunque lo cierto era que nunca había sufrido ninguna enfermedad, ya que los Escogidos atendían cuidadosamente tanto al árbol como a las plantas cercanas a él. Nada que ellos hubieran visto...

Algo tocó su hombro suavemente.

—Kirisin.

La voz salió de la nada. Kirisin se sobresaltó al oírla. Una de las ramas más pequeñas descansaba sobre su hombro. La rama no se agarraba, ni se había enroscado a su brazo, pero lo mantenía clavado en su sitio como si estuviera encadenado.

—Mi bienamado.

Kirisin sintió que el vello del cuello se le erizaba y un escalofrío le recorría la espalda, a pesar de que la mañana era cálida y no hacía viento.

El Ellcrys le estaba hablando. El árbol se estaba comunicando con él.

—¿Por qué me abandonan?

¿Abandonado? No entendía muy bien lo que quería decir.

—Escúchame. No miento. Todo esto va a cambiar. El cambio va a ser devastador e inexorable y nadie se va a librar de él. Todo lo que conoces morirá. Si tú tienes que sobrevivir, yo debo sobrevivir. Y para que yo sobreviva tienes que ayudarme. Debes hacerme caso. Ella no me escucha.

Kirisin no sabía de dónde salía aquella voz, la oía por fuera pero también por dentro. Se dio cuenta de que no era una voz lo que estaba oyendo, en realidad eran

pensamientos proyectados a su mente que adquirirían el peso y la sustancia de las palabras.

Espera un momento. ¿Ella? ¿Quién es ella?

—Los Escogidos han estado a mi servicio durante mucho tiempo y me han servido bien. Habéis estado a mi lado desde mi nacimiento. Nunca he deseado nada, nunca he querido nada, pero ahora quiero y deseo y debes prestarme atención. Debes hacer lo que te pida.

Kirisin escuchaba atentamente, incluso aunque todo le pareciera irreal. El Ellcrys no hablaba con nadie que no fueran los Escogidos y tan solo una vez, el día en que los escogía, cuando los llamaba por su nombre. No acababa de entender por qué se estaba comunicando con él. ¿Qué le había dicho? ¿Un cambio en el mundo? ¿El fin de todo lo que conocían?

—¿Qué tipo de cambio? —susurró, sin darse cuenta de que había pronunciado las palabras.

—Los humanos y sus demonios están en guerra. Es una guerra que nadie ganará. Es una guerra que los destruirá a los dos, que nos destruirá a ti y a mí también. Si queremos sobrevivir, tenemos que abandonar Cintra. Debemos marcharnos a una nueva tierra, a una nueva vida, donde encontremos refugio y podamos volver a nacer.

¿Le estaba respondiendo el árbol? ¿Había oído su pregunta? Kirisin prefirió no pensar en ello, simplemente dejó la mente en blanco, y preguntó lo primero que se le pasó por la cabeza.

—¿Qué podemos hacer?

—Sácame de Cintra. No me quites las raíces, llévame con la tierra en la que tengo mis raíces. Colócame en una piedra Loden y estaré protegido. Utiliza las piedras élficas para encontrar el sitio. Lee los libros. El secreto está escrito en ellos.

Kirisin no sabía qué responder. Conocía las piedras élficas porque eran parte de su historia, pero los elfos no habían visto una desde hacía cientos de años. Nadie sabía dónde estaban y nadie sabía con certeza para qué servían. Eran mágicas, pero su magia era un misterio.

Quiso preguntarle algo más, quiso saber algo más sobre las piedras élficas y sobre lo que el árbol le acababa de contar, y quería que el árbol volviera a hablarle de nuevo, aunque no sabía qué preguntarle.

—No me falles, Kirisin Belloruu. No falles a los elfos. Haz lo que te he pedido.

La rama se apartó de su hombro y dejó de escuchar la voz. Kirisin esperó, pero no ocurrió nada más. El Ellcrys permaneció en silencio. Kirisin volvió a respirar. Tenía la boca seca y le ardía el rostro. Todo lo que había ocurrido le parecía irreal, como si lo hubiera acabado de soñar.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —dijo, suspirando.

Esperó hasta que amaneció, hasta después de haber realizado los rituales, para reunir a los Escogidos y contarles lo que había ocurrido. Escucharon atentamente mirándose unos a otros. Cuando terminó, todos lo observaban como si se hubiera

vuelto loco. La duda se dibujaba en sus rostros.

—¿No me creéis? —preguntó enfadado. Cerró los puños—. Estoy seguro de haberlo oído.

—Yo sé lo que piensas que has oído —dijo Biat, con tono claro de escepticismo—. Pero a lo mejor te lo has imaginado.

Los demás asintieron con la cabeza. Todos querían creer que se lo había imaginado. Kirisin movió su cabeza con enfado.

—¡Yo no me he imaginado nada! Me ha hablado. Me dijo que el cambio nos va a destruir a todos. Me dijo que nos teníamos que marchar de aquí y que teníamos que llevarlo a otro sitio. Me contó lo de las piedras élficas y su magia. Lo oí perfectamente.

—A veces la gente piensa que ve u oye cosas que nunca han ocurrido —le explicó Giln con tranquilidad.

—El Ellcrys nunca habla con nadie —añadió Raya. Miró con sus ojos negros a Kirisin—. Nunca.

—Quizá nunca antes ha hablado con nadie —dijo Kirisin—, pero hoy ha hablado conmigo. Podéis pretender que no ha pasado nada, pero eso no cambia las cosas. Dejad de decirme que solo son alucinaciones y decidamos lo que vamos a hacer.

—Erisha —habló Biat de repente—. ¿Qué crees que tenemos que hacer?

Erisha pareció no haberlo oído, pero al ver que todos esperaba una respuesta, dijo: —Nada.

—¿Nada? —repitió Kirisin con incredulidad—. ¡No seas absurda! ¡Lo que tienes que hacer es contarle a tu padre lo que ha pasado!

Erisha movió la cabeza en sentido negativo.

—Mi padre no se lo creería. Ni siquiera yo sé si me lo creo. —De repente se puso furiosa—. Yo soy la responsable de los Escogidos, Kirisin. Soy yo la que digo lo que se tiene o no se tiene que hacer. Tenemos que meditar sobre lo ocurrido, y esperar y ver si el árbol habla con alguien más de nosotros. Después podremos decidir.

—Eso me parece sensato —terció Biat, echando una mirada a Kirisin como diciéndole: sé razonable.

Kirisin no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Quieres que esperemos a ver si el árbol os habla a todos los demás? ¡El árbol me dijo que depende de nuestra ayuda! ¡En nada le ayudamos esperando!

—¡No sabes con seguridad lo que has oído! —le espetó Erisha—. ¡Solo piensas que lo sabes! ¡Siempre estás soñando y probablemente estás oyendo cosas continuamente! ¡No nos digas lo que tenemos que hacer a los demás!

Kirisin se quedó mirándola fijamente y después miró al resto.

—¿Alguien más piensa que el árbol no me ha hablado y que me lo he imaginado?

Esperó una respuesta. No se la dieron. Todos miraron para otro sitio. No sabía si estaban de su parte o de la de Erisha, pero la verdad, poco importaba. Podían estar hablando de lo mismo hasta la eternidad, porque de nada iba a servir. Lo que tenían

que hacer era averiguar si de verdad existían las piedras élficas. Tenían que averiguar si alguien había oído hablar de una piedra denominada Loden. Tenían que hacer cualquier cosa excepto esconder la cabeza bajo tierra.

Era imposible que se hubiera imaginado la conversación con el Ellcrys, eso lo tenía bastante claro. Los seres humanos y los demonios habían encontrado la forma de destruir todo y el Ellcrys le había dicho que tenían que hacer algo para evitarlo. Su trabajo era protegerlo y conservarlo. Dependía de ellos. Tenían que hacer lo que les había pedido.

Kirisin se levantó.

—Vosotros haced lo que queráis, pero yo me voy a hablar con el rey.

Kirisin salió del claro del bosque. Los demás Escogidos lo llamaron para que volviera, advirtiéndole de que se estaba precipitando. Se estaba equivocando, fue lo que Erisha había dicho. No les hizo caso a ninguno de ellos, lo irritaba que no quisieran hacer más que encontrar razones para no hacer nada; incluso Biat, su mejor amigo, había esperado otra cosa de él. Siempre esperaba de los demás que dieran lo máximo de ellos mismo, excepto de él mismo.

Lo curioso era que en otras situaciones siempre había sido él el que había recurrido a evasivas. Era precisamente el que tenía que haber cuestionado todo aquello.

Sin embargo, en esta ocasión se había comportado de una forma totalmente distinta. ¿Por qué ahora?

Aquella pregunta lo hizo detenerse, al no encontrar una respuesta. Por un momento consideró la posibilidad de estar pasándose de la raya, de estar tomando una decisión de la que se arrepentiría durante mucho tiempo, pero su enfado lo hizo continuar, a pesar de que si utilizaba el sentido común lo mejor sería darse la vuelta. No obstante, se había marchado con tanta decisión que volver sería lo mismo que rebajarse, y no estaba dispuesto a ello. Detenerse a debatir las razones por las que había creído lo que el Ellcrys le había dicho no tenía sentido. No podía explicarlo, porque su compromiso con el Ellcrys transcendía cualquier razón o argumento e iba directamente al corazón de su servicio como Escogido. No podía hablar por los demás, así era como él lo sentía. Lo que el Ellcrys le había contado aquella mañana había fortalecido su decisión de cumplir sus obligaciones de servirlo y protegerlo.

¿Por qué me abandonan?

Aquellas palabras le produjeron un escalofrío. Era una acusación que no podía ignorar.

Lo que no entendía era que Erisha no quisiera hacer nada. ¿Por qué no quería hablar con su padre? Era como si le diera miedo decírselo. No encontraba ninguna explicación, aunque tampoco conocía bien la relación que tenían. Era posible que ser la hija del rey acarreará problemas que no todo el mundo imaginaba. Su padre y su madre también habían tenido sus problemas con Arissen Belloruus, no era de extrañar que la hija los tuviera con su padre.

Sin embargo, se mantenía firme en *su decisión de no hablar* con él.

Una vez más, se detuvo y se dio la vuelta, obedeciendo a una voz interior que le advertía de que tuviera cuidado, pero ya había tomado una decisión.

Salió de los jardines y caminó cuesta arriba cruzándose con casas que fácilmente podrían haber sido confundidas como parte del bosque si uno no se fijaba bien en ellas, pues las casas de los elfos estaban excavadas en la tierra, y había que tener buen ojo para identificarlas. Incluso el sendero por el que caminaba desaparecería al poco tiempo, para así evitar que los descubrieran. Los elfos habían aprendido desde hacía

mucho tiempo a caminar sin dejar rastro.

Con todo, esta capacidad, por supuesto, no solucionaba todos los problemas del mundo, sobre todo en aquellos tiempos, pues no todos compartían la sensibilidad de los elfos, y la enfermedad y la miseria habían penetrado también allí, una consecuencia directa de los venenos vertidos en la tierra, en el agua y en el aire por los seres humanos. Las secuelas de las guerras también había afectado la existencia de su pueblo. Los elfos conocían el arte de la curación, pero era demasiado el trabajo por hacer. Hasta aquel momento se habían defendido utilizando técnicas aprendidas a lo largo de los siglos, pero todos sus esfuerzos estaban empezando a fracasar. El envenenamiento había penetrado demasiado profundo. Si no utilizaban la magia, tendrían perdida la batalla.

Incluso Arissen Belloruus, famoso por su optimismo e insistencia en la ingenuidad de los elfos como solución para todo, debía saberlo.

El hogar de los Belloruus estaba en la parte más alta de un bosque densamente poblado. Las habitaciones y los pasillos habían sido excavados en la tierra, y había numerosas entradas y salidas, docenas de ventanas, pero no se podía ver ninguna hasta no estar muy cerca. Todavía estaba a unos veinte metros de distancia, subiendo la cuesta hacia la entrada principal cuando el primero de los guardianes lo interceptó. Los guardianes eran de la escolta personal del rey, una élite formada por once cazadores cuyo deber principal era proteger a la familia real. Como lo conocían, lo dejaron pasar. Una vez dentro de la casa se anunció al ayudante personal de servicio y lo invitaron a que se sentara en una sala junto a otros que habían llegado antes que él.

Allí se quedó esperando.

Pasó el tiempo tratando de recordar lo poco que sabía de la historia de los elfos. El Elcrys le había dicho que tenía que buscar en los libros de historia la respuesta. Aquello era lo que tenía que decirle al rey. Las historias eran muy antiguas, tan antiguas que se remontaban a las guerras de los primeros tiempos entre el bien y el mal. Fue entonces cuando los elfos y sus aliados crearon la Prohibición, que impedía el paso de los seres malignos que los habían asediado desde que la Palabra y el Vacío habían iniciado una guerra para controlar toda la existencia. Había sido una lucha larga y amarga, pero al final los elfos habían vencido y los demonios fueron derrotados y encarcelados. Fue el nacimiento del Ellcrys lo que les dio la victoria y les permitió derrotar a las fuerzas del mal. Todo el mundo conocía aquella historia, incluso los que nunca habían leído un solo libro.

Erisin había visto aquellos libros antiguos cuando había ido de visita a casa de Erisha años atrás. Los guardaban en una sala especial que estaba siempre cerrada con llave cuando no la utilizaban. Los libros estaban bajo la custodia del historiador real, Culph, un vejete extraordinario que tenía un temperamento incluso más extraordinario. Kirisin lo vio solo una vez y fue suficiente para darse cuenta de ello.

Los libros de historia solo podían ser consultados por los reyes y las reinas, y estaban vetados los ciudadanos normales y corrientes, pues eran libros muy antiguos

y muy frágiles. De todas maneras, tampoco importaba mucho, porque no contaban con detalle lo que había ocurrido en los primeros tiempos. Habían sido escritos y encuadernados hacía doce siglos, y sus contenidos recogidos de notas e historias de tradición oral de fuentes innumerables. Era imposible decir si todo aquello era veraz. Lo más seguro era que gran parte de la información estuviera desfasada y no sirviera de nada. Sin embargo, quizá la Loden y las piedras élficas eran tan importantes en la historia y la cultura de los elfos que *lo que se había escrito sobre ellas* fuera cierto.

Al menos esa era su esperanza. Porque si no había nada en esos libros sobre las piedras y la Loden y de cómo salvar al Ellcrys...

Entonces su pensamiento se enredó en su mente como un hilo que lo fue envolviendo todo.

Y el tiempo fue pasando y dos horas más tarde, cuando le tocó el turno, había perdido gran parte del entusiasmo con el que había acudido al rey y también toda su paciencia. Todos pasaron antes que él, a pesar de que pertenecía a la familia real. No pudo evitar pensar que era la forma que tenía el monarca de hacerle saber que había descendido bastantes puestos en el escalafón real desde el enfrentamiento con sus padres. Hasta el momento esto no le había afectado personalmente, sin embargo, creía que había llegado el momento de pagar por ello. Se propuso preguntarle a su hermana si había tenido algún problema para ser miembro de la guardia personal del rey.

—¡Kirisin! —exclamó el rey—. ¡Qué sorpresa! —Era un hombre alto con una voz estruendosa, gestos muy expresivos y la exuberancia de su saludo parecía rechazar la posibilidad de cualquier antagonismo personal—. ¿Cómo es que no estás en los jardines con los demás?

Kirisin pensó que si sabía que tenía que estar allí, ¿por qué le había hecho esperar dos horas? ¿Por qué no le había dejado pasar delante de los demás? No obstante, se calló, pensando que lo mejor sería no empezar la entrevista con una protesta.

—Mi señor —lo saludó, haciendo una reverencia—. Perdón por interrumpirlo.

—¡No te preocupes! Te veo muy pocas veces. Entra, entra. ¿Qué tal está mi hija? ¿Sigue tratando de convencer a todo el mundo de que es una persona mayor a sus diecisiete años? Ojalá pudiera no tomarse las cosas tan en serio. Ojalá fuera como tú. Tú siempre estás más relajado.

Llevó a Kirisin hasta un sofá y los dos se acomodaron en él.

—Tendría que haberte atendido antes, pero no he podido porque estaba en una conferencia que no podía interrumpir. A todos los que han entrado antes que tú los ha atendido mi ayudante. Espero que la espera no haya sido demasiado aburrida. Dime, ¿cómo estás?

Enfadado y ligeramente avergonzado por pensar de manera sospechosa, pensó Kirisin. Arissen Belloruu siempre le preguntaba lo mismo cuando lo veía, pero en esta ocasión se le hizo difícil responderle con sinceridad, pues no estaba del todo convencido de seguir adelante con lo que se había propuesto.

—Muy bien mí señor —respondió aclarándose la garganta—. He venido porque ha ocurrido algo en los jardines esta mañana. Algo que he pensado que debería saber. El Ellcrys me ha hablado.

La expresión del rey cambió. No fue un cambio muy drástico, que reflejara asombro o agitación. Era sutil, más calculado, y tan solo duró unos brevísimos instantes. No obstante, Kirisin se dio cuenta, aunque prefirió continuar con su relato.

—Me dijo que estaba en peligro, mi señor. Me dijo que los elfos estamos en peligro. Me habló de un cambio en el mundo que nos afecta a todos. Me pidió que lo ayudáramos. Quiere que busquemos una piedra élfica llamada Loden. Me dijo que lo teníamos que poner dentro de esa piedra y llevarlo a un sitio seguro y que todo esto está escrito en nuestros libros de historia. Pensé que alguien tenía que contárselo, así que decidí...

—Al parecer mi hija no ha considerado que era ella la que me lo tenía que contar —interrumpió el rey.

Kirisin dudó unos minutos.

—Hemos estado discutiendo sobre ello. Yo me he ofrecido porque creo que hay que hacer algo.

—Pero no todo el mundo está de acuerdo contigo, ¿no?

Desafortunadamente, no.

—No, no todo el mundo.

Arissen Belloruus enarcó sus cejas.

—Y mi hija es una de esas personas, supongo —Kirisin asintió—. ¿Y cuántos más piensan como ella?

—Todos —respondió Kirisin dando un gran suspiro.

El rey asintió.

—¿Alguien más ha oído al Ellcrys hablar?

—No —respondió Kirisin moviendo la cabeza.

—¿Se te ocurre alguna razón por la que el Ellcrys se haya dirigido solo a ti y a nadie más?

Kirisin negó con la cabeza, sin molestarse en responder.

Los dos se mantuvieron en silencio durante un rato. El rey le puso una mano en el hombro.

—Veo que eres fiel a tus convicciones, pero a lo mejor tienes que planteártelas de nuevo.

—Es posible, pero no voy a cambiar de opinión. Oí con claridad lo que el árbol me decía.

El rey sonrió.

—No puedo ir ante el Consejo y pedir su apoyo con solo lo que me has contado. Lo que haré es consultar los libros de historia como me has dicho. Es posible que haya algo sobre la Loden y las otras tres piedras necesarias para encontrarla. Le diré al bibliotecario que empiece a buscar inmediatamente. Pero si no encontramos nada,

no sé qué puedo hacer para ayudarte.

A Kirisin no le gustó mucho aquella respuesta, pero no podía seguir presionándolo. El rey se puso en pie, indicando que su conversación había concluido. Kirisin se levantó también.

—Gracias por escucharme —le dijo, sin saber qué más decir.

—No quiero que le cuentes esto a nadie hasta que yo no te lo diga. No quiero que la gente se asuste innecesariamente.

Provocar un pánico innecesario.

—No diré nada —le aseguró Kirisin.

Aterrorizados se iban a quedar cuando descubrieran la verdad sobre las predicciones del árbol, pensó mientras abandonaba la sala y caminaba hacia la puerta principal de entrada. Se estaba recriminando no haber sido más insistente, a pesar de saber que no podía haber hecho nada más. No podía hacer otra cosa que esperar que en los libros de historia apareciera lo de las piedras, para que el rey pudiera hacer algo.

Iba caminando, cuando de pronto recordó una frase de la conversación. El rey había dicho que quizá hubiera escrito algo sobre la piedra Loden y las otras tres piedras necesarias para encontrarla. Sin embargo, él no le había contado nada de esas tres piedras.

Así pues, Arissen Belloruus conocía la historia.

Se quedó donde estaba. Rebobinó la conversación con el rey para asegurarse. No, no le había contado lo de las tres piedras, ni siquiera le había dejado terminar su relato. Eso quería decir que el rey ya conocía la historia de las piedras de los elfos antes de que él se lo contara. Lo cual quería decir que antes de recibirlo, él ya sabía todo.

¿Cómo era posible?

Su expresión se hizo más sombría. Era evidente. Solo una persona se podría haber adelantado. Erisha. A pesar de haber dicho que no era necesario molestar a su padre con aquello, se había ido del jardín y se lo había contado. Por eso el rey lo había hecho esperar dos horas antes de recibirlo, porque había estado hablando con Erisha y había estado pensando lo que le iba a decir a Kirisin. Se quedó mirando al suelo, cada vez más enfadado. Lo habían engañado y no entendía muy bien la razón.

Kirisin se quedó de pie donde estaba durante un largo rato, dándole vueltas a la cabeza. Estaba pisando un terreno muy peligroso. Sabía que tenía que hacer algo, pero si se equivocaba causaría más problemas a su familia de los que podía imaginar. No obstante, no podía quedarse cruzado de brazos sin hacer nada. Era uno de los Escogidos y su deber era proteger y cuidar al árbol por todos los medios posibles.

Volvió lentamente a los jardines, intentando decidir lo que tenía que hacer. No se le ocurría ninguna forma de ayudar al árbol. Lo deprimía sentirse tan impotente, pero si se precipitaba no iba a solucionar nada. Tanto si le gustaba como si no, tenía que ser paciente, y tenía que pensar bien qué es lo que tenía que hacer para solucionar

todo aquello. Había algo que no entendía y tenía que averiguar qué. Sin embargo, debía ser muy precavido.

Cuando llegó al jardín, empezó a trabajar sin decir una palabra a nadie. Y a sabía lo que tenía que hacer, así que no era necesario hablar con los demás. Era mejor esperar a que fueran ellos los que se dirigieran a él.

Biat fue el primero en acercarse.

—¿Qué te ha dicho el rey? —le susurró, mientras miraba por encima de su hombro a Erisha, que estaba arrodillada quitando malas hierbas.

Kirisin se encogió de hombros.

—Pues me dijo que lo iba a consultar en los libros de historia. No se ha enfadado —respondió—. ¿Me he perdido algo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Dijo alguien algo después de marcharme? Erisha estaba bastante enfadada.

—Erisha estaba enfadada, pero no quiso hablar más del asunto y nos puso a todos a trabajar, que es lo que hemos estado haciendo desde entonces. ¿Por qué has tardado tanto?

—¿Dijo Erisha algo de dónde iba cuando salió detrás de mí? —le preguntó sin hacer caso a su pregunta.

Biat se quedó mirándolo fijamente.

—¿A qué te refieres? Erisha no ha salido del jardín. Nadie ha salido de aquí desde que te fuiste.

Kirisin se agachó para que el otro no viera su expresión.

—Creí verla venir detrás de mí —comentó—. Será mejor que sigamos trabajando. Ya hablaremos después.

Biat se alejó, dejándolo incluso más confuso de lo que estaba. Si Erisha no le había dicho nada a su padre, ¿cómo sabía lo que el árbol le había contado?

La respuesta se le ocurrió al instante. Arissen Belloruu ya lo sabía mucho antes.

El árbol le había dicho que ella no le había hecho caso.

Se levantó y se quedó mirando al vacío. Ella. Recordaba perfectamente las palabras del árbol. El Ellcrys ya había hablado antes a otra persona.

A Erisha.

Giró la cabeza y miró a su prima. Ella era la responsable de todos los Escogidos. Si el árbol se había dirigido a alguien antes que a él, no podía ser a otra persona que no fuera Erisha. Le había comunicado sus temores y le había pedido ayuda y ella se lo había contado a su padre. Así fue como el rey se enteró de lo de las tres piedras.

Continuó quitando malezas mientras trataba de contener su ira y canalizarla a algo más productivo que sus deseos de retorcerle el cuello a su prima. ¿Habría sido así como había ocurrido? ¿Por qué? No tenía sentido. Erisha se lo podría haber contado a su padre, pero ¿por qué no se lo había dicho a ellos? ¿Por qué padre e hija querían mantener en secreto lo que les había pedido el árbol? Todos sabían que el árbol era el protector de los elfos.

Tenía que averiguar lo que estaba pasando, pero para eso tenía que sacarle la verdad a Erisha y no tenía ni la menor idea de cómo iba a conseguirlo.

Continuó trabajando, tratando de elaborar un plan de acción, sin conseguirlo. De pronto sintió la presencia de alguien a su lado.

—¿Qué tal con mi padre? —le preguntó arrodillándose junto a él. Echó para atrás su larga melena negra—. ¿Qué te ha dicho cuando le has contado lo del árbol?

Había algo en su tono que le hacía rechinar los dientes. Fue en ese momento cuando tomó la decisión. La miró, para poder ver bien su rostro.

—Y a lo sabía todo.

—¿Por qué dices eso? —respondió, sonrojándose al tiempo que bajaba su mirada.

En ese momento supo que sus sospechas eran ciertas. El Ellcrys se había dirigido a ella primero y en vez de contárselo a los demás, se lo había ido a contar a su padre. Los dos habían estado ocultando la verdad desde entonces.

—Tú lo sabes —le respondió, mirándola a los ojos, donde percibió una mezcla de enfado y miedo. Era evidente que estaba consternada—. El Ellcrys habló contigo antes de hablarme a mí, se lo contaste a tu padre, pero a ninguno de nosotros.

—Eso no es verdad —respondió mirando hacia otro lado.

—Entonces, ¿por qué lo sabía tu padre antes de que yo se lo dijera? Sabía lo de las piedras y lo de la Loden. Lo sabía todo, Erisha. —Hizo una pausa—. Explícame por qué.

Ella apretó los labios, como si estuviera a punto de echarse a llorar. Por un instante pensó que se lo iba a contar todo, pero a los pocos segundos volvió a recobrar la compostura.

—Eso solo son imaginaciones tuyas, Kirisin —susurró enfadada—. Te inventas historias según te convienen. Será mejor que sigas con tu trabajo, que yo haré lo mismo.

Se puso en pie y se marchó con gesto altivo. No volvió la cabeza en ningún momento. Kirisin se quedó mirándola durante un rato. Se había precipitado. Se preguntó qué es lo que iba a hacer el rey. Si decidía mantener todo aquello en secreto, seguro que haría todo lo que fuera necesario para evitar que él se entrometiera.

Fue un día demasiado largo. Trabajó en el jardín toda la mañana y pasó toda la tarde estudiando las lecciones, o cuidando las plantas y los árboles con Willum. Estuvo casi todo el tiempo cerca de Erisha, pero en ningún momento se dirigieron la palabra. Intentó pensar en lo que debía hacer, pero no se le ocurría nada. Si se lo contaba a alguien, ella seguro que diría que era mentira y no sabía si alguno más de los Escogidos lo apoyaría, pues hasta aquel momento ninguno de ellos había dado un paso en su favor.

Decidió hablar con Biat. De entre todos ellos, Biat era el único que podía ayudarlo.

Con todo, al final, no le dijo nada a Biat. Se marchó a casa solo sin decir nada a nadie, pues no sabía bien qué decir o cómo decirlo, no sabía qué hacer y necesitaba

más tiempo para pensar. Por eso se fue a uno de sus sitios preferidos, un promontorio sobre el río Orish, donde se sentó apoyando la espalda contra uno de los cedros más antiguos.

Ojalá Simralin estuviera en casa. Su hermana sabría qué hacer. O por lo menos le daría una opinión. Podría contárselo a sus padres, pero podrían decidir enfrentarse a Arissen y las consecuencias serían culpa suya. O a lo mejor le decían que estaba en un error, lo cual sería peor. Al fin y al cabo era solo un adolescente y los adolescentes siempre estaban un poco confusos. Cualquiera adulto lo sabía.

No obstante, algo tendría que hacer. El Ellcrys estaba en peligro y el tiempo apremiaba. Si nadie lo ayudaba era posible que muriera, pero al parecer nadie estaba dispuesto a hacer nada. Tendría que elaborar un plan cuanto antes.

Se quedó sentado hasta que empezó a oscurecer, pensando en qué era lo siguiente que debía hacer. Cuando oscureció y se levantó para irse a casa, todavía no se le había ocurrido nada.

Era ya bastante tarde, y la luz, tenue, por lo que el mundo se había convertido en un lugar de sombras y sonidos misteriosos cuando Ángela Pérez encontró por fin lo que estaba buscando. Había estado caminando toda la tarde hacia el norte con los niños y los adultos que los acompañaban, a través de un laberinto de humo y cenizas hasta salir de la ciudad. Se habían detenido solo para descansar unos segundos y comer algo. Para los niños era un camino arduo, sobre todo para los más pequeños, que algunas veces había que llevar en brazos. No obstante, detenerse era peligroso, pues todavía estaban cerca aquellos seres que deseaban su exterminio, los demonios, los anteshombres y sobre todo aquel anciano. No sabía si había descubierto que había logrado escapar de nuevo, y no sabía si los estaban persiguiendo, pero tenía que ponerse en lo peor y no arriesgarse.

Salieron de Anaheim y se dirigieron hacia las montañas, recorriendo una distancia de unos treinta kilómetros, que los dejó extenuados y con deseos tan solo de dormir cuando llegaron hasta donde estaban los exploradores que los estaban esperando para guiarlos. Ángela había formado aquella unidad ocho meses antes, cuando se había enterado de que habían caído los estadios al este de las montañas. Los había seleccionado de los estadios de Los Ángeles, hombres y mujeres que ya no se sentían protegidos entre esos muros, que sabían que tenían que encontrar una nueva forma de vida. Había formado un grupo de personas que sabían cómo sobrevivir y los había entrenado para que guiaran a los niños que intentaba salvar. Les había dado la responsabilidad de guiarlos hacia el norte, de protegerlos en su viaje y de encontrar un lugar seguro en alguna otra parte.

Incluidos los que había logrado salvar de Anaheim, el grupo tenía más de mil niños.

Los hombres y mujeres que los estaban esperando habían llegado con camiones y vehículos que podían transportar a los niños a un lugar hacia el norte, fuera de la ciudad, donde había otros niños y adultos esperándolos. Juntos se dirigirían a San Francisco, aunque Ángela todavía no había decidido que aquel fuera a ser su destino final.

Determinadas circunstancias podrían hacerla cambiar de opinión. El ejército de demonios y de anteshombres, después de haber destruido California del Sur iría tras ellos, por lo que dirigirse hacia San Francisco era aplazar lo inevitable. No sabía si iba a poder salvarlos una segunda vez si se refugiaban en los estadios que había en aquella zona, ¿pero a qué otro sitio los podía llevar? ¿Sería mejor llevarlos a Seattle o al noroeste del Pacífico? ¿Estarían más seguros allí? ¿Qué podrían hacer para prepararse para la lucha contra sus enemigos? ¿Podía esperar un final bueno de todo aquello?

Tantos pensamientos la extenuaban, la dejaban con la convicción de que se les estaba acabando el tiempo y que al final nada podría salvarlos. La raza humana se

estaba extinguiendo, una población de miles de millones de seres, reducida a unos cuantos millares. No sabía a ciencia cierta cuántos quedaban, tan solo que el número estaba disminuyendo cada vez más. Era una tendencia que era necesario invertir, o de lo contrario la humanidad desaparecería de la faz de la tierra. Con todo, no tenía ni idea de cómo podía inclinar la balanza a su favor.

Se había equivocado tantas veces, que le resultaba difícil pensar en que algo podía salir bien. Durante algún tiempo, la Palabra había dominado la batalla, pero ahora todo parecía favorecer al Vacío. ¿Cómo podían haber llegado a esta situación cuando todos habían sido advertidos sobre el futuro aciago que les esperaba si no hacían cuanto pudieran por detener su avance? La respuesta era simple, desde luego. Nadie había creído a los que predicaban estas advertencias y sus funestos mensajes.

Dejó al pequeño niño que llevaba en los brazos con una de las personas que esperaban su llegada, para que lo cargaran en uno de los camiones. Se detuvo para volverse y echar un vistazo a la ciudad que quedaba a sus espaldas, buscando cualquier indicación de que alguien los había seguido hasta allí, pero solo vio el cielo teñido de negro por el atardecer. Todavía podía oír los gritos de desesperación de las personas que habían perecido en el estadio, aunque sabía que solo estaban en su mente. Deseaba fervorosamente encontrar la manera de sacarlos de su pensamiento, pero, por experiencia, sabía que no la hallaría.

Una vez los camiones se cargaron comenzaron a arrancar los motores. Eran unos vehículos viejos y desvencijados que funcionaban con baterías solares, pero sabía que no podía confiarse demasiado. Alrededor de setecientos kilómetros los separaban de San Francisco y era imposible que pudieran llegar a pie. Las pilas tendrían que ser substituidas o recargadas y Ángela esperaba que hubiesen pensado en ello en su ausencia, que no hubiesen dejado ningún cabo sin atar.

Con todo, no había nada que ella pudiera hacer.

Agotada por el viaje y por sus pensamientos, se subió al último de los camiones, se enroscó en una esquina y se sumió en un profundo sueño.

Ángela pasó la noche sobresaltada por el traqueteo del camión y los sollozos de los niños con los que compartía el espacio. El cese del movimiento del camión la despertó al amanecer con el cuerpo rígido y dolorido, y durante un momento no sabía ni dónde estaba. Había estado soñando con el estadio y con los anteshombres que lo habían asaltado. Las imágenes y los sonidos de la batalla todavía resonaban en su cabeza, una mezcla salvaje de horror y desesperación, y aún podía notar el olor acre de la muerte. Se sintió como si la batalla hubiese terminado en ese momento y ella acabara de sacar de allí a los niños.

Se bajó del camión y saludó a algunos de los exploradores que se habían acercado a ella, saludó con la mano a Helen Rice, que ya estaba organizando a los niños en pequeños grupos. Ángela se la quedó mirando unos segundos, con una sensación de tristeza que no podía ocultar. Todo era inútil. ¿Para qué estaban salvando a aquellos niños? ¿Para qué los estaban ayudando, si no cambiaba algo importante en el mundo?

Estaban en el campamento de la resistencia, un refugio situado en un montículo desde el que se podía controlar todo el terreno. Los que lo defendían iban bastante bien armados y estaban muy bien organizados. No era fácil que los cogieran desprevenidos, aunque tampoco había pensado quedarse mucho tiempo allí para comprobarlo. A mediodía se dirigirían hacia el norte. Pensó que era el sitio más indicado, porque estaba segura de que aquel viejo demonio los perseguiría con sus ejércitos, sus armas y su sed insaciable de destrucción.

O por lo menos para acabar con ella.

Se quedó pensando durante unos instantes, se alejó unos metros del campamento y entró en un pequeño bosque para estar sola y poder pensar con tranquilidad. El principal objetivo de aquel demonio era ella. Como sirviente del Vacío, su objetivo era eliminar a todos los Caballeros y era muy posible que ella fuera la única que quedara con vida. Su enfrentamiento con la diablesa era una demostración clara de que aquel demonio solo quería encontrarla y eliminarla. Nada lo iba a detener. La iba a perseguir una y otra vez y uno de los dos tendría que morir en el camino.

Durante unos segundos pensó en la posibilidad de cambiar de estrategia y ser ella la que fuera a su encuentro. Era una de las pocas posibilidades que tenía de sorprenderlo, y así poder acabar con él antes de que se diera cuenta de que estaba en peligro. Era una opción que la llenaba de satisfacción, una opción que expiaría todas las vidas que aquel demonio se había llevado, toda la angustia que había causado, toda la maldad que había perpetrado. Sería un castigo bien merecido.

Sin embargo, sabía que era uno más de los sueños imposibles que tenía. Johnny no habría tardado en advertirle sobre ello.

—¿Ángela Pérez?

La voz pareció salir de la nada. Ángela giró la cabeza, preguntándose quién había podido seguirla hasta allí, pero no vio a nadie. Se quedó quieta, sabiendo que no se lo había imaginado, que alguien había pronunciado su nombre.

—¿Eres Ángela Pérez? —volvió a preguntar la voz.

Ángela volvió la cabeza hacia el sitio donde parecía que salía la voz, pero solo vio árboles, hojas y la hierba descolorida por la contaminación y la bruma.

—¿Quién anda ahí? ¿Dónde estás?

Una figura pequeña y delgada salió del follaje, materializándose como si acabara de tomar forma justo en esos momentos. Una chica con la piel blanca como la leche y con unos ojos negros como el carbón, pelo largo, de color azul claro. La chica llevaba ropa diáfana que parecía formar parte de su cuerpo. Estaba de pie frente a Ángela, un ser etéreo de aspecto exótico y exquisito.

—Me llamo Ailie —dijo.

Ángela supo al instante quién era. Una tatterdemalion, una especie de hada formada por los recuerdos de los niños muertos, con una vida tan efímera que se acababa antes de lo que uno pudiera imaginar. *¿Cuánto tiempo, un mes, dos?* No se acordaba. Su misión era servir a la Dama, la voz de la Palabra. Ángela nunca había

visto una tatterdemalion antes, aunque Robert le había informado de que eran seres que habían logrado sobrevivir a la magia de los demonios y a los años oscuros del Vacío.

—Ella me ha enviado —le confirmó, como si estuviera leyendo sus pensamientos—. Me ha dicho que te pida que nos ayudes en la batalla contra el Vacío. Sabe que las cosas no están yendo bien, pero todavía tenemos posibilidades de ganar la guerra.

Ángela se quedó mirándola, tratando de hacer coincidir las palabras con el ser que las pronunciaba, para imaginarse lo que significaba existir en un mundo de demonios y seres humanos.

—Yo solo he visto a la Dama en sueños —dijo Ángela.

Se decía que muy pocas personas la habían visto desde que la balanza entre el bien y el mal se había inclinado a favor del Vacío. Tampoco se aparecía nunca a los Caballeros de la Palabra, una vez habían entrado a su servicio. Era una presencia invisible, una leyenda en la que todos ellos creían.

—¿Y qué quiere la Dama de mí? —le preguntó.

La voz de Ailie era suave y cantarina.

—Dice que has hecho un gran servicio, que has logrado salvar a muchos niños, pero quiere que los dejes y continúes a partir de ahora sola. Quiere que vayas a buscar el talismán perdido, pues cree que eres la única que lo puede encontrar. Las personas que necesitan su magia están en peligro de extinción. A ellos son los que tienes que encontrar.

La tatterdemalion vio la confusión reflejada en el rostro de Ángela y se acercó sin decir una palabra, la tomó de las manos y las sostuvo durante unos instantes. Los dedos de Ailie eran como las alas de los pájaros, suaves y ligeras.

—Hace mucho tiempo, cuando vivía John Ross, había un Mutante Mágico que adoptó la forma de un niño y nació de Nest Freemark. —La voz de Ailie era suave y muy musical—. Los demonios lo buscaron para matarlo, pero no lo lograron. No se han olvidado de su existencia porque saben que la salvación de la raza humana depende del este ser. Nadie lo ha visto en años, desde la muerte de Nest Freemark. Nadie sabe dónde está, ni sabe el aspecto que tiene. Se ha escondido, esperando que llegue su momento, y no tenemos mucho tiempo, pues está a punto de manifestar su existencia en breve. O'olish Amaneh ha enviado a otro Caballero de la Palabra a buscarlo.

Dososos, pensó Ángela, recordando. Dososos fue quien la había introducido a ella en la orden de los Caballeros de la Palabra. Había sido Dososos el que había actuado de emisario de la Dama, el que le había dado la vara mágica, con todo el poder de la Palabra. Parecía haber pasado tanto tiempo...

—¿Y tengo que ayudar a ese Caballero de la Palabra? —le preguntó.

La tatterdemalion negó con la cabeza, moviendo su cabellera sedosa.

—El tiene otra misión distinta. Si logra vivir, lo verás cuando hayas acabado.

Si vive él, o si yo logro vivir, pensó.

—Si el talismán que voy a buscar no es el Mutante Mágico —siguió preguntando, ya que conocía la historia del Mutante y de Nest Freemark, porque Dososos se la había contado—. ¿Entonces, qué talismán tengo que encontrar?

—Una piedra élfica.

—¿Una piedra élfica? —repitió Ángela totalmente desconcertada.

—Sí, una piedra que los elfos crearon hace mucho tiempo en el mundo de las Hadas.

Ángela frunció el ceño.

—¿Los elfos la crearon? ¿Quieres decir que los elfos existen? Escucha, no sé muy bien lo que me estás contando. No sé nada de los elfos ni de sus piedras. Yo soy una chica de barrio a la que esa historia de los elfos le resulta un tanto extraña. ¿Quieres explicarme un poco mejor qué significa todo esto?

Las diminutas manos de Ailie cogieron las de Ángela; sorprendentemente eran muy fuertes.

—Hay elfos en el mundo, Ángela. Siempre ha habido elfos, incluso antes de que existieran los seres humanos. Son una vieja especie, de las más antiguas del mundo, del tiempo de las Hadas. El mundo de la Palabra los concibió antes de que los seres humanos aparecieran. Sin embargo, el mundo de las Hadas se derrumbó, y ahora solo quedan los elfos. Desde entonces han vivido ocultos en los bosques, huyendo del mal. No obstante, ahora el Vacío los persigue al igual que a la humanidad. —Ailie apretó aún más sus pequeñas manos—. Para conseguir su salvación deben volver al mundo de los humanos, pues tienen que recuperar una piedra llamada Loden, que perdieron y es imprescindible encontrar. Con ella podrán salir del sitio donde están ocultos y viajar a un lugar seguro; pero la búsqueda de esa piedra será una tarea difícil y peligrosa, porque los elfos ya no poseen la magia que tiempo atrás los protegía. Necesitan a un Caballero de la Palabra que los proteja.

Ángela todavía estaba asumiendo que los elfos existiesen, seres que ella pensaba que eran imaginarios, que solo existían en los cuentos y en las leyendas. ¿Cuántas cosas existían en el mundo que desconocía? Había vivido en un mundo de hormigón y acero, entre las ruinas de las ciudades y los rascacielos.

Miró al bosque y a continuación a Ailie. Si había aceptado la existencia de esa tatterdemalion, por qué no iba a creer que los elfos también existieran.

—¿Te ha pedido la Dama que me encargue yo de todo esto? ¿Cree que soy la persona idónea para esa tarea? ¿No hay nadie mejor que yo?

Ailie sonrió con amargura.

—Nadie más.

Ángela dio un gran suspiro.

—¿Ya no queda ningún Caballero de la Palabra?

La tatterdemalion le soltó las manos.

—¿Irás?

Ángela se quedó pensando. Se sintió cada vez más alejada del mundo de su

infancia, del mundo que siempre había conocido. Hacía tiempo que había olvidado su pasado y lo único que la mantenía viva era salvar niños y defender estadios, y ahora le pedían que se olvidara también de eso. No le resultaba fácil desprenderse de todo aquello y no sabía si sería capaz de hacerlo.

—¿Qué pasará con toda esa gente, con los niños? Dependen de mí.

—Puede que los veas en otro sitio y en otro momento —respondió Ailie sonriendo—. Pero su paso es demasiado lento y su camino es diferente al que tú tienes que tomar. Diles que se dirijan hacia el norte, al río Columbia en las montañas Cascade. Alguien los encontrará allí cuando llegue el momento.

Ángela se dio cuenta de que estaba evadiendo una respuesta directa. Puede que los veas otra vez. Alguien los encontrará. Aunque no ella, porque a lo mejor no viviría para verlo. Las palabras de Ailie indicaban que tendría que enfrentarse a grandes peligros, en los que era muy posible que perdiera la vida. No obstante, pertenecía a la orden de los Caballeros de la Palabra y ese era su cometido. Y las palabras de la tatterdemalion no dejaban lugar a dudas.

Suspiró y asintió con la cabeza.

—*Muy bien*. ¿Dónde tengo que ir a encontrarme con esos elfos?

—Yo te llevaré —le respondió Ailie.

—¿Vendrás conmigo?

—Seré tu guía y tu conciencia.

—¿Mi conciencia?

La tatterdemalion tardó unos segundos en responder.

—Es posible que pierdas la tuya propia. Es posible que necesites otra. Es posible que te encuentres en una situación en que la necesites.

Cada vez le gustaba menos lo que estaba oyendo. La tatterdemalion le estaba diciendo que podía llegar un momento en que su conciencia fuera un problema para ella. No habría aceptado aquel encargo, de no haber sido la Dama la que se lo estuviera pidiendo. Ailie estaba preparando a Ángela para lo que se pudiera encontrar en su camino, para que no pudiera decir después que nadie se lo había advertido.

Ángela negó con la cabeza.

—¿Tienes experiencia en eso de ser la conciencia de otro? ¿Por qué tengo que hacer caso a tus consejos?

—Porque habrá veces en que no podrás escuchar tu voz interior con claridad y necesitarás otra para entender las cosas —respondió—. Yo soy esa segunda voz, para cuando la necesites, aunque no seré yo la que tome las decisiones. Eso solo lo podrás hacer tú.

Ángela asintió, satisfecha con aquella respuesta. Tenía que cumplir una misión sola, y quizá iba a estar aislada durante mucho tiempo. Le convendría tener alguien con quien hablar. Dada la tarea que le habían encomendado, tenía sentido que la Dama hubiera enviado a alguien para que la acompañara y a la que pudiera hacer preguntas y pedir consejo. No era una mala opción poder conversar con una

tatterdemalion.

—Muy bien, tus consejos serán bien recibidos, *amiguita mía* [6] —dijo—. Iremos en busca de esos elfos, iremos a donde vivan y encontremos la piedra, pero —le advirtió levantando un dedo— cuando hayamos acabado, volveré con los niños y los llevaré donde estén seguros. ¿De acuerdo?

—Cuando encontremos la Loden, podrás hacer lo que quieras. Eso es lo que me ha dicho la Dama. Seguirás perteneciendo a la orden de los Caballeros de la Palabra.

Ángela movió la cabeza y se echó el cabello para atrás.

—Yo no deseo nada más, Ailie. ¿Dónde tenemos que ir?

—Hacia el norte.

—Muy bien. Pero antes déjame que le diga a mi gente dónde voy. Vuelvo enseguida.

Se fue a buscar a Helen Rice, ya que era la persona más indicada para contarle lo que iba a hacer. Todavía le seguía resultando un tanto extraño eso de ir en busca de los elfos —¡en busca de elfos! ¡Dios mío! [7] —y una piedra mágica que los salvaría de la destrucción, pero ¿qué otra elección tenía? La miseria del mundo era un peso insoportable, una acumulación de penas y horrores que con el tiempo los enterraría a todos. Si podía hacer algo más de lo que estaba haciendo por cambiar las cosas, no podía negarse. Sin embargo, todo aquello le resultaba difícil de entender.

Elfos y piedras élficas. Hadas y su magia.

Encontró a Helen alejada de donde los niños estaban desayunando antes de iniciar su viaje. Los camiones ya estaban preparados con todo lo necesario. Los mecánicos estaban instalando las baterías solares. Después de todo había habido alguien que se había encargado de que las cosas funcionaran.

—Ángela, ¿dónde estabas? —preguntó su amiga dándose la vuelta para saludarla. Helen tenía la cara manchada y los ojos cansados—. Come algo antes de partir.

Ángela movió en sentido negativo la cabeza.

—No voy con vosotros. Tengo otra misión que me lo impide. Tendréis que ir solos y cuidar de vosotros mismos lo mejor que podáis hasta que yo regrese. ¿Crees que podréis hacerlo?

Helen se quedó mirándola durante unos segundos y después asintió.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —Hizo una pausa—. ¿Me puedes contar algo más?

—Me han encomendado una misión como Caballero de la Palabra. Tengo que ayudar a otras personas que lo necesitan más que tú y los niños, pero no os olvidaré. Lléalos al norte, hacia el río Columbia y esperad en las montañas Cascade. ¿Sabes cómo ir hasta allí?

Helen asintió.

—Hay gente en el grupo que conoce el camino mejor que yo. No te preocupes.

—Tened cuidado. Los anteshombres os seguirán y puede que intenten atraparos. No los infravalores. Si os encuentran en Columbia, id más hacia el norte y buscad

refugio en los estadios de allí.

—¿Vendrás a buscarnos?

Ángela suspiró y pensó en si debería prometer algo que no estaba segura de poder cumplir.

—Lo haré.

Se dieron un abrazo. Helen estaba temblando, pero su tono de voz no era tan firme y seguro como de costumbre.

—Has hecho mucho por nosotros. Eres la persona que nos da fuerza y no nos podemos permitir perderte. Ten mucho cuidado.

—Cuida de los niños, *amiga mía*. *Confío en ti*. [8]

Le dio un beso a Helen en la mejilla y las dos se separaron cuando sintió que la otra mujer iba a empezar a llorar.

Logan Tom estaba casi a mitad de camino de las Grandes Llanuras, en un punto desde donde ya se veían las Montañas Rocosas, cuando se encontró con el Predicador. Llevaba casi dos días conduciendo por la autopista que los huesos de Nest Freemark le habían indicado una semana antes. Llevaba dos noches sin dormir. Ni siquiera lo había intentado la primera noche, después de huir de las ruinas del estadio y de los monstruos, y la segunda noche las pesadillas que tuvo tampoco le permitieron pegar ojo, consumido por la sensación de que el destino lo estaba superando y de que nada podía hacer por evitarlo.

El entorno donde se encontraba tampoco lo tranquilizaba. La llanura era un terreno seco y vacío que se extendía kilómetros y kilómetros, más allá de donde la vista podía alcanzar. No encontró a nadie, ni en las ciudades que entraba en busca de provisiones, ni en la autopista. En un par de ocasiones vio algo moverse en la distancia, pero demasiado lejos como para poder identificar qué era. Se sentía como si fuera el único ser viviente en la tierra y de vez en cuando se preguntaba si no sería lo mejor. No obstante, ningún ser humano querría vivir en un mundo parecido, se dijo a sí mismo.

Por eso fue una sorpresa y una revelación cuando se encontró al Predicador y a su extraño rebaño.

Estaba anocheciendo y llevaba conduciendo más de diez horas. Tenía los músculos agarrotados y doloridos y estaba buscando un sitio seguro para pasar la noche. El terreno a su alrededor parecía estar vacío, pero nunca se podía estar seguro y no podía correr riesgos. Por eso, cuando vio un pueblo a su izquierda, salió de la autopista y se dirigió hacia él.

Cuando llegó, se detuvo y se bajó del coche. Se quedó mirando las casas. El viento había amontonado papeles y hojas secas en una pared. Las ramas secas de los árboles plagaban el suelo. Los tejados se habían derrumbado y la mayoría de los cristales de las ventanas estaban rotos. Coches, camiones e incluso tractores se oxidaban en las calles y en los campos. Era un pueblo agrícola y tendría unos trescientos años, aunque la vida allí se había extinguido aproximadamente hacía veinte, esperando que alguien fuera a recuperarlo. Nadie lo había hecho.

Se fijó en una arboleda de robles donde podía aparcar el AV, cuando el anciano salió de entre las sombras de los edificios. Era alto y encorvado, con pelo blanco y la piel seca como el cuero. Debió de ser un hombre bastante apuesto de joven, y Logan suponía que todavía lo era, pues a pesar de su piel arrugada y su pelo cano llevaba muy bien su vejez y tenía los ojos de un azul tan intenso que estaba seguro de que, con la luz adecuada, se podrían apreciar a muchos metros de distancia.

—Buenas tardes, hermano —lo saludó el anciano, caminando hacia él mientras le ofrecía la mano.

Logan la estrechó.

—Buenas tardes.

—¿Vienes de muy lejos? Tienes cara de cansancio.

—Llevo conduciendo desde que amaneció.

El hombre asintió mientras miraba la autopista.

—No están bien las carreteras últimamente. ¿Te has cruzado con alguien?

—Solo he visto sombras y fantasmas.

—Es lo único que queda. ¿Puedo preguntarte cómo te llamas? Para que haya una buena conversación es necesario conocer el nombre de pila de tu interlocutor.

—Me llamo Logan Tom.

—Hermano Logan —saludó mientras le soltaba la mano—. A mí puedes llamarme Predicador. Todo el mundo me llama así. Define tanto mi profesión como mi identidad. Mi nombre dejó de tener importancia hace tiempo, tanto que ya casi no puedo recordarlo. Ahora soy un Predicador que cuida de su rebaño.

Logan miró al pueblo desierto.

—Parece que el rebaño anda bastante diseminado.

El Predicador sonrió.

—Como se dice por ahí, las apariencias engañan. Mi rebaño de hace cincuenta años, cuando yo todavía era joven, ha muerto y desaparecido, junto con la iglesia en la que daba los sermones y hablaba de la fe, pero cuando tu sacerdocio es aconsejar a los que buscan consejo, uno no elige ni el rebaño ni el púlpito. Aceptas a quien viene a pedirte.

Logan asintió.

—No parece que haya muchos que hayan encontrado la forma de llegar hasta aquí.

El Predicador se inclinó con el ceño fruncido.

—¿Tú crees en la Palabra, hermano Logan?

Logan se quedó pensando, los ojos del otro estaban clavados en él.

—Creo en la Palabra, Predicador —le respondió—. Es posible que no en la misma Palabra que tú crees.

—No quiero ser grosero, pero he oído que hay servidores de la Palabra que llevan varas como las que tú tienes en la mano.

Logan miró su mano. Se había olvidado de la vara. Era casi una prolongación de su cuerpo y no se había dado cuenta de que la había cogido cuando se bajó del Lightning.

—Me han dicho que esa vara y su portador son el fuego purificador de la Palabra —continuó el Predicador con tono de reverencia—. Sé bienvenido a este lugar apartado, marchito y polvoriento de almas doloridas, en el que todavía podemos prestar un servicio a la Palabra y a sus Caballeros —sonrió de modo tranquilizador—. ¿Quieres algo de comer o de beber? No tenemos mucho, pero nos sentiríamos honrados por compartir lo poco que tenemos contigo.

Logan estuvo a punto de decir que no, pero pensó que sería un insulto para el

hombre. ¿Por qué no aceptar aquella invitación? Al fin y al cabo había pensado pasar la noche allí y se sentiría mejor comiendo por una vez en una casa.

—No me puedo quedar mucho tiempo —le respondió.

El hombre asintió.

—Déjame que sea sincero, hermano Logan. Esta invitación la hago de corazón, pero también es un poco egoísta. Significaría mucho para mis feligreses en estos tiempos en los que falla la fe. Tú, con tan solo decir unas palabras bien elegidas podrías darles una buena razón para seguir teniendo esperanza. Estamos muy aislados de todo el, lo cual es posiblemente lo mejor. No obstante, estamos enterados de lo que pasa a nuestro alrededor, aunque el mundo no conozca nuestra existencia. Sacamos nuestra información de las pocas personas que de vez en cuando pasan por aquí. Algunos nos han contado lo de los Caballeros de la Palabra y los demonios contra los que luchan, nos enteramos de las guerras y entendemos sus causas, pero la realidad está muy lejos y carece de importancia para muchos. Un representante de la Palabra les ayudaría a entender un poco más lo que está sucediendo. Te ruego pues que pases unas horas con nosotros.

Logan sonrió sin poder evitarlo. ¿Cómo podía negarse? Regresó al Lightning, puso las alarmas, lo cerró con llave y después hizo un gesto al Predicador para que le enseñara el camino. Se dirigieron hacia el centro del pueblo.

—¿Cómo supiste que había llegado al pueblo?

—Los sonidos por aquí se oyen desde muy lejos. Oímos tu coche.

Al poco tiempo llegaron a la calle principal. Las casas tenían un aspecto triste y abandonado, casi ninguna tenía puertas ni ventanas. Las malas hierbas crecían en las calles y la basura se acumulaba por todas partes. No se venía un alma, nada que indicara que el rebaño al que se había referido el Predicador no estuviera compuesto más que por muertos y fantasmas.

—Esto antes era una droguería y una farmacia —le dijo el Predicador, girando a su izquierda—. La gasolinera está allí, al final de esa manzana. Dos surtidores nada más. Había una tienda de ropa que también era inmobiliaria y aseguradora, además de peluquería, banco y oficina de correos.

Movió la cabeza.

—La oficina de correos fue uno de los últimos sitios oficiales en cerrar. Se enviaba el correo incluso después de que Washington fuera destruida. Eso le daba a la gente la sensación de pertenecer a una comunidad más grande. Les daba la esperanza de que no todo estuviese perdido.

Llegaron a la plaza, donde había un edificio de una sola planta en uno de los laterales, que seguramente tiempo atrás había sido un centro social. Las ventanas estaban cerradas y la puerta plagada de cerrojos. El Predicador sacó unas llaves del bolsillo de su chaqueta y los abrió uno a uno.

. —No es que sirvan de mucho, pero mis feligreses se sienten más seguros —comentó—. Normalmente dejamos las contraventanas abiertas para que entre la luz,

pero las cerramos cuando oímos tu coche. Como ya es casi de noche, las dejaremos cerradas hasta que amanezca.

Invitó a Logan a entrar, donde un mundo diferente lo esperaba.

Había una gran sala con tres mesas plegables y sillas en el centro, y una pequeña cocina en uno de los extremos. Olía a comida recién hecha. Una de las puertas a la derecha daba a una segunda sala. En otra de las paredes había dos puertas, en las que se podía leer: «hombres» y «mujeres».

Unos cuantos se giraron, todos ellos ancianos de pelo canoso y aspecto extenuado. Había aproximadamente doce personas, todos sentados junto a la mesa, salvo tres que estaban en sillas de ruedas que lo miraron con gesto dubitativo, con las manos arrugadas apoyadas en la mesa una encima de la otra. Cuando entraron, todos estaban en silencio. No se oía nada en la sala, salvo el roce de la ropa contra las sillas o la dificultosa respiración de alguno.

—Os ruego deis la bienvenida al hermano Logan —dijo el Predicador.

Todos lo saludaron. Logan asintió, pensando que no había una persona en aquella sala que tuviera menos de setenta y cinco años. Se preguntó cómo habían sido capaces de ir hasta allí, cuando ninguno parecía capaz de resistir un viaje de media distancia. No obstante, pensó, podrían llevar allí más tiempo de lo que él se había imaginado.

—El hermano Logan cenará con nosotros esta noche —anunció el Predicador—. Como podéis ver lleva con él la vara de los Caballeros de la Palabra. Viene desde muy lejos. Os pido que hagáis todo lo posible porque se sienta cómodo entre nosotros esta noche, para que pueda descansar hasta mañana.

Guio a Logan al centro de la mesa y se sentó entre dos mujeres muy mayores que lo miraron como si hubiera salido de la nada. Logan sonrió. El Predicador rodeó la mesa y se sentó en una silla frente a él.

—Da las gracias por lo que tenemos, hermana Anne —le dijo a la mujer más mayor que estaba a la derecha de Logan.

La comida fue toda una sorpresa para Logan, pues era fresca: verduras, pasta, pan y algo de fruta. Después se sirvió el té. Logan prefirió no preguntar de dónde habían sacado el agua. Se limitó a comer y beber lo que le ofrecían y a responder las preguntas que le hacían. La mayor parte se referían a lo que ocurría en el mundo. Trató de responder a todas con la mayor precisión posible, sin mencionar a los demonios ni a los anteshombres, ni la destrucción que reinaba por todas partes. Tampoco quiso advertirles de que tiempos peores se avecinaban. No era necesario que aquella gente oyera todo eso aquella noche.

—¿Cuánto tiempo lleva toda esta gente aquí? —le preguntó en un momento determinado al Predicador.

—La mayoría lleva casi veinte años, pero algunos han nacido y han crecido aquí, y otros llegaron con su familia y amigos, o son lo que quedan de las familias que se fueron hace ya bastante tiempo. Los bombardeos acabaron con la mayoría. Fue

terrible. Había silos con misiles y centros de mandos en las montañas, aunque todos han desaparecido. Destruyeron el agua y la tierra. Nosotros somos los únicos que se quedaron, y ahora casi nadie viene aquí. Tú eres el único en casi un año.

Logan asintió.

—Me sorprende que todavía estéis aquí.

El Predicador sonrió.

—¿A qué otro sitio podemos ir? ¿A los estadios? Nosotros no podemos vivir en esos sitios, nos gustan los pueblos. Somos viejos y ya se sabe que los viejos no somos muy amigos de los cambios. No nos queda mucho tiempo de vida y lo que nos queda queremos vivirlo de la forma más cómoda y familiar posible. Viviendo aquí lo conseguimos.

—Tampoco está tan mal —comentó la mujer que estaba a su izquierda—. Tenemos todo lo que necesitamos.

—Y nadie nos molesta —comentó otro de los hombres que estaba frente a la mujer.

—Nadie —corroboró la mujer.

Terminaron de cenar y el Predicador los invitó a sentarse en círculo. Uno de los hombres, con el pelo blanco y despeinado y largos y delgados dedos sacó una guitarra y empezó a cantar canciones que recordaba de su juventud. Sus rostros se iluminaron al escuchar la música y recordar viejas historias. Todos cantaron. Menos Logan, que se limitó a disfrutar de la música, pues había tenido costumbre de cantar y menos desde la muerte de Michael. Al escuchar aquellas canciones, se dio cuenta de lo mucho que lo echaba de menos. Y lo peor, de lo mucho que se había ido con él.

Entonces el Predicador intervino.

—Vamos a cantarle una canción al hermano Logan, una que hable de su vida y de su trabajo —miró a Logan—. Así te puedes llevar algún recuerdo de las letras y de la melodía cuando te marches. Quizá te sirvan para tranquilizarte cuando más lo necesites. Quizá te sirvan para recordar que todavía queda gente que tiene fe en los Caballeros de la Palabra.

Miró al guitarrista.

—Hermano Jackson.

El guitarrista asintió y empezó a dar las primeras notas.

*Amazing grace,
How sweet the sound
That saved a wreck like me
I once was lost, but now am found
Was blind but now I see.
I was grace that taught my heart to fear*

*And grace my fears relieved
How precious did
that grace appear
The hour I first believed.
Amazing grace
How sweet the sound
That saved a wrecked like me
I once was lost,
but now am found
Was blind but now I see. [9]*

Esa fue la única canción que tiempo después Logan pudo recordar. No narraba su propia historia con exactitud, pero se aproximaba bastante. La música era dulce y evocaba recuerdos marcados y verdaderos. Cuando acabó la canción, todos permanecieron en silencio y miraron a Logan para ver su reacción. Él los miró a todos y vio reflejado en la expresión de sus miradas lo que aquella canción había significado para él. Fuera donde fuera, hiciera lo que hiciera, nunca la olvidaría.

—Tenemos una deuda con el que escribió esa canción —comentó el Predicador—. Las palabras todavía nos dicen algo y la música nos llega al corazón.

Cantaron varias canciones más mientras la noche caía sobre el edificio y sus ocupantes, con una oscuridad profunda e inexorable. Cuando terminaron de cantar, todos se dieron la mano, agradecieron a Dios haberles concedido otro día y uno a uno se fue hacia una de las salas donde estaban los dormitorios. La mayoría se detuvo unos segundos ante Logan para desearle buenas noches y agradecerle su presencia, algo que le llegó a lo más profundo de su corazón.

El Predicador se acercó cuando todos los demás se habían ido.

—¿Quieres dormir aquí esta noche hermano Logan?

Logan negó con la cabeza.

—No, gracias Predicador. Tengo que marcharme temprano. Ya me he despedido de tus feligreses y creo que es mejor dejarlo así.

—Nos has traído un poco de luz con tu visita. Espero que nosotros también hayamos sido capaces de darte un poco de luz a ti —le dijo sonriendo.

Logan quiso preguntarle cuánto tiempo pensaban quedarse allí, quiso decirle que era demasiado peligroso estar tan solos y desprotegidos, pero sabía lo que le iba a responder y prefirió callarse. Había veces que era mejor aceptar las cosas tal y como eran.

—Ten cuidado —le dijo el Predicador, ofreciéndole la mano.

Logan la estrechó.

—Siempre me acordaré de ti cuando piense en esa canción.

—Pues recuerda también que muchos de nosotros creemos en lo que estás haciendo. Rezaremos por ti.

Logan salió por la puerta y se alejó sin volver la vista atrás.

Al anochecer del día siguiente, Logan conducía lentamente por las empinadas cuestas que llevaban a los picos de las Montañas Rocosas. Tiempo atrás, había habido nieve en aquellas montañas, incluso en verano se podía ver nieve en los picos más altos, desde más de setenta kilómetros de distancia. Según le habían contado, la vista era maravillosa. No obstante, de eso hacía mucho tiempo, antes de que se produjera el cambio climático.

Cuando se encontró con el Predicador estaba completamente destrozado por lo que había ocurrido en el estadio dos noches antes, con una sensación de odio hacia sí mismo y un miedo cada vez mayor por la persona en que se estaba convirtiendo. Daba igual que lo hubiera hecho muchas otras veces. Su estado de ánimo era el resultado de demasiadas batallas en los estadios y demasiados encuentros con niños convertidos en monstruos, a pesar de que fueran necesarias y bien intencionadas. Era el peso del número de muertos en su espalda.

Llevaba realizando aquellas... buscaba la palabra correcta, la palabra menos desdeñable... aquellas matanzas piadosas casi quince años. ¿Cuántos niños habría matado en todo aquel tiempo? ¡Niños! Repitió la palabra en su mente. ¿Cuántos niños habría matado?

Sin embargo, la verdad es que no eran niños realmente, ni siquiera eran seres humanos cuando llegaban a los estadios, y menos después de haber pasado por el laboratorio de los demonios. No obstante, habían sido niños al fin y al cabo y eso se reflejaba en sus ojos y en su rostro, aunque les hubieran arrebatado el alma. No tenía otra opción, no le quedaba otro remedio que acabar con ellos, porque conocía su destino.

Los demonios alimentaban a otros demonios con aquellos niños.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, sin poder evitarlo. Haces bien, se decía a sí mismo. Tú puedes llorar por ellos. Nadie más lo hará.

Lloraba por ellos, pero también lloraba por sí mismo. Lloraba por la batalla que se libraba en su interior. Sabía perfectamente las consecuencias de los excesos en cualquier persona, lo había comprobado durante años. Nunca antes había creído posible que alguien pudiese cambiar de manera tan radical, pues siempre había pensado que una vez conocías la diferencia entre el bien y el mal, prevalecerían los valores morales adquiridos en la infancia.

Como tantas otras cosas, Michael le había enseñado esa lección, y sabía que nunca la olvidaría.

Siguió conduciendo, el sol era una mancha brillante poco definida por encima de la densa pantalla de nubes, su luz difusa con un tono triste filtrándose a través de la niebla que cubría la parte más baja de los picos. La temperatura estaba cambiando lentamente, pero el aire todavía era cálido y extrañamente seco, incluso con toda

aquella niebla. Si había algo parecido a la humedad seca, aquel era el caso. Recordó una expresión que había oído en una ocasión, lluvias con sol, que se utilizaba para describir el sol brillante que se veía cuando llovía. Le hubiera gustado verlo.

Todo estaba yermo y vacío en las montañas, más que en las llanuras, lo cual era desconcertante. Para tratar de no pensar demasiado en el pasado, empezó a cantar la canción que le habían enseñado el Predicador y sus feligreses, «Amazing grace», repitiendo las frases que más le habían gustado, dejándose llevar por la melodía. Se sentía mucho mejor aquel día, después del encuentro con aquel extraño grupo de gente, y quería seguir conservando aquella sensación tanto tiempo como fuera posible. El horror que había sentido en el estadio estaba comenzando a desvanecerse, como siempre ocurría, aunque casi siempre temía que nunca lo hiciera del todo. El alma de los seres humanos era muy resistente. De no ser así, se hubiese vuelto loco mucho tiempo atrás.

La carretera se abría paso entre los acantilados. Continuó conduciendo el AV pasando por encima de las rocas que se habían desprendido. Si hubiera llevado otro vehículo no lo habría conseguido, pero el Lightning tenía unas ruedas inmensas y el chasis, bastante alto, por lo que podía pasar por encima de cualquier cosa. Vio las montañas al fondo, unos monolitos proyectados hacia el cielo hasta desaparecer entre las nubes y la niebla. Todo tenía un aspecto brumoso, que daba la sensación de estar en un mundo a punto de desaparecer. Se preguntó cuánto le quedaría para llegar hasta la cima del puerto de montaña.

Obtuvo la respuesta a su pregunta antes de poder terminarla. La carretera giraba de forma muy pronunciada y de pronto se cortó. Toneladas de rocas se habían desprendido de una de las caras de la montaña. Detuvo el coche y se bajó a echar un vistazo. No había forma de avanzar, a no ser que fuera a pie. Tendría que encontrar otro camino.

¡No hay otro camino!

La voz retumbó en su cerebro, las palabras cortantes como una navaja de afeitar habían activado un recuerdo del que sabía que nunca podría escapar. Se sintió desfallecer al venirle a la mente todo un torbellino de imágenes de ira y violencia.

De pronto, volvió a vivir los últimos momentos que había pasado con Michael Poole.

Está agazapado junto a los demás entre las sombras de un bosque esquelético y escudriña la brumosa oscuridad de la noche en el campo de esclavos Midline. El campo está en la frontera de lo que una vez fueron los estados de Indiana e Illinois, justo al lado del Lago Michigan. Los anteshombres han limpiado una gran superficie de bastantes hectáreas alrededor del campo, como medida de precaución contra lo que está a punto de ocurrir. Han hecho hogueras a lo largo de las alambradas de espinos que rodean el campo y las antorchas iluminan las pesadas puertas de la entrada. Aparentemente es un campo de esclavos como el resto, pero este tiene algo más. Es un campo de esclavos que Michael Poole no ha querido atacar, porque dice que para entrar es necesario todo un ejército.

Sin embargo, allí están, preparándose para lo que había jurado que no hartan.

No tienen ningún motivo para hacer lo que están a punto de hacer. Hay otros sitios menos complicados. El Midline es un campo impresionante. Tres edificios que una vez fueron plantas de laminación de acero conforman el complejo, unas estructuras inmensas, cavernosas, construidas con acero y rodeadas de alambradas. Zanjas con una profundidad suficiente para tragarse al Lightning S-150 de Michael rodean todo el campo. Los esclavos que llevan los anteshombres no vuelven a salir nunca, salvo si están muertos. El trabajo que allí hacen es infame. Es considerado el campo de esclavos más impenetrable.

Michael dice que no importa, que es una abominación y que hay que destruirlo. Michael dice que lo ha estado demorando demasiado tiempo.

Logan mira el campo, evaluando sus defensas y su tamaño, y mueve la cabeza lentamente. Es un suicidio, piensa.

Sin embargo, Michael ya lo ha decidido, y cuando decide algo, no cabe otra opción. Ni siquiera Grayling, que no le tiene miedo a nada, se atreve a decirle lo contrario. Michael es una leyenda, un talismán viviente, y nada puede acabar con él. Ha logrado sobrevivir a las situaciones más difíciles, ha salido victorioso de innumerables ataques y nunca ha conocido la derrota.

Y nadie se imagina que la va a conocer esa noche.

Sin embargo, Michael no es el mismo desde la muerte de Fresh. Cuando perdió a Fresh, algo de sí mismo se perdió también y aunque nadie más se ha dado cuenta, Logan sí lo ha notado. Fue un accidente, un freno de mano que no funciona bien, y el camión cede, rueda cuesta abajo, ganando velocidad, hasta que finalmente choca contra una pared y aplasta a Fresh. Había sangre por todas partes. El muchacho tardó dos días en morir. Nadie pudo hacer nada por él. Michael se quedó a su lado todo el tiempo, incluso cuando Fresh entró en coma y no sabía ni quién era.

Michael le dijo después al conductor del camión que no había sido culpa suya, que había sido tan solo un accidente. Le dijo al conductor que no le guardaba rencor. Logan estaba allí y oyó cómo se lo dijo. Otro no se habría dado cuenta de que

Michael estaba reprimiendo la rabia que sentía por dentro, pero nadie conocía a Michael mejor que él. Michael tiene tanto control de sí mismo que nunca deja que nada lo delate o lo comprometa, pero se le nota en los pequeños gestos y en el tono que pone en determinadas palabras. Mientras Michael estaba hablando con el conductor supo de forma instintiva lo que iba a pasar: el conductor era hombre muerto.

Una semana más tarde, el conductor desapareció en una expedición y nunca más se volvió a saber de él.

Fresh seguro que habría intentado impedirlo; pero Logan no es Fresh, no es igual que Michael. Es el hijo adoptivo de Michael. Incluso aunque acaba de cumplir dieciocho años y técnicamente es un hombre, esa es la posición a la que Michael lo ha relegado. Es extraño sentirse tan cerca de alguien y al mismo tiempo tan distante. Comparten muchas más cosas que los demás, pero hay ciertas fronteras que Logan no se atreve a cruzar.

Como por ejemplo cuestionar la conveniencia del ataque de esa noche. Sabe que debería decir algo, porque aquello es una locura y porque tiene claro que Michael no es el mismo. Piensa que ya empezó a cambiar de actitud antes de la muerte de Fresh y que ese cambio se ha vuelto un poco peligroso. Michael cada vez es más temerario en sus esfuerzos por destruir a los anteshombres y sus campos. Parece no darse cuenta del peligro en el que los mete. Sus decisiones las toma cada vez de forma más espontánea y teniendo en cuenta cada vez menos las consecuencias. Hasta ese momento, no le ha ido mal. Hasta ahora, esa aura de ser invencible y de suerte le han hecho cosechar triunfos en los sitios más difíciles, pero Logan sabe que tarde o temprano eso acabará, y que las consecuencias serán desastrosas. No obstante, ¿qué otra cosa puede hacer? Nadie va a escuchar a un adolescente que ha alcanzado hace poco la mayoría de edad, pero sobre todo nadie quiere creer que Michael ha dejado de ser invencible.

Y no va a ser él el que vaya a oponerse a una decisión tomada de forma unánime por los demás. Michael le salvó la vida. Michael le ha dado todo lo que tiene. Nunca va a abandonarlo, aunque le cueste la vida.

Intenta quitarse de la cabeza esos pensamientos mientras mira el campo y espera a que Michael dé la orden para atacar. Con todo, no lo consigue; siguen estando ahí.

—Logan —le dice Michael de pronto, girando la cabeza para poder verle la cara. La expresión en su rostro es escalofriante, de un salvajismo terrorífico—. Quiero que vayas a la cabeza del grupo que ataque del flanco derecho del primer edificio. Si no te sientes capaz, dímelo ahora.

Logan nunca le habría dicho que no y Michael lo sabe. Asiente con la cabeza sin decir palabra.

—Recuerda lo que te he enseñado. Wilson, tú por la izquierda. Grayling, tú quédate conmigo. El edificio del centro es el que estará más protegido. Allí es donde realizan los experimentos.

Con los niños, piensa Logan. Con los mayores, los enfermos y los inválidos. En aquel campo viven dos demonios por lo menos, pero los informes que ha recibido Michael dicen que esa noche no están allí, que se han ido y que no volverán hasta finales de semana. La información de Michael siempre ha sido verídica y Logan confía en que esa noche también lo sea. Tiempo atrás, no la habría cuestionado, pero Michael no es el mismo, y Logan no está seguro de todas las decisiones que toma.

De pronto una sensación de desesperación lo invade. ¿Cómo ha podido llegar Michael a esa situación? No era de extrañar. Si vives en una casa de locos, es muy posible que te vuelvas loco tú también.

No obstante, Michael es un guerrero incansable, capaz de resistir cualquiera cosa por muy terrible que fuera. Ni siquiera la pérdida de Fresh debería haberlo transformado.

Sin embargo, algo lo ha hecho cambiar. Algo de lo que ni él mismo se ha dado cuenta, que provoca un corrosivo deterioro en su alma.

Logan mira la Scattershot que lleva desde que Michael se la diera en la primera batalla en la que participó. Si le había ocurrido a Michael, también le podía ocurrir a él. ¿Se daría cuenta cuando ese momento llegara? ¿Podría hacer algo por evitarlo?

De repente se da cuenta de que Michael le está diciendo algo.

—¿Estás aquí, o quieres que le diga a otro que ocupe tu sitio? —le pregunta—. Parece que tienes la cabeza en las nubes. ¡Presta atención cuando te hablo!

—Estoy escuchando —le responde.

Michael se ríe.

—Entonces no tengo que repetirte nada. Ya sabes lo que tienes que hacer. No salgas huyendo cuando las cosas se pongan feas. Odio a los cobardes, Logan.

Se da la vuelta y Logan no contesta. Un año antes, Michael no le habría hablado así. Tendría que advertirle de lo que estaba pasando. Cierra los ojos y decide hacerlo en la primera ocasión que tenga.

—¡Vamos! —dice Michael y todos salen disparados.

Salen corriendo hacia los camiones que habían camuflado para derribar las puertas. Ni siquiera unas puertas tan pesadas como las de ese campo soportarían su acometida. Llevan armas capaces de hacer cientos de disparos en cuestión de segundos. Van mejor preparados que nunca. Logan se siente excitado ante la perspectiva de destruir ese campo.

Se sube al camión por la puerta del acompañante y se sienta al lado de Jena. Es una mujer diez años mayor que él, con más experiencia y mejor entrenada. Por derecho, tendría que haber sido la jefa y él el conductor, pero ella se limita a mirar al frente y esperar la señal.

Cuando ve la señal, una bengala desde el camión de Michael, aprieta el acelerador y sale de entre los árboles hacia el campo. Mueve el camión de derecha a izquierda, esquivando las zanjas, acercándose cada vez más a la alambrada. Les

disparan y las balas rebotan en el campo. Mira por entre las ramas que cubren el parabrisas y ve a docenas de anteshombres en las alambradas, todos con armas, todos disparando.

Lo único que necesitamos es suerte, piensa.

No obstante, de repente todo el plan empieza a fallar. A su izquierda, el camión de Wilson cae en una de las zanjas, las ruedas frontales se bloquean, da una vuelta de campana y explota. Trozos de metal y cristales llueven por todos lados. Algunos hombres salen disparados, otros quedan atrapados debajo del camión.

No tiene tiempo para pensar en lo que ha ocurrido, porque han llegado a la alambrada y la están echando abajo. Los anteshombres se dispersan, pero se dan la vuelta y les disparan. Los hombres que van en el camión disparan también, dejando el campo sembrado de cadáveres.

—¡Logan! —grita Jena.

Una explosión mueve el camión y Logan cae encima de ella con todo su peso. Las puertas del edificio del sur están justo delante. Intentan separarse mientras el camión sigue avanzando. Juntos, logran girar el volante para que el camión pase entre las puertas. Chocan contra un lateral y se oye el chirrido del metal rozando uno de los muros. El camión se detiene, los atacantes se bajan y comienzan a disparar a todo el que ven delante.

Logan se da cuenta de que son muchos y están bien organizados. Les esperaban. Es una trampa.

Pelea con toda la fiereza que posee, perdido en una nube de humo y ceniza, entre el sonido entrecortado de los disparos de las armas automáticas y el grito ahogado de su propia desesperación. Dispara contra todo lo que se mueve y él mismo se mueve con rapidez de un sitio para otro. No sabe cuánto tiempo va a durar la contienda, pero parece interminable. Lo hieren dos veces, pero las heridas no lo detienen. En un momento determinado los anteshombres caen sobre él, pierde su Scattershot mientras trata de quitárselos de encima. Alguien, no sabe quién, acude a ayudarlo y logra sacarlo. Sin embargo, está mareado, aturdido y desarmado. A cuatro patas busca su Scattershot o cualquier otra arma. Piensa que es el final. Piensa que ha llegado el día de su muerte.

No obstante, de pronto todo queda en silencio. Tan solo se oyen disparos en los otros edificios y en el exterior. Oye gritos pidiendo ayuda cerca de él, pero el humo dentro del edificio es tan denso que no puede ver nada. Los oídos le duelen por el ruido de las bombas y se siente débil y desorientado. Va dando tumbos de un lado a otro, buscando la Scattershot. Por fin la encuentra, a no mucha distancia de donde está. Cuando la coge, el cañón está tan caliente que hasta la madera de la culata quema.

Camina sin rumbo, sin poder ver por el humo. ¿Dónde están los demás?

Tropezó con Jena, que está tumbada boca arriba en el suelo, con los ojos abiertos. Todos los demás están cerca, todos muertos. No queda nadie, piensa. Los

ha perdido a todos.

Los gritos y los gemidos continúan, y trata de dirigirse hacia ellos. Tropicieza contra una jaula en la que hay una docena de seres humanos, parte de la población de esclavos de Midline. Intentan sacar la cabeza por los barrotes, suplicando y mendigando. Se aparta de las manos y los dedos que intentan agarrarlo, y busca la puerta de aquella jaula. El humo está empezando a desaparecer y cada vez se oyen menos disparos. La batalla ha acabado. Debe darse prisa.

Encuentra la puerta, cerrada con una cadena. Busca a su alrededor algo para forzar la cerradura. Ve una barra de metal que le puede servir y de pronto aparece Michael.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta—. ¿Dónde están los demás?

Tiene el cuerpo ensangrentado de pies a cabeza, es una pesadilla andante, un cadáver salido de la tumba. Logan no puede saber si la sangre es de Michael o no. Tiene un brazo colgando, la manga de su chaqueta hecha trizas. Lleva su Ronin Flechette en una mano, todavía con el cañón humeante.

—¿No me has oído? —le pregunta furioso a Logan.

—Creo que están todos muertos —responde Logan—. No estoy seguro, no he tenido tiempo de comprobarlo.

Michael se encoge de hombros. Tiene un destello de peligro en sus ojos.

—El grupo de Wilson también ha caído. Y el mío. Han hecho una verdadera masacre con nosotros.

Se queda mirando a los prisioneros, mueve la cabeza y susurra algo ininteligible. Asumiendo que es una indicación para que continúe con su trabajo, Logan mete la barra de hierro dentro de uno de los eslabones de la cadena e intenta abrirlo.

—Déjalos —le ordena Michael.

Logan se vuelve, sin estar seguro de haber oído correctamente.

—Tero es que...

—¡Déjalos! —grita Michael. Levanta el brazo herido con tanta fuerza que las gotas de sangre salen volando—. ¡Déjalos que se pudran donde están!

—Tero es que están enjaulados —protesta Logan.

El otro lo mira fijamente y empieza a reír.

—¿No lo entiendes? Están donde se merecen estar. —La risa se convierte en algo parecido al sollozo—. ¿Tara qué hacemos todo esto? ¿Tara que corran como ovejas asustadas y los vuelvan a coger otra vez? ¡Solo son unos estúpidos inútiles! ¡Míralos! ¡Me ponen enfermo!

—Michael, no es culpa suya...

—¡Cállate! —le grita, colocándole el cañón de su Ronin en el pecho—. ¡No los defiendas! ¡Han matado a tus amigos, a tus camaradas, a toda la gente importante en tu vida! ¡Es como si hubieran sido ellos los que han apretado el gatillo!

Logan no sabe qué hacer, solo sabe que no puede moverse porque le está apuntando con la Ronin. No puede decirle que ha sido él el que decidió atacar aquel

campo. Podría argumentarle que todos lo obedecieron, asumiendo el riesgo, pero la cara de Michael le indica que no está dispuesto a escuchar nada.

—Muy bien Michael —le dice con amabilidad, levantando una mano para que se calme—. Vámonos de aquí. Ya hablaremos después.

No obstante, Michael mueve en sentido negativo la cabeza, mirándolo de forma un tanto extraña.

—No, todo termina aquí, Logan. Todo termina esta noche. —Mueve la cabeza y baja el arma—. Estoy harto. No quiero vivir un día más en este mundo. No soporto más. Hace ya años que tendríamos que habernos suicidado y no habría pasado nada.

Logan sintió un nudo en la garganta.

—¡Lo que estás diciendo es una locura!

—Te salvé la vida y puedo quitártela también. —Volvió a apuntarlo con la escopeta—. Piensa un poco en todo esto. Hoy hemos perdido todo. Hemos perdido a nuestros compañeros, las armas, los camiones, todo. Mírame, probablemente no duraré un día más, y si lo consigo nunca volveré a ser el mismo. Si no terminamos aquí, nos cogerán y nos encerrarán en los campos. Es mejor acabar cuanto antes con nuestras vidas. —Hizo un gesto con la mano señalando a la celda de los prisioneros—. Hace tiempo que decidí que nunca dejaría que me atrapasen, que me pasase lo que les pasa a ellos.

—¡Pero esta gente nos necesita! ¿Qué pasará con los demás que están en su misma situación?

Michael movió la cabeza una vez más.

—Me da igual. Lo que les pase no es asunto mío. Lo que nos pase a nosotros sí. A ti y a mí, ahora que no está Fresh. Mi labor es protegerte, te lo prometí de niño. Hemos hecho lo que hemos podido, pero esto ha llegado a su fin.

Logan tiene la Scattershot en la mano. Michael está dispuesto a matarlo, y no va a poder levantar su arma para intentar evitarlo. Ve a los prisioneros apartarse hasta pegarse a los barrotes de la parte trasera de la jaula, mirándolos aterrorizados. Ellos no pueden ayudarlo. Ve el humo saliendo de los edificios, pero a nadie más. Ninguna ayuda.

—Michael no lo hagas —suplica—. Paja el arma y hablemos. Piénsalo bien. Tiene que haber otra forma.

—¡No hay otra forma! —le grita.

Logan no se detiene a pensar después de aquello. Simplemente actúa. Mira por encima del hombro de Michael, hace como si viera algo y dice:

—Un demonio.

Michael se da la vuelta y dispara su escopeta. Logan no lo duda un segundo. Levanta su Scattershot y le apunta. Michael se gira dándose cuenta de que lo ha engañado, pero Logan dispara justo en su pecho. La fuerza del disparo lo deja tirado en el suelo.

Durante un momento, Logan no se mueve. Los ecos de los disparos y de los

lamentos de los prisioneros retumban en el edificio. No puede creer lo que acaba de hacer.

—Michael —susurra.

Puede que aún esté a tiempo de ayudarlo. Quizá aún pueda salvarlo. Sin embargo, cuando Logan llega a su lado, Michael ya está muerto.

Se siente como si lo hubiera perdido todo. No puede irse de allí, se queda arrodillado al lado del cuerpo de Michael durante un rato. Oye disparos en la distancia y se da cuenta de que tiene que salir de allí cuanto antes, pero se acuerda de los prisioneros en la jaula y con la barra de acero abre uno de los eslabones de la cadena y los libera. Cuando el último de ellos desaparece, se echa encima del hombro a Michael, coge la Scattershot y la Ronin y se aleja entre el humo y los cuerpos de los muertos.

Encuentra a Grayling fuera, junto con otro hombre que lo ayuda, y los dos caminan hacia el único camión que todavía queda intacto. Grayling lo mira, ve a quién lleva al hombro y se detiene. Cuando Logan se acerca le pregunta dónde va, y le responde que lejos, que todo ha acabado. Sigue caminando y el otro le desea suerte.

El Lightning está aparcado entre los árboles, donde Michael lo dejó. Era su vehículo personal. A veces dejaba que lo condujera, rara vez desde que murió Fresh. En un par ocasiones le dijo que un día sería suyo. Ese día ha llegado. Logan conoce los códigos y desactiva el sistema de seguridad. Pone a Michael en la parte de atrás y se marcha de allí.

Lejos de aquel sitio, en medio de la nada, tan lejos que no sabe dónde se encuentra, aparca y saca una pala, cava una tumba y entierra a Michael. Cuando termina se sienta sobre la tumba y empieza a cavilar.

¿Había sido realmente necesario acabar con la vida de Michael? Una y otra vez se hace la misma pregunta. Se tortura pensando si podría haber actuado de otra manera, de alguna otra forma, para que la persona que más quería en el mundo estuviera viva en aquellos momentos; pero todo ocurrió muy deprisa. Si no lo hubiera matado, Michael habría acabado con él. Se había vuelto loco, por alguna razón que Logan desconocía, porque nada de lo que hizo aquella noche, ni quizá muchas noches antes, había sido normal.

Logan habría hecho cualquier cosa por salvar la vida de Michael, cualquier cosa. Empieza a llorar, pensando en todo lo que ha ocurrido. Es injusto. Michael hizo mucho por todos los que vivían en los campos, por los niños, las mujeres y los hombres confinados en aquellos terroríficos lugares, sin esperanza, viviendo como esclavos entre la miseria y la muerte. Solo Michael los había ayudado, les había dado la oportunidad de vivir. Alguien debería haber hecho también algo por él a cambio.

No, alguien no, se corrigió a sí mismo: él tenía que haberlo hecho, sin embargo no lo hizo, no supo qué hacer, no supo cómo. Y ahora era demasiado tarde.

Cuando rompe el amanecer como una línea plomiza en el horizonte en un cielo tan cubierto que parece que está aplastando la tierra, se da cuenta de que no tiene más remedio que pensar en su futuro. Michael ha muerto y los demás han desaparecido. No sabe dónde ir, ni siquiera sabe qué hacer. ¿Seguir con la tarea de Michael? ¿Seguir atacando campos? Imposible. Un solo hombre no era suficiente. Un hombre solo no podía hacer nada en el mundo en que vivía.

Estuvo vagando durante varias semanas sin rumbo fijo, hasta que se le apareció la Dama y le dijo lo que necesitaba oír.

Los recuerdos iban y venían como las nubes cruzando el cielo y Logan Tom se descubrió una vez más mirando la pared de roca que le bloqueaba el paso. Sintió una ráfaga de viento helado en el rostro y la presión del profundo silencio de la montaña en el alma que se había vaciado después de recorrer los recuerdos que tanto lo atormentaban. Se quedó de pie un momento, intentando borrar de su mente los recuerdos. La memoria te jugaba malas pasadas, hacía que uno recorriera su pasado abandonando el presente; sin embargo, no podía mantenerse así durante mucho tiempo. Se dio la vuelta y caminó hacia Lightning. Cuando entró en el coche, arrancó y empezó a bajar por las pendientes de la montaña. Apretó los labios, intentado abandonar aquellos pensamientos. Sin embargo, pensó que había aprendido algo, algo de lo que Michael no había sido capaz: por muy difíciles que se pusieran las cosas, siempre había otra forma de hacerlas.

Finalmente aparcó el pasado en un rincón de su mente, y puso rumbo al este, dejando atrás las colinas. Condujo lo más rápido que le permitió el estado de la carretera, observando la luz del día que comenzaba a desaparecer, pues la noche estaba llegando. Tenía que decidir pronto si ir al norte o al sur, para encontrar otra carretera que cruzara las montañas. Sabía que había muchas por allí, pero no cuáles eran accesibles.

Cuando llegó a lo que parecía un cruce importante, se detuvo y sacó los huesos de la mano de Nest Freemak una vez más. Los dedos se volvieron a mover, se juntaron y señalaron hacia el noroeste. Los envolvió en el pañuelo y se dirigió hacia allí. Era una carretera más estrecha, llena de socavones, por la que había que ir más despacio. Poco a poco fue oscureciendo, dejando atrás un mundo de sombras.

Había avanzado sin ninguna dificultad durante bastantes kilómetros, pensando que aquello era más fácil de lo que había imaginado, cuando de pronto empezaron a aparecer tantos obstáculos que tuvo que reducir la velocidad. Restos de coches, máquinas y chatarra plagaban la carretera. No había casi sitio para pasar.

Hubo un momento en que no pudo avanzar más y de pronto una serie de seres salieron de la oscuridad y lo rodearon.

Las figuras parecían emerger de la misma tierra, sus insustanciales cuerpos estaban compuestos de sombras y secretos, y sus movimientos eran rápidos y furtivos. No se acercaron en posición erguida, sino agachados, como si fueran cangrejos. La oscuridad era casi absoluta y la bruma era tan densa que no podía distinguir bien sus rasgos, le parecía estar mirando a través de una cortina de humo. No había encendido las luces del AV, y había una extraña luz natural que no sabía de dónde procedía. Cuando aquellas figuras estuvieron más cerca, pudo ver que tenían forma humana, pero sus cuerpos y extremidades eran como cuerdas. Iban vestidos con harapos y llevaban palos y estacas en vez de armas automáticas. Lo miraban con curiosidad, con una actitud carente de peligro alguno. Esperó con tranquilidad a que se acercaran hasta el coche.

Cuando llegó el primero, pasó la mano por el suave metal del capó y vio que tenía los brazos y algunas partes del rostro cubiertos por una espesa mata de vello negro, que recordaban más a un mono que a un ser humano.

¡Arañas!, pensó.

No había visto ninguna desde que había estado en Chicago, pero las conocía. Eran una raza de mutantes, seres humanos infectados por los productos químicos o la radiación, dependiendo de a quién creyeras, cuyo aspecto físico habían alterado. Algunos decían que sus mentes también habían sufrido cambios, pero Logan no tenía prueba de ello, puesto que las arañas eran tímidas y huidizas y era difícil saberlo con seguridad. En los veintiocho años de existencia, Logan tan solo se había cruzado con ellas en contadas ocasiones. Nunca había hablado con ninguna y ni siquiera había visto a ninguna tan de cerca.

La araña lo estaba mirando, su rostro era claramente humano, carente del vello negro que les cubría el cuerpo. Sus ojos azules lo miraban con una mezcla de curiosidad y propósito oculto. No obstante, la cara tenía un aspecto animal, los ojos revelaban alguna forma de inteligencia.

Poco a poco fue bajando la ventanilla. No dijo nada, se limitó a saludar con un gesto de cabeza.

Una docena de rostros se acercaron y estiraron sus manos para tocarlo. Logan no hizo intentos de apartarse, sino que dejó que sus dedos peludos y nudosos rozaran su piel y su ropa. Les dio tiempo y espacio para que miraran dentro del AV, todo lo que les apeteciera.

Al cabo de un rato, la que estaba más cerca le preguntó:

—¿Quién eres? ¿A qué has venido?

Las palabras eran ininteligibles, a pesar de que la voz era clara.

—Me llamo Logan —le respondió—. Estoy buscando un camino para atravesar estas montañas.

Las arañas empezaron a murmurar, aunque no entendió lo que decían. El que

acaba de hablar señaló el camino que acababa de recorrer.

—El camino por el que puedes pasar lo has dejado atrás.

—Ese camino está cortado. Estoy buscando otro. ¿Conoces algún camino más por aquí?

Volvieron a hablar todas al mismo tiempo. El interlocutor se acercó y le susurró:

—Nadie puede atravesar las montañas. Es territorio sagrado.

Era una información que tenía también un tono de advertencia.

—¿Por qué sagrado? —le preguntó.

La araña se acercó.

—Los espíritus viven en las montañas. Algunos son como el viento y otros de carne y hueso. Hablan con nosotros cuando cantamos sus nombres. Nos dicen lo que tenemos que hacer y les hacemos ofrendas y sacrificios para que nos protejan.

Los que estaban detrás asintieron al unísono. Logan vio que aquel asunto era bastante serio para ellos, que esa gente consideraba su relación con los espíritus de las montañas, o lo que fueran, una religión.

—¿Y no dejan que nadie pase al otro lado? —le preguntó.

El interlocutor negó con la cabeza.

—No, debes dar la vuelta.

Logan suspiró. No sabía qué hacer, y no parecía que fuera a sacar nada razonando con ellos, tenía que intentarlo de otra forma. O a lo mejor lo que tenía que hacer era darse la vuelta y buscar otro camino, uno que le permitiera evitar aquellos seres.

—¿No tienes una ofrenda para que te dejemos marchar?

Eso era chantaje, pensó disgustado. Negó con la cabeza. No tenía tiempo para aquellas tonterías, aunque no iba a empezar una pelea si podía evitarlo.

—Déjame salir y veré qué puedo ofrecerte —le dijo.

Abrió la puerta y salió del AV, con la vara en la mano. En cuanto las arañas vieron la vara tallada, todas emitieron un sonido parecido al de un gemido. Se apartaron como si les hubiese quemado el fuego, se arrodillaron y se taparon los ojos. Logan se quedó helado, sin saber qué estaba pasando.

El que había hablado se atrevió a avanzar un paso, inclinado en signo de reverencia.

—Eres el portador de la magia. Perdónanos, por favor. No lo sabíamos.

Todos le suplicaron perdón. Logan no podía creerse lo que estaba viendo.

—¿Quieres nuestras vidas como pago de nuestra insensatez? —le preguntó el que había hablado.

—No —respondió Logan rápidamente—. Yo no quiero nada. Tan solo quiero que me digáis un camino para poder cruzar las montañas.

El mutante, que había mantenido la cabeza baja hasta ese momento, se atrevió a mirarle a los ojos.

—Te pido perdón por no habernos dado cuenta de que ibas a visitar a los de tu especie. Claro que te podemos ayudar. Te enseñaremos el camino, ven con nosotros.

Empezó a caminar, los demás lo siguieron, mirando de vez en cuando a Logan y el AV. Logan se montó de nuevo en el coche y avanzó, esquivando los obstáculos, siguiendo la senda oscura que tenía delante.

Continuaron por aquel camino durante unos cuatro kilómetros, las arañas moviéndose con facilidad por aquel terreno, incansables. En un momento determinado pensó en encender las luces del coche, pero temía que eso las asustara. Estaba claro que eran seres muy supersticiosos, creían en los espíritus de la montaña y no sabía muy bien qué podía alterarlos. Lo único que deseaba era atravesar aquellas montañas y olvidarse cuanto antes de todo. Además, el cielo era suficientemente claro, pues los rayos de la luz de la luna atravesaban las nubes y bañaban con un brillo pálido el camino.

Según fueron avanzando, más arañas se unieron al grupo y en un momento determinado se juntaron más de cien. Había arañas de distintas formas y tamaños, de todas las edades, grandes y pequeñas, jóvenes y viejas. Estaba claro que toda la comunidad se había enterado de su llegada. Cada vez se incorporaban más al grupo. ¿Vivirían en algún pueblo cercano?

Se dio cuenta de que no sabía mucho de las arañas. Formaban parte del grupo de disidentes de la humanidad, condenados al ostracismo. Los habían forzado a seguir su propio camino en un mundo que los condenaba por ser diferentes. Habían sobrevivido escondiéndose en lugares recónditos, Michael se lo había contado una vez. Eran humanos que habían mutado cuando las bombas cayeron y su radiación lo contaminó todo. Habían sobrevivido en un entorno que los debería haber matado, y, sin embargo, los transformó, como a los Lagartos y los demás seres. Los humanos que no habían sufrido aquellos cambios, no sabían qué hacer con ellos, no sabían dar una explicación a su transformación, y los evitaban. Las dos especies habían tomado caminos diferentes. Observó cómo ahora caminaban juntos por aquella carretera.

Y se preguntó si algún día todos, humanos y mutantes, volverían a andar por un mismo camino.

Una hora más tarde, llegaron a un nuevo cruce, en el que había dos carreteras, una hacia el este y la otra hacia el oeste, que se dirigían a los llanos de las montañas. El que le había hablado se acercó al coche.

—El paso está por ahí —le dijo, señalando la carretera hacia las montañas—. ¿Quieres que vayamos contigo?

—No gracias, ya es suficiente. Muchas gracias por vuestra ayuda.

—El otro hombre nos dijo que lo acompañáramos para no perderse —le explicó.

Logan frunció el ceño.

—¿Ha venido otro como yo por aquí?

El interlocutor asintió.

—Solo uno, hace más de dos años. Llevaba una vara como la tuya. No lo reconocimos, no sabíamos quién era. Lo desafiamos y nos mostró la fuerza de su magia. Treinta de nuestro grupo perdieron la vida por nuestra insensatez, pero hemos

aprendido bien la lección.

Un Caballero delincuente. Logan había oído hablar de ellos. No había muchos. Eran hombres y mujeres que habían abandonado sus creencias y se habían convertido en demonios. Era raro, pero en la locura que reinaba después del Apocalipsis, todo podía pasar.

—Yo no voy a acabar con nadie —le aseguró, a él y a los que estaban suficientemente cerca como para poder oírlo.

El murmullo fue unánime y todos se acercaron y le dieron muestras de su gratitud.

—¿Puedes decirle a los espíritus si los ves que seguimos siendo fieles a ellos? —preguntó uno, con aspecto de ser más anciano que los demás—. ¿Puedes decirles que agradecemos su protección?

Pensó en varias respuestas, pero al final solo dijo:

—Se lo diré.

Los dejó a los pies de la montaña, todos juntos, un grupo de seres extraños con ideas aún más extrañas. Se sintió avergonzado de sí mismo por haberles seguido la corriente con sus fantasías sobre los espíritus de la montaña, pero no se le ocurrió otra manera de salir airoso de aquella situación. Parecían convencidos de que los espíritus existían, y habría sido una estupidez tratar de argumentar lo contrario. No obstante, no le gustaba fingir cosas que sabía que no eran verdad.

Siguió conduciendo en la oscuridad por la carretera, que, a diferencia de la otra, no tenía demasiados obstáculos, tan solo de vez en cuando parecían uno o dos bloques de hormigón en la calzada. A lo lejos veía una serie de picos recortados. Pensó que quizá hubiese sido mejor idea esperar a que amaneciera, pero estaba impaciente por cruzar aquel paso cuanto antes. Si conducía lentamente y con cuidado, podría estar al otro lado antes de que amaneciera y allí podría dormir tranquilamente.

—Siempre que el camino no esté cortado —murmuró. Sonrió—. O los malignos espíritus de la montaña me lo impidan.

Pensó en sacar los huesos de nuevo, pero no creyó que fuera necesario. Lo que buscaba estaba al otro lado de las Rocosas, cuando las cruzara los sacaría para que le dijeran dónde se tenía que dirigir. Casi seguro que le indicarían que se dirigiera hacia el noroeste del país, o quizá a Canadá. Podía ser que el Mutante Mágico se hubiera escondido fuera de Estados Unidos, aunque las fronteras no tenían ningún sentido en aquellos tiempos. Y menos si eras un ser mágico.

O uno que ejercía la magia como él. Eso era lo que habían pensado las arañas de Logan. No obstante, él sabía quién era. Era un cabeza hueca al que le habían dado un objetivo y una causa. Era un hombre muerto al que su encuentro con la Palabra había dado vida. Era un huérfano perdido en un mundo de huérfanos, pero que a diferencia de los demás, alguien lo había encontrado. Era tan solo un ser al servicio de la magia.

Comió un poco mientras seguía conduciendo, manteniendo todo el tiempo los ojos en la carretera. Era una carretera con muchas curvas, que se metía entre las

montañas, y de vez en cuando encontró algunas rocas que aparecían de pronto, escondidas como depredadores para bloquear su camino. El aire era cada vez más frío según iba subiendo y la respiración, más dificultosa. Llevaba alrededor de un par de kilómetros de camino cuesta arriba, y se sentía aturdido por la falta de oxígeno debido a la altura, por lo que tuvo que hacer un gran esfuerzo para prestar atención a la conducción. Atravesó estrechos desfiladeros y picos altísimos, solitario en medio de aquella tierra vacía.

La niebla cada vez era más densa. No era normal ver niebla a esa altura, sobre todo una noche en que el cielo había estado tan despejado y con un tiempo bastante estable. La niebla se espesaba cada vez más, disminuyendo su visión a tan solo veinte metros, después veinte y finalmente ya no veía nada más allá de cinco metros. Empezó a ir más despacio, encendió los faros antiniebla y esperó pacientemente a que se diluyera. Sin embargo, no hacía más que ir a peor. El tiempo pasaba y la espera lo dejó entumecido y agotado. Procuró mantenerse despierto, bebiendo agua y cantando alguna canción. Sus pensamientos se fueron a la deriva como hojas secas que llevara el viento.

«Tenías que haberles hecho caso», oyó que una voz se dirigía a él de repente.

Miró a su alrededor y encontró a Michael sentado en el asiento de al lado del conductor, rígido, inmóvil, con la mirada clavada al frente. Se quedó mirándolo unos segundos y después dirigió su mirada a la carretera.

—Tú no estás aquí. Me lo estoy imaginando —respondió.

No hubo respuesta. Miró otra vez y Michael había desaparecido. Sintió un escalofrío en la espalda cuando se dio cuenta de lo que acababa de ocurrir. La altitud y el cansancio estaban haciendo mella en su mente, que le estaba jugando una mala pasada. Respiró hondo y espiró poco a poco, para tranquilizarse. La niebla no tardaría en desaparecer.

«Yo no estaría tan seguro, chico», le dijo Michael.

Volvía a estar en el asiento del copiloto, mirando al frente, sin ninguna expresión en el rostro y las manos descansando en su Ronin. Logan echó un vistazo sin poder evitarlo, sintiendo una desagradable sensación de frío en los huesos. Había una luz pálida y extraña rodeando a Michael, una luz como del más allá, de una calidad etérea que los seres vivientes no poseían.

Los espíritus de las montañas, pensó, pero rechazó aquel pensamiento de forma inmediata.

—Tú estás muerto, Michael —dijo—. Así que ten la decencia de seguir estando muerto.

Michael se desvaneció. A lo mejor era eso lo único que tenía que hacer, decirle que se fuera. Sonrió a pesar del escalofrío que le había recorrido el cuerpo.

Volvió a mirar varias veces al asiento vacío del copiloto, tratando de evitar una nueva aparición, diciéndose a sí mismo que si seguía mirando no ocurriría de nuevo. Estaba impaciente porque desapareciera la niebla y salir cuando antes de aquellas

montañas, para poder descansar y deshacerse de aquellas fantasmales apariciones. No se había dado cuenta de lo cansado que estaba, de las nefastas condiciones en las que había conducido hasta allí y del precario estado de su mente, ahora entendía por qué veía gente muerta.

«No creo que debas seguir por este camino», le dijo una nueva voz. «Deberías dar la vuelta. Esta carretera no es para los seres vivos, Logan.»

Su padre estaba en el asiento de al lado, una aparición un poco más difusa que la de Michael, pero tan real que se asustó. Su padre no lo miraba, sino que su mirada se perdía en la distancia, al igual que Michael, una presencia etérea que sugería que se podía desvanecer en cualquier momento. Logan lo siguió mirando, y, tal como pensaba, se empezó a difuminar y desapareció.

Logan volvió a mirar a la carretera justo a tiempo para frenar y dar un volantazo para evitar chocarse contra una roca enorme. El Lightning patinó y se deslizó hacia el quitamiedos y la ladera de la montaña que se perdía en la oscuridad. Frenó, giró completamente el volante y perdió el control del vehículo.

Se detuvo a escasos centímetros del quitamiedos. Logan se quedó sentado sin moverse, mirando a la nada. Cerró los ojos y esperó a recuperar la respiración. No había pasado nada, se dijo a sí mismo, pero lo más prudente sería detenerse para descansar, lo mejor sería descansar hasta la mañana siguiente.

«No hay descanso para los malvados», susurró Michael.

«No hay descanso para los vivos», dijo su padre.

Suspiró y abrió los ojos. No había nadie. Estaba solo dentro del AV, los únicos signos de vida eran las luces de los controles y el ronroneo del motor.

Fuera, la niebla se estaba cerrando cada vez más, como si fuera un ser viviente, pegándose al vehículo, ocultando el cielo y la tierra, envolviendo todo como si de una telaraña se tratara. Al principio, pensó que todo aquello no era más que una alucinación, era todo tan deliberado, tan premeditado... De repente los fantasmas desaparecieron en la niebla, y a pesar de saber que todo aquello era irreal, pues el sentido común y la razón se lo decían, algo pasaba, y debía controlarse.

«Tendrías que haber dado la vuelta», dijo Michael.

«Nunca tendrías que haber venido aquí», replicó su padre.

Empezaron a aparecer otras caras fuera del AV, apariciones que se materializaban una a una, pegadas a las ventanillas. Ojos vacíos en rostros marcados por el dolor y el sufrimiento. Y aunque aquellos ojos no podían ver, a él le daba la sensación de que sí podían. Extendieron sus manos y tocaron el cristal y él se echó hacia atrás. Estaban alrededor del coche, y cada vez eran más a cada minuto que pasaba. Intentó arrancar el coche, quería salir de allí cuanto antes, pero el motor no respondía.

Se quedó sentado mirando los controles y después desvió su mirada hacia los rostros. Reconoció a los que estaban más cerca. Eran los rostros de hombres y mujeres compañeros de batalla cuando estaba con Michael, rostros de los esclavos que había tratado de liberar. Todos ellos estaban muertos. Lo sabía instintivamente,

no por la apariencia fantasmal que tenían, sino porque lo sentía en su interior. No eran más que fantasmas, y estaban allí para atormentarlo.

Pero, ¿qué querían?

Vio que dos nuevos rostros se abrían paso entre los demás y se pegaban a la ventanilla de la puerta del conductor. Sintió un nudo en la garganta. Eran su hermano mayor, Tyler y su hermana Megan. Aunque hacía años que habían muerto, sus caras no habían cambiado, era como si se hubieran congelado en el tiempo. Lo miraron con sus ojos muertos, sin ninguna expresión, pero sabiendo que él estaba allí, dentro del Lightning. Al igual que los demás, habían ido allí a mirar. Y como los otros, querían algo que para Logan era un misterio que no lograba descifrar.

Cerró los ojos. No iban a desaparecer como Michael y su padre. Eran como humo y niebla, espectros, fantasmas, producto tan solo de su imaginación. Eran criaturas nacidas de la magia, espíritus que habían ido para conseguir algo, y no se irían hasta que él respondiese a su presencia.

Abrió los ojos y los miró fijamente. A veces había que enfrentarse a los muertos igual que a los vivos, al pasado igual que al futuro; a veces esos opuestos estaban tan unidos que era difícil distinguirlos. Como en aquellos momentos. Espíritus de la montaña o algo más insidioso, algo que el sentido común era incapaz de resolver.

Cogió la vara, abrió la puerta y salió del AV para enfrentarse a lo que fuera que lo estaba esperando.

El aire le golpeó la cara con una ráfaga fría que casi lo tira de espaldas, tan helado que se le metía hasta en los huesos. No se había dado cuenta de la fuerza del viento porque parecía no afectar a los fantasmas que lo rodeaban, pues ni avanzaban, ni retrocedían, quietos en su sitio mirando a la nada. Algunos levantaron las manos como si fueran a tocarle, pero con gestos carentes de intención alguna. Tiritando de frío, puso la vara frente a él, dejando que la luz natural se reflejara en su superficie. El viento aulló en respuesta —o quizá fueran los fantasmas— y la vara empezó a emitir su luz mágica feroz y brillante.

Los espíritus de los muertos retrocedieron y por un momento Logan pensó que iban a dispersarse. Sin embargo, detrás de ellos se acercaba una oscuridad extraña. Cada vez aparecían más fantasmas que se unían a los demás. Los observó, todavía sin creerse lo que estaba presenciando, reconociendo lo inevitable. Los muertos no habían aparecido por voluntad propia, pues nunca lo hacían, habían sido convocados o enviados por alguien. De eso estaba seguro, después de tantos años al servicio de la orden de los Caballeros de la Palabra.

No obstante, ¿a qué fuerza maligna de la oscuridad estaban respondiendo?

Agarró la vara y avanzó, empujando hacia atrás a los espíritus, y su vacuidad blanca cedió, su presencia efímera se disipó, pero pronto se volvió a formar. Solo enfrentándose a la fuerza que los había hecho surgir podría resolver aquella situación. Para poder liberarse de aquello, fuera lo que fuera, tendría que enfrentarse a lo que lo estaba causando, a la oscuridad de la que aquellos espíritus habían surgido. Vio esa

oscuridad densa e impenetrable según se acercaba, pero a pesar de estar muy cerca de ella, no lograba ponerle nombre.

Levantó la vara, lanzando su luz mágica azulada, rodeándolo con un escudo protector. Sintió el calor de su protección y eso le dio más fuerza. Lanzó la luz a la oscuridad, rasgándola como si de una tela se tratara, lo cual hizo con facilidad y no pudo volver a unirse, cayendo frente a él. Una sensación de júbilo lo inundó.

Sin embargo, aquello duró tan solo unos segundos, porque casi sin esfuerzo la oscuridad volvió a unirse y más fantasmas emergieron, más rostros aparecieron. Atacó de nuevo, la oscuridad se separó y de nuevo se volvió a juntar y a formarse sin esfuerzo. Parecía crecer por momentos y avanzaba de manera inexorable.

En ese momento, las manos de los muertos lo empezaron a tocar. Sintió los dedos rozar su cuerpo, tan fríos y húmedos como el hielo de las montañas, un frío que traspasaba incluso la ropa que llevaba puesta. Era un efecto desagradable y extrañamente debilitante. Sintió cómo disminuía su fuerza, cómo se destilaba, como una lenta sangría.

Enfurecido, lo intentó de otra manera. En vez de rasgar la oscuridad, utilizó su magia como si fuera un gigantesco molino de viento y sus esfuerzos se vieron recompensados. El viento que generó hizo explotar aquella masa oscura y el fuego quemó lo que quedaba. Se quedó mirando cómo ardía, respirando con dificultad. La oscuridad había desaparecido. Todo era claridad ahora.

Sin embargo, los fantasmas de los muertos se acercaron de nuevo, tocándolo con mayor insistencia y vio que la oscuridad se estaba empezando a formar de nuevo. Se quedó paralizado al ver que cada vez crecía más, acercándose a él, expulsando fantasmas de sus ojos vacíos. Había tantos que tropezaban unos con otros en sus esfuerzos por llegar hasta él. Era imposible avanzar hacia ninguna parte.

De pronto sintió pánico, y entendió el origen de todo. Siempre había pensado que estaría preparado para cualquier cosa, se había dicho a sí mismo que sabría qué hacer de forma instintiva en una situación de peligro, pero ahora estaba perdido. No había conseguido que la oscuridad se disipara y no lograba encontrar la manera de deshacerse de ella.

Retrocedió unos pasos de forma involuntaria. Lo que estaba haciendo le causaba daño y si no se le ocurría nada pronto iba a perder aquella batalla.

Recompuso sus pensamientos, adoptó una actitud más resolutiva y se olvidó de sus sentimientos de miedo y duda. Había sobrevivido a muchas contiendas y no estaba dispuesto a perder aquella. Era el Caballero de la Palabra y no iba a ceder.

Se quedó mirando la oscuridad y después centró su atención en los rostros blancos y vacíos que lo rodeaban. Quizá los espíritus de los muertos no eran tan invulnerables como la oscuridad que los había hecho surgir. Se colocó en medio de ellos, luchando contra la sensación de asco, armándose de valor, pronunciando palabras mágicas para que se desvanecieran. Utilizó el fuego de su vara para apartarlos, y vio cómo desaparecían uno tras otro. No miró para ver cuántos se

estaban acercando, sino que se concentró en los que estaban más cerca, mirándolos, reconociéndolos, sabiendo que era lo que tenía que hacer si quería enviarlos de nuevo al lugar de donde habían salido.

Perdió la noción del tiempo, olvidándose de todo y se limitó a seguir adelante. Los rostros se acercaban y se iban, tantos como los que podía recordar, tantos como los que había conocido. Se fue despidiendo de ellos cuando el fuego los consumía, enfrentándose al mismo tiempo a las emociones que surgían de su interior. Sentía una certeza absoluta de que haciendo aquello estaba perdiendo su pasado, estaba abandonando sus recuerdos. Con la desaparición de cada uno de aquellos seres, dejaba que se marchara una parte de sus recuerdos.

Comprendió que él había sido el que los había invocado, quizá sin darse cuenta, quizá con la ayuda de los espíritus que vivían en las montañas. La oscuridad era suya, era el pasado a sus espaldas, los recuerdos de los muertos, de aquellos a los que había conocido, amado, y no podía olvidar. Llevaba años tratando de olvidarlos y por fin se sentía liberado. No viviría en paz hasta apartarlos de su vida para siempre.

La masa de rostros blancos se redujo a solo unos pocos. Delante tenía a su hermano y a su hermana, con una mirada triste y perdida. Se acercó a ellos y los tocó sin miedo, dejando que la terrible sensación de su presencia lo invadiese mientras enviaba el fuego de su vara a través de sus formas vacías hasta que se desvanecieron. Muertos para siempre y para nunca más volver. Sus rostros eran ya tan vagos en su mente que casi no podía reconstruirlos.

Cuando al fin se quedó solo, la oscuridad había desaparecido. No quedaba más que la roca y el frío de la noche. Se quedó mirando a la nada y después volvió a coche. Su padre y Michael estaban a su lado, blancos y efímeros, los últimos dos fantasmas. No lo estaban mirando a él, sino a algo detrás de él, algo que no podía ver. Sin dudarle un instante, se acercó, los tocó con la magia de su vara y se despidió de ellos. No le hablaron, ni lo miraron, simplemente se quedaron esperando lo inevitable. De pronto desaparecieron.

Pensó en lo que le habían dicho las arañas. No sabía si habían sido los espíritus los que habían dado vida a sus fantasmas o si eran manifestaciones de los fantasmas mismos, pero se había equivocado al no haberles hecho caso. No había creído en su existencia, pero lo sabía con certeza. No todo lo que era real en aquel mundo se podía ver.

Miró a su alrededor por si quedaba alguno, pero todos habían desaparecido. Notó que el recuerdo de sus seres amados se desvanecía, y aunque intentaba mantener la imagen mental de sus rostros, desaparecían sin remedio. Quizá con el tiempo lograra rescatar a alguno de ellos, los más amados, pero no estaba seguro, pues había roto los lazos que los unían cuando se fue despidiendo de cada uno de ellos. Nunca más recordaría.

Su ausencia dejó una sensación de dolor en su corazón, un vacío tan inmenso que casi era incapaz de soportar. Intentó olvidarse de aquel dolor, pero no pudo. Durante

unos instantes, recordó lo que sintió cuando tenía ocho años y había perdido a toda su familia.

No obstante, justo en aquel momento, descubrió que ya no podía derramar más lágrimas. Se quedó mirando la oscuridad y la inmensidad del paisaje, con los ojos completamente secos.

Tan solo faltaban un par de horas para el mediodía, y Halcón estaba pensando en quién lo iba a acompañar a su cita con Tigre. Había quedado con él para entregarle el pleneten y deseaba hacerlo cuanto antes para que Persia se curara. Mientras, le estaba dando vueltas a todo lo que había pasado en los últimos días. Hubiese preferido considerar el encuentro con el lagarto y lo de los Croaks muertos como algo natural en un mundo donde la muerte y los que morían era lo normal cada día. Sin embargo, la visión de Vela, de que algo muy malo se estaba acercando, junto con la escalofriante sensación que sintió en aquel almacén, lo habían convencido de que las cosas estaban cambiando en la ciudad y no precisamente para mejor.

Estuvo más tiempo del que acostumbraba pensando a quién se llevaba y quién se quedaba, porque no quería que nadie corriera ningún riesgo, a pesar de saber que poco podía hacer por evitarlo. Al final, decidió llevarse a Pantera y a Oso, dejando al resto al cuidado de Cheney. Si se llevaban las lanzas y los dardos, los tres irían bastante bien protegidos. Habían quedado en la calle, a plena luz del día y no creía que tardaran mucho tiempo. Lo único que tenía que hacer era darle el pleneten y regresar a casa. Cuando volviera, empezaría a pensar cómo convencer a Tessa para que abandonara el estadio y se fuera con él.

Ya tenía todo pensado, cuando de pronto Lechuza apareció a su lado. Tenía una mirada de preocupación y se lo llevó a un sitio aparte, donde los demás no los pudieran oír.

—Río se ha ido otra vez. Se ha marchado después de desayunar. Pensé que había ido por agua al tejado, pero Vela me ha dicho que la había visto salir a la calle. De esto hace más de una hora y no ha vuelto.

Halcón miró a Vela, que estaba lavando los platos del desayuno.

—¿Y no le ha dicho a Vela dónde ha ido? ¿No sabe nada?

Lechuza negó con la cabeza.

—Ya lo ha hecho otras veces. Se va sola y no dice a nadie dónde va. —Hizo una pausa y puso una mano en la muñeca de Halcón—. Creo que esta vez sería mejor que fueras a buscarla. Tenemos que saber qué está pasando.

Casi estuvo a punto de decirle que no. Casi estuvo a punto de decirle que tenía muchas cosas que hacer y que no iba a perder el tiempo corriendo detrás de una irresponsable, a la que habían repetido incontables veces las normas, y que además era una mentirosa. No obstante, la vocecita de su conciencia se impuso a aquellos pensamientos. Tenía que hacer caso a Lechuza, pues estaba preocupada y no era una persona que se preocupara fácilmente.

—Está bien, iré a buscarla.

Miró a su alrededor, replanteándose los planes iniciales. Tendría que llevarse a Cheney para buscar a Río, con lo que tendría que dejar a Lechuza y a los más pequeños con alguien más y pedirle a otro que lo acompañara a su cita con Tigre.

Decidió que Oso se quedara en casa. Confiaba en Oso, porque era una persona tranquila y nunca actuaba movido por la prisa o el pánico. Ojalá tuviera doce Osos en su familia, pero las familias no eran así.

Por eliminación, tendría que ser Pantera el que llevara el pleneten a Tigre. No podía pensar en nadie más para un encargo de ese tipo, pero era un riesgo enviarlo porque odiaba a los Gatos, y a Tigre sobre todo. Y aunque no sabía muy bien la razón, era algo evidente.

Se fue hacia donde estaba Pantera.

—Ha habido un cambio de planes. Tienes que ir solo a llevarle el pleneten a Tigre.

Pantera no lo miró, pero la cara que puso reflejó con precisión sus sentimientos.

—¿Y por qué yo? ¿No puede ir otro?

—Bueno, si piensas que no eres capaz —lo presionó Halcón.

Pantera lo miró desafiante.

—Yo soy capaz de hacer cualquier cosa mejor que los demás. Y eso lo sabes.

Halcón asintió.

—Lo sé. Por eso te lo encargo a ti. Confío en ti y sé que te puedes enfrentar a lo que pase. Llévate a Tiza y a Arreglatodo contigo. Así te sentirás más protegido.

—¿Crees que esos gatitos se van a atrever conmigo? —le preguntó Pantera—. Me gustaría que lo intentaran. No necesito que nadie venga conmigo, puedo hacerlo solo.

—Ya conoces las normas. Nadie va a solo a ningún sitio. Si no quieres que te acompañen Tiza y Arreglatodo, llévate a Gorrión.

—¡No quiero ir con Gorrión! Deja que Oso venga conmigo.

Halcón negó con la cabeza.

—Oso se tiene que quedar aquí y cuidar de los demás. Tengo que llevarme a Cheney.

—¿Para qué? ¿Dónde tienes que ir con Cheney a estas horas?

—Te lo contaré más tarde. Ahora ve y dale a Tigre el pleneten. Ya sé que no te cae bien, pero hemos quedado en llevárselo y tenemos que cumplir nuestra palabra. Ya sabes que nosotros siempre cumplimos nuestra palabra.

—Lo sé, pero no me gusta la idea de que vayas solo.

—Anda, llévate a Tiza y a Arreglatodo. El pleneten está en la alacena, envuelto en un papel marrón.

Pantera sacudió la cabeza y resopló.

—¡Malditos Gatos!

Halcón se fue al cuarto donde guardaban las armas, cogió una lanza y se metió en el bolsillo de la chaqueta dos dardos. Lechuza se acercó, observándolo.

—¿Qué tengo que hacer cuando la encuentre? —le preguntó.

—Pues averiguar lo que está haciendo y después traerla a casa.

Se quedó observando su mirada sabia, alegre y cariñosa. Su sonrisa le confirmaba lo que él ya sabía: tan solo su presencia le daba confianza. Ella siempre sabía lo que

había que hacer y cómo hacerlo. La primera vez que la vio pensó que era una persona inválida e inútil, pero nunca más volvió a hacerlo, pues era la más fuerte de todos, una persona indispensable, la más indispensable para su supervivencia.

—No tardaré —le prometió.

—Tarda lo que quieras —le respondió—. Río tiene que sentirse segura y creo que en estos momentos no se siente así.

Lo que le estaba diciendo era que Río tenía que saber que les podía contar todo, que no tenía que ocultarles nada. Halcón no estaba muy seguro de que Lechuza tuviera razón, pero confiaba en ella.

Llamó a Cheney, salió por la puerta y subió las escaleras que daban a la calle. Era un día claro y con sol, el cielo limpio, sin ninguna nube. Miró hacia arriba entrecerrando los ojos, extrañándole un poco aquel cambio. Un mundo demasiado claro, para una vida tan oscura.

Una ráfaga de viento lo devolvió de nuevo a la realidad. El aire era frío. Se subió y se abrochó bien la chaqueta y llamó a Cheney. Sacó una camiseta que había cogido de Río y se la dio a oler para que siguiera la pista. Cheney empezó a bajar la calle, moviendo su enorme cabeza de lado a lado. Halcón lo siguió, manteniendo una actitud vigilante en todo momento, fijándose en todos y cada uno de los edificios por los que pasaban. Sabía que iban a encontrar a Río. Cheney ya había seguido la pista de otras personas en otras ocasiones. Cuando le dabas a oler algo, no paraba hasta encontrar lo que estaban buscando.

Pasaron por la Primera Avenida y se dirigieron al centro de la ciudad. De pronto Cheney giró a la izquierda y se dirigió hacia los muelles. Juntos fueron pasando por entre los escombros, caminando por la grasienta calle que los llevaba a la bahía de Elliott. La superficie del agua brillaba a la luz del sol. Un par de arañas salieron un instante de un edificio y desaparecieron al momento. Halcón y Cheney continuaron su camino. Había una gaviota muerta en el suelo, sus plumas estaban sucias y manchadas de sangre, pero no había cerca ningún signo que indicara cómo había muerto. Halcón le echó un vistazo, pensó en que quizá más cosas podían caer del cielo y miró a lo lejos.

Cheney se dirigió al puerto, sin desviarse, con paso constante. Halcón lo seguía de cerca, siempre alerta. El viento soplaba con fuerza, un viento frío que anunciaba la proximidad del invierno. El olor a podrido era tan intenso, que tuvo que taparse la nariz con el cuello de su abrigo. Se preguntó si alguna vez el agua de la bahía se recuperaría. Seguro que si se dejaba que la naturaleza actuase, con el tiempo se limpiaría, aunque no estaba muy seguro.

Cheney se detuvo de pronto y levantó las orejas. Halcón se detuvo también, y miró a su alrededor. Vio que algo se movía al sur de los muelles, al lado de las grúas. Un grupo de figuras oscuras que llevaban una especie de brazaletes rojos caminaban entre la basura. Otra tribu desconocida para él hasta aquel momento. Había tribus que vivían en las montañas que bajaban de vez en cuando por comida. Algunos eran

bastante peligrosos, tan peligrosos como los Croaks. Un año antes, una de ellas se había trasladado a la ciudad y no parecían tener el mínimo reparo en matar al que se encontrara en su camino. Podrían haber sobrevivido si no hubiesen cometido el fatal error de provocar a un grupo de Lagartos. Desde entonces no se los había vuelto a ver.

Esperó hasta que se hubieron marchado y continuaron su camino. Atravesaron James Street, camino del puerto. Cheney siguió olisqueando el suelo, giró hacia el sur y se detuvo de nuevo. Daba la sensación de que había perdido la pista, pero segundos más tarde, empezó a caminar de nuevo, dirigiendo sus pasos hacia el norte, hacía lo que quedaba del acuario. Halcón se preguntó qué estaría haciendo Río en aquel lugar. De repente se acordó de que era allí donde Gorrión la había encontrado cuatro años antes, cuando era una niña huérfana buscando comida.

Cheney continuó caminando y se dirigió hacia uno de los edificios más destrozados. Se detuvo en la puerta y esperó sin mirar a Halcón, sin levantar siquiera la cabeza cuando se puso a su lado.

Lo cual indicaba que Río estaba dentro de aquel edificio.

Halcón dudó unos instantes y dio unos pasos. Agarró la lanza con fuerza y abrió la puerta. Dentro, la luz pasaba por las ventanas rotas y los huecos que habían dejado las partes caídas del edificio y del tejado, para iluminar las sombras. Era un edificio de dos plantas, con bastantes habitaciones. Halcón dudó de nuevo, receloso de entrar en un edificio que no conocía demasiado bien, pues había entrado solo un par de veces en busca de provisiones, pero de eso hacía ya años.

No obstante, no tenía más remedio que continuar. Mandó a Cheney delante, por si encontraba algún rastro, pero era complicado dado la cantidad de basura y la mezcla de olores que inundaban el sitio. Dentro del edificio olía a muerte, moho y defecaciones. Parecía no haber ningún ser vivo dentro, pero uno nunca sabía. Las sombras surgían de los rincones de las habitaciones que atravesaba. Llevaba la lanza fuertemente agarrada mientras se preguntaba qué podría estar haciendo Río en un sitio como aquel.

Recorrieron todo el edificio y salieron por la parte de atrás. Halcón estaba un poco confuso. Cheney siguió avanzando, dirigiéndose hacia un almacén situado en uno de los extremos del puerto. Era una estructura con un aspecto más sólido que el edificio que acababan de dejar, aunque sus paredes metálicas estaban más oxidadas y desgastadas.

Cheney se detuvo delante de la alambrada que rodeaba la estructura y gruñó.

A los pocos segundos Río salió por la puerta del almacén.

—¡Cheney! —exclamó, con asombro. Después se fijó en Halcón—. ¡No, Halcón! ¡Tú no deberías estar aquí!

Lo dijo con tanta fuerza y convencimiento que durante unos segundos pensó que podría tener razón, que había invadido la intimidad de una persona y que lo mejor sería darse la vuelta y marcharse. Parecía incluso como si ella estuviera dispuesta a

enfrentarse a él.

—Cuéntame lo que te pasa, Río —le respondió.

Río movió la cabeza y se echó a llorar. Su cuerpo temblaba.

—Ya... ya conozco... las normas —dijo entre sollozos—. Ya sé... que... que no tenía que hacerlo. Pero tenía... que hacerlo.

No tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—Río —le dijo tranquilamente—. Déjame entrar. Dime lo que te pasa.

—Solo... Vete Halcón —logró decirle entre sollozos—. No... no volveré... nunca más... con vosotros.

Dejando a Cheney donde estaba, Halcón caminó hacia la alambrada que rodeaba la construcción, vio un agujero por el que pasar, y entró. Río corrió hacia él para impedirselo, pero no pudo hacer nada, pues ya estaba dentro. La chica lo amenazó con los puños en alto, pero de pronto se desmoronó a sus pies, llorando cada vez con más fuerza. Halcón nunca la había visto comportarse de aquella manera. Se arrodilló junto a ella, le acarició el cabello y le puso el brazo sobre los hombros.

—Tranquila —le dijo para calmarla—. No llores. Sabes que todo se puede solucionar. Todo.

Continuó llorando y de repente le dijo enfadada:

—¡No entiendes nada!

—Lo sé... —le respondió mientras la seguía acariciando.

No volvió a decir nada más. Continuó donde estaba hasta que sus sollozos remitieron. Después, se levantó y sin decir palabra se dirigió hacia el almacén. Halcón se levantó y la siguió. Dentro estaba oscuro y hacía frío, pero la pared estaba cubierta con telas de color y un sinnúmero de mantas. Había cuerdas que colgaban de unos ganchos y libros apilados en una de las paredes y en las estanterías. Estaba claro que allí vivía alguien.

Un quejido procedente de la parte más alejada del *almacén* llamó su atención.

Vio al Hombre del Tiempo tumbado en un colchón encima de una estructura de madera, con el rostro retorcido por el dolor, y las manos moviéndose debajo de las mantas que lo cubrían. Halcón miró las manchas en su cara y retrocedió inmediatamente.

—Tiene la peste —dijo—. No te puedes quedar aquí Río.

—No tengo más remedio —le respondió ella susurrando.

—Es un hombre mayor —le contestó Halcón—. Me cae bien, pero...

—No lo entiendes —lo interrumpió ella, esforzándose para que las palabras salieran de su boca—. No es un hombre mayor cualquiera. Es mi abuelo.

Entonces Río le contó la historia de su familia, de cómo su abuelo la había llevado a Seattle.

Incluso antes de que los demás desaparecieran, Río siempre había sido su preferida. Una niña tranquila e introvertida, de ojos muy grandes y cuerpo delgado y desgarrado, que seguía a su abuelo allí donde fuera. A él le gustaba su compañía y

nunca la había echado de su lado, como hacían sus hermanos. Le gustaba hablar con ella y le contaba cosas que la hacían sentirse muy bien.

«Eres una niña especial —acostumbraba a decirle—, porque sabes escuchar. No hay muchas niñas que hagan eso.»

Y cuando lloraba, él la consolaba con palabras dulces.

«No hay nada malo en llorar. Tus sentimientos son los que te dicen cómo eres. Te dicen qué cosas son las importantes. No tienes por qué avergonzarte de lo que sientes. Es una forma más de expresarse.»

En aquel tiempo, era un hombre alto y fuerte, un atleta profesional que había pertenecido a un equipo. Río se imaginó que todo aquello había sucedido mucho antes de que naciera, pero su abuelo nunca se lo había contado, pues sus conversaciones giraban en torno a Río. Nadie más le prestaba atención, salvo cuando querían algo. Sus hermanos no le hacían caso, su madre era una presencia distante, que físicamente estaba con ella, pero que mentalmente estaba en otro mundo, y al resto de su familia casi no la conocía, perdidos como estaban en miradas sin rumbo y palabras susurradas, que casi nadie podía oír. El abuelo de Río decía que todo aquello era porque su padre le había roto el corazón a su madre.

Río no sabía si aquello era verdad, pero suponía que no mentía. No recordaba muchas cosas de su padre, tan solo que era un hombre grande, que hablaba con una voz fuerte y que ocupaba mucho espacio y la hacía sentirse más pequeña de lo que era. Solo tenía tres años cuando se había marchado, y nadie sabía el porqué. Un buen día salió por la puerta y nunca más volvió. Durante mucho tiempo mantuvo la esperanza de que volvería, y muchas veces se quedaba esperándolo en la puerta, o lo buscaba entre los árboles, pensando que estaba ocultándose allí, desafiándolos a que lo encontrarán. Sus hermanos se reían de ella cuando les decía lo que estaba haciendo, hasta que un buen día se cansó de aquel juego y lo abandonó.

Vivían en un pueblo pequeño al norte de Washington, fuera de la península Olympic, donde todavía había bosques y no mucha gente. Pensaban que vivir aislados los protegía y por eso se habían quedado allí, un grupo de unas treinta familias, esperando que las cosas cambiaran y volvieran a ser como antes, manteniéndose ocultos, mientras el resto caminaba lentamente hacia un destino del que solo habían oído hablar por la radio y por los encuentros poco frecuentes con algunos viajeros.

No obstante, su abuelo era un hombre precavido.

—No vayas por ahí nunca sola —le decía, aunque los demás le habían dicho que no había ningún peligro y que no le iba a pasar nada.

Él no le explicaba el porqué, pero ella tampoco se lo preguntaba, simplemente creía en lo que le decía y por eso nunca iba sola a ningún sitio. Se acordaba de la desaparición de su padre, aunque creía que no le había ocurrido nada malo. Sin embargo, cuando una tarde su hermano pequeño también desapareció sin dejar el menor rastro, supo al instante que no había hecho caso de los consejos de su abuelo.

Los demás se reían, pero ella no.

Dos meses más tarde, cuando una nube roja sobrevoló sus cabezas, y a pesar de que había desaparecido poco después, su abuelo le había dicho no comiera, ni bebiera nada que hubiera estado en contacto con la tierra. Ella lo obedeció, pero los demás no le hicieron caso. Cuando empezaron a caer enfermos y a morir, él les dijo a todos que lo mejor era marcharse de allí, pero no lo escucharon, pues no querían abandonar sus hogares, e insistían en que las cosas mejorarían, y que en poco tiempo sanarían. Pensaban que estaban seguros en aquel enclave protegido, alejado del mundo, se creían a salvo de los horrores que estaban acechando al resto del mundo.

Aunque en aquel entonces ella solo tenía nueve años, supo que se equivocaban, lo mismo que se habían equivocado anteriormente.

Hasta que no murieron cincuenta personas, su madre y sus hermanos entre ellos, no empezaron a darse cuenta de que su abuelo tenía razón y empezaron a hacer los preparativos para marcharse. Construyeron unas balsas para bajar por las aguas del Puget Sound en busca de sitio mejor para vivir. Había islas en toda la costa occidental, una de ellas podría ser un refugio perfecto donde podrían desembarcar y empezar una nueva vida.

Salieron un día con un tiempo favorable, cuatro balsas en total. A las veinticuatro horas una tormenta los sorprendió. Los vientos soplaban a más de ochenta kilómetros por hora. La balsa que cerraba la expedición volcó y todos sus ocupantes desaparecieron. Un día más tarde, los de la segunda balsa enfermaron de peste y los ocupantes de las otras dos balsas decidieron abandonarlos a su suerte. Algunos argumentaron más tarde que a veces había que sacrificar unos pocos en beneficio de la mayoría. El miedo se iba apoderando de todos ellos según pasaban los días y empezaron a darse cuenta de que cada vez corrían más peligro. Las cosas se estaban poniendo realmente feas, le dijo un día su abuelo en privado, tanto, que lo mejor que podían hacer era abandonar al grupo porque pronto iban empezar a actuar de forma irracional y sus vidas correrían peligro.

Dos noches más tarde, cuando las balsas estaban amarradas a unas rocas de una cueva y los demás estaban durmiendo, su abuelo la despertó, le puso un dedo en los labios para que guardara silencio y se fueron. Río miró un par de veces atrás mientras abandonaban al grupo, pero nadie los vio marcharse. Se fueron tierra adentro, atravesando campos y bosques, granjas y casas, evitando siempre las ciudades. Consumían la comida que su abuelo consideraba segura, la mayor parte de ella embotellada o envasada, por lo que no tenían miedo a enfermar. Durmieron en edificios vacíos cuando podían y a la intemperie cuando no tenían más remedio. Su abuelo había metido mantas, medicinas y ropa en un macuto que llevaba a su espalda.

Cinco días más tarde, cuando estaban al oeste de las islas que había en Seattle, su abuelo cayó enfermo de peste. Tenía mucha fiebre y grandes manchas de color púrpura cubrían todo su cuerpo. No sabía qué tipo de enfermedad había contraído, aunque le daba igual saberlo, puesto que no sabía qué medicinas podía darle. Lo

intentó con todas, pero ninguna lo curaba; lo único que podía hacer por él era mantenerlo hidratado e intentar bajarle la temperatura mediante paños empapados en agua. En algunos momentos, cuando recobraba la conciencia, su abuelo le decía lo que creía que podía servir para curarlo; no obstante, cuando empezó a empeorar, las pocas palabras que podía pronunciar eran ininteligibles. Desvariaba, como si se hubiera vuelto loco y Río empezó a asustarse de que alguien o algo lo pudiera oír. Le dio somníferos para tranquilizarlo; ya no sabía qué otra cosa hacer. Siguió bañándolo con agua fría para que bajara la fiebre, dándole líquidos y aguardando su muerte.

Sin embargo, contra todo pronóstico, se recuperó, aunque tardó semanas y fue un proceso lento y penoso. Después de aquello, nunca volvió a ser el mismo. Su pelo se había encanecido, su rostro quedó marcado por la lucha que había mantenido con la enfermedad, su cuerpo tan solo era piel y huesos, como si le hubieran robado toda su juventud. El proceso había durado cuatro semanas, y aunque pudo sentarse y comenzar a comer de nuevo, solo era un fantasma de lo que había sido.

Río lo miraba con cautela, pero trataba de ocultar su preocupación. Sin embargo, solía recordarlo como era antes de la enfermedad y aquello le daba fuerzas para continuar.

Reanudaron su camino, pero su abuelo no tenía las mismas fuerzas que antes, parecía más anciano y su mente más desgastada. Cantaba cancioncillas y recitaba poemas extraños, hablaba continuamente del tiempo, de las previsiones, tormentas, frentes y altas presiones y de cosas que ella nunca antes le había oído nombrar. Ninguna de todas aquellas cosas que decía tenía mucho sentido y raramente hablaba de otra cosa que no fuera del tiempo, no parecía importarle nada más.

Por la noche, a veces la despertaban sus murmullos y sus pesadillas en las que decía que seres diabólicos los estaban persiguiendo. Río lo despertaba y él la miraba como si fuera una extraña.

Cuando llegaron a la costa de Puget Sound, se dirigieron hacia el sur hasta que encontraron una barca. Sin decir cuál era su intención, su abuelo metió las cosas en la barca, la colocó en la popa y se hicieron a la mar. El sol se estaba poniendo y pronto la oscuridad lo envolvería todo, pero él parecía no darse cuenta, parecía ajeno a todo. Remó hacia las islas, de espaldas a ellas, con los ojos clavados en el rostro de Río. Remó toda la noche sin detenerse, a pesar de que todo estaba oscuro. El mar estaba en calma. Llegaron a la isla justo antes de amanecer, sacaron la barca del agua y se echaron a dormir. Cuando despertaron, su abuelo remó y se fueron al otro lado de la isla, donde se detuvieron de nuevo. Al día siguiente remó y cruzó todo el canal hasta llegar a la ciudad.

Río lo podría haberse escapado en cualquier momento mientras estaban en la isla, pues era más rápida que él y probablemente más fuerte y más resistente. O mientras dormían. Sin embargo, nunca pensó en abandonarlo. Era su abuelo y se quedaría con él pasara lo que pasara.

En Seattle, vivieron en edificios abandonados, buscando comida y agua por todas

partes. Río esperaba que algún día le dijera cuándo se iban a marchar de allí, pero su abuelo parecía haber perdido el interés por todo. Casi ni se daba cuenta de su presencia, cada día parecía más distante. Nunca más volvió a pronunciar su nombre, a pesar de que ella lo seguía llamando abuelo. Se quedaba durante horas en los muelles, y a veces días enteros, antes de regresar. Río intentaba acompañarlo, pero él no la dejaba, diciendo que se acercaba una tormenta y que tenía que quedarse en casa. Su casa era un viejo contenedor que había cerca de las grúas. Su vida se había convertido en un suplicio.

Entonces, un día, cuando Río pensaba que las cosas no podían empeorar más de lo que lo estaban, él se fue y no regresó. Lo esperó durante una semana, pero no apareció. Se fue a buscarlo y diez días más tarde seguía buscándolo cuando la encontró Gorrión y se la llevó a vivir con los Fantasmas.

—Tres meses después de haber desaparecido lo encontré en el puerto. Me miró y no me dijo nada. Creo que no sabía quién era. Le hablé y se limitó a sonreír y a decir algo sobre el tiempo.

Río apartó la mirada de Halcón y la dirigió a su abuelo. Le costaba respirar y estaba sudando a chorros. Empapó un paño en el agua que había en un cubo y se lo puso en la frente con cuidado.

—Conozco las normas —le dijo—. Ningún adulto puede pertenecer a los Fantasmas; pero no quería dejarlo solo, ni quería dejar al grupo tampoco. No sabía qué hacer. Venía a verlo cuando podía, aunque a veces no lo encontraba. Muchas veces pensé que había muerto y, sin embargo, no era así. Visitándolo me sentía como que todavía formaba parte de mi familia.

—Tendrías que habérmelo dicho —le dijo Halcón con suavidad—. Tendrías que habérselo contado a alguien.

Río movió la cabeza, apretando al mismo tiempo los labios.

—Tú dijiste que no podía haber adultos. Solo los niños podían formar parte de nuestra familia.

Aquellas palabras sonaban ahora como una condena. Lo había dicho porque culpaba a los adultos de todo lo que estaba pasando, porque no quería que los Fantasmas dependieran de ningún adulto jamás, las había dicho para que no tuvieran la necesidad de contar con un adulto en sus vidas. Había sido fácil decir aquello, más cuando todos ellos eran huérfanos, chicos de la calle, sin ningún familiar, sin nadie que los buscara o se interesara por ellos.

—Lo encontré hace dos días, tumbado aquí en su cama. Ha estado bien durante tres años, pero otra vez ha vuelto a enfermar, igual que aquella vez. No sé qué hacer. —Lo miró con los ojos llenos de lágrimas y rabia—. No quiero que se muera.

—No dejaremos que muera —respondió Halcón inmediatamente, sabiendo que era una promesa que no podría cumplir.

—De alguna forma, ya está muerto —susurró Río, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Yo dije que ningún adulto podía pertenecer a nuestro grupo, pero no dije que no ayudaríamos a un adulto si lo necesitaba —le dijo para que se calmara—. ¿Recuerdas cuando hace un mes bajé a los muelles? Estuve hablando con tu abuelo sobre el lagarto para saber si había visto algo. ¿Sabes lo que me dijo? Me pidió venir con nosotros cuando nos marcháramos de la ciudad, como si supiera que nos íbamos a marchar. Y yo le dije que sí.

—¿De verdad? ¿Lo dices en serio?

¿Se lo había dicho? No lo recordaba. Pensó en el modo en que el Hombre del Tiempo se lo había preguntado, como si aquello le pudiese dar una pista. Miro a Río.

—De verdad. Es muy posible que me lo pidiera porque todavía se acuerda de quién eres. ¿Por qué me lo iba a pedir si no?

Río lo miró con gesto dubitativo, pero no dijo nada.

—¿Podemos darle alguna medicina?

Halcón asintió.

—Pero tendremos que consultar a Lechuza. A lo mejor en alguno de sus libros viene un remedio. Vamos a preguntárselo, anda.

Río negó con la cabeza.

—Ve tú, yo no quiero dejarlo solo.

Halcón pensó en intentar convencerla, pero prefirió dejar las cosas como estaban. Se metió la mano en el bolsillo y le dio uno de sus dardos envenenados. Dejó la lanza apoyada en una de las paredes y se dirigió hacia la puerta.

—Volveré en cuanto pueda —le prometió. Miró al abuelo una vez más y salió. El anciano parecía un saco de huesos debajo de las mantas—. Todo irá bien, no te preocupes.

Sin embargo, en el fondo Halcón sabía que sus palabras no eran más que una manera de tranquilizarla.

Cuando regresó a casa, le contó a Lechuza la historia de Río y su abuelo. Lechuza no sabía qué tipo de peste había contraído, pero empezó a buscar en los libros de medicina para ver si alguno la describía. Halcón observó cómo Lechuza se quedaba absorta en su trabajo. Tenían medicinas para algunos tipos de peste, pensó, o se las podrían pedir a Tessa, como habían hecho para curar a Persia.

De pronto se dio cuenta de que Pantera no había regresado todavía. Dejó a Lechuza en sus lecturas y a Cheney sesteando y salió a la calle a esperar. Al poco tiempo aparecieron Pantera, Tiza y Arreglatodo, con cara de pocos amigos.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó cuando llegó a su lado.

—No ha pasado nada, Hombre Pájaro. Llegamos allí, esperamos a esos gatitos y nadie apareció. No esperamos más de una hora porque sé que no te hubiese gustado la idea de que estuviésemos tanto tiempo fuera. Lo único que hemos hecho ha sido perder el tiempo.

Halcón parpadeó. Tigre no habría faltado a la cita a no ser que algo se lo hubiera impedido. Lo extraño era que no hubiera enviado a nadie más. Persia era muy

importante para él. Haría cualquier cosa por protegerla.

Algo estaba ocurriendo.

—Esperad aquí. Voy por Cheney —les dijo—. Iremos otra vez allí.

Cuando volvió a casa, tomó una serie de decisiones rápidas. Iba a descubrir qué era lo que le había ocurrido a Tigre, pero tendría que tener mucho cuidado, porque descubrir su paradero suponía tener que descubrir también la guarida de los Gatos y ese tipo de tribus protegían mucho su territorio. Si los Fantasmas iban al territorio de los Gatos sin haber sido invitados, aunque fuera para una buena causa, el recibimiento sería poco amistoso. No obstante, el principal problema era descubrir dónde vivían. Sabía que rondaban por un conjunto de casas abandonadas al norte, pero no lo sabía con exactitud. Tendría que llevarse a Cheney.

Al mismo tiempo, tendría que asegurarse de que Lechuza y Ardilla, que se iban a quedar en casa, quedaban suficientemente protegidas en su ausencia. Como Cheney lo iba a acompañar, le encargaría aquel trabajo a Oso.

Ya estaba en la puerta cuando se dio cuenta de que alguien lo seguía. Se dio la vuelta y vio a Pantera detrás de él.

—Espera un poco, Hombre Pájaro —le dijo el otro, con una expresión sombría en el rostro que reflejaba irritación e impaciencia—. ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a ir a buscar a esos gatitos?

—Te dije que esperaras arriba.

—Tú no eres mi jefe, Hombre Pájaro. Así que dime cuál es tu plan. ¿Vas a buscar a los Gatos? Cheney puede encontrarlos.

—¿Cómo? ¿Tienes algo para que siga la pista? ¿Tienes un trozo de ropa o algo así?

Halcón se quedó mirándolo sin decir nada. Era evidente que no lo tenía.

—Ya te lo he dicho antes. Esto no es asunto nuestro.

Halcón suspiró profundamente.

—No todo lo que hacemos en este mundo es asunto nuestro. A veces hacemos cosas por otras razones, a veces tenemos que olvidarnos de nosotros mismos y ayudar a los demás. Si no, ¿qué sentido tiene todo esto?

—El sentido que tiene todo esto es seguir vivos, tío.

—Sí, pero yo no creo que sea lo único.

—¡Pues para mí sí!

Estaban uno frente a otro, encarándose y a punto de liarse a puñetazos. Era la primera vez que pasaba, aunque Halcón sabía que era lo que Pantera buscaba desde hacía tiempo. Si se enfrentaban y ganaba Pantera, se habría demostrado algo a sí mismo, aunque no sabía bien qué.

—Piensa lo que quieras, pero yo le prometí el pleneten para Persia y voy a buscarla y a dárselo. Es solo una niña y necesita nuestra ayuda, y si tú no quieres ofrecérsela, no estás obligado a ello. Quédate aquí cuidando a Lechuza y Ardilla. Oso vendrá conmigo.

—Yo no estoy diciendo nada de no ir contigo —protestó Pantera.

—Esa es la sensación que me ha dado —respondió Halcón—. Has dicho que los Gatos no son nuestro problema, que a nosotros lo único que nos debe preocupar es seguir vivos. De acuerdo. Haz lo que tengas que hacer, que yo haré lo mismo, —Lo único que no quiero es arriesgarme cuando no es necesario. Ya hay bastantes peligros ahí fuera como para buscar más —suspiró Pantera—. No tienes que llevarte a Cheney, yo sé dónde viven.

Halcón frunció el ceño.

—¿Sabes dónde viven los Gatos? ¿Cómo lo sabes?

—Porque una vez los seguí. Escucha, a ti puede que te importe lo del territorio y todo eso, pero a mí me da igual. Nunca me ha gustado cómo nos hablan y hace un par de meses los seguí hasta su escondrijo. No está muy lejos del sitio donde fuimos el otro día a buscar las pastillas para el agua.

Halcón sintió un escalofrío en la espalda al recordar el almacén y sus rincones oscuros y la sensación de que el mal rondaba por allí.

—Puede que te vieran y habrán cambiado de sitio.

Pantera sonrió con cara de satisfacción y movió en sentido negativo la cabeza.

—Nadie me ve si yo no quiero. Siguen allí. Te puedo enseñar dónde es.

Halcón se quedó dudando unos segundos. Desde luego aquello ahorraría tiempo y además podría dejar a Cheney con Lechuza y Ardilla y llevarse a Oso, que era lo que quería hacer, puesto que Oso era más grande y más fuerte que los demás. Si los acompañaba, estarían al salvo. Además, le pediría a Vela que también fuera con ellos, por si las moscas.

—Vale —le dijo mientras levantaba el puño y lo chocaba contra el de Pantera en gesto de camaradería—. Has hecho un buen trabajo. Somos una familia y tenemos que estar unidos, aunque a veces no siempre estemos de acuerdo.

Halcón mandó a Oso y a Pantera por las lanzas y se dirigió hacia donde estaba Lechuza.

—Tigre no ha aparecido. Creo que pasa algo y voy a ver qué puedo averiguar.

Ella asintió.

—Ten cuidado, Halcón. Si le ha pasado algo a Tigre, también te puede pasar a ti. Llévate a Cheney.

Halcón negó con la cabeza.

—No, Cheney se queda aquí contigo y con Ardilla. Me llevaré a Vela. Ella sabrá anticipar el peligro, no te preocupes. También se quedará Gorrión, para que te eche una mano.

Sin esperar una respuesta, llamó a Gorrión y le dijo que se quedara con Lechuza. A continuación reunió a Pantera, a Oso y a Vela y salieron por la puerta, esperando tan solo el tiempo suficiente para oír el correr de los cerrojos, antes de subir las escaleras para salir a la calle.

Cuando estuvieron fuera, los juntó a todos.

—Muy bien, esto es lo que vamos a hacer —dijo, mirándolos a todos uno a uno

—. Vamos a averiguar por qué Tigre no vino a la cita a recoger el pleneten para Persia. Es posible que le haya pasado algo. Pantera sabe dónde viven los Gatos y allí vamos a ir.

Todos miraron a Pantera, pero nadie dijo nada. Pantera frunció el ceño y siguió mirando a Halcón.

—Así que Pantera se colocará al frente —ordenó Halcón—. Oso y yo nos colocaremos cada uno a un lado. Arreglatodo y Tiza atrás y Vela en el medio. Caminaremos por el centro de la calle y nunca romperemos la formación a no ser que yo lo diga. Tenemos que estar siempre unidos.

Hizo una pausa.

—Recordad que somos los Fantasmas, que caminamos por las ruinas de nuestros antepasados, siempre con los ojos muy abiertos.

Empezaron a caminar a lo largo de la Primera Avenida, con las lanzas en posición defensiva, mirando de un lado a otro a todos los edificios que iban pasando. El cielo estaba despejado y todavía hacía un poco de frío. La calle estaba plagada de los mismos coches desvencijados, las mismas tuberías y hierros retorcidos, los mismos trozos de madera carcomidos y la misma basura de siempre.

Junto a uno de los bloques había una zapatilla de color rosa que destacaba del resto de la basura, manchada con algo que parecía sangre, pero que probablemente era aceite. No la había visto antes y se preguntó de dónde habría salido.

Cuando llegaron a la parte norte de la ciudad, ya era mediodía. Todavía no habían llegado a la torre de comunicaciones, aunque la veían en la distancia, con su aspecto fantasmagórico y triste. Pasaron cerca del almacén donde habían entrado por las pastillas para el agua, y sin detenerse se dirigieron hacia un laberinto de edificaciones que plagaban la Primera Avenida. El sol estaba cada vez más hacia el oeste y proyectaba las sombras de los edificios en las calles como si fueran manchas negras. Era más tarde de lo que a Halcón le hubiera gustado, pero no tenían más remedio que continuar.

Llegaron a un cruce, todavía con bloques a cada lado de la calle y Pantera se detuvo y señaló con el dedo.

—En esa esquina a la derecha, el segundo edificio, allí es donde viven los gatos —le dijo a Halcón—. Es ese con tantas plantas.

Halcón asintió. Rompió la formación y los colocó en fila. Se pusieron Pantera y él a la cabeza, Oso en la retaguardia y los demás en el centro. Caminaron junto a la pared de los edificios que quedaban a su derecha hasta que llegaron al último donde estaba el cruce. Hizo una señal a los demás, para que se quedaran donde estaban. Halcón se asomó y miró los bloques de enfrente. Uno de ellos tenía una fachada de ladrillos con las ventanas y la entrada tapiadas con maderas. No parecía que allí viviera nadie.

—¿Y cómo entran ahí? —le preguntó a Pantera.

—¿Y a mí qué me preguntas? Descubrí dónde vivían, pero no les hice una visita

—le respondió haciendo aspavientos—. Pude ver a un par de ellos mirando por las ventanas de las plantas más altas. Pensaban que nadie los estaba observando, los muy estúpidos.

Halcón se quedó mirando el edificio un rato, pensando qué hacer, sin ocurrírsele nada. Miró hacia atrás y les dijo a los demás:

—Esperad aquí.

Caminó hacia el centro de la calle.

—¡Tigre! —gritó—. ¡Baja aquí! ¡Quiero hablar contigo! ¡Tengo la medicina para Persia!

Se estaba arriesgando demasiado. Los que vivían en la calle protegían bien los sitios, sabiendo que esa era la mejor arma que tenían contra todos los peligros, incluso de otras tribus. Había algunas tribus que se sentían más protegidas porque eran más numerosas, pero los peligros que los amenazaban eran los mismos. Ninguna les decía a las demás dónde vivían. Algunos de sus vecinos, los Lagartos, las Arañas y tribus parecidas, conocían su presencia, pero los dejaban en paz la mayor parte del tiempo. Tan solo los Croaks, que eran depredadores, los atacaban mientras estaban durmiendo.

Halcón esperó a que respondieran, pero nadie lo hizo.

—¡Tigre, tengo el pleneten! ¡Baja a recogerlo!

Ninguna respuesta. Esperó un rato, por si aparecía alguien. Los minutos pasaban, la tarde avanzaba y el sol se estaba poniendo. No quería esperar hasta que los sorprendiera la oscuridad.

Se quedó pensando unos segundos más, después llamó al grupo y todos acudieron al centro de la calle. Los dividió en dos grupos, puso a Pantera al frente de uno y él al frente del otro. Caminaron hacia el bloque, buscando la entrada. Quince minutos más tarde, volvieron al punto de partida, al no haber encontrado nada.

—A lo mejor pasan por un edificio de al lado —sugirió Arreglatodo.

Los bloques que había al lado no estaban tan protegidos como el de ladrillos y lograron entrar en el que estaba situado a la izquierda. Sin embargo, un patio interior separaba los dos edificios y un muro impedía el acceso a través del entresuelo.

Se fueron al que había a la derecha. Era un bloque que estaba pegado al que estaban intentando entrar. Podría haber sido un hotel tiempo atrás, ya que tenía un vestíbulo más grande que el resto, con casi todas las ventanas rotas. Tuvieron una sensación muy extraña al entrar en el edificio, la luz atravesaba por las rendijas de las maderas de las ventanas y se reflejaba en los trozos de cristales rotos, y la oscuridad era tan densa que difícilmente podían ver a más de un metro de distancia. Se acercaron a la entrada, girando por una de las esquinas y se detuvieron delante de las puertas giratorias, sin avanzar más. Pantera se dirigió a una de las puertas laterales, la abrió metiendo la mano a través de los cristales rotos y entró. Los demás lo siguieron.

Entraron en una sala muy espaciosa e imponente, con un alto techo y muebles antiguos dispuestos por toda la sala en grupos organizados. Casi todo estaba roto, y el

relleno de los sofás de cuero se veía a través de los cortes que tenían. Oyeron el correteo de los roedores y pequeñas formas oscuras aparecían y desaparecían.

—Comida para los gatitos —susurró Pantera con sorna, pero ninguno le devolvió la sonrisa.

El silencio era profundo y penetrante. Halcón miró a su alrededor sintiéndose bastante incómodo, buscando la entrada al otro edificio, sin ningún resultado. Se separaron y cada uno de ellos empezó a buscar algún sitio por donde pudieran entrar, mirando los pasillos y las escaleras, porque los edificios estaban conectados, y si existía alguna entrada, tendría que estar en alguna parte.

Arreglatodo tiró de la manga a Halcón.

—Los gatos pueden subir por cualquier sitio —le dijo mientras miraba la amplia escalera que tenían delante.

Halcón había contado las plantas desde fuera, y el edificio tenía más o menos dieciocho. No le apetecía mucho subir todos aquellos pisos, sin saber lo que había allí dentro. Consideró sus opciones y reunió a los demás.

—Pantera y yo vamos a subir. Los demás os quedáis aquí. Tened cuidado. No tardaremos.

Se estaba dando la vuelta para subir cuando de pronto Vela se puso las manos en la cabeza y se arrodilló. Empezó a gemir, con los ojos completamente cerrados y la respiración rápida y entrecortada. Halcón supo al instante lo que estaba ocurriendo y se arrodilló junto a ella, apoyando la mano en sus hombros.

—¿Qué es lo que estás viendo? —le susurró. Los demás se acercaron.

—Veo sangre por todos partes —susurró.

—Está claro —dijo Pantera—. A mí tampoco me gusta este sitio. Vámonos. —Se levantó para marcharse, pero Halcón y el resto no se movieron. Pantera se dio la vuelta de nuevo—. ¿No entendéis, tíos? ¿No la habéis oído? ¿No oís lo que dice vuestra intuición?

Halcón no le hizo caso. Se quedó acariciando a Vela.

—Está bien, cariño, está bien. Dime, ¿dónde está la sangre? ¿De quién es?

La niña movió en sentido negativo la cabeza, abrió los ojos y miró a Halcón.

—Aquí. Está aquí, pero no sé de quién es.

Durante unos segundos Halcón dudó y pensó en hacer lo que Pantera había propuesto, marcharse de allí sin más. Se obligó a no mirar a su alrededor para buscar la causa de la visión de Vela.

—¿Ves algo más? —le preguntó en voz baja, intentando mostrarle que no tenía miedo.

—Lo siento, no veo nada más —dijo la niña.

—No tienes que sentir nada.

Se puso de nuevo en pie abrazado a ella, esperando hasta que se tranquilizara para soltarla. Después miró al grupo.

—Voy a subir yo solo. Quiero ver lo que hay allí arriba. Echo un vistazo y bajo.

El resto esperad aquí. Si pasa algo, marchaos enseguida.

—¡No! —gritó Vela agarrándolo de la muñeca—. ¡No subas, Halcón, por favor no subas!

—No te preocupes —la tranquilizó, soltándose—. Tendré cuidado.

—No subas, no subas —siguió repitiendo la niña sin parar.

El resto del grupo permaneció en silencio, pero todos le estaban diciendo lo mismo con sus miradas. Se dio la vuelta y empezó a subir las escaleras.

—¡Espera, tío! —gritó Pantera. Se colocó a su lado. Tenía gesto sombrío—. No puedo dejar que vayas solo. Si te pasa algo, ¿a quién crees que van a echar la culpa? Vamos, acabemos con esto de una vez.

Halcón asintió y juntos empezaron a subir.

Tardaron unos minutos en llegar a la planta de arriba. Halcón pensó que era mejor empezar desde el piso más alto. Como había dicho Arreglatado, a los gatos les gustaban las alturas y era posible que Tigre y su grupo hubieran elegido el piso más alto. De ser así, la puerta que comunicaba los dos edificios, estaría allí.

Los tres pisos más altos del bloque no se comunicaban con el de al lado, ya que era más alto que este. Echó un vistazo por la ventana y no vio ninguna cuerda o escaleras por donde pudieran bajar al tejado. Bajaron hasta el piso por el cual los dos edificios se podían comunicar y empezaron a buscar la entrada. Las habitaciones eran casi todas iguales, todas con los cristales de las ventanas rotos, con muebles desvencijados y la moqueta sucia y desgastada, el papel de la pared levantado y cayéndose a tiras. Halcón miró a su alrededor. Cada vez se estaba haciendo más oscuro y no le gustaba aquel edificio.

No encontraron nada en aquella planta y bajaron a la siguiente. Nada más llegar se fijaron en la puerta que había en una de las paredes de la habitación más al fondo. Esperaron a ver si oían algún ruido. Abrieron la puerta y entraron al edificio contiguo, a un espacio vacío lleno de escritorios y archivadores, con estanterías y libros y maquinaria que había dejado de funcionar hacía tiempo. Las habitaciones estaban a oscuras y no había ninguna señal de vida, ni de que allí hubiesen estado los Gatos. Recorrieron todo el piso y bajaron a la siguiente planta para comenzar de nuevo con la búsqueda.

—¿Cuántos más vamos a bajar? —susurró Pantera—. Como busquemos en todos, vamos a tardar toda la vida.

Halcón asintió. Empezaron a bajar rápidamente piso tras piso, sin hacer una búsqueda exhaustiva, mirando tan solo a su paso para encontrar alguna cosa que indicara que los Gatos habían estado allí. Bajaron nueve plantas antes de encontrar lo que estaban buscando. Nueve plantas, nueve vidas, pensó Halcón antes de encontrarse con aquella pesadilla.

—¡Vaya pasada, tío! —exclamó de pronto Pantera.

Había un inmenso agujero en una de las paredes, un agujero muy reciente. Estaba claro que alguien había tirado la pared, porque no se había caído sola. Encontraron un

cuerpo entre los escombros. Las entradas y las paredes a cada lado estaban caídas, como si alguien las hubiera tirado a su paso. No se veía casi nada, pero Halcón sintió la presencia de otros cuerpos sin vida desparramados.

Lo único que se veía eran ruinas y paredes caídas.

Entró en la sala, pasó entre los escombros y se agachó para ver uno de los cuerpos tumbado en el suelo. Tuvo que rasgar el resto de una cortina que tenía encima para ver que se trataba de un Gato. Era uno de los más mayores, estaba con los ojos abiertos mirando la nada, y su rostro, contorsionado por el dolor y el horror. Tenía una herida en el cuello, como si alguien le hubiera clavado un agujón. Halcón nunca había visto una herida parecida. Examinó el cuerpo y no vio ninguna herida más. Continuó caminando, con Pantera a su lado.

Encontraron una docena de chicos y chicas muertos, de diferentes edades, algunos de ellos con las mismas heridas que el primero que habían encontrado, y otros simplemente aplastados. A unos les faltaba la cabeza y a otros los brazos y las piernas. Por el nivel de violencia que había habido en el ataque a los Gatos, el animal los había pillado por sorpresa y los niños no se habían podido defender. Parecía como si hubieran intentado escapar, aunque evidentemente no lo habían logrado.

A pesar del asco que sentía y de que Pantera le seguía diciendo que se fueran de allí cuanto antes, Halcón continuó. En la habitación del fondo encontraron a Tigre y a Persia. Parecía que Tigre había intentado protegerla, porque estaba tumbado encima de ella, sobre un colchón pegado a la pared del fondo. La escopeta de cañones recortados estaba tirada a su lado, con restos de sangre y los cañones doblados. Halcón la levantó. Habían disparado con ella. Tigre tenía la cabeza completamente destrozada, con las mismas marcas en el cuello que había visto en varios Gatos. Había luchado para proteger a su hermana, sin conseguirlo. Halcón se quedó mirándolo sin poder expresar con palabras lo que estaba sintiendo. Pantera protestaba, pero era incapaz de oír lo que estaba diciendo.

Miró a Persia. Tenía las mismas marcas en el cuello, pero su rostro estaba tranquilo. Quizá había muerto sin saber lo que estaba ocurriendo a su alrededor. La tristeza que lo invadió lo dejó vacío. Era una niña de tan solo once años. Nadie debía morir a esa edad. Sabía que ocurría todos los días, había ocurrido desde que él estaba en aquel mundo y mucho tiempo antes, pero incluso siendo consciente de ello no podía dejar de mirar la imagen con horror. Deseó haber llegado a tiempo a su cita con Tigre, deseó haber podido hacer algo para prevenir toda esa muerte.

Miró a su alrededor y vio todos los cuerpos sin vida. ¿Qué animal podría haber hecho una cosa así?

Se fijó en la pierna derecha de Persia. Tenía una herida abierta en el tobillo y le faltaba el pie. Claramente visible contra la superficie blanca del colchón manchado de sangre, el otro pie calzaba una zapatilla de deporte color rosa con los cordones plateados.

Recordó la zapatilla que vio tirada en el suelo a tan solo dos bloques de su casa y

sintió que el corazón dejaba de latir.

Lechuza.

Llamó a Pantera y salieron corriendo de la habitación.

Lechuza estaba sentada tranquilamente en un extremo de la sala, consultando uno de los libros de medicina que había estado hojeando desde que Halcón y el resto del grupo se habían marchado. Era el cuarto libro que había abierto, pero sabía tanto sobre el tipo de enfermedad que había contraído el Hombre del Tiempo como al principio: nada. No había mucho escrito sobre los virus que causaban aquella enfermedad, ya que muchos habían aparecido después de las guerras bacteriológicas y no había habido tiempo para escribir nada y menos para encontrar un medio que lo publicara. Estaba consultando libros que habían sido publicados veinte años antes de aquel suceso, pero era lo único que tenía, además de su experiencia personal, que no era mucha, dada la rápida evolución de las enfermedades en todo el mundo.

Se frotó los ojos, para aliviar el escozor que le producía estar tanto rato leyendo. A veces sentía unos deseos inmensos de caminar, de no estar recluida en una silla, pero no era una cuestión de egoísmo, aunque había momentos que tenía ese sentimiento también, sino simplemente frustración por no ser capaz de levantarse y hacer cosas, en vez de depender de los demás. Hubiera querido ir a los muelles y ver al abuelo de Río, pero Halcón nunca se lo hubiera permitido. Estaba segura de que el muchacho hubiera consentido llevar al viejo a casa, solo si ella le hubiera asegurado de que hacerlo no suponía ningún peligro. No podía permitir que, aparte de Río, que ya estaba expuesta, se contagiara el resto.

Ni siquiera estaba segura, pensándolo bien, de que dejara que Río volviese con los Fantasmas. Parecía algo inconcebible, pero Halcón era intransigente con algunas cosas.

En el otro extremo de la habitación, acurrucado en su sitio preferido, Cheney se despertó de pronto, se levantó y comenzó a gruñir. Era la segunda vez que lo había hecho en los últimos minutos y la cuarta o quinta desde que Halcón se había marchado. De inmediato, supo lo que estaba ocurriendo. El perro estaba respondiendo a los ruidos que habían estado oyendo durante las dos últimas horas.

Gorrión salió de la habitación, con gesto de preocupación.

—Se oyen ahí detrás ahora —dijo, gesticulando con la cabeza hacia la habitación que había al fondo—. Y está en el techo.

Antes lo habían notado debajo del suelo de la habitación y fuera del edificio, y cada vez que lo habían oído, Cheney se había incorporado, con las orejas levantadas y gruñendo, olisqueando por toda la habitación. Lechuza no sabía qué podía ser y se mantenía a la espera de lo que pudiera descubrir Cheney.

—¿Qué crees que es? —le preguntó Gorrión.

La muchacha negó con la cabeza.

—Hace mucho ruido, así que tiene que ser algo más grande que una rata. A lo mejor es uno de la tribu de las Arañas o los Lagartos, que todavía no conoce las normas.

Se lo dijo, aunque dudaba mucho que fuera cierto, pues nunca antes había oído un ruido como ese. Deseó que Halcón volviera pronto, a pesar de que pensaba que no corrían riesgo alguno en aquel escondrijo, con las paredes de hormigón armado, la puerta blindada de acero y Cheney que los protegía. Sabía que estaba dejándose dominar por el miedo, pero por alguna razón no podía evitarlo.

Se quedó escuchando, dejando que los minutos pasaran. Intercambió unas miradas con Gorrión, que se encogió de hombros y regresó a leer cuentos a Ardilla. Le gustaba que Gorrión hubiera empezado a interesarse por los libros. Era una forma de asumir el papel de hermana mayor de Ardilla, a la que adoraba, y además le servía para aprender muchas cosas. Gorrión había tenido una infancia muy dura, que solo Lechuza conocía, y tenía suficientes argumentos para creer que nunca estaría interesada en nada que no fuera perfeccionar sus considerables técnicas de supervivencia. Con todo, allí estaba, leyendo libros, como si fuera lo único que le importara. A veces la vida daba esas sorpresas.

Lechuza se acomodó en la silla y volvió a sus libros de medicina. Lamentó no entender mejor los términos médicos, pues lo que sabía lo había aprendido a través de la práctica durante el tiempo que había vivido en el estadio. Pero no tenía ningún tipo de formación, ni nadie de la familia o nadie que conocieran sabía medicina, por lo que las posibilidades de supervivencia se reducían considerablemente. Lechuza siempre estaba dispuesta a encontrar el modo de curar a una persona que los demás darían por perdida con demasiada prontitud.

—¿Puede Ardilla beberse un refresco? —le preguntó Gorrión desde la otra habitación.

Lechuza le respondió que sí, al tiempo que veía a Cheney salir de la habitación y regresar a su sitio. No parecía estar muy tranquilo, porque a pesar de tumbarse, mantuvo la cabeza levantada y los ojos abiertos. Oyó de nuevo aquel ruido tan extraño, pero a los pocos segundos desapareció. Volvió a su lectura. A lo mejor Tessa conocía el remedio. Le diría a Halcón que le preguntara la próxima vez que quedara con ella. No le gustaban mucho aquellos encuentros y hubiese preferido que Tessa se fuera a vivir con ellos, pues era muy peligroso infringir las normas de los estadios porque si los descubrían, los castigarían.

Volvió a oír los ruidos, una especie de arañazos justo en el techo. Cheney se levantó y empezó a gruñir. Lechuza miró hacia arriba, siguiendo los ruidos a lo largo del techo, que se dirigían a los dormitorios. Cheney los siguió también. Lechuza giró la silla de ruedas y esperó. Los ruidos cesaron.

De pronto empezaron a oírse de nuevo, como si estuvieran excavando con una decisión que rozaba el frenesí. Gorrión salió del dormitorio, boquiabierto y mirando hacia los dormitorios del fondo. Llevaba a Ardilla de una mano. La cara de la pequeña revelaba su preocupación.

Lechuza no sabía bien lo que estaba pasando, pero estaba segura de que no era nada bueno.

—Gorrión —dijo, intentando aparentar tranquilidad—. Saca unas cuantas lanzas del armario y tráelas aquí.

Se fue con su silla a la puerta blindada y le hizo un gesto con la mano a Ardilla para que fuera junto a ella.

—Tranquila —le dijo mientras la acariciaba—. No pasa nada.

Gorrión sacó tres lanzas del armario y se las llevó a Lechuza que colocó dos de ellas contra la pared que había detrás. La otra se la dio a Gorrión. En la habitación del fondo, Cheney se arrastraba por el suelo, tan agitado que casi estaba temblando. De pronto se puso de lado y levantó el hocico hacia el lugar donde parecía que estuvieran escarbando.

Los crujidos resonaban en toda la sala como si fueran disparos, después se oyó un ruido como si alguien estuviera levantando algo muy pesado. Cheney retrocedió hacia el centro de la sala, mirando continuamente hacia el techo. De pronto, todo el techo del dormitorio de Lechuza cedió. Cayeron trozos de pared, vigas de madera, cables empotrados y algo inmenso y maligno. Una nube de polvo inundó la habitación, y todo se convirtió en sombras. Ardilla lanzó un grito y Gorrión retrocedió aterrorizada. Lechuza pensó que lo mejor sería salir de allí cuanto antes.

Demasiado tarde. Cuando el polvo fue desapareciendo, un ser abominable surgió de entre todos aquellos escombros. Al principio, Lechuza no podía creer lo que estaba viendo. Tenía el cuerpo alargado, como un ciempiés, pero cien veces más grande: medía más de un metro de altura. Docenas de patas torcidas y articuladas a ambos lados del cuerpo, también articulado y acorazado, lo sostenían y lo hacían avanzar como una serpiente. De la cabeza brillante le salían un par de antenas y unas mandíbulas de aspecto maligno, abriéndose y cerrándose continuamente. Una serie de ojos protuberantes salpicaban un rostro plano y peludo, con una mirada vacía y aterradora.

Cheney lo atacó de inmediato, mordiéndole las patas, arrancándoselas tan rápido como podía. El enorme insecto se movió para atraparlo, utilizando sus mandíbulas y el peso de su cuerpo para aplastar al perro, pero el perro era muy rápido y no se dejó coger tan fácilmente. Los dos estaban luchando en la parte del fondo de la sala, destruyendo muebles, estanterías, platos y todo lo que había cerca. Lechuza y Gorrión no podían apartar la mirada, aterrorizadas, paralizadas por la ferocidad de la batalla. Ardilla miraba hacia otra parte y rezaba para que alguien viniera a salvarlos.

El perro lo atacaba una y otra vez, arrancándole las patas y las corazas que cubrían su cuerpo. Sin embargo, al gigantesco animal, mutado por las guerras bacteriológicas y las radiaciones, no parecía afectarle todo aquello. Cómo había podido crecer tanto y la razón por la que había ido allí era pura especulación y las respuestas quizá no se conocieran nunca. Lo que realmente importaba era que las alteraciones le habían dado una fuerza y una resistencia tremendas, que ni siquiera las heridas que le estaba infligiendo Cheney parecían afectarlo.

Poco a poco el esfuerzo empezó a hacer estragos. Cheney estaba agotado, pero el

ciempiés no. Alcanzó varias veces con sus afiladas mandíbulas al perro, arrancándole trozos de piel y carne, dejando su pelaje moteado de sangre. Los ataques de Cheney cada vez eran menos intensos, menos feroces, impulsados más por el corazón que por sus músculos. Con todo, Lechuza sabía que el perro no pararía nunca, a no ser que lo mataran.

Su caída fue repentina. Estaba intentando arrancarle otra pata, buscando algún punto débil, cuando las mandíbulas del ciempiés lo atraparon. Ladrando y guiñapo, Cheney se retorció. Logró soltarse, pero resbaló con su propia sangre y se estampó contra la pared, donde quedó hecho un guiñapo. Dio unas bocanadas, tratando de meter aire a sus pulmones, intentó levantarse sin conseguirlo. La sangre brotaba de las heridas que le había hecho el insecto y Cheney ladraba de dolor.

El ciempiés avanzó, acercándose a él, con las mandíbulas abiertas.

Lechuza se giró y le dijo a Gorrión:

—Saca a Ardilla de aquí ahora mismo. Salid fuera y marchaos tan lejos como podáis. Buscad a Halcón y decidle lo que ha pasado.

En ese momento se dio cuenta de que había pronunciado su propia sentencia de muerte, porque sabía que Gorrión no lograría sacarla de allí a tiempo. Gorrión tendría suerte si lograba escapar con Ardilla, y era lo mejor que podía esperar que ocurriera.

—¡Gorrión! —le gritó al ver que no respondía.

Sin embargo, Gorrión solo miraba al ciempiés, con la lanza aferrada a sus manos y los labios completamente apretados. De pronto Lechuza se dio cuenta de lo que estaba pensando hacer.

¡No!, intentó decirle, pero el nudo que sentía en la garganta le impidió pronunciar aquella palabra.

Gorrión se puso delante de ella, para protegerla del animal que se acercaba, con la lanza en posición defensiva.

Cuando Gorrión tenía cinco años, ya sabía que todos esperaban que de mayor fuera como su madre. No solo lo esperaban, sino que se referían a ello como una certeza, como algo resultado de una transformación que iba a llegar con la madurez. Físicamente era ya una versión en miniatura de su madre, con el mismo cuerpo larguirucho, manos grandes y mata de pelo color pajizo, con la misma sonrisa y ojos azules que podían dejarte clavado allí donde estuvieses cuando se enfadaba. Incluso andaba como su madre, con confianza, voluntad y decisión.

A ella también le gustaba que la compararan con su madre. Al fin y al cabo, era toda una leyenda. Había sido una persona muy luchadora y astuta, una verdadera guerrera. Su madre era un modelo para cualquier niña.

Sin embargo, su madre nunca le había pedido que fuera como ella, no parecía querer que así fuera, y si lo deseaba en el fondo, se lo guardó. Tampoco le dijo que el camino que había tomado tuviese que ser necesariamente el de Gorrión, tan solo que debía ser ella la que encontrara su camino en aquel mundo, y que lo único que podía ofrecerle eran sus conocimientos y habilidades para que la ayudaran a sobrevivir,

pero que su corazón tendría que ser el que le dictara su destino.

Gorrión no sabía si creérselo o no. Lo único que sabía era que adoraba a su madre. No conoció a su padre, porque se fue antes de que ella naciera y nunca nadie se refirió a él. Su madre era la figura fundamental en su vida y todo lo que ella era y esperaba ser era producto de su relación. Algunas veces pensaba en su padre, pero en muy raras ocasiones, pues todos sus pensamientos se centraban en su madre.

Su madre era tan buena como las cosas que decía. La preparó para la lucha, a atacar y a defenderse. Estuvo entrenándola hasta que Gorrión estuvo preparada, pero la niña nunca tenía suficiente. Gorrión era muy buena alumna y pronto dominó los ejercicios que su madre le había indicado. Su dedicación era completa. Todavía no había crecido lo suficiente para poner en práctica todos aquellos conocimientos, aunque algún día crecería y lograría aplicarlos. Se entrenaba todos los días y practicaba sola cuando su madre tenía que salir por alguna razón. Quería ser la mejor y se había propuesto que su madre se sintiera orgullosa de ella.

Vivían en las montañas, en las laderas de un campamento fortificado que su madre había fundado años antes de que Gorrión naciera. Desde allí, lanzaban los ataques a los campamentos de esclavos y a los negreros que aterrorizaban a todo el mundo. La mayoría de los pueblos de los alrededores eran pequeños y con pocas defensas, presas fáciles para los atacantes, y los estadios grandes, los que eran más seguros, estaban en las ciudades, a bastantes kilómetros de donde vivían, y además su madre no confiaba en ellos, porque creía en la libertad y en la independencia y confiaba en su movilidad y en su velocidad. El campamento estaba en un acantilado al que solo se podía acceder a través de una serie —de pasos estrechos que se podían defender con facilidad y solo unos pocos conocían. Era un sitio seguro, en el que pudieron vivir bastante tiempo.

No obstante, como siempre pasa, su éxito provocó resentimiento, el cual dio paso a la traición y la traición los delató. Pronto se empezó a correr la voz de su existencia, se empezaron a conocer sus incursiones a los campos de esclavos, y los negreros comenzaron a buscarlos. Al poco tiempo encontraron el campamento, pues uno del grupo los había traicionado. Fue un acto estúpido, producto de una discusión sin importancia, más que de la intención de hacer daño. No obstante, el resultado fue el mismo. Los negreros encontraron el camino y empezaron a planificar el ataque.

Llegaron una noche, cuando casi todo el mundo estaba durmiendo. Avanzaron en silencio, escapando de la vigilancia de los que estaban de guardia, y los atacaron disparando sus armas automáticas. Estaban decididos a acabar con ellos y fueron implacables en su misión. Mataron a todo el que se cruzaba en su camino, hombres, mujeres y niños, sin hacer prisioneros, sin distinguir entre los que ofrecían resistencia o los que se rendían. Eran docenas, bien armados, alimentados por su propia locura y sin sentimiento alguno de remordimiento.

Gorrión se despertó al ruido de los disparos. Su madre estaba a su lado. La levantó y corrieron en medio de toda aquella vorágine. Sin decir una sola palabra su

madre cruzó con ella el campamento a toda velocidad, pasando por encima de los muertos, cruzando las llamas que ardían por todas partes, las sombras que salían de un sitio y otro como fantasmas. Se oían muchos disparos. Gorrión cerró los ojos y rezó para que todo aquello terminase. Estaba aterrorizada. Quería llorar, pero no podía.

Se acurrucaron en la oscuridad y su madre se arrodilló junto a ella, con su rostro pegado al de la pequeña. La mujer tenía una mochila en la que llevaba una pistola pulverizadora Parkhan.

—Necesito tener las manos libres para poder usar el arma. No te separes de mí, pase lo que pase —le dijo—. Te quiero, pequeña.

Su madre se puso en pie, agarró el barril que tenía a la espalda y le dijo a Gorrión que corriera con ella. Juntas pasaron corriendo entre dos cabañas en llamas, su madre disparando el pulverizador a todo el que se cruzaba en su camino. Gorrión oía el silbido de las balas rozándole la cabeza y vio los cañones de las armas enemigas en la oscuridad. Los sonidos eran aterradores y corrió como si su cuerpo estuviera en llamas y solo el viento pudiera apagarlas.

Llegaron al bosque que había detrás del campamento, oían cómo las balas pasaban muy cerca de ellas, y de repente, justo cuando llegaban al lugar más oscuro del bosque, sintió que le clavaban un agujijón en una mano y una pierna. Oyó a su madre quejarse y vio que caía al suelo, aunque después se levantó y continuó avanzando. Se mordió la lengua para soportar el dolor de las heridas y siguió a su madre. Se adentraron en el bosque, alejándose de la carnicería. Los sonidos de la muerte se oían cada vez más lejos, según avanzaban en la oscuridad de la noche.

Estuvieron corriendo mucho tiempo, hasta que su madre ralentizó el paso y empezaron a subir una cuesta. Su madre la miró y vio que tenía una herida en el brazo, y se detuvo para verla. Cuando se acercó, Gorrión se fijó en que su camisa estaba empapada en sangre.

—¡Mamá, tienes sangre! —susurró intentando abrazarla.

Su madre le cogió las manos y la apartó.

—No, no me pasa nada —respondió—. ¿Estás bien? ¿Puedes andar? —Gorrión asintió—. Entonces, sigamos.

Subieron la montaña, hasta que el campamento solo era un punto luminoso en la oscuridad al fondo. Sin embargo, el ruido de los disparos se oía perfectamente desde donde estaban. Gorrión se dio cuenta de que todos sus amigos, toda la gente que conocía habían muerto y que tan solo su madre y ella y quizá unos pocos más habían podido escapar. Los ojos se le arrasaron en lágrimas al darse cuenta de que nunca más volvería a ver a sus amigos. Se enjugó las lágrimas y trató de que su madre no viera que estaba llorando.

Siguieron caminando hasta casi el amanecer. Habían dejado atrás el campamento y todos sus horrores. Estaban en la ladera de una montaña y se sentaron en un bancal con hierba, mirando hacia el oeste, a la oscuridad de la noche y al cielo plagado de

estrellas. Su madre ya no llevaba el pulverizador, pero todavía tenía el macuto en su espalda. Se lo quitó y sacó ropa y calzado para que Gorrión se cambiara. Respiraba con dificultad y la sangre que le salía de las heridas había empapado completamente la ropa que llevaba puesta. A pesar de que parecía que las heridas no la afectaban, sus ojos reflejaban dolor.

—Descansaremos aquí hasta que amanezca, pequeña mía —le dijo—. Luego iremos hacia el oeste, hacia el mar. Tardaremos un par de días, porque tendremos que caminar despacio y con cuidado. —Del macuto sacó una pistola—. Lleva tú la pistola hasta que lleguemos. No la utilices a menos que estemos en peligro.

Gorrión asintió sin decir palabra, porque no sabía qué decir. Al rato, le dijo:

—Estás sangrando mucho mami. Tienes que vendarte esas heridas, para detener la sangre.

Su madre sonrió, le cogió la mano y la abrazó.

—Solo tengo que descansar un poco. Descansa tú también. Nos queda un largo camino. ¿Crees que podrás caminar hasta llegar a la costa?

Gorrión asintió y se quedó mirando los ojos claros de su madre.

—Contigo puedo caminar hasta donde sea, mamá.

Su madre le apretó la mano.

—Entonces todo irá bien —le dijo suspirando—. Tengo que descansar un poco. Estoy agotada. No te olvides nunca, pequeña; te quiero, siempre te querré.

Se tumbó boca arriba, estaba pálida y la luz de las estrellas acentuaba los estragos del cansancio en su rostro. Cerró los ojos y su respiración se hizo más lenta. Gorrión se acostó a su lado, presionando el cuerpo con el de su madre, todavía sosteniendo su mano. Miró la cara de su madre y pensó lo mucho que la quería ella también; se dijo que haría todo lo que le dijese su madre y no se quejaría, lo haría por ella. Segundos más tarde, Gorrión también se durmió.

Cuando a la mañana siguiente se despertó, las estrellas se habían ido y con ellas se había marchado su madre también.

—¡Gorrión! —gritó Lechuza, pero Gorrión no la oía.

Estaba recordando la última noche con su madre. Habían pasado casi cinco años, pero parecía como si hubiera sido justo ayer. Nunca olvidaría todo lo que su madre había hecho por ella, la había sacado de aquel campamento, le había dado el arma para que se protegiera, le había dicho dónde podía ir para que estuviera segura, le había dado la oportunidad de vivir. Era todo lo que su madre había sido capaz de hacer por ella al final, pero era suficiente.

Creceré para parecerme a mi madre, se había prometido Gorrión tiempo después, haré que se sienta orgullosa de mí.

Estas mismas palabras resonaban en la cabeza de Gorrión cuando Lechuza la llamó. La niña estaba con la lanza en las manos, y el dedo en el gatillo. Hubiera preferido la pistola que le había dado su madre, pero la había perdido hacía tiempo. La lanza era lo único que podía usar ahora.

—¡Gorrión! —suplicó Lechuza una segunda vez—. ¡Apártate ahora mismo!

En aquella ocasión, Gorrión la oyó, pero no le hizo caso. Tenía la mirada clavada en el ciempiés. Sabía que era rápido. Cheney se había protegido de sus mordeduras todo lo que fue capaz, pero ella no era tan rápida ni tan ágil como el perro. Probablemente solo tendría una posibilidad de acabar con aquel bicho, y tenía que pensar bien cómo aprovecharla. Algún punto débil tendría que tener. Cheney le había arrancado las patas, sin conseguir nada. Su cuerpo era una verdadera armadura de la cabeza a la cola y el perro no había conseguido hacerle mucho daño ni con sus dientes, ni con su tremenda fuerza.

Su madre le decía que siempre había que descubrir el punto débil de su enemigo y atacarlo por ahí.

Los ojos, pensó de repente, sus ojos son el punto débil. No estaba segura y si se equivocaba, con toda probabilidad moriría.

Trató de moverse pero no pudo. Estaba temblando de miedo.

El ciempiés se había ido a rematar a Cheney, que todavía estaba luchando por levantarse, aunque todo su cuerpo estuviera cubierto de sangre. No era el momento de tener miedo. Se fue hasta la pared que había frente a Lechuza y Ardilla, intentando pasar desapercibida. El insecto plegó hacia atrás su cuerpo y las placas de la armadura se superpusieron una encima de otra. Las placas impedían un ataque frontal, pero si era capaz de acercarse, podría clavarle la lanza entre las placas y llegar a las partes más blandas de su cuerpo. Era lo único que se le ocurría.

No era tan grande, ni tan fuerte como su madre, ni tenía tanta experiencia, ni estaba tan entrenada. Tan solo tenía trece años, pero era la hija de su madre y había jurado ser como ella.

Respiró hondo y cargó contra el ciempiés justo detrás de su cabeza, agarrando con las dos manos la lanza, apretando con su dedo índice el gatillo. El ciempiés la vio aproximarse y giró el cuerpo hacia ella, los huecos de las placas de la armadura donde ella esperaba atacar cortaban como tijeras. El animal abrió sus mandíbulas y movió las antenas, que eran como tentáculos. Gorrión le clavó la lanza en la cabeza, tratando de llegar a los ojos, pero las antenas se lo impidieron. Sin embargo, logró lanzar una descarga y el cuerpo del insecto se estremeció. Lo golpeó una y otra vez, pero no lograba que las placas de su armadura se abrieran, y al final una de sus patas la tiró al suelo. Los brazos y la cara le empezaron a sangrar.

Inmediatamente, el ciempiés fue hacia ella, y en aquel momento supo que iba a morir.

Sin embargo, de pronto, Cheney logró levantarse y atacó otra vez, arrancándole una de las patas de cuajo. Aquel ataque pilló desprevenido al insecto, que retrocedió, se giró y empezó a mover las mandíbulas. Al hacer aquel movimiento, las placas de la armadura del lado de Gorrión se separaron. Al verlo, Gorrión se puso de pie y le clavó la lanza justo detrás de la cabeza, apretando al mismo tiempo el gatillo para soltar la descarga eléctrica. El ciempiés sacudió el cuerpo como si le hubiera pegado

una bofetada un gigante y Gorrión vio que de entre las placas de la armadura salían destellos y un nauseabundo olor a quemado. Cheney cayó al suelo de nuevo, totalmente extenuado, pero el ciempiés no se fijó en él, pues había perdido interés por todo que no fuera sacarse aquella lanza del cuerpo.

Gorrión no esperó. Mientras el animal intentaba quitarse la lanza, cogió la que había dejado en la pared al lado de Lechuza, la encendió y cargó contra el animal de nuevo. El ataque fue más peligroso en aquella ocasión, porque el animal se retorció y se movía de forma frenética, con su sistema nervioso fuera de control. Si daba un paso en falso, la aplastaría. No obstante, tenía que intentarlo fuera como fuera. Sin importarle los golpes que recibía de sus patas, la sangre que cubría su rostro y el dolor que le torturaba el cuerpo, encontró la manera de clavarle la lanza en la parte media trasera del cuerpo del animal. El ciempiés reaccionó de forma inmediata y se retorció agonizando. Cayó contra la pared, su cuerpo dio una sacudida y se quedó inmóvil.

Gorrión se quedó en el centro de la habitación, sintiendo un zumbido en los oídos al que no hallaba explicación, rodeada de un intenso hedor a muerte y a sangre. Se mordió el labio y aguantó las lágrimas. No podía echarse a llorar en aquel momento.

«Lo conseguí, mami», pensó.

Dio unos pasos, se acercó a Cheney y vio el cuerpo del animal completamente herido. Sintió que Lechuza se acercaba, seguida de Ardilla, mientras ella ponía la cabeza de Cheney en su regazo, acariciándole la piel y pronunciando su nombre una y otra vez.

—Cheney, Cheney, no te mueras —suplicó.

Así fue como Halcón y los demás los encontraron minutos más tarde cuando aparecieron por la puerta.

Todos comprendieron de forma inmediata que las súplicas no iban a ser suficientes para salvar a Cheney. El ciempiés le había mordido varias veces y tenía el cuerpo lleno de veneno. Lechuza hizo todo lo que pudo por extraérselo, le limpió las heridas y le dio antitoxinas para contrarrestar los efectos, pero cada vez estaba peor. Las heridas eran muy profundas y tenía la sangre demasiado contaminada. Su vida pendía de un hilo.

Halcón se quedó junto a él en la oscuridad, sosteniéndole la cabeza y dejando que el animal sintiera su presencia. Cheney estaba consciente, pero no respondía. Tenía la mirada perdida, respiraba con dificultad y su fuerza se debilitaba por momentos. Halcón no podía hacer nada por él, pero no se apartó de su lado, ni siquiera un minuto. Todo eso había pasado por su culpa, se decía una y otra vez. Había dejado la casa desprotegida y Cheney estaba pagando el precio por ello.

Era medianoche, la casa estaba en silencio y los Fantasmas dormidos. Habían troceado el ciempiés y lo habían metido en la habitación en la que el techo se había desplomado, la habitación de Lechuza, y la habían cerrado a cal y canto. Al día siguiente tendrían que buscar un nuevo sitio para vivir, pero ahora era demasiado

tarde y estaban agotados. La mayoría se quedó con Cheney hasta que Halcón les ordenó que se fueran a la cama. Gorrión permaneció despierto hasta que no pudo más. Cómo había logrado defender a Lechuza y a los demás y acabar con una cosa tan monstruosa era algo que Halcón nunca entendería, porque a pesar de que sabía que era una chica que tenía el corazón de un guerrero, que no tenía miedo a nada, no podía explicarse cómo ella sola había logrado acabar con la vida de aquel monstruo. Incluso aunque la hubiera ayudado Cheney, parecía casi imposible.

Se quedó absorto mirando la oscuridad de la sala, pensando en que nada podía ser imposible a partir de aquel día. El mundo que él había creado, la familia que había reunido, la vida que se había inventado para sí mismo, todo, estaba desmoronándose. No sabía si el ciempiés era lo que había estado viendo Vela, o si algo peor se avecinaba. Lo único que tenía claro era que su vida en aquel sitio había llegado a su fin. Ya no se podía sentir seguro en aquella ciudad. Si seres como aquel ciempiés empezaban a salir de la tierra, lo mejor sería marcharse de allí cuanto antes.

Tampoco es que tuvieran ninguna garantía de que en otra parte iban a estar mejor; a menos que encontraran el sitio que él había visto en sus sueños, a menos que la historia del chico y los niños se hiciera realidad.

Cheney, Cheney.

Acarició la cabeza del animal y se quedó observando su respiración. No sabía qué más podía hacer para que se recuperara. Si Lechuza no había logrado nada, poco más podía hacer él, pues no tenía conocimientos médicos, ni sabía nada de venenos. No obstante y a pesar de todo, no podía dejar de pensar que podía intentar algo más.

Se acordó de Tigre, de Persia y de los Gatos. A todos ellos los había matado la cosa que había en la habitación de al lado. Los debió de atacar cuando estaban durmiendo, los debió de pillar desprevenidos. O a lo mejor se asustaron. Fuera lo que fuera, no habían logrado sobrevivir, ni siquiera habían podido protegerse con la escopeta de Tigre. Quizá ni siquiera Cheney los habría podido salvar.

Acarició el hocico del perro, que estaba caliente y seco, y ni siquiera pestañeaba, tan solo miraba hacia delante. Cheney era solo un perro, pero para Halcón era un amigo leal, pues hubiese hecho cualquier cosa por él, por todos ellos. No podía morir. Él había pensado que nada podría acabar con Cheney, que era un animal con experiencia y mucha fuerza, pero fue una estupidez. Tendría que haberse dado cuenta de que Cheney era tan vulnerable como ellos, aunque fuera más grande y más fuerte.

Se quedó sentado en la oscuridad con su perro, deseando ser él el que estuviera a punto de morir.

No te mueras.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y empezó a llorar. Se acercó a Cheney y lo abrazó, pensando que con aquel gesto le daría fuerzas para vivir. Metió los dedos entre el pelo y susurró su nombre una y otra vez.

No te mueras, por favor. No te mueras.

Rezó con todas sus fuerzas hasta la extenuación. Y de pronto algo extraño

ocurrió.

Su piel empezó a calentarse, el calor emanaba como si hubiera encendido una estufa, lo sentía por todo el cuerpo y en sus extremidades. Algo tan extraño debía de haberlo asustado, pero el efecto fue el contrario: le dio más seguridad. Se pegó más a Cheney y dejó que el calor saliera de él. Poco a poco, de forma paulatina, fueron aumentando los grados. El proceso se prolongó durante bastante tiempo y en un momento determinado pensó que aquello era una reacción de su cuerpo a su pena.

Sintió un sabor amargo en la boca y ardor en la tripa, pero tan solo durante unos segundos, porque desapareció con tanta rapidez que casi no tuvo tiempo de registrar su presencia. No obstante, lo había dejado extenuado, como si hubiera realizado un gran esfuerzo.

El cuerpo de Cheney se estremeció con una serie de movimientos, como sacudidas. Estuvo a punto de soltarlo, pero decidió quedarse a su lado. Tenía los ojos cerrados y no podía ver lo que estaba ocurriendo, pero no quería abrirlos para que el encantamiento no desapareciera.

—Cheney —susurró.

El calor siguió saliendo de su cuerpo y Cheney continuaba dando pequeñas sacudidas y sintiendo escalofríos. Abrió los ojos y vio que el perro también los tenía abiertos, pero habían dejado de estar apagados y vidriosos, y ahora se los veía brillantes y alerta. Tenía la lengua fuera y el hocico húmedo. Estaba sediento. Halcón notó que su respiración había cambiado y se había estabilizado.

Sintió cómo el calor de su cuerpo iba desapareciendo poco a poco. Notó el cambio de forma gradual. Cuando se levantó, Cheney alzó la cabeza y lo miró. Halcón tragó saliva, no podía creérselo.

Las heridas casi habían cicatrizado por completo.

Halcón fue incapaz de entender lo que había ocurrido.

En el sur, en algún lugar cerca de la costa de California, rodeado de su ejército de anteshombres y demonios, un anciano con ojos tan fríos y vacíos como la más profunda cueva de hielo que la naturaleza jamás podría crear, se sobresaltó al ver la ola mágica que lo envolvía. Reconoció su origen de forma inmediata, no tuvo la menor duda. La había estado buscando sin ningún resultado durante más de un siglo.

Una tenebrosa sonrisa arrugó su erosionado rostro. A veces solo había que tener paciencia.

Angela Pérez elevó la mirada desde la carretera que tenía frente a ella hasta el cielo que oscurecía lentamente y frunció el ceño, contrariada.

—¿Cuánto más tenemos que recorrer? —le preguntó a Ailie.

La tatterdemalion, una figura etérea en una luz cada vez más tenue, miró hacia atrás por encima del hombro y parpadeó.

—No mucho.

—Está empezando a oscurecer. Dentro de poco será de noche —Ángela miró a los árboles y a la oscuridad cada vez más profunda de la carretera—. Preferiría no estar aquí cuando oscurezca.

La chica había vivido en la ciudad toda su vida y tenía una aversión instintiva al campo. Llevaban caminando varias horas y no habían visto un solo edificio, a excepción de un granero y un establo. Lo único que se veía eran montañas, picos muy altos, bosques poblados y carreteras que no iban a ninguna parte, y poco más. No vieron casas, ni tiendas, y mucho menos rascacielos. No era Los Ángeles, y no había nada familiar que la reconfortara, por lo que no se sentía muy cómoda. Estaba casi segura de que todavía estaban en California, pero con todo lo que habían recorrido, podrían estar perfectamente en Canadá.

—Me dijiste que encontraríamos la forma más rápida de llegar donde vamos sin necesidad de coger uno de los camiones. Y te creí. —No te preocupes —le respondió la tatterdemalion sin mirarla—. Ten paciencia.

Ten paciencia, pensó Ángela desesperada. Había tenido bastante paciencia durante más de cuatro horas y no habían llegado a ninguna parte. Debería confiar más en la gente, y, sin embargo, gracias a ese defecto estaba todavía viva. No creía que la criatura que iba delante de ella le fuera hacer daño, pero en muchas ocasiones las buenas intenciones y una mala decisión te ponían en peligro. No sabía nada de las habilidades de Ailie; de hecho, no sabía nada de ella. Era una criatura perteneciente al mundo de las hadas y los duendes enviada por la Dama, que no vivía más de sesenta días, por lo que su experiencia era más bien limitada, lo cual era preocupante.

Y lo más preocupante, anatómicamente hablando, eran las heridas que había recibido en la pelea con el demonio. Las marcas de las garras que le había dejado en la espalda y en el hombro quemaban como el fuego y tenía golpes y moratones de la cabeza a los pies. Necesitaba un baño y descansar, aunque no parecía que sus deseos se fueran a cumplir en un período breve de tiempo.

Dio una patada a uno de los restos de basura que encontró en la carretera. ¿Qué estaba haciendo allí, no solo fuera de la ciudad, sino alejada de todo lo que le resultaba familiar? ¡Dios mío! ^[10] ¿Buscando elfos? Pero si ni siquiera creía en los elfos. Bueno, a lo mejor sí, sabiendo que existían otros tipos de hadas y duendes en el mundo. No obstante, no sabía por qué estaba buscando elfos. Tendría que haberse ido

con Helen y los niños y haberle dicho a Ailie que aquello no era para ella.

Al fin y al cabo, ¿cómo podía saber que fue la Dama la que había enviado a Ailie? Eso era lo que le había dicho, pero no tenía forma de saber cuáles eran sus verdaderas intenciones.

No obstante, la creía. De eso estaba segura, porque siempre había sabido de forma instintiva en quién creer y en quién no, algo que nada tenía que ver con el sentido común y la experiencia.

Suspiró, dándose cuenta de que solo se le ocurrían tonterías. Parte de su labor como Caballero de la Palabra era aceptar que podían existir cosas que no se podían ver. A los carroñeros no se los veía, a no ser que fueras un hada, un duende, o un Caballero de la Palabra. Sin embargo, existían, te perseguían, te acechaban hasta que tus emociones más sombrías te dominaran y después te destruían. Eso era lo que les ocurría a los que no los podían ver. No ser conscientes de su presencia no los había salvado. Por lo tanto lo mejor sería que se dejase de preguntar por la existencia de los elfos, y aceptar que podía estar equivocada, y que lo más probable es que solo fuese consciente de la mitad de la realidad que la rodeaba.

Sin embargo...

—¿Estamos buscando algo? —le preguntó a Ailie intentando controlar su impaciencia.

La mágica criatura negó con la cabeza, y su cabellera azul brilló al reflejo de la poca luz que quedaba del día.

—No estamos lejos, Ángela.

Más vale que así sea, pensó. Continuó andando, tropezó, todo ello en un sombrío silencio.

Cuando llegaron a un polígono industrial casi había oscurecido. Estaba cerca del cruce de la sucia carretera que habían estado recorriendo, y de una autopista, bastante al este de donde habían empezado a caminar. El sol se había puesto detrás de las montañas y el cielo se había vuelto gris y liso. A veces se veían puestas maravillosas, pero aquella noche no, tan solo variedades del mismo color plomizo. Ángela miró hacia el oeste, pensando en Anaheim y en el estadio en ruinas, imaginándose el fuego y el humo reflejándose en la oscuridad, y después se fijó en el polígono industrial.

Había visto muchos como aquel muchas veces. Una serie edificios de metal de no mucha altura a lo largo de la carretera, colocados en varias filas. Muchos de ellos habían sido saqueados, se habían llevado lo que hubiera, y los restos estaban esparcidos por el suelo formando pequeños montículos. Muebles, ropa, libros, utensilios de cocina, todo lo imaginable, tirado y abandonado. ¿Qué podría quedar allí que mereciera la pena, en un mundo en el que las fuentes de energía eran tan primitivas y difíciles de obtener y en el que el transporte y el comercio habían sido destruidos?

Tan solo había una respuesta, por supuesto: armas. En aquel mundo postapocalíptico, la gente seguía matándose.

Se colocó al lado de Ailie.

—¿Es eso lo que estábamos buscando?

Ailie la miró con ojos y rostro infantiles, con expresión serena e imparcial. Empezó a caminar por encima de la basura hacia uno de los edificios más alejados. Ángela se quedó dudando unos instantes y después la siguió. Qué otra cosa podía hacer después de lo que les había costado llegar hasta allí.

Cuando llegaron a los edificios situados más al fondo, la tatterdemalion giró y caminó a lo largo de unas naves completamente vacías hasta llegar a la última de ellas. Al igual que el resto, las puertas estaban abiertas, las cerraduras rotas y el contenido saqueado. Ángela miró a Ailie inquisitivamente. La tatterdemalion sonrió, entró en la nave y se dirigió a la pared del fondo, donde había apiladas una serie de cajas vacías.

—Mira, Ángela —le dijo, apuntando a las cajas.

Ángela miró hacia donde apuntaba, pero no veía nada. Ailie le indicó con su mano que se acercara, y con un gesto iluminó la pared, y Ángela vio una puerta cerrada con candado en el bloque de hormigón que aseguraba la pared. Una puerta oculta en la pared, pensó Ángela. Ailie sonrió, tocó el candado, se abrió y cayó al suelo. La mágica criatura hizo otro gesto, y la puerta se elevó dejando al descubierto otro compartimiento.

Ángela miró dentro y se quedó sin respiración. Había dos máquinas descomunales tapadas con unas lonas, una más grande que la otra, con las ruedas visibles porque la tela no llegaba al suelo. Ángela se acercó, quitó las lonas que las cubrían y retrocedió unos pasos.

Delante tenía dos ATV de tres ruedas. Unos vehículos grandes, capaces de viajar por cualquier tipo de terreno y alcanzar velocidades de cien kilómetros por hora en carretera. El vehículo más pequeño era un Mercury 5, el más grande era un Harley Crawler, modelo Flex o Sim. El Mercury era el más rápido y manejable de los dos, pero el Harley era indestructible. Hacía tiempo que no había visto nada parecido, no desde que ya no estaba con Johnny.

—¿Cómo los has descubierto? —le preguntó.

Ailie se encogió de hombros.

—Teníamos que encontrar algo para viajar al norte, busqué y encontré esto. Quien los escondió aquí, detrás de este falso muro, no ha vuelto por ellos, y todavía funcionan, pues han dejado también las baterías.

Ángela se acercó y miró el motor. Tenían las baterías puestas, cargadas y listas. Tres baterías en cada vehículo. Cualquiera de ellos las podía llevar a donde quisieran.

—¿Cuál prefieres? —le preguntó Ailie sonriendo, con su rostro infantil revelando un entusiasmo inesperado.

Ángela se quedó pensando y al cabo de los pocos segundos se acercó al Mercury. Velocidad y agilidad. Con las baterías podían hacer más kilómetros, porque era menos pesado.

—Este.

Sacó el Mercury fuera y lo dejó allí mientras fue a quitar las baterías del Harley y a esconderlas debajo de una pila de chatarra en unas naves situadas más abajo. Después cerró la puerta, para que el otro vehículo quedara oculto. Nunca había que dejar nada que el enemigo pudiera utilizar contra ti. A continuación se montó a horcajadas en el asiento acolchado y arrancó el vehículo. El motor empezó a funcionar casi al instante, emitiendo un sonido parecido al del maullido de un gato gigante. Esperó a que Ailie se subiera detrás. Sabía cómo funcionaba, porque Johnny le había enseñado.

—¿Por dónde? —le preguntó.

Ailie señaló hacia el norte, hacia la carretera.

Ángela pasó con el Mercury por encima de la chatarra hasta llegar a la carretera. Cuando llegó vio una figura a lo lejos de pie debajo de una secuoya inmensa. Se quedó mirando y de pronto la figura desapareció, y se encontró mirando un buzón que había sobre un poste. Parpadeó, preguntándose qué era lo que había visto, si es que había visto algo, y a su mente de pronto acudieron viejos recuerdos.

Vive en las calles de Los Ángeles, en un barrio. Johnny había muerto hacía tres años y ella había dejado de ser una niña. Es ya una jovencita, más fuerte, más guapa y con mucha más experiencia. Ha utilizado ya muchas veces lo que Johnny le había enseñado para defenderse y le ha servido para mantenerse viva. Todo el que vive cerca de su barrio la conoce. Es a quien acuden para que los proteja. Es un personaje respetado y considerado.

Camina por donde le apetece, pero nunca con un patrón establecido. Sale tanto de día como de noche a patrullar. Incluso los mutantes procuran mantenerse alejados de ella. No es que le tengan miedo, simplemente prefieren no cruzarse en su camino. El acuerdo al que han llegado es sencillo: ella los deja en paz y ellos la dejan en paz a ella. De vez en cuando, algunos de los más temerarios desean ponerla a prueba y atacan a su gente o saquean las tiendas. La respuesta es siempre la misma: los localiza y acaba con ellos.

Lleva una vida plena, pero sin sentido. Nunca va a poder ganar la batalla que está librando. Hay demasiados enemigos para ella sola. Sin embargo, es lo único que sabe hacer y tiene que seguir haciéndolo.

Camina por la calle, buscando, vigilando, esperando lo inevitable y se encuentra con alguien que nunca antes ha visto. Al principio, ni siquiera está segura de lo que tiene delante. Parece un hombre, pero sus contornos están poco definidos y brillan como el agua cuando alguien la mueve. Sin embargo, no deja de mirarlo, se concentra y al poco tiempo el hombre adopta una forma definida.

Se queda mirándolo fijamente. Está de pie entre las sombras de dos edificios. Es muy alto, pero no le tiene miedo. No sabe explicar la razón, pero así lo siente. No puede distinguir sus facciones. Se acerca. La figura no se mueve, se queda donde está, aguardando su llegada.

—Ángela de las calles. —La saluda con una grave y atronadora voz que procede de un sitio tan profundo dentro de él que no sabe cómo ha podido sacarla fuera—. ¿Cuándo sales ahora, por la noche o por el día?

—Siempre salgo de día, amigo. ¿Y tú quién eres? [11]

Sale de la oscuridad y ve que es un indio originario de América, su piel es cobriza, y su pelo negro, recogido en una trenza. Lleva botas, ropa de uniforme que nunca antes ha visto con adornos en las hombreras, y en una mano, una larga vara negra tallada con extraños símbolos.

Tiene una sonrisa cálida.

—Me llaman Dososos, pequeña Ángela —le dice—. O'olish Amaneh en el idioma de mi gente. Soy de la tribu de los Sinnissippi, pero mi pueblo desapareció hace más de cien años. Soy el único que queda, e intento con todos mis esfuerzos seguir siéndolo.

Ella asiente.

—¿A eso es a lo que has venido aquí?

—En parte. Llegué anoche de otro sitio un poco menos acogedor, buscando un lugar donde ocultarme. Los que me persiguen son muy insistentes, pues no les gusta la idea de que quede alguno de mi tribu; preferirían que no quedara ninguno.

—Los Ángeles no es el mejor sitio, amigo [12] —le respondió, mirando a su alrededor como siempre suele hacer—. Puede parecerlo, pero los que viven aquí solo esperan la mínima oportunidad para atacar. Hay bandas de todo tipo, seres para los que ni siquiera se te ocurre un nombre que pueda definirlos. Creo que es mejor que vayas a algún lugar más pequeño y tranquilo.

—Puede —responde—. Trataré de encontrarlo, pero antes tengo que hablar contigo. A eso he venido también.

Ella procura ocultar su sorpresa, preguntándose cómo es posible que haya tenido noticias de su existencia.

—Como quieras. Pero es mejor que lo hagamos en otra parte. ¿Tienes hambre? ¿Has comido?

No ha comido y se van a un sitio que ella conoce donde podrán comer algo; llevan las bolsas a una plaza y se sientan en unos bancos de piedra y comen mientras el sol, tan caliente que puede fundir el hierro, se oculta tras el laberinto de edificios que hay entre ellos y el océano.

—¿Quién te persigue? —le pregunta al cabo de unos minutos de masticar en silencio. Lo observa detenidamente—. ¿Quién se puede atrever?

El sonrío al cumplido.

—Muchos más de los que puedes imaginar. Demonios y anteshombres a su servicio. ¿Los conoces?

Ella no ha oído hablar de aquellos seres y él le cuenta la historia de las Grandes Guerras y del origen de la destrucción que ha cambiado la vida de todos ellos. Le habla de la Palabra y del Vacío, y de la batalla que han librado desde los comienzos

del tiempo. Le cuenta que la vida es un equilibrio entre el bien y el mal, y cómo cada uno de ellos está siempre intentando desequilibrar la balanza.

—Cada lado utiliza a sirvientes que lo ayudan a conseguir su propósito. El Vacío utiliza a demonios, monstruos sin alma que lo único que desean es la destrucción. La Palabra utiliza a sus Caballeros, paladinos enviados a vencer a los demonios. En una ocasión, casi lo consiguen. No obstante, los seres humanos son impredecibles y al final cayeron víctimas de sus propios excesos, fomentados por los demonios. Sucumbieron y la civilización sucumbió con ellos.

No sabe si creerlo o no. Piensa que lo que le está contando tiene tanto de fábula como de verdad. Con todo, por la forma en que le está contando la historia parece veraz y ella se la cree a pesar de sus reservas iniciales. Lo que le está contando es una explicación completamente plausible de todos los horrores del mundo en el que viven. Siempre ha pensado que hay algo más de lo que aparece a simple vista, que el conflicto entre naciones, entre pueblos, entre creencias, obedece a causas que escapan a su comprensión.

—Yo estoy al servicio de la Dama, que es la voz de la Palabra —continúa—. Me ha encargado que encuentre a un grupo de personas para restaurar de nuevo el equilibrio. Durante mucho tiempo no ha sido posible, porque la locura y la ira reinaban por todas partes, pero de eso ha pasado tiempo y ahora podemos conseguirlo. ¿Quieres entrar al servicio de la Dama?

La pregunta la pilló desprevenida y se quedó mirándolo sorprendida.

—Mi sitio está aquí con mi gente —le responde.

—Tu gente ya no se limita a una parte determinada de una ciudad —le dice—. Tu gente es todo el mundo. Si quieres proteger a tu gente tienes que tener miras más amplias. Conseguir el equilibrio en solo un sitio pequeño no es suficiente para cambiar la situación. Al final, caerá y formará parte de la locura general.

Sabe que es verdad. Es la sensación que tiene desde hace tiempo. Es una batalla perdida, porque el mundo permanece de brazos cruzados. No obstante, tiene miedo de abandonar lo conocido.

—¿Qué quieres que haga? —le pregunta.

El hombre se inclina.

—Es la Dama la que te pide ayuda. Quiere que entres a formar parte de la orden de los Caballeros de la Palabra. Quiere que la ayudes a recuperar el equilibrio. Tendrás que luchar contra los demonios y sus secuaces. Eso es lo que tienes que hacer.

Levanta la vara negra que ha dejado apoyada en el banco. Ángela se había olvidado de ella. La mira atentamente, ve las tallas profundas, dominando sobre el brillo de la madera pulida. Nunca ha visto una vara igual. Se siente atraída por ella. Cuando el hombre se la ofrece, la coge porque tiene la sensación de que le pertenece.

—Tienes que llevarla siempre contigo. Te protegerá de todo lo que persigas y que te persiga. Es un talismán de una magia muy potente. Nada se puede oponer a ella.

Sin embargo, su poder es finito, porque depende de tu propia fuerza. Si te cansas, también se cansará. Si cunde el desánimo en ti, correrás bastante peligro incluso aunque la lleses contigo.

—¿Qué hace? —le pregunta.

—Lo descubrirás cuando la utilices. Lo sabrás de forma instintiva.

Todavía no ha decidido si aceptar la propuesta, pero le habla de los campos de esclavos, de los ataques a los estadios y de la suerte que corren los seres humanos cuando caen prisioneros y no les queda otra elección. Cuando el hombre se marcha, se queda con la vara, su nueva vida es tan solo un débil resplandor en el horizonte de su entendimiento, un misterio que tendrá que desentrañar día a día.

Lo ve alejarse hasta que desaparece entre la oscuridad de los edificios donde había aparecido por primera vez. De pronto se oye un ruido y mira hacia atrás por acto reflejo.

Cuando gira la cabeza otra vez, se ha ido. La forma en que ha desaparecido, la rapidez con que lo ha hecho le deja una sensación extraña, como si nunca hubiera estado allí.

Era casi medianoche cuando Delloreen llegó al polígono industrial y empezaba la lenta búsqueda de las naves saqueadas. Había ido detrás de la mujer que pertenecía a los Caballeros de la Palabra, como le había dicho Anaheim, desde el hotel en el cual se habían enfrentado, y donde casi consigue acabar con ella, hasta las ruinas de la ciudad y después hacia el norte, una búsqueda lenta y tortuosa. Ha resultado difícil, pero no imposible. Delloreen está dotada de instintos y hábitos animales, capacidades que le dan ventaja sobre los demás. Los demonios son seres humanos transformados, pero ella siempre ha tenido una parte más animal que humana.

Cuando logró quitarse de encima todos los escombros y empezó su persecución, utilizó su olfato para encontrarla, buscó su rastro entre todos los demás, lo encontró, lo memorizó y después lo rastreó. Fue bastante fácil, a pesar de que continuamente su olor se mezclaba con muchos otros, pues el de los Caballeros de la Palabra es muy característico, reconocible por un demonio con las capacidades de Delloreen. La diablesa la siguió hasta el campamento, donde se había reunido con los seres humanos que huían de Findo Gask y su ejército, y después había perdido el rastro. Estuvo dando vueltas hasta que lo encontró de nuevo en el bosque.

La mujer Caballero se había reunido con alguien allí. Era lo único que sabía. No sabía con quién, porque no había dejado rastro, ni pistas que pudieran revelar su identidad. Al final, Delloreen, después de descartar otras posibilidades, decidió que probablemente fuese un hada y que la reunión había sido importante, porque la mujer había abandonado a los niños.

Delloreen siguió su pista a lo largo de una carretera polvorienta hasta llegar al polígono. Había olor a máquina por todas partes, difícil de clasificar, y su rastro desaparecía allí. Recorrió toda la carretera como un lobo, oliendo el suelo, buscando huellas, e hizo dos meticulosas incursiones a las naves, sin resultados.

Volvió al polígono y empezó a merodear por las naves una vez más. A cuatro patas, recorrió todas las hileras de edificios una detrás de otra. De vez en cuando percibía su olor, pero no con la suficiente intensidad para saber dónde se había ido. Otro en su lugar habría abandonado, pero Delloreen era infatigable. Cuanto más difícil fuera la búsqueda, mayor sería la satisfacción que sentiría al terminar con ella. Mientras buscaba, pensaba continuamente en cómo iba a acabar con ella, cómo suplicaría clemencia y cómo acabaría con su vida.

Cuando sonreía sus dientes afilados brillaban y su hocico enrojecía. Flexionaba las garras y se las pasaba suavemente por el cuerpo escamoso, mientras pensaba en lo feliz que sería cuando tuviera a aquella mujer bajo su yugo.

Tardó más de una hora en descubrir la nave donde habían dejado el otro vehículo. La mujer había sido tan confiada, o quizá tan precipitada su huida, que se había olvidado de cerrar la puerta. Delloreen vio que se habían llevado un ATV, por las marcas que había en el suelo. Entonces supo de dónde salía aquel olor tan intenso a máquina: se habían llevado el vehículo de allí, por lo que podría reconocerlo y seguirlo con facilidad. Si se daba prisa podría alcanzarla.

No obstante, iba a necesitar un vehículo, tan veloz como el de la mujer Caballero.

Miró el Harley Crawler. Abrió el motor y vio que no tenía baterías. Utilizó su olfato para localizar dónde las habían escondido. Una vez las encontró, las colocó y arrancó el vehículo. El motor rugió con fuerza, hasta estremecer sus huesos.

Sonrió al sentir las vibraciones.

Ese serviría.

Kirisin esperó toda una semana a que Arissen Beloruus lo convocara. Esperó pacientemente, diciéndose a sí mismo que no debía precipitarse, que la investigación de las historias de los elfos y las conversaciones con los asesores llevaba tiempo. Era imposible que al rey no le importara lo que le pudiera pasar al Ellcrys o a los elfos, lo que pasaba era que tenía que ser cuidadoso a la hora de tomar sus decisiones. Kirisin lo veía con mayor claridad que el rey, por supuesto. No obstante, desde su punto de vista, la decisión con respecto a lo que el Ellcrys les había pedido no se podía debatir. Aunque él era solo un niño y carecía de la experiencia y la sabiduría de sus mayores.

A pesar de repetirse eso una y otra vez, seguía pensando que estaba tratando con una familia de cobardes.

Era algo terrible, pero desde que había llegado a la conclusión de que tanto el rey como Erisha le habían mentado, no había podido pensar otra cosa. La traición de Erisha era lo peor, porque ella era una de los Elegidos. Ni siquiera un vínculo de sangre unía tanto como pertenecer a los Elegidos y ningún Elegido había traicionado a otro jamás.

Con todo, Kirisin trató de controlar su enfado y siguió con su trabajo. Estaba en los jardines con los demás, cuidando el Ellcrys y el terreno en el que estaba plantado. Participaba en las ceremonias de los saludos matinales y despedidas vespertinas. Sonreía y bromeaba con Biat y los demás, aunque no con Erisha, a quien casi ni dirigía una mirada, intentando aparentar que no pasaba nada. Aparentemente lo consiguió, porque nadie pareció notar nada fuera de lo normal, ni tampoco se refirieron a lo que había pasado.

El árbol no volvió a hablar con nadie. Kirisin pensó que lo haría, que su necesidad, tan palpable cuando se había dirigido a él, lo obligaría a ello. Deseaba que ocurriera cada amanecer cuando, junto con los demás, le daba los buenos días y cada vez que se reunían de nuevo para desearle buenas noches. Rezaba para que ocurriera de nuevo, algo, un pequeño cambio en el árbol, o una señal de que lo que había ocurrido entre ellos había sido real, incluso una advertencia o un reproche por no haber conseguido lo que le había ordenado; sin embargo, el Ellcrys permaneció en silencio.

En las horas que tenía libres, escribía en su diario sus pensamientos y preocupaciones, anotando todo, incluso lo que pensaba del rey y su hija. Trataba de ponerse en la cabeza de Arissen Belloruus, para poder entenderlo mejor. No obstante, no podía encontrar justificación alguna a sus actos. Lo único que conseguía era convencerse de que algo estaba fallando y que tenía que hacer alguna cosa para corregirlo.

Pensó en contárselo a sus padres, pero no se decidía. Sabía que si les expresaba sus preocupaciones, actuarían movidos por sus sentimientos, como él había hecho, y se lo contarían directamente al rey. Y eso supondría un desastre del que Kirisin no

quería ser responsable. Sus padres ya habían sido cuestionados por intentar llevar a un grupo de elfos al Paraíso. El rey no tendría paciencia con una intromisión de ese tipo, por lo tanto, lo mejor que podía hacer en esa situación era dejar las cosas como estaban.

Seguía deseando que su hermana Simralin volviera a casa, porque así le podría contar lo que había pasado y ella le daría una respuesta meditada. Esa era su forma de actuar. No era dada a precipitarse, ni a arrebatos emocionales como el resto de la familia. Simralin se lo pensaría y sabría qué era lo que debían hacer.

Sin embargo, los días pasaban y Simralin no regresaba a casa, el rey no lo llamaba, el Ellcrys no le hablaba y sus pensamientos cada vez eran más sombríos y tensos mientras realizaba sus obligaciones de manera mecánica y esperaba en vano a que algo sucediera.

—Parece que últimamente tienes la cabeza en otra parte —le dijo Biat en un momento determinado, agachándose a su lado mientras regaba unas flores—. ¿Estás preocupado por lo del Ellcrys?

El sol estaba en lo más alto del cielo, una esfera abrasadora cayendo sobre Cintra. Llevaba sin llover varias semanas. Todo se estaba marchitando, pensó Kirisin, incluso hasta sus esperanzas más secretas.

—Estaba pensando en Simralin. Me preguntaba qué tal estará —le respondió.

—Mejor que nosotros —sonrió Biat—. Es la Rastreadora que todos los demás Rastreadores desearían ser. Inteligente, guapa, con talento, todo lo que tú no tienes.

Es verdad, pensó Kirisin, mientras su amigo se alejaba.

Durante mucho tiempo, no fue a ver al árbol por la noche, como antes hacía. Por una parte lo estaba deseando, pero por otra tenía miedo de estar a solas con él. No sabía qué era peor, que el árbol se dirigiera a él de nuevo, o que lo hiciera y nadie estuviera allí para verlo y por lo tanto no lo creyeran. Al final, no pudo aguantar más tiempo. Seis noches más tarde, cuando todos los demás dormían, fue a visitarlo. Era una noche de luna llena y pudo encontrar con facilidad el camino. Se plantó delante del árbol en actitud suplicante como delante de un altar. Su corteza plateada brillaba al reflejo de la luna, dándole a sus hojas un color carmesí. Lo miró con reverencia, tratando de pensar qué más podía hacer. Sabía que tenía que hacer algo, sabía que no podía esperar más tiempo la respuesta del rey, ni de nadie más.

Se acercó al árbol y colocó los dedos en su suave tronco. Háblame, pensó. Dime lo que tengo que hacer.

Sin embargo, a pesar de quedarse esperando un rato largo, hablando en voz baja, diciéndole sus pensamientos, intentando romper el muro de su silencio, el Ellcrys no respondió. Si oyera lo que él le decía, si tan solo se diera cuenta de que estaba allí... Sin embargo no dio señales de ello y, cansado de esperar sin resultado alguno, lo dejó y se fue a dormir.

El día siguiente fue un día seco y de mucho calor, y mientras estaba trabajando en el jardín con los demás, a Kirisin se le agotó la paciencia. Había pasado una semana

desde que había ido a ver a Arissen Belloruus y a pesar de su decisión de no precipitarse, no pudo más. La culpa en parte fue de Erisha. Después de varios días de no dirigirse a él, en un momento determinado la encontró mirándolo, cuando ella pensaba que él no estaba prestando atención. No fue un acto ofensivo, nada que en otras circunstancias le hubiesen hecho reaccionar de aquella manera, pero de esa forma respondió. Se puso en pie, sudoroso y cansado, completamente furioso y se fue hasta donde ella estaba, de pie al lado de Raya, dándole instrucciones sobre cómo había que cortar las ramas. Erisha lo vio acercarse, vio la expresión en su rostro e intentó alejarse, pero él no se lo permitió. La persiguió, la alcanzó y se enfrentó a ella.

—¿Qué es lo que pasa, Erisha? —le espetó, con las manos en las caderas, el rostro encendido y la expresión tensa—. ¿Te remuerde la conciencia, querida prima? ¿Esa es la razón por la que me espías?

Erisha se quedó mirándolo durante unos instantes y se dio la vuelta.

—A ver si creces, Kirisin.

No obstante, se puso delante de Erisha de nuevo, bloqueándole el paso.

—Creceré cuando dejes de mentir. ¿Aceptas el trato? Podemos empezar a partir de ahora mismo. Cuéntame la verdad sobre lo de tu padre y yo me comporto como un adulto.

—No sé de lo que estás hablando. —Se apartó para intentar alejarse, pero se lo impidió de nuevo—. Apártate, Kirisin. Sigue así y tendré que ponerte un severo correctivo.

—¡Hazlo! —gritó levantando las manos, sin hacer caso a los demás, que los miraban asombrados, intentando adivinar qué estaba ocurriendo—. ¡Hazlo delante de los demás, cuéntaselo todo a ver qué piensan!

Erisha le cogió las manos y las bajó, quedando uno frente al otro.

—¡Calla de una vez! —le dijo en un ataque de ira—. ¿Quién te has creído que eres? ¡Será mejor que te vayas a casa a descansar! ¡Mira a ver si no tienes fiebre!

—¡Sería mejor que no envenenaras tu mente con mentiras y dijeras la verdad!

Estaban el uno frente al otro, con las caras tan cerca que casi se tocaban con la nariz.

—Yo no me he inventado nada, Erisha —le dijo bajando la voz—. El Ellcrys se dirigió a mí hace una semana y me dijo que estaba en peligro. Me dijo que algo malo le iba a pasar y que lo teníamos que poner en una piedra élfica llamada Loden, que la podríamos encontrar con otras tres piedras élficas. Me dijo que si no lo hacíamos, no iba a sobrevivir, ni tampoco los elfos.

Kirisin la sujetó por las muñecas.

—Esto tú también lo sabes y se lo dijiste a tu padre. Lo sé, porque cuando fui a contarle que el árbol me había hablado, no mencioné lo de las tres piedras, pero tu padre sí. Sabía que teníamos que utilizar esas tres piedras para encontrar la otra. Es imposible que lo supiera si tú no se lo hubieras contado. ¡Admítelo!

Se quedó esperando, con los ojos clavados en ella.

—Está bien —susurró—. Yo se lo conté. Esperé a que te fueras del jardín, fui a verlo y se lo conté. No quería que se lo contaras tú. Yo soy la responsable de los Elegidos. Se lo tenía que contar yo. ¿Puedes soltarme, por favor?

Kirisin la miró en silencio. Seguía mintiendo. Estaba tan enfadado que tenía ganas de abofetearla.

—Quiero que te des una vuelta conmigo, Erisha. Vamos donde nadie nos pueda oír.

Ella negó con la cabeza.

—No, no con esa actitud.

Le soltó las muñecas, retrocedió unos pasos y se cruzó de brazos.

—Lo único que quiero es que me escuches. Si quieres continuar con esta conversación aquí, di a los demás que se acerquen, para que dejen de escuchar a escondidas.

Erisha miró a los demás elegidos, que estaban observando la escena, sin trabajar. Dudo unos segundos y asintió.

—Seguid con nuestro trabajo —les dijo—. Kirisin y yo tenemos que hablar a solas. Volveremos en un segundo.

Lo cogió por el codo y lo sacó casi arrastrando de donde estaban, dirigiéndose hacia el bosque que había un poco más adelante, por un camino estrecho y poco transitado que iba hasta los acantilados que dominaban el valle. Kirisin se dejó llevar, esperando a estar lejos de los demás para aclararlo todo con ella. Pasara lo que pasara, estaba dispuesto a conocer la verdad. Si no se la contaba por voluntad propia, se la sacaría como fuera.

Cuando ya estaban entre los árboles, Erisha se dio la vuelta furiosa y le puso el dedo en el pecho.

—Lo que hablemos mi padre y yo, no es asunto tuyo, primo —le advirtió, recalcando la última palabra—. No tienes ningún derecho a meterte en eso.

Kirisin se mantuvo firme.

—Lo hago cuando se me miente, o cuando me mientes tú, como acabas de hacer. Hablé con Biat después de venir de ver a tu padre y me dijo que en ningún momento te habías ido del jardín. Se lo contaste a tu padre, pero no en aquel momento, se lo contaste mucho antes. Por eso el Ellcrys me dijo que tenía que escucharlo, porque *ella* no lo había hecho y ese *ella* eres tú. Te contó lo mismo que me contó a mí y no quisiste hacer nada. ¿Por qué me mientes?

—¡Yo no te miento! —le respondió muy enfadada.

Sin embargo, por la forma en que lo dijo, a Kirisin ya no le quedó ninguna duda de que lo estaba engañando. La miró con cara de lástima.

—Cuando acabe todo esto, Erisha, tendrás que vivir con tus remordimientos. Piensas que no le va a pasar nada al Ellcrys, pero ¿y si le pasa?, ¿y si se muere? Hiciste la promesa de que ibas a cuidarlo, igual que el resto de nosotros. No habrás

hecho lo que se espera de ti.

Erisha negó la acusación.

—Haré lo que se espera de mí.

—No estás haciendo lo que se espera de ti. Ni yo tampoco. No hemos hecho nada por ayudarlo. Ha suplicado nuestra ayuda, pero no le hemos hecho caso. Para mí supone mucho pertenecer a los Elegidos, tengo un deber que cumplir y no lo voy a descuidar solo porque tu padre y tú, o cualquier otro, decida que no hay que hacer nada. ¿Qué os pasa? ¿No sentís que tenéis la obligación de salvarlo? ¿Por qué actuáis de esta manera?

Apretó los labios y movió la cabeza. Trató de hablar, pero no pudo.

—Bueno, haz lo que creas correcto —continuó, acercándose a ella otra vez—. Tendrás que responder por tu decisión. Yo voy a ir a ver a tu padre y a exigirle que hagamos algo. Si no me hace caso, recurriré al Gran Consejo, y si ellos tampoco quieren escucharme, iré a cualquiera que esté dispuesto a hacerlo. De hecho, voy a empezar por contárselo a Biat y a los demás. Voy a ir inmediatamente y les contaré lo que estáis haciendo tú y tu padre.

—¡Será mejor que no hagas eso, Kirisin! —le dijo con los dientes apretados—. ¡No sé lo que mi padre es capaz de hacer si lo haces!

—¿Me estás amenazando, quizá? Yo no soy como tú, Erisha, yo no le tengo miedo a tu padre.

—¡Ni yo tampoco! —le espetó ella, con lágrimas en los ojos.

—Le tienes un pánico de muerte —le dijo, dándose cuenta de que, por razones que desconocía, efectivamente era así.

—¡Tú...! —empezó a decir sin poder acabar la frase. Bajó la cabeza y se puso las manos en la cara para ocultar sus lágrimas—. Te odio —le dijo en voz baja.

—No me odias.

—¡Sí te odio! —insistió.

—Cuéntame la verdad —la presionó.

—¡No entiendes nada! —le gritó, con tanta fuerza que Kirisin tuvo que retroceder unos pasos.

—¿Por qué no me ayudas entonces a entenderlo? ¡Dime por qué estáis mintiendo! Levantó las manos, su pelo estaba totalmente alborotado.

—¡No te lo puedo contar! Mi padre... —dijo, sin acabar la frase—. No... no puedo.

—Fue él el que te dijo que no me lo contaras, ¿no? —le preguntó Kirisin—. ¿No es verdad? Admítelo.

Se quedó mirándolo, derrotada.

—No vas a ceder. No vas a parar de preguntar hasta que lo sepas. —Respiró hondo y después soltó el aire poco a poco—. Está bien, te lo contaré. Pero si se lo cuentas a alguien más, les diré que estás mintiendo.

Era una amenaza sin significado, pero no había motivos para comentárselo.

—Cuéntamelo, Erisha —le dijo.

Ella apretó los labios.

—Yo no quería ocultar que el Ellcrys me había hablado, pero mi padre me pidió que lo hiciera. Me dijo que no se lo podía contar a nadie. —Se secó las lágrimas—. El no solo es mi padre, es el rey. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Kirisin no dijo nada, simplemente esperó. Al cabo de unos segundos, la chica levantó la mirada, como para cerciorarse de que estaba escuchando. Después miró para otro lado.

—A mí me encanta lo que hago, Kirisin, aunque no lo creas. Creo en lo que hago. No lo cambiaría por nada, y yo... —Se calló—. A veces voy a ver al árbol por la noche, como tú haces también. Me gusta estar cerca de él, a solas con él. A veces siento que nota mi presencia y sé que es una tontería, pero eso me parece. Me siento en el jardín y me quedo junto a él. Nunca ha hecho nada que me hiciera pensar que era consciente de mi presencia, hasta hace dos semanas, cuando me contó que tenía que buscar la Loden para protegerlo.

Movió la cabeza sin poder contenerse.

—No sabía qué hacer. Se lo tenía que contar a alguien y decidí contárselo a mi padre. Le supliqué que hiciera algo. Al principio pensé que lo iba a hacer, pero luego dijo que era más complicado de lo que yo pensaba. Me dijo que no sabía lo que le estaba pidiendo, que no sabía nada de la Loden como para entender lo que podría pasar si hacía lo que le pedía. Me dijo que teníamos que esperar hasta que yo dejase de ser una de los Elegidos. Cuando ya no fuera una Elegida, haría algo.

Levantó las manos al ver que Kirisin iba a hablar.

—Le dije que no podíamos esperar tanto, pero me respondió que esa espera, si pensamos en los años que vive un Ellcrys, no representaba gran cosa. El Ellcrys lleva vivo cientos de años, por lo que unos cuantos meses más no iban a suponer nada. No era necesario precipitarse.

—Eso no lo puede saber —respondió Kirisin.

—Lo que no sabe es lo que me puede pasar a mí.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que hay cosas que ni tú ni yo sabemos. La Loden es una piedra élfica, un talismán mágico. Mi padre dice que el que la utilice corre un gran riesgo. No me quiso decir el tipo de riesgo, pero me dijo que no estaba dispuesto a que yo lo asumiera. Le contesté que no tenía miedo, que era la responsable de los Elegidos y que estaba dispuesta a enfrentarme a ello.

Erisha vio un gesto de incredulidad en el rostro de Kirisin y frunció el ceño.

—No te lo creas si no quieres, Kirisin, pero eso es lo que le dije. Se enfadó mucho. Me dijo que no sabía de qué hablaba, y que si seguía insistiendo, me relegaría de mi cargo.

Movió la cabeza desesperada.

—Cuando le respondí, empezó a gritarme. Estaba muy enfadado. Nunca le había

visto así antes. ¿Qué podía hacer? Es mi padre.

Los dos permanecieron en silencio. Se miraban el uno al otro, sin decir nada. Kirisin no sabía qué pensar. Estaba enfadado con el rey, pero por otra parte era comprensible que Arissen Belloruus quisiera proteger a su única hija de lo que percibía como un peligro si se utilizaba la Loden. Lo que más le preocupaba, sin embargo, era la sospecha de que el rey no le había contado todo a Erisha, de que estaba ocultando algo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó ella.

La verdad era que no lo sabía. Había supuesto que conocer la verdad le daría la respuesta, pero no fue así. Estaba tan a la deriva como lo había estado antes.

—¿Cómo sabe tu padre que la Loden puede ser un peligro para el que la use? —le preguntó.

Erisha se encogió de hombros.

—Cuando le conté lo que me había dicho el Ellcrys, me dijo que esperase, mientras enviaba a Culph a consultar los libros de historia. Cuando Cluph regresó con el informe fue cuando me dijo que no iba a hacer nada. Algo había descubierto en los libros que no me quiso contar.

—¿Y no quieres saber qué es? —le preguntó.

Erisha lo miró con gesto dubitativo.

—No lo sé.

—Así conocerías el peligro por utilizar la piedra Loden. Sabrías si tu padre tiene razón.

—Quizá.

—Dijiste que para ti la promesa que hiciste era muy importante. ¿No te interesa saber a lo que te arriesgas si tratas de ayudar al Ellcrys? —Hizo una pausa—. A ti fue la primera a la que te pidió ayuda, Erisha. No a mí. A mí me la ha pedido porque tú no le hiciste caso, pero en realidad es a ti a quien ha encomendado su protección.

—No lo sé, Kirisin. ¿Qué quieres que haga?

—Consultar los libros de historia. Es la única manera de saberlo. Yo te ayudaré, no te estoy pidiendo que lo hagas sola. Si buscamos los dos, encontraremos la respuesta antes.

Permaneció en silencio durante unos segundos, pensando.

—No sé.

—¿Te acuerdas de cuando éramos niños? —le preguntó impulsivamente. Alargó la mano y le acarició el hombro—. Nos perseguíamos por el bosque e imaginábamos que estábamos viviendo una fascinante aventura. A veces lo hacíamos incluso por la noche, cuando el bosque estaba más oscuro y daba más miedo. Decíamos que estábamos buscando un tesoro escondido. Éramos amigos. Las cosas han cambiado, pero creo que seguimos siendo amigos. No sé por qué tu padre puede estar tan preocupado por lo que te pueda pasar, pero quiero ayudarte a descubrirlo. ¿Por qué no me dejas? ¿No quieres saber qué hay detrás de todo esto?

Erisha se quedó mirándolo fijamente, con gesto inseguro.

—Tendríamos que pasar sin que nos vieran a la sala donde están los libros. El viejo Culph está allí continuamente. Tendríamos que entrar cuando esté dormido, porque si no querrá saber qué hacemos y seguramente se lo contará a mi padre. — Hizo una pausa, pensativa—. Pero sé cómo entrar en la sala, aunque esté cerrada con llave.

Estaba empezando a convencerse de que había que hacer algo, de que tenía que quitarse de encima la culpa que había estado soportando por obedecer los deseos de su padre y no cumplir su deber como Elegida.

—¿Estás dispuesta, entonces? —la presionó, para asegurarse de que no iba a cambiar de opinión—. Si lo desobedeces, se enfadará bastante.

—Ya lo sé —respondió, poniendo gesto de duda otra vez.

—Pero de eso ahora no tienes que preocuparte —insistió él, mientras observaba su expresión—. Espera hasta que descubramos lo que nos quiere ocultar.

Erisha movió la cabeza.

—Está bien —le respondió mirándolo a los ojos.

La duda que había visto segundos antes había desaparecido.

—¿Vamos esta noche? —le propuso.

Asintió, con gesto decidido.

—Esta noche.

El resto del día transcurrió demasiado lento para los deseos de Kirisin. Intentó entretenerse en el jardín, pero su cabeza estaba todo el rato dándole vueltas a lo que le había contado Erisha. Sus sentimientos estaban divididos. Por una parte, entendía la actitud de su padre, de no querer poner en peligro a su hija, pero por otra, ella era la responsable de los Elegidos y a la que el Ellcrys había pedido ayuda. Para él, estaba claro lo que debían hacer padre e hija, pero no sabía cómo reaccionaría en el hipotético caso de que él fuera el rey y Erisha su hija. Intentó no juzgarlos, a pesar de estar haciéndolo. Kirisin siempre había admirado a Arissen Belloruus, pero no creía que fuera a conservar aquel sentimiento más tiempo. Con respecto a Erisha, no sabía lo que iba a pasar. Dependía de lo que ocurriera esa noche. Dependería de su reacción a lo que descubrieran en los libros de historia de los elfos.

De una cosa estaba seguro. Sus padres se enfadarían bastante si se enteraban de que su primo estaba dispuesto a poner en peligro a toda la nación de los elfos por proteger a su hija. Por eso Kirisin no les quería contar nada, porque sabía que irían directamente al rey a contárselo y eso sería lo peor para ellos.

Por fin llegó el anochecer. Kirisin había tenido el tiempo más que suficiente para darle vueltas a todo. Tanto, que ya estaba cansado y quería entrar en acción.

Con todo, primero tenía que ir a cenar con sus padres, con los que había quedado para pasar la velada, hablar de Simralin y de su vuelta a casa y hacer las labores que debía hacer cuando iba a visitarlos. Se fue a la cama pronto, fingiendo cansancio y durmió unas cuantas horas, hasta una hora antes de la medianoche. Después de

comprobar que todos estaban durmiendo, se levantó y se vistió. Cogió su cuchillo, se puso las sandalias y salió por la ventana, desapareciendo en la oscuridad sin hacer el menor ruido.

La comunidad de los elfos era tranquila, la mayoría estaban en la cama, o casi a punto de irse a la cama. El cielo estaba nublado y solo se veía una luz tenue, por lo que Kirisin tuvo que poner en funcionamiento sus habilidades como elfo para caminar en la oscuridad. El aire estaba en calma y era cálido, la noche era como un manto de silencio. Trababa de moverse cautelosamente por los caminos estrechos que iban a la casa de Belloruus, escuchando atentamente los ruidos que le pudieran avisar de la presencia de otra persona. No oyó ninguno y llegó a la casa del rey sin incidencias.

Escondido entre los arbustos, como habían acordado, más allá del perímetro que recorrían los vigías, esperó a la medianoche y a Erisha.

Varias veces pensó que nadie más sabía dónde estaba. Si algo le pasaba, nadie sabría dónde buscarlo. El pensamiento le produjo un escalofrío. El rey podría hacer algo para acabar con él. Si estaba dispuesto a poner en peligro la vida del Ellcrys para proteger a su hija, no tendría problemas en encontrar alguna excusa para deshacerse de un chico entrometido.

Se preguntó si Erisha no habría ido a contarle todo a su padre.

Todavía se lo estaba preguntando, cuando la chica surgió de la oscuridad, vestida de negro, como él, para camuflarse mejor.

—Por aquí —dijo susurrándole al oído—. Los vigías no nos verán. Vamos.

Kirisin la siguió a través de los árboles, poniendo los pies justo donde ella los había puesto, mirando a su alrededor, por si aparecía alguien de la guardia real. Sin embargo, no apareció nadie, y minutos más tarde estaban frente a una puerta que Erisha empujó y abrió. Estaban en casa de Belloruus.

Kirisin se quedó de pie junto a la puerta. Erisha se detuvo a escuchar, para comprobar que no los habían visto. Pasados unos segundos, lo cogió del brazo y tiró de él. Caminaron despacio, atravesando habitaciones iluminadas con velas muy pequeñas, que daban la luz necesaria para ver por donde iban sin tropezarse con ningún mueble. En un par ocasiones, Erisha se detuvo a escuchar. Al cabo de un rato llegaron hasta una puerta que daba a una escalera que conducía a la biblioteca, en la cual se encontraban los libros que narraban la historia de los elfos. La chica elfa llevaba una antorcha que no echaba humo para iluminar el camino. El aire cada vez era más frío y el silencio más profundo. Bajaron por unas escaleras y llegaron a una antesala donde había una mesa y varias sillas, y también un par de puertas construidas en las paredes de tierra, apuntaladas con unas vigas.

Erisha se dirigió a la puerta de la derecha y la abrió con cuidado, introduciendo la antorcha para ver lo que había en el interior. Cuando pudo ver algo, se dio la vuelta e hizo una seña con la mano a Kirisin para que se acercara. Entraron en la habitación, que estaba llena de estanterías y armarios repletos de libros y papeles. Erisha se

dirigió al fondo de la habitación, se detuvo y señaló un conjunto de libros muy viejos y cubiertos de polvo, con tapas de cuero y cantos de oro. Sacó el primer volumen y se lo dio.

—Estos son los libros de historia —susurró—. ¿Puedes llevarlos a la mesa de fuera?

Él negó con la cabeza.

—Quedémonos aquí.

Se sentaron en el suelo y colocaron la antorcha en medio, abrieron los libros y empezaron a leer.

Fue un proceso lento. El orden en el que se habían escrito los libros era confuso, no parecía ser ni cronológico, ni por temas. La letra era muy pequeña y muchas palabras incomprensibles. Kirisin decidió que iban a tardar mucho tiempo en leer todo aquello y le sugirió a Erisha buscar palabras como «Elcrys» o «piedras élficas» y que leyeran el texto cuando las encontraran. Aquello dio resultado, pues pudieron pasar páginas con mayor rapidez, porque apenas encontraron una mención de las dos palabras.

Y lo que era peor, apenas encontraron referencias a la Loden.

Terminaron los dos primeros tomos y empezaron con los dos siguientes. El tiempo pasaba rápidamente. Kirisin se descubrió mirando a Erisha, que estaba absorta leyendo, sin prestarle atención siquiera. Le gustaba ese cambio de actitud en ella. Si lograba encontrar algo y actuaba, lo mismo incluso podía cambiar...

—¿Estáis buscando algo? —se oyó una voz en la oscuridad al lado de la puerta.

El corazón de Kirisin dejó de latir. Clavo su mirada en los ojos aterrorizados de Erisha y no la pudo apartar.

Unas manos movieron los hombros de Halcón, que se despertó sobresaltado.

—Despierta, Hombre Pájaro —le decía Pantera.

Parpadeó y trató de enfocar la mirada. Tardó unos segundos en volver a la realidad. Estaba en el suelo de la sala, donde se había quedado dormido. Se oían voces al fondo, voces cargadas de preocupación.

—¡Oye! —lo sacudió Pantera de nuevo. En aquella ocasión, lo miró a los ojos. Le estaba sonriendo—. Ven a ver al perro.

Cheney. Se sentó rápidamente, tanto, que la cabeza empezó a darle vueltas y tuvo que ponerla entre las piernas durante unos segundos.

—Estás peor tú que el animal —le dijo Pantera con sorna—. Levántate. ¿Quieres perdértelo?

Halcón parpadeó, se le había pasado el mareo. Miró a Pantera.

—¿Perderme qué? —le preguntó.

—Eso —señaló el otro.

Los Fantasmas estaban alrededor de Cheney, que estaba levantado y bebiendo agua de un cubo. Todas las heridas habían desaparecido.

Lechuza se acercó, con los ojos como platos.

—¿Cómo puede ser? —preguntó, sorprendida—. Se estaba muriendo, Halcón.

Halcón movió la cabeza. Estaba tan confuso como ella, aunque por razones diferentes. Sabía lo que había pasado, sabía el papel que él había desempeñado, pero no entendía cómo había podido ocurrir.

—Ese perro... ese perro es un demonio —murmuró Pantera, mirando a Cheney, con el ceño fruncido—. No podía ni sostenerse, ni siquiera respirar y ahora está tan pancho. —Movié la cabeza—. Es un demonio.

Vela que estaba arrodillada al lado de Cheney, levantó la cabeza y vio a Halcón despierto, se acercó a él y le dio un abrazo.

—¿No es maravilloso? —susurró.

Lo era. Era un milagro, a pesar de que él pensaba que había algo más, algo misterioso y personal, aparte del milagro. Quería entenderlo, pero al mismo tiempo tenía miedo de lo que pudiera descubrir. Cheney había estado al borde de la muerte, ni siquiera lo había reconocido cuando Halcón lo abrazaba y pensaba que no podía hacer nada por él, nada que pudiera salvarle la vida, y sin embargo...

Halcón lo había salvado.

¿Cómo lo había conseguido?

Se apartó de Vela, se puso de pie y se dirigió hacia donde Cheney se había tumbado, después de acabar de beber. Los ojos grises del *animal miraron a Halcón, unos ojos* limpios y claros. Halcón se arrodilló a su lado y le acarició la cabeza y las orejas. Todas sus heridas habían cicatrizado, vio las marcas debajo de su pelo, parecían el recuerdo de heridas que se hubiera hecho hace tiempo.

Halcón lo miraba, preguntándose si lo que había ocurrido no había sido producto de su imaginación. A lo mejor las heridas que había visto no eran tan graves de lo que parecieron al principio, a lo mejor eran superficiales y...

No, no se había imaginado nada. La noche anterior había ocurrido algo entre Cheney y él de lo que solo ellos dos eran testigo, algo que él todavía no podía comprender.

Y quizá nunca entendería.

Se levantó, sintiéndose un poco extraño consigo mismo. Era como si hubiera dejado de ser la misma persona, alguien a quien no conocía, alguien diferente, porque solo otra persona podría haber hecho algo parecido con Cheney.

—Fíjate en él —murmuró Pantera—. Parece que sepa algo que nosotros no sabemos. Los perros del diablo son así de misteriosos.

Halcón empezó a dar órdenes a todos. Era mejor hacer algo productivo que quedarse sentados intentando resolver misterios. Durante los próximos días tendrían que vivir en uno de los pisos superiores del edificio. No era tan seguro, pero no tenían más remedio. Dijo a Arreglatado y a Tiza que buscaran un sitio que se pudiera cerrar y defender con facilidad. Se trasladarían ese mismo día, se llevarían todo lo que fueran a necesitar y dejarían el resto para otro día. También dejarían allí el esqueleto del ciempiés, porque era demasiado pesado para moverlo y tampoco había ninguna razón que lo exigiera, en cualquier caso. Esperó que no hubiera más monstruos como aquel, una mutación que había surgido de las alcantarillas y de los túneles bajo tierra. Su procedencia y la causa de su mutación eran otro misterio que difícilmente iba a poder resolver. No obstante, al menos ya conocía el animal al que tendrían que enfrentarse si seguían apareciendo Lagartos y Croaks muertos, u otras tribus.

Desayunaron todos juntos, con la poca comida que habían podido salvar de entre los escombros de la cocina destrozada. Mientras comía, seguía pensando en que debería haber sido más precavido después de ver al lagarto y de que el Hombre del Tiempo le contara lo de los Croaks. Debería haber tomado más precauciones cuando Vela le advirtió del peligro en el almacén donde fueron por las pastillas para el agua, pues aquel almacén había sido la guarida del ciempiés. Debía de estar escondido allí y en un momento determinado debió de salir por comida. De alguna forma, encontró a los Gatos, los pilló desprevenidos y acabó con ellos antes de que pudieran defenderse. Después localizó el refugio de los Fantasmas, se metió por los conductos de aire y entró por el techo.

Movió la cabeza, formándose una imagen mental del monstruo que podía atravesar el hormigón armado.

Gorrion había sido muy valiente al enfrentarse a aquel bicho para proteger a Lechuza y a Ardilla. La miró, para comprobar que seguía siendo la misma niña. Estaba comiendo en silencio, no hablaba mucho, su rostro, enmarcado por el cabello pajizo, parecía relajado. Parecía la misma, pero seguro que lo que había pasado la había cambiado. ¿Cómo no cambiar después de lo que había vivido?

Lo sorprendió mirándola. Halcón sonrió y le guiñó un ojo. Gorrión le devolvió la sonrisa y continuó comiendo.

Cuando acabaron de desayunar, envió a Tiza y a Arreglatodo a buscar un nuevo refugio y a Pantera y a Oso a buscar a Río y al Hombre del Tiempo. Después de lo que había ocurrido, no podía dejar a la niña y a su abuelo sin protección, tuviera la enfermedad que tuviera. Podía aislarlos en una de las habitaciones de los pisos de arriba, pero cerca de ellos para poder protegerlos. A lo mejor Lechuza averiguaba cómo podía ayudar al anciano, cuando viera sus síntomas... Si no, lo ayudarían como pudieran hasta marchar de la ciudad.

Porque marcharse, se iban a marchar, de eso estaba seguro. La aparición de aquel ciempiés gigante le había hecho decidirse. Quedarse en la ciudad era demasiado peligroso, pues las cosas estaban cambiando y no quería quedarse en aquel sitio para verlo. Había llegado el momento de hacer realidad su visión, aunque no supiera bien cómo, de llevar a su familia al sitio que había visto en sus sueños.

No obstante, aquello suponía tener que convencer a Tessa de que se fuera con ellos y no sabía cómo lo iba a lograr. De alguna manera, encontraría la forma de convencerla. Había quedado con ella aquella misma noche, en el sitio de siempre, donde le contaría sus planes y después trataría de convencerla por todos los medios de que lo acompañara.

Se fue con Lechuza y Gorrión a recoger todo lo que iban a necesitar para trasladarse a los pisos de las plantas superiores. Tiza y Arreglatodo volvieron a los pocos minutos diciendo que habían encontrado un sitio y Halcón fue a verlo. Era una planta con varias habitaciones, no muy arriba. Y a pesar de que no era tan seguro como donde vivían hasta ahora, el piso había dejado de serlo después del ataque del ciempiés.

Cuando Pantera y Oso regresaron traían al Hombre del Tiempo en una camilla y Río iba detrás de ellos. Iban a instalar a la niña y a su abuelo en una habitación aislados de los demás, pero cerca de donde estaban. El anciano seguía con las mismas manchas color púrpura y con mucha fiebre. Río abrazó a Halcón y le dijo lo mucho que significaba lo que hacía por ellos y él le devolvió el abrazo y le contestó que eran una familia y que tenían que cuidarse unos a otros. Pantera se sentó con los hombros caídos refunfuñando por lo que habían decidido hacer sus compañeros, pues pensaba que se habían vuelto locos, porque pretendían cambiar de un día para el otro la forma de vida que habían tenido hasta aquel momento, y él no quería formar parte de aquello. No obstante, se unió al grupo que llevaba las pocas pertenencias que habían sobrevivido al ataque del ciempiés escalera arriba hacía sus nuevas habitaciones.

Tardaron un día entero en trasladar todas sus cosas. Cuando acabaron, Lechuza ya había examinado al Hombre del Tiempo y había recabado más información sobre los distintos tipos de peste. Dijo que creía haber descubierto la forma de tratar la que había contraído el anciano. Río se encargó de darle las medicinas y el agua para que no se deshidratara, poniéndole toallas frías para que le bajara la fiebre. Era un método

rudimentario, pero no tenían otra cosa. Halcón había prometido hablar con Tessa para ver si podía conseguir más medicamentos, pero después de lo que había ocurrido lo único que iba a hacer era tratar de convencerla para que no volviera nunca más al estadio.

A la caída de la tarde, los Fantasmas ya habían terminado el traslado y estaban preparándose para pasar la noche. Cheney se había colocado en la puerta a hacer guardia, una vez recuperada parte de sus fuerzas, y Halcón puso turnos de guardia de dos horas hasta el amanecer. No era el momento de correr riesgos, a pesar de tener la protección de Cheney, y tan solo serían unos días, hasta que se marcharan de aquella ciudad. Quiso pensar en cómo lo iba a hacer, en lo que había fallado, adelantarse a los acontecimientos, pero fue incapaz, pues no podía prever lo que iba a pasar, por mucho que quisiera resolver todas sus dudas. Tendría que hacer planes día a día y esperar a descubrir lo que tuviera que descubrir según avanzaran. Era un gran riesgo que deberían correr, pero sentía qué mayor era el riesgo de quedarse allí sin hacer nada.

A veces, lo mejor era confiar en el futuro. Si permanecían todos unidos y se ayudaban entre sí, sería suficiente.

Cuando salió del edificio para reunirse con Tessa, ya había anochecido. Se llevó una de las lanzas y un par de dardos, junto con su cuchillo de caza. Pensó en llevarse a Cheney también, pero temía que el perro no se hubiera recuperado todavía y no quería arriesgarse a que tuviera una recaída. Además, había hecho aquel mismo camino muchas veces, por lo que sabía a lo que se enfrentaba. Tan solo tendría que tener un poco más de cuidado que de costumbre.

—No salgáis —le dijo a Lechuza, acercándose a ella para que nadie más lo oyera—. Si pasa algo, no os separéis. Trataré de volver en cuanto pueda.

Ella asintió, pero su mirada reflejaba preocupación.

—¿Qué vas a hacer si no quiere ir contigo?

No le había contado sus intenciones, pero Lechuza podía leer sus pensamientos, lo mismo que podía leer los libros. Sabía perfectamente lo que iba a hacer aquella noche.

Halcón sonrió de manera tranquilizadora.

—No te preocupes, vendrá conmigo —le respondió.

—Prométeme que si dice que no, tu regresarás con nosotros, que no te irás al estadio o te quedarás esperando a ver si cambia de opinión.

Se quedó mirándolo, esperando su respuesta. Al ver que dudaba, añadió:

—Te necesitamos, Halcón.

El chico se mordió el labio, se miró los pies y respondió:

—Volveré, te lo prometo.

Se despidieron y salió por la puerta que Arreglatodo había blindado para proteger la sala principal, bajó por las escaleras y salió a la calle. Se quedó mirando los coches abandonados y las pilas de escombros.

Respiró hondo y empezó a caminar en dirección al estadio, dispuesto a acabar de una vez con aquel asunto. Caminó por el centro de la calle, mirando a su alrededor, pero sin detenerse un solo instante. Tenía una sensación extraña, solo en la oscuridad, infringiendo la norma de que nadie debía salir solo por la noche que él había impuesto. Se sentía extraño sin Cheney. Tendría que confiar en su propio instinto.

Sin embargo, su instinto no era el de Cheney, y además estaba cansado y preocupado.

Por eso probablemente no se dio cuenta de que una figura lo observaba en uno de los portales de los edificios de aquella calle.

Recorrió la Primera Avenida, en dirección al estadio, con una sensación extraña. Llevaba la lanza en una mano, caminaba por el centro de la calle, alejándose de los posibles depredadores ocultos en la oscuridad. Miraba continuamente a su alrededor, buscando cualquier movimiento o sonido inesperado que pudiera significar peligro, sin encontrar nada. Sabía que no estaba solo, pero se sentía como si lo estuviera.

Un poco más tranquilo, empezó a recordar lo que había pasado con Cheney la noche anterior. No podía dejar de pensar en ello. Seguía recordando cómo había suplicado que ocurriera un milagro y el milagro había ocurrido. Había sentido un calor tremendo en todo el cuerpo y le había traspasado toda su energía al perro. Cheney empezó a dar signos de recuperación casi al instante. ¿Había sido realmente él el que lo había curado? La aceptación de todo lo que había ocurrido cambiaba totalmente la percepción que tenía Halcón de sí mismo y de su lugar en el mundo. De hecho, si él había sido el responsable de la curación milagrosa del perro, poseía un poder que transcendía todo lo imaginable. Sin embargo, también quería decir que no se conocía a sí mismo en absoluto; aquel pensamiento lo perturbó. Nunca se había sentido especial, más bien se consideraba un chico normal y corriente tratando de sobrevivir en un mundo en el que casi todos los días moría alguien como él. No obstante, a partir de ahora tendría que considerar la posibilidad de que era alguien más que un niño con una visión especial.

Se quedó pensando en todo aquello unos minutos, preguntándose si su visión podría tener alguna conexión con lo que le había ocurrido a Cheney. Era difícil de aceptar que el perro se había recuperado gracias a algo que él había hecho o que algo dentro de él había respondido a su desesperación por ayudar al perro. Y más difícil que su visión y ese hecho tuvieran relación alguna. Con todo, no se podía descartar la posibilidad, pues era posible que esos dos hechos tuvieran el mismo origen.

Sin embargo, ¿cuál era ese origen? ¿Habría nacido con aquel don? ¿Lo había adquirido? Todo era un misterio.

Empezó a caminar más despacio, miró a su alrededor, mientras seguía intentando encontrar la verdad. Pensó que la visión que había tenido había sido bastante fragmentada, que nunca se había revelado totalmente, que en ningún momento había visto con claridad adonde tenía que llevar a los que estaban con él. Había confiado en aquella visión, pero la verdad era que nunca la había entendido bien.

¿Se estaba poniendo en ridículo por su terca fe en un simple sueño? No obstante, nunca había pensado demasiado en aquello, ni creía probable que estuviera siendo engañado o que se estuviera engañando a sí mismo. Halcón había actuado como le dictaba el corazón, y parecía que eso era suficiente. Sin embargo, una reflexión más profunda hizo que se diera cuenta de que la visión que había tenido era incompleta y que no tenía ninguna prueba de que fuese Verdad, por lo que su actitud no parecía ser nada inteligente.

Y, sin embargo, creía en ella. A pesar de todo, o tal vez debido a ello, seguía creyendo en ella.

De pronto, vio que algo se movía en la oscuridad, algo que caminaba sobre dos piernas. Aminoró el paso, se alejó un poco y vio que la figura desaparecía en la oscuridad de nuevo. Otra criatura de la noche, como él. Cazando. Buscando su camino quizá. Tratando de encontrar un sitio en el mundo, igual que él.

Movió la cabeza. Aquel pensamiento poético no conducía a ningún sitio. En aquel mundo tan solo había presas y depredadores. Todos eran cazadores o cazados. Lo único desconocido era a quién servías de alimento. Tan sencillo como eso.

El viento frío le golpeó la cara cuando salió al espacio abierto que ocupaba el estadio. Estaba demasiado lejos para ser visto, pero tendría que tener cuidado y esconderse según se fuera acercando. El estadio era todavía una mole oscura sin forma con pequeñas lucecitas que parecían estar mirándote. Oía las voces en la distancia. Cada vez que se acercaba al estadio lo invadía una profunda sensación de irrealidad, como si fuera un extraño que llegara de un lugar lejano. Aquella sensación siempre le hacía recordar por qué nunca había querido formar parte de aquella comunidad.

Se agachó y se dirigió hacia el lugar donde se reunía siempre con Tessa. Atravesó el campo abierto a toda prisa, deteniéndose tan solo para escuchar si alguien lo seguía. Vigilante. Preparado para todo. Sin embargo, no vio ninguna señal de movimiento en los muros del estadio, ninguna indicación de que ocurriera nada fuera de lo normal. Atravesó un paisaje congelado, vacío y sin vida, más o menos como gran parte del resto del mundo. Se preguntó cómo habría sido aquella ciudad, cuando vivía gente, brillante con sus luces y llena del sonido de las voces y las risas, pero no pudo imaginárselo.

A un lado de la calle, desde la profunda oscuridad, un chirrido rompió el silencio y lo dejó clavado en su sitio. Esperó en silencio. Sin embargo, no oyó nada, y comprobó que nada se movía. Esperó un poco más, observando las luces de los muros del estadio, mientras se mantenía al acecho.

Al ver que todo permanecía en silencio, empezó a caminar de nuevo.

La parada de autobús estaba llena de montañas de escombros, por lo que pudo moverse de una a otra, con lo que permanecía así escasos momentos al descubierto. No obstante, estaba muy oscuro y era imposible que lo vieran desde el estadio. Tan solo tendría que preocuparse por lo que pudiera haber cerca, aunque no era probable

que hubiera depredadores por allí, tan cerca del estadio.

Durante todo el tiempo que había ido a ver a Tessa, nunca se había encontrado a nadie y no esperaba que nada cambiara esa noche.

Llegó a la parada y se metió dentro sigilosamente, se agachó y echó un vistazo a su alrededor. Nada. Caminó hacia la puerta del túnel hasta que llegó al borde de la escalera oculta y comenzó a bajar. Se detuvo de nuevo a escuchar. Intentó pensar en lo que le iba a decir a Tessa. Tenía que convencerla de que se fuera con él, pero el problema era que su padre había desaparecido y lo más probable era que no quisiese dejar sola a su madre. No obstante, era posible que su padre hubiese vuelto o quizá su madre le había dicho que hiciera lo que pensara que era mejor para ella. A lo mejor Tessa ya había decidido irse con él.

A lo mejor estaba soñando.

Trató de no pensar en ello mientras bajaba el último tramo de escalera. Algo le hizo dudar, algo en la forma en que estaba cerrada la puerta. No sabía qué, pero era una sensación lo suficientemente fuerte como para hacer que se detuviera.

Llamó a la puerta, dos golpes fuertes y uno suave.

Oyó los cerrojos y de pronto se abrió la puerta dejando entrever la oscuridad. Aparecieron unas manos, dos pares, tres, más, que lo agarraron y le quitaron la lanza de las manos. Aquellos seres lo rodearon y lo tiraron al suelo. Luchó como un animal salvaje, intentando deshacerse de ellas, pero las manos lo sujetaban con fuerza, y no pudo liberarse.

Antes de que algo golpeará su cabeza y lo dejara inconsciente, pudo gritar pidiendo ayuda.

Logan Tom estaba de pie, sin moverse, escondido en la oscuridad, cuando vio al chico salir por la puerta, mirar a su alrededor y empezar a caminar. No podía saber bien si era un chico o un hombre. Parecía saber adonde iba, porque no dudó en elegir el camino a través de aquel paisaje plagado de chatarra. Era un territorio conocido para él. Un niño de la calle, pensó Logan. ¿Cuántos más habría en el edificio del que había salido este? ¿Cuál podría ser el Mutante Mágico?

Porque de lo que ya estaba seguro era de que estaba allí.

Notó cómo los huesos de los dedos se movían en el bolsillo. Ya habían hecho lo mismo aquella mañana, cuando había llegado a aquella ciudad. Los había puesto sobre el pañuelo, y tras juntarse, señalaron la dirección que debía tomar, hacia el centro de la ciudad. Después se los volvió a meter en el bolsillo, pero casi de forma inmediata sintió cómo se movían y se juntaban de nuevo. Se sobresaltó y tuvo que luchar contra la fuerte sensación de repugnancia.

No obstante, pocas horas más tarde, ya se había acostumbrado, y evidentemente, estaban respondiendo a la proximidad del Mutante. Con todo, era una sensación extraña sentirlos moverse de aquella manera, aunque aquello quisiera decir que había llegado a su destino. Los huesos lo habían llevado directamente a aquella plaza y a aquel edificio vacío, donde supo de forma inmediata que encontraría lo que había ido a buscar.

Por un momento, pensó en seguir al chico, pero no lo hizo, temiendo que se pudiera asustar y avisar a los demás, pues no quería que todos salieran corriendo despavoridos. Era mejor dejarlo marchar y concentrarse en los otros.

Vio al muchacho desaparecer en la oscuridad y se quedó donde estaba algunos minutos más. Después salió del edificio donde se había ocultado y empezó a cruzar la calle.

Su instinto y la fuerza de su magia le indicaron que el edificio en el que iba a entrar estaba ocupado, y además se oían ruidos de personas andando de un sitio para otro. Los huesos de los dedos parecieron notarlo también, pues se movían casi de forma frenética.

Llegó a la puerta por la que había salido el chico y se detuvo. No había nada extraño. Seguía oyendo los ruidos que hacían los ocupantes unas plantas más arriba de donde él se encontraba. Se dio la vuelta y miró a su alrededor, para comprobar que no se le había pasado nada por alto. Todo estaba en calma: la plaza un cementerio de coches viejos, paredes caídas y basura. Todo tenía la misma cualidad árida y amarga que había encontrado en el camino que había recorrido hasta llegar a aquella ciudad. Los sentimientos que evocaban eran los mismos, de un tiempo y un lugar, de un mundo y sus habitantes convirtiéndose en polvo.

Recordó unos segundos su encuentro tres noches antes con los fantasmas de los muertos en las montañas. La sensación que había tenido después de salir de aquel

sitio extraño y terrible casi había desaparecido y había logrado recuperarse del mundo de los sueños y la niebla. Los fantasmas eran cosa del pasado, el futuro era para los vivos. Los Caballeros de la Palabra vivían con un pie en el pasado, el legado de sus sueños, pero su objetivo era estar al servicio del futuro. Esa era su lucha y siempre la sería. Existía una fina línea divisoria difícil de distinguir entre el sueño y la vigilia, el pasado y el presente. Con todo, el hecho de que la misión que le había sido encomendada lo hubiera llevado allí, a encontrar al Mutante, le hizo superar la confusión, las dudas y los miedos, los cuales aquel nefasto encuentro había provocado. Lo que iba a hacer cambiaría el destino de la humanidad. Su creencia en esa posibilidad exigía dejar todo lo demás a un lado, todo lo personal, hasta hacer lo que le habían pedido que hiciera.

Dentro de su cabeza, los fantasmas chachareaban y se reían como pequeños animales y la entereza de su determinación se estremecía.

Cruzó la puerta y entró en un vestíbulo pequeño y oscuro. Al fondo se veía una escalera, por la que empezó a subir. Caminaba lentamente y en silencio, pues no quería que los chicos notaran su presencia, para no asustarlos. No es que tuviera miedo de perder al Mutante, pero si lo perdía tardaría tiempo en localizarlo de nuevo y no estaba muy seguro de poder disponer de mucho más. Había otras fuerzas queriendo hacer lo mismo y tarde o temprano se tendría que enfrentar a ellas.

Encontró a los niños en la cuarta planta, detrás de una puerta blindada. Todos permanecían en silencio. Quizá lo habían oído; quizá simplemente habían notado su presencia. Era posible que tuvieran un instinto sobrenatural que los advirtiera, o puede que ya no estuvieran vivos. Logan escudriñó el vestíbulo en la penumbra en busca de algo que le diera una pista, pero no encontró nada. Volvió a mirar la puerta. Justo detrás se oía el sonido de una respiración. Era curioso que no hubieran salido corriendo, pero eso quería decir que estaban preparados para enfrentarse a cualquier intruso. Tendría que tener cuidado.

—Hola, me llamo Logan Tom —dijo en voz alta—. ¿Alguno de vosotros puede hablar conmigo?

Nadie respondió. Esperó un rato y continuó.

—No he venido a haceros daño. Estoy buscando a una persona. Vengo desde muy lejos buscándola. ¿Podéis ayudarme?

Aunque nadie respondió, oyó unos susurros detrás de la puerta y el gruñido de un animal.

—¿Vienes del estadio? —una voz le preguntó.

Era la voz de una adolescente, quizá de una mujer joven, por su tono tranquilo y confiado.

—No, no vengo de ningún estadio. Soy un Caballero de la Palabra.

—¿Y eso qué es? —preguntó otra voz.

—¿Vas armado? —inquirió la chica.

Todas sus armas las había dejado en el Lightning, que había aparcado en la

autopista, a un kilómetro de donde estaba.

—Voy desarmado —respondió.

—¿Y esa vara?

Parecía que lo estaban viendo, incluso en medio de aquella oscuridad. Logan no dejó que vieran que se había dado cuenta, y deliberadamente no buscó la mirilla por la cual lo veían.

—Es un símbolo de la orden a la que pertenezco. No es un arma.

Una mentira piadosa, porque podía ser un arma, a pesar de que jamás la utilizaría contra ellos. Esperó unos minutos, pero nadie más se dirigió a él. Estuvo a punto de pedirles que lo dejaran entrar, pero prefirió esperar, pues era mejor que fueran ellos los que tomaran esa decisión, sin presionarlos.

—Dinos qué estás buscando.

—La verdad es que no lo sé. He venido a buscar a una persona que nunca he visto, pero tengo algo que me dirá quién es. Un talismán, que me ha traído hasta aquí y me dice que la persona que estoy buscando está ahí dentro.

—¿Puedes describirlo?

Negó con la cabeza y respondió:

—No. El talismán lo señalará, si me dejáis entrar.

Empezaron a hablar, parecía que estaban discutiendo, pero no podía distinguir lo que decían. Intentó pensar en qué más les podía decir para que abrieran la puerta.

—No sabemos si creerte o no, pero no podemos dejar que entre nadie, si no es de nuestra tribu —le dijo la chica con voz firme—. Podemos salir uno de nosotros, pero tendrás que convencernos.

—¿Y qué puedo decirlos para convencerlos?

—Dinos cómo encontraste el talismán, dinos cómo averiguaste su poder. Dinos cualquier cosa. —Hizo una pausa—. Cuéntanos todo y sabremos si nos dices la verdad, así que no mientas. También sabremos si tienes intención de hacernos daño.

Se quedó pensativo durante unos minutos. ¿Había algo que no pudiera contarles? Buscó en su mente y decidió que no había nada que ocultarles. ¿Qué más daba que supieran la razón por la que había ido hasta allí? Lo que importaba realmente era que lo dejaran entrar, para poder sacar el pañuelo con los huesos de los dedos y descubrir quién era el Mutante Mágico.

—Está bien —respondió él.

Les contó todo. Les habló de su misión como Caballero de la Palabra, de su encuentro con Dososos, de los orígenes del Mutante Mágico, de su viaje hacia el oeste y de su llegada a aquella ciudad. Tardó tiempo en narrar toda la historia, pero ninguno de los que estaban al otro lado de la puerta lo interrumpió. Todos permanecieron en silencio.

Sin embargo, cuando acabó oyó una nueva voz, era la voz de una niña.

—¡Es la visión, Lechuza! ¡La visión de Halcón!

—¡Es tu historia, Lechuza! —dijo otra voz, esta vez de un chico joven—. ¡Del

chico y los niños!

Todos hablaban al mismo tiempo en voz baja, algunos les mandaban a otros callar. Logan pudo oír el nombre de Vela, aunque no estaba del todo seguro. Esperó en silencio a que se tranquilizaran. Cuando lo hicieron, se oyó otra vez la voz de la chica.

—No sé si creerte, Logan Tom.

—¡Maldita bestia del demonio! ¡Yo no me creo nada! —exclamó un chico que parecía más mayor, pues su voz era más grave que las demás.

Todos empezaron a hablar a la vez. De lo único que estaba seguro era de que todos ellos eran niños, ninguno de ellos, salvo quizá la chica que había hablado con él la primera vez, podía ser muy mayor. Habían abandonado cualquier tentativa de ocultar el número de personas que había allí dentro, y ahora todos estaban discutiendo si debían creer en él o no.

En un momento determinado, oyó la voz de una niña, suponía que de Vela, exclamar:

—¡Abre la puerta! Ha venido a ayudarnos. No quiere hacernos daño, si no, yo lo sabría. Déjale entrar y podremos ver el talismán del que habla.

Empezaron a discutir de nuevo y al cabo de unos instantes la chica que parecía más mayor los mandó callar.

—¿Puedes soltar la vara que llevas para estar seguros de que no quieres hacernos daño? Además, deberías darte la vuelta y alejarte, para que podamos registrarte y asegurarnos de que no puedes lastimarnos. Tendrás que quedarte ahí de pie mientras lo hacemos.

Era algo que ni siquiera se le había pasado por la imaginación, pues le pedían que hiciera una cosa que contradecía lo que le decían sus instintos acerca de su supervivencia: no debía abandonar nunca su vara, no debía exponerse nunca a la voluntad de otros y no debía confiar nunca en la palabra de alguien a quien no conocía. Estuvo a punto de decirles que no, estuvo a punto de decirles que estaba un poco harto de todo aquello y que iba a entrar quisieran o no quisieran. No obstante, se calmó y trató de ganarse su confianza. Los niños lo único que querían era seguir vivos y no tenían a nadie que los protegiera. Estaban solos y desde muy jóvenes habían aprendido a no fiarse de nadie.

Se dio la vuelta y dejó su vara en el suelo, extendió los brazos y se quedó esperando. Al cabo de unos segundos oyó el sonido de los cerrojos. La puerta se abrió haciendo un leve chirrido y sintió dos puntas metálicas en el cuello. Se quedó sin hacer nada, tranquilo, incluso a pesar de haber perdido de vista su vara.

—Mira que vara tan rara —susurró un niño.

—Déjala —dijo otro, antes de dirigirse a Logan—. Te estamos apuntando con lanzas eléctricas. No te muevas, hasta que no te lo digamos.

Logan sonrió.

Empezaron a discutir lo que tenían que hacer. Lo registraron y sacaron de su

bolsillo el pañuelo negro con los huesos.

—¡Puaj! —dijo uno de los niños y metió los huesos de nuevo en su bolsillo—
¡Lleva unos huesos!

—A lo mejor es un caníbal —comentó otro.

—Date la vuelta —le ordenó la chica más mayor.

Se dio la vuelta y vio nueve caras manchadas por la suciedad e iluminadas por velas: cinco chicos y cuatro chicas, todos mirándolo con cautela. Los más pequeños no debían de tener más de diez años. Lo chicos más mayores, uno grande y fornido y otro de piel oscura y mirada penetrante, eran los que llevaban las lanzas. Otro de los chicos, de piel muy blanca, estaba arrodillado frente a la vara, acariciando con sus manos su pulida superficie, y una de las chicas, la que seguramente había estado hablando con él, iba en una silla de ruedas. Otra chica, de pelo color pajizo, con cicatrices y arañazos en la cara y en las manos llevaba un dardo envenenado. Tenía los ojos azules, y una mirada intensa e implacable, como pudo comprobar cuando lo miró. Los niños formaban un grupo variopinto, y se los veía inquietos intentando ocultar su preocupación.

Detrás de ellos, agachado, con ojos grises de mirada torva, había uno de los perros más grandes que había visto en su vida. Parecía que era el resultado de alguna mezcla de razas, tenía un pelaje muy espeso, y el cuerpo fuerte y musculoso, un animal muy peligroso. Había dejado de gruñir, pero sabía que si hacía un movimiento en falso no dudaría en atacarlo para defender a aquellos chicos.

De manera casi absurda, la chica de pelo color pajizo se acercó al perro y le acarició la cabeza.

—No te hará daño si no haces ninguna estupidez —comentó.

La chica de la silla de ruedas le anunció con tranquilidad:

—Nosotros somos los Fantasmas. Nosotros caminamos por las ruinas de nuestros antepasados.

Se quedó mirándola. Parecía como si la chica se hubiese aprendido aquella letanía de memoria.

—¿Tú eres Lechuza?

Ella asintió.

—Dinos por qué tenemos que creernos lo que nos has contado. Ninguno de nosotros ha oído hablar de los Caballeros de la Palabra o los demonios o de ese Mutante Mágico. Todo eso me suena a cuento.

—Lo del chico y los niños no es un cuento —dijo la niña más pequeña, con el cabello rojizo, que enmarcaba un rostro lleno de ansiedad en un ardiente halo. Los ojos de la niña lo miraban fijamente. Ella había sido la que había convencido a los demás para que abrieran la puerta.

—Calla Vela —le dijo Lechuza—. No estamos seguros de por qué ha venido aquí. Tiene que convencernos antes de poder confiar en él.

Aquel rostro de facciones tan comunes ocultaba una aguda inteligencia. Era la

líder, a la que todos consultaban, y no porque fuera la mayor, sino porque era la más inteligente, y posiblemente la que más conocimientos tenía.

—Lo repetiré otra vez —respondió él—. El final para todos nosotros está cerca. Va a ocurrir algo terrible, algo que destruirá lo que queda de este mundo. Armas, quizá. No obstante, puede haber algo más. El Mutante Mágico es el único que nos puede salvar, es un niño que tiene uno de los poderes más grandes que jamás se hayan visto. Nest Freemark es una leyenda y su hijo es el portador de su promesa de que todos tenemos la oportunidad de salvarnos.

—Pero ese hijo debe de tener ahora sesenta o setenta años —le dijo un chico de piel oscura—. Es bastante mayor para salvar al mundo.

—Su edad nada tiene que ver con la nuestra —respondió Logan—. El Mutante Mágico no está sujeto a las leyes de los seres humanos, pues tiene existencia propia y puede tomar la forma que elija. Era un chico cuando estaba con Nest y puede que haya tomado esa forma de nuevo...

—Pues yo no soy —saltó uno de los chicos—. Ni estos tampoco.

Señaló a los otros tres, que parecían estar de acuerdo con lo que acababa de decir el otro, por sus rostros con expresión de duda.

—¿Qué es lo que hace tu talismán? —le preguntó Lechuza.

—Me señala al Mutante Mágico —respondió—. No habla. Los huesos que me habéis sacado del bolsillo son los de la mano derecha de Nest Freemark, y cuando los pones en el pañuelo, señalan dónde está el Mutante Mágico. Si está aquí, los huesos lo señalarán.

Los niños se miraron unos a otros con expresión de sospecha y duda.

—¿Están vivos esos huesos? —le preguntó el niño de piel oscura.

—Son mágicos —respondió Logan—. En cierto sentido, están vivos.

El niño miró a Lechuza.

—Deja que los ponga en el pañuelo y después decidimos lo que hacemos con él.

La chica se quedó pensando y mirando a Logan.

—¿Puedes echar los huesos en el pañuelo desde donde estás?

—Tengo que separarme un poco para ver a quién apuntan —miró a los chicos con las lanzas—. Tenéis que confiar en mí y quitarme las lanzas del cuello para poder moverme.

El chico de piel oscura miró a su compañero y se encogió de hombros. Retiró la lanza del cuello de Logan.

—Y a puedes moverte, señor Caballero de la Palabra.

Logan esperó hasta que el otro hubiese retirado su lanza y después se arrodilló lentamente. Los niños se acercaron cuando puso el pañuelo en el suelo. La luz de las velas apenas iluminaba el espacio donde se encontraban, en parte por las sombras que proyectaban los cuerpos de los niños.

—Apartaos un poco —ordenó Lechuza cuando se dio cuenta—. Si no, no va a poder ver nada.

Logan echó los huesos en el pañuelo. Al cabo de unos segundos empezaron a moverse y a juntarse hasta adquirir la forma de unos dedos. Los niños quedaron asombrados. Ahora vamos averiguarlo, pensó Logan.

Sin embargo, el dedo índice no apuntó a ninguno del grupo, sino en dirección a Logan.

—Parece que eres tú el «mutante málico», o lo que sea —se mofó el chico de piel oscura—. Vaya sorpresa.

Logan se quedó perplejo, aquello no tenía ningún sentido. No obstante, de pronto se dio cuenta de todo. Dio unos pasos y se puso a un lado, pero los huesos no se movieron, sino que continuaron apuntando en la misma dirección. No lo señalaban a él, ni a los niños, sino en dirección a la oscuridad. Se quedó mirando aquella oscuridad, sintiendo su peso como si se le hubiera caído una pared encima, acabando con sus esperanzas de poner punto final a su búsqueda.

—Los huesos nos dicen que el Mutante Mágico no está aquí. ¿Falta alguien? ¿Estáis todos? ¿No se ha marchado nadie del grupo?

Miró a lechuza y al resto de los niños, que ya estaban pensando en la respuesta a aquella pregunta. Vela apretó sus manitas y se las puso en la boca.

—Halcón —susurró.

Cuando recuperó la conciencia, tenía la cabeza como si le fuera a estallar por el golpe que había recibido. Estaba solo en una habitación oscura y sin ventanas, con una puerta de hierro que dejaba pasar por debajo luz suficiente para calcular su tamaño. Se sentó lentamente, no estaba atado, trató de ponerse de pie pero se sentó de nuevo.

Tardó unos segundos en recomponer sus pensamientos. El primero de ellos fue para lamentar la tontería que había cometido. Se tenía que haber llevado a Cheney. Podría haber esperado un día más, hasta que el perro se hubiera recuperado. Debería haber esperado.

Debería, debería, debería.

Respiró hondo. No tenía ningún sentido castigarse más. Lo hecho, hecho estaba. Lo habían capturado y encerrado, y ahora no era más que un prisionero. Comenzó a pensar en porqué de su apresamiento. Era seguro que lo habían estado esperando, por lo cual estaba claro que sabían que se reunía con Tessa, y seguro que también la habrían descubierto a ella, y ahora se enfrentaba al mismo destino que habían decretado para él.

Por primera vez, sintió miedo.

Se puso de pie y empezó a explorar la habitación, para ver si encontraba una salida. Se habían llevado la lanza y los dardos, no tenía nada para hacer palanca y saltar la cerradura. Sin embargo, siguió buscando, pasando sus dedos por la puerta y las paredes, con la esperanza de que los que lo habían capturado hubieran dejado algo que le sirviera.

Todavía estaba enfrascado en sus inútiles esfuerzos por salir de allí, cuando oyó

pasos. Se fue al centro de la habitación y se sentó de nuevo.

La puerta se abrió, llenando la estancia de luz, que entraba por las ventanas que había fuera. Entraron cuatro hombres, bastante corpulentos, demasiados para poder atacarlos. Lo esposaron, lo sacaron al pasillo y caminaron hasta llegar a una habitación repleta de gente.

La única cara que reconoció fue la de Tessa. Estaba sentada en una silla frente a una mesa en la que había tres hombres. Había una silla vacía a su lado, preparada para él. Nadie le dirigió la palabra. Debía de haber allí unas doscientas personas, quizá más. Los hombres que lo habían llevado hasta allí, le quitaron las esposas y lo sentaron en la silla vacía.

Uno de los hombres se dirigió a él.

—Si intentas escapar, o causar algún problema, te esposaremos de nuevo, ¿me oyes?

Halcón asintió sin responder, con los ojos clavados en Tessa. Uno de los hombres vaciló un momento y después se alejó.

—¿Estás bien? —le preguntó con tranquilidad.

Antes de que ella pudiera contestar, el hombre que estaba sentado en el centro de la mesa frente a ellos pegó un manotazo que lo asustó.

—¡Cállate! —le dijo—. No hables hasta que no te lo digamos. No podéis hablar entre vosotros. Esto es un juicio y tendréis que acatar la sentencia del jurado.

Era un hombre alto, de facciones bien marcadas, con cara y voz de pocos amigos y la mirada llena de ira. Halcón lo miró.

Después miró a los otros dos y se le cayó el alma a los pies. Hiciera lo que hiciera, ya habían dictado sentencia, por tanto lo único que podía hacer era tratar de salvar a Tessa.

—Dinos tu nombre —le ordenó el hombre.

Halcón suspiró.

—Me llamo Halcón —respondió—. Pertenezco a la tribu de los Fantasmas, los que caminan por las ruinas de nuestros antepasados.

Los asistentes reprimieron sus risas y el hombre que se dirigió a él se puso rojo de ira.

—¿Estás mofándote de este tribunal? ¿Crees que todo esto es un juego?

—Su Señoría, está diciendo solo la verdad —comentó Tessa—. Pertenece a una tribu que se llaman los Fantasmas. Halcón es el nombre que se ha puesto.

El juez la miró, observó la expresión de los rostros de los hombres que estaban a su lado y asintió.

—Lo llamaremos como quiera con tal de que muestre en todo momento respeto. Se le acusa, se os acusa a los dos, de robar medicinas del estadio para uso personal. Tessa, te has visto entrar y llevarte unos medicamentos. Dijiste a la persona que te vio que estabas haciendo un inventario, algo que no era cierto. Saliste del estadio para ver a este chico sin permiso y le diste los medicamentos. Si algo de lo que digo es

mentira, dínoslo.

Tessa apretó la boca y apoyó la espalda en la silla.

—Me llevé los medicamentos para salvar una niña que se estaba muriendo. ¿Qué hay de malo en ello?

—Las razones por las que lo hiciste no son de relevancia en este juicio. Responde a la pregunta. ¿Algo de lo que he dicho no es verdad?

Tessa negó con la cabeza.

—Todo es verdad.

—Y tú, Halcón —le dijo el juez apuntándolo con un dedo—. ¿Qué es lo que has hecho con los medicamentos?

Halcón miró a Tessa.

—Se los llevé a la niña.

—¿A una niña de la calle?

Asintió.

—¡Respóndeme!

Halcón sintió que sus mejillas ardían de rabia.

—Sí.

El hombre se acercó a los otros dos y les susurró algo al oído. Después volvió a mirar a Halcón.

—No hay defensa para lo que habéis hecho —dijo mirando también a Tessa—. Ninguno de los dos tiene defensa. La ley es bastante clara al respecto. Todos los que...

—Su Señoría —interrumpió Tessa—. Solicito el derecho y la protección que me da estar casada *con él*.

Los asistentes empezaron a manifestar su sorpresa, algunos incluso a expresar su enfado. Halcón prefirió no mirarlos, sabiendo lo que iba a ver reflejado en sus rostros.

—¿Quieres decir que estás casada con este chico, Tessa? —le preguntó el juez.

Tessa levantó la cabeza, desafiante.

—Sí, estoy casada con él y estoy embarazada.

Todos los asistentes empezaron a gritar. Halcón dirigió su mirada a Tessa, que seguía mirando directamente a los jueces. Se preguntó sí lo que les estaba diciendo sería verdad. ¿Estaría de verdad embarazada? Trató en vano de leer la verdad en su rostro.

El juez que presidía el juicio pidió silencio.

—Las leyes del estadio no reconocen los matrimonios de aquellos que viven fuera de sus muros, por tanto no es relevante que lleves en tu vientre un hijo suyo. Ese matrimonio no lo protege y no le va a salvar la vida, y, en cualquier caso, no sé si dices la verdad, pues estás enamorada de él y harías cualquier cosa por salvarlo.

—¿Dónde está mi madre? —gritó Tessa—. Quiero hablar con ella ahora mismo.

El juez dudó unos segundos y después miró hacia el público asistente. Todos permanecieron en silencio, hasta que una mujer pequeña, vestida con ropa oscura,

con un parecido asombroso a Tessa, se levantó. Las personas que había a su lado, estiraron los brazos para ayudarla, pero ella los apartó con sus manos marchitas y llenas de cicatrices. Halcón sintió un escalofrío al verlas, pensando en el dolor que debía de haber soportado aquella mujer. Nunca la había visto antes, pero sabía claramente quién era. De joven, debió ser tan guapa como Tessa; sin embargo, ahora, su cara reflejaba dolor y amargura, y sus negros ojos habían perdido toda su calidez.

Cuando llegó a su lado, lo miró. Después, dio unos pasos y se colocó al lado de su hija.

—¿Es verdad que estás embarazada de él? —le preguntó.

—Madre, por favor diles...

—¿Estás embarazada de él?

Su madre le estaba gritando, con la cara contraída por la ira.

—Eres una desgracia para nosotros, Tessa. Nos has traicionado. Te dijimos que no vieras a este chico más. Te lo prohibimos. Si tu padre...

No pudo acabar la frase. Respiró hondo, antes de continuar.

—¿Eres consciente de lo que has hecho, Tessa? ¿Sabes lo que me pasará? ¿No se te ha ocurrido pensarlo? Tu padre ha desaparecido y ahora tú también me abandonas. Estoy inválida, soy una inútil. ¿Sabes lo que eso significa? ¿Lo sabes? Sí tu padre estuviera aquí, ni siquiera te dirigiría la palabra.

Tessa se quedó boquiabierta, con los ojos arrasados en lágrimas. Su madre se quedó mirándola unos segundos, después se dio la vuelta y volvió a su sitio.

—¡Un momento! —exclamó Halcón, levantándose—. ¡Ella no tiene culpa de nada! Yo la amenacé para que lo hiciera.

El juez ni siquiera lo miró, mientras dos de los hombres lo obligaban a sentarse otra vez.

—Tessa y Halcón este jurado os declara culpables. La sentencia por robar es la muerte. A la puesta del sol, os llevaremos hasta lo más alto de uno de los muros del estadio y os tiraremos al vacío. Os deseamos una mejor vida en el más allá. Se cierra la sesión. Lleváoslos.

El público empezó a gritar y a aplaudir. Los guardianes agarraron por los brazos a Halcón, quien intentó zafarse de ellos, y lo sacaron de la sala.

Lo último que vio antes de abandonar aquel sitio, al girar su cabeza, fue a Tessa, sentada en su silla, con las manos en la cara, llorando.

Logan Tom pasó el resto de la noche en el pasillo, al otro lado de la puerta que infructuosamente habría intentado cruzar. Al darse cuenta de que el Mutante Mágico era con toda probabilidad un chico llamado Halcón, al cual había visto en la calle antes de entrar en aquel edificio, no le quedó otro remedio que esperar su regreso. Lechuza le había dicho que no tardaría mucho, pues había ido al estadio a ver a su novia, pero no dijo nada más. Nadie se fiaba totalmente de él, todavía. Vela era la única que decía que había ido allí a ayudarlos, pero era Lechuza la que tomaba todas las decisiones y no quería correr ningún riesgo.

Por eso se había opuesto a que entrara en el refugio. Tan solo accedió a que se quedara en el pasillo, al otro lado de la puerta. Le prometió que tomarían una decisión cuando Halcón regresara, que no se escaparían por la puerta de atrás y que le dejarían echar los huesos de nuevo cuando Halcón regresara.

Después, dejaron la vara en el suelo, donde él la pudiera coger, se metieron de nuevo en la casa y la cerraron con llave. Nadie discutió la decisión, ni siquiera Vela, que fue la única que dijo que debían dejarlo entrar.

Esperó en el pasillo toda la noche, con la espalda apoyada contra la pared, y así se durmió unas cuantas veces, pero se despertaba a los pocos minutos. Tuvo tiempo para pensar lo que iba a hacer si aquel chico llamado Halcón era el Mutante Mágico. ¿Cuánto tardaría en convencerlo de su linaje? Una cosa era ofrecer ayuda alguien y otra que la aceptase. Ninguno de aquellos chicos había oído mencionar a los Caballeros de la Palabra, lo cual no era nada extraño, aunque eso dificultaba un poco su trabajo. No tenía ningún motivo para pensar que el Mutante se fuera a fiar de él más de lo que se habían fiado aquellos niños.

Además, tenía otro problema, quizá más importante. ¿Sabría el Mutante lo que tenía que hacer cuando le dijera quién era en realidad? O'olish Amaneh le había dicho que todas las piezas encajarían cuando encontrara al Mutante. Sin embargo, Logan desconfiaba un poco, pues según su experiencia, rara vez las cosas salían como lo esperabas. La mayoría de las veces, algo fallaba.

Amaneció y Halcón no regresó. Logan se levantó y salió a la calle a echar un vistazo, pero no se veía a nadie. Se quedó de pie, esperando a que el chico apareciera. Sin embargo, no se vio un alma en las calles.

Suspiró. Algo iba mal, y comenzaba a estar verdaderamente preocupado por lo que podía llegar a ocurrir.

Se sintió sucio y hambriento, pero en vez de ir a lavarse, prefirió regresar al edificio. Subió por las escaleras hasta la cuarta planta y llamó a la puerta de los Fantasmas. En aquella ocasión, abrieron la puerta de inmediato y salió a recibirlo Lechuza. Los demás chicos estaban detrás de ella.

—¿No ha vuelto? —preguntó Logan.

Lechuza negó con la cabeza.

—¿Vas a ir a buscarlo?

—No lo sé. ¿Ha pasado esto otras veces?

Lechuza apretó los labios.

—No. Siempre que va a ver a Tessa, regresa antes de que amanezca. Normalmente se lleva a Cheney, pero como está herido, lo ha dejado aquí. Halcón ha corrido últimamente muchos riesgos al ir a ver a Tessa. Seguro que alguien del estadio los ha descubierto. Lo avisé de que esas citas eran peligrosas, pues a la gente de los estadios no le gustan los niños de la calle.

Logan asintió.

—Ya sé cómo piensan. A mí tampoco me gustan mucho los que viven dentro de aquellos muros y pueden ser bastante duros con los que viven fuera.

—Más si descubren que Tessa ha estado robando medicamentos para dárselos a los niños de las calles. Halcón se lo pidió. Si lo han descubierto...

—¿Podrías entrar en el estadio a averiguar algo? —le preguntó la chica de pelo negro y mirada intensa.

—Es posible —se encogió de hombros—. Pero no tienen ninguna razón para ayudarme, y a algunos ni siquiera les gusta mi presencia.

El chico de piel oscura avanzó y miró al grupo, de espaldas a Logan.

—No lo necesitamos, no nos puede ayudar. Lo único que tiene es esa vara, pero nosotros tenemos armas, nosotros solos podemos encontrar al Hombre Pájaro.

—Cállate, Pantera —le espetó la chica delgada con el pelo pajizo y mirada feroz—. ¿Podrías ir a buscarlo? ¿Podrías ir al estadio a preguntar?

—Está bien —respondió Logan.

—¿Quieres que vayamos contigo?

Logan negó con la cabeza.

—Mejor quedaos aquí. Iré yo primero. Si no consigo nada, volveré y estudiaremos otra opción.

Bajó la escalera sin esperar respuesta, una vez tomada la decisión. Había recorrido un largo camino buscando al Mutante Mágico y no estaba dispuesto a abandonar ahora. Los Fantasmas tenían la mejor intención del mundo, pero serían un obstáculo en su camino. Si aquel chico estaba dentro del estadio, la única posibilidad de averiguar qué había sido de él era hablar con sus responsables.

Suponiendo que Halcón siguiera vivo.

No había hecho más que recorrer unos metros cuando se detuvo a echar los huesos de nuevo, para comprobar si debía seguir buscándolo. Los huesos se juntaron y apuntaron hacia el complejo deportivo, donde se refugiaban todos aquellos seres humanos. Lo había visto desde la autopista y reconoció lo que era, otro intento inútil de una civilización agonizante por mantenerse con vida, otra falsa esperanza de que se pudiera estar protegido detrás de unos muros.

Volvió a poner los huesos en el pañuelo y se los guardó en el bolsillo. Ojalá algún día pudiera convencer a los que vivían en los estadios de que estaban cavando sus

propias tumbas, ojalá los pudiera hacer comprender que no había ningún sitio seguro en el mundo, que lo mejor que podían hacer era salir de allí cuanto antes. Sin embargo, sabía que miles de años de pensamiento condicionado se interponían en el camino de cualquier cambio real, y los consejos de un solo hombre no iban a cambiar nada.

En su camino, vio a otros habitantes de la ciudad, moviéndose de un lado a otro de forma furtiva. Otro podría no haber advertido que estaban allí, pero la magia de la vara revelaba su presencia. Mutantes, algunos peligrosos, otros no. Algunos iban solos, otros en manada, pero los humanos que no habían mutado rehuían de ellos. Se preguntó qué iba a ser de aquellos seres si el futuro que había profetizado Dososos se cumplía.

Llegó al estadio y se dirigió hacia la puerta principal, sin esconderse. Si quería llegar a algún sitio, había que ir directo. Los vigilantes le dieron el alto cuando lo vieron y Logan se detuvo donde pudieran verlo, dijo su nombre y el de la orden a la que pertenecía. Uno de los guardias, al menos, había oído nombrar a los Caballeros de la Palabra y le dijo que alguien iría a abrirle. Esperó pacientemente, estudiando aquel estadio, fijándose en sus defensas. Estaba bien fortificado y sus habitantes estarían bien armados.

Una puerta pequeña de metal se abrió y salió un hombre.

—Buenos días —lo saludó, acercándose a Logan—. Soy Ethan Cole y soy el presidente del estadio. ¿Qué te trae por aquí, Caballero de la Palabra?

Tenía un tono de voz plano y superficial, pero su actitud era un tanto grosera. No le ofreció nada de beber o comer, no le invitó a entrar y a descansar. Tenía que terminar cuanto antes aquel trámite. Hola y adiós. No era difícil calar a Ethan Cole. Tendría aproximadamente cincuenta años, de aspecto y altura normales, nada extraño en él, pero hablaba y caminaba como un hombre acostumbrado a ejercer su autoridad. Logan había tratado con hombres como él antes. Todos estaban cortados por el mismo patrón.

Logan se apoyó en la vara y esperó que el otro se acercara.

—Estoy buscando a una persona —le dijo cuanto estuvo cerca.

Cole frunció el ceño.

—¿Aquí?

Logan asintió.

He atravesado medio país para encontrarlo. Creo que puede estar dentro. Es un chico que se llama Halcón.

—Halcón —el otro hombre repitió moviendo la cabeza—. No, no conozco a nadie que se llame así.

Logan se quedó observándolo unos segundos.

—Te voy a contar algo sobre los Caballeros de la Palabra. Sabemos siempre cuándo alguien nos miente. Es posible que tengas una buena razón para hacerlo, pero te agradecería que no me hicieras perder el tiempo, pues estoy cansado y tengo

hambre. Llevo sin lavarme varios días y se me está agotando la paciencia. ¿Cuál es el problema?

Ethan Cole vaciló y se encogió de hombros.

—No hay ningún problema. Solo estoy tomando precauciones. Dices que eres un Caballero de la Palabra, pero yo no tengo forma de saberlo. Últimamente pasan cosas raras por aquí. Hace poco perdimos a un grupo de hombres que habían salido de expedición. Iban completamente armados y equipados y no han regresado. Han desaparecido.

—Esas cosas ocurren a veces. Siento mucho su desaparición, pero yo no tengo nada que ver con eso. Yo estoy siguiendo el rastro de un chico y me ha traído hasta aquí. No conozco la historia de ese chico, ni este estadio, ni esta ciudad. Solo sé que está ahí dentro. Lo está, ¿verdad?

—Está bien, está dentro.

—¿Está prisionero?

—Sí.

—¿Qué es lo que ha hecho?

Cole suspiró exasperado.

—Él y una chica del estadio robaron medicamentos y los dos se han estado viendo fuera del estadio. Descubrimos a la chica hace un par de días y cogimos al chico la noche en que había quedado con ella. Aunque no hubieran robado nada, las cosas no cambiarían.

Por la forma en que lo dijo, estaba claro que Halcón y la chica corrían peligro. Logan echó una mirada a las puertas y los muros del estadio.

—Quiero hablar con el chico.

El hombre frunció los labios.

—No sé.

—¿Qué es lo que no sabe, señor Cole? Le he dicho que he recorrido un largo camino para encontrarlo. Tengo que saber si es la persona que creo que es.

—No cambiaría mucho las cosas aunque lo fuera. El robo dentro del estadio se castiga con la muerte. Al atardecer, los tiraremos desde lo más alto de uno de los muros.

Logan intentó que no se le notara el nudo que se le había formado en la garganta.

—Entonces no le importará que lo vea unos minutos, mientras todavía quede tiempo.

Cole cambió de posición.

—No dejamos que ningún extraño entre dentro del estadio.

Logan se irguió.

—¿Es eso lo que me considera? ¿Un extraño? Me cuesta mucho asumirlo, dada la naturaleza de mi trabajo. En cualquier caso, no se me ocurre ninguna razón por la que no me permitan verlo. Mi petición es muy simple y usted no debería encontrarla difícil de conceder.

. —No sé. No sabemos nada de usted. Yo he oído algo sobre los Caballeros de la Palabra. Se comenta que poseen poderes extraordinarios. Dejarle entrar es un riesgo innecesario. Además, no sé de qué va a servir que hable con el chico. No le va a poder ayudar. La ley es clara en casos como este.

Logan asintió como si lo entendiera, aunque lo único que entendía era que Ethan Cole lo estaba sacando de quicio.

—A mí me dan igual las leyes del estadio —le respondió—. Yo solo he venido hasta aquí para averiguar si ese chico es el que yo estoy buscando. Parece ser que lo es, y me gustaría hablar con él para estar seguro.

—¿Y si es el chico que busca, qué va a hacer? ¿Nos pedirá que lo dejemos libre? ¿Tratará de llevárselo por la fuerza?

Logan suspiró.

—Creo que está anticipando acontecimientos. Yo solo quiero hablar con él. Cuando termine, no les pediré nada más.

El hombre se lo quedó mirando, indeciso.

—No dejaré que entre con ningún arma.

—Yo solo tengo mi vara —dijo Logan—. Nada más.

—Lo registraremos. Tendrá que hablar con el chico en la celda donde está —respondió el hombre—. Le repito que todo esto no me gusta nada y no sé por qué le permito que entre a verlo.

Logan movió la vara, que tenía apoyada en uno de los brazos.

—Pues porque es lo que tiene que hacer. Le he dicho la verdad. Yo no conozco al muchacho y la chica y los medicamentos que hayan podido robar me dan igual. Solo he venido aquí por una razón y solo una: encontrar a la persona que estoy buscando. Y para eso tengo que hablar con él, para que me diga lo que me tiene que decir. Luego me marcharé. —Se quedó mirando a Ethan Cole—. No sé por qué tiene tanto miedo.

Cole se sonrojó. En un momento pareció que le iba a responder, pero se limitó a asentir con la cabeza.

—Está bien. Entre.

Entraron al estadio y Logan dejó que lo registraran. Sin embargo, cuando trataron de quitarle la vara, les dijo que había jurado no soltar nunca aquella vara. Cole se encogió de hombros y le permitió entrar con ella. Después hizo un gesto con la mano para que lo siguiera. Un grupo de centinelas los acompañó a través de unos pasillos que descendían hasta las entrañas del estadio. Todo era de hormigón y acero, indestructible y funcional. Logan odiaba ese tipo de sitios, los consideraba sofocantes, como tumbas para los que vivían dentro de ellos. No se sentía cómodo entre aquellos muros, no se sentía seguro en una construcción tan descomunal, siempre lo invadía una sensación como de estar desconectado del mundo.

Sin embargo, procuró ocultar sus sentimientos y se concentró en lo que había ido a hacer allí. No sabía todavía qué iba a hacer si Halcón era el Mutante Mágico. La

naturaleza de su tarea, grave y peligrosa, exigía no pensar más que en el momento, aunque le resultaba difícil. Continuaba vivo gracias a que siempre pensaba con antelación; no obstante, en aquella situación sería peligroso que Cole y los encargados de la seguridad del estadio descubrieran sus intenciones. No debía hacer nada que les diera un motivo para considerarlo un peligro.

Llevaban un rato caminando, cuando Cole se detuvo frente a una puerta de acero, una de las muchas que había en aquel pasillo donde estaban. Hizo una señal al vigilante, quien sacó una llave y abrió la puerta. El vigilante se apartó y Cole hizo un gesto a Logan para que entrara. Logan se quedó unos segundos dudando.

—Necesito una luz —le dijo—. Para poder ver cuando cierren la puerta.

Cole le entregó una linterna.

—Dese prisa. Llámenos cuando termine. Alguien le abrirá la puerta.

Logan agarró la linterna sin decir nada, la encendió y entró en la celda. La puerta se cerró tras él y oyó cómo los pasos se iban perdiendo en la distancia.

Halcón estaba justo delante de él, a menos de un metro, con los ojos entrecerrados para protegerse de la luz de la linterna. Era delgado y no muy alto, con una mata de pelo negro desgredado y ojos tan profundos que parecían negros, pero si los mirabas con atención, veías un ligero tono verdoso en ellos. No parecía una persona nada imponente, ni impresionante, y no halló ningún indicio que indicara que fuese un ser superior. Logan apartó la linterna de su cara.

—Me llamo Logan Tom —se presentó y apuntó con la linterna a su cara, para que el chico pudiera verlo mientras hablaba—. Soy un Caballero de la Palabra. ¿Has oído alguna vez hablar de nosotros?

Halcón negó con la cabeza, sin decir palabra.

—Tus amigos me han dicho dónde podía encontrarte —continuó Logan—. Lechuza me ha contado que habías venido aquí a ver a Tessa. Parece que las cosas no han salido como pensabas.

No respondió y se limitó a mirar a Logan.

—¿Te llamas Halcón?

El chico asintió.

—Estoy buscando a alguien y ese puedes ser tú —esperó y después hizo un gesto apuntando al suelo—. Siéntate un momento conmigo, te enseñaré algo interesante.

Se sentó con las piernas cruzadas y al cabo de unos segundos el muchacho lo imitó. Logan dejó la linterna a un lado, la luz iluminando el suelo. Después dejó la vara y se metió la mano en el bolsillo, de donde sacó el pañuelo con los huesos de la mano de Nest Freemark. Puso el pañuelo en el suelo, lo abrió, lo alisó y miró a Halcón.

—Así es como te he encontrado —le dijo.

Echó los huesos en el pañuelo. Durante unos segundos permanecieron inmóviles, pero después empezaron a moverse y a juntarse hasta formar una mano, la mano derecha de Nest Freemark. Logan observó la cara de asombro que ponía Halcón.

De pronto, el dedo índice lo apuntó.

Logan aspiró hondo, mantuvo la respiración y alejó el pañuelo del muchacho, de forma que el dedo apuntase para otro sitio. No obstante, los huesos empezaron a moverse de nuevo y volvieron a señalar en la misma dirección.

Logan soltó el aire acumulado en sus pulmones.

—Y a lo ves —susurró.

Halcón se quedó mirándolo sin entender nada. Dejando los huesos donde estaban, Logan se inclinó, y apoyó los codos en las rodillas.

—Te voy a contar una historia, Halcón —le propuso.

Fuera en el pasillo, el vigilante estaba apoyado contra la puerta, con el oído pegado a la rendija que había entre la puerta y la jamba, escuchando. Ethan Cole le había ordenado que averiguara lo que aquel hombre quería de un chico de la calle, pues no se fiaba mucho de él, a pesar de haberle dejado entrar en el estadio. Era mejor no fiarse de quien no conocías, aquello era lo único que el vigilante sabía con certeza del mundo que lo rodeaba. Cuando se trababa con desconocidos, uno nunca podía estar seguro de nada.

Trató de oír la conversación, pero lo único que llegaba a sus oídos era el sonido de su respiración, pues la puerta de acero era bastante gruesa y amortiguaba los sonidos del interior de la celda. Hubiera sido mejor que la hubieran dejado un poco abierta, y así podría haber escuchado algo. Sin embargo, Ethan prefirió no arriesgarse. Habían abierto la puerta para dejarle pasar y la volverían a abrir para que saliera, y no la abrirían más hasta que llegara la puesta del sol.

El vigilante sintió un escalofrío al pensar en lo que iban a hacer con el chico y la chica. Los llevarían a lo más alto de un muro del estadio y desde allí los empujarían al vacío. Pensó en los gritos que iban a dar según fueran cayendo, pensó en los sonidos que harían sus cuerpos al golpear el suelo de hormigón. Ya lo había visto y oído antes y había pensado que no iba presenciarlo nunca más.

Se quedó a la espera unos minutos más y después retrocedió unos pasos, con impaciencia. Tratar de escuchar lo que estaban diciendo era perder el tiempo. Se puso a caminar por el pasillo, se fue hasta una silla y se sentó a esperar.

Logan terminó de contarle la historia, y el chico no daba crédito a lo que acababa de oír.

—¿Quieres decir que no soy un ser humano?

Logan se quedó dudando unos segundos.

—No sé bien lo que eres. Naciste de una mujer, por lo tanto eres un ser humano. Pero eras algo más, una criatura mágica, con la misma magia que ella poseía —se encogió de hombros—. ¿Pero qué más da? ¿Qué diferencia hay? Lo que importa es lo que se supone que tienes que ser ahora.

Halcón se lo quedó mirándolo y movió la cabeza.

—No me creo nada de todo esto. Supongo que tú sí, porque de lo contrario no habrías venido de tan lejos a buscarme, pero para mí esos huesos no tienen ningún

significado.

Logan asintió.

—¿Dijiste que yo tendría que saber qué hacer cuando los huesos me encontraran? Si yo soy eso que dices...

—Un Mutante Mágico.

—Un Mutante Mágico. Pues aunque lo sea, no sé muy bien qué se supone que tengo que hacer, o lo que otro piensa que tengo que hacer.

—Vela me dijo que ves cosas en sueños. Que en tus sueños viste a un chico y más niños. Al igual es eso.

Halcón se quedó sentado, confuso por las emociones que sentía, sin moverse, mirando a la nada, pensativo. Estaba pensando en todo lo que le había contado, estaba tratando de asumirlo, de encontrarle un sentido. Logan lo veía en su rostro, en su mirada. Simplemente, era un muchacho sentado en una celda esperando la muerte, que no comprendía muy bien lo que el destino le deparaba. Lo que más sorprendía a Logan era que no parecía saber quién era, ni lo que se suponía que tenía que hacer. Pensaba que todo se aclararía cuando encontrara al Mutante. Se preguntó si no se le habría olvidado algo.

De pronto, recordó. Volvió a juntar los huesos y se los dio.

—Toma. Si eres el Mutante, estos huesos te pertenecen. Son los huesos de tu madre. Puede que te ayuden a recordar.

Halcón se quedó mirando los huesos, luego miró a Logan y negó con la cabeza.

—Yo no quiero saber nada de esos huesos. Lo único que quiero es que te los lleves de aquí.

—Si hago eso, ¿qué pasará contigo? —Logan seguía con el brazo estirado, ofreciéndole los huesos—. ¿Y con Tessa?

El chico no dijo nada durante un rato, siguió sentado, con la mirada clavada en el suelo.

—Le dijo a los jueces que estaba embarazada de mí —dijo al cabo de un rato. Levantó la cabeza y miró a Logan a los ojos—. No sé si es verdad o no. —Movié lentamente la cabeza—. No importa. La verdad es que ya nada importa, aunque sea quien dices que soy, aunque sean los huesos de mi madre, eso no cambiará lo que nos va a pasar a Tessa y a mí.

—¿Y a los Fantasmas? —le preguntó Logan—. Parece que creen en ti. El chico y los niños. Me lo contaron en cuanto les dije que estaba buscando al Mutante Mágico y lo que se suponía que tenía que hacer. Dicen que sois una familia. ¿Qué les va a pasar a ellos?

—Yo ya no puedo hacer nada por ellos —dijo Halcón amargamente—. No puedo salvarlos ni a ellos, ni a Tessa, ni a nadie más. Ni siquiera puedo salvarme a mí mismo.

Miró al suelo de nuevo.

—Ni a mi hijo, si es verdad lo que dijo Tessa.

Logan esperó unos minutos, dejando que pensara.

—Coge los huesos. Es posible que ellos te den la respuesta.

—No —repitió Halcón. Se quedaron mirándose el uno al otro durante bastante tiempo—. Está bien. Dámelos.

Logan se inclinó y le puso los huesos en la palma de la mano. Halcón los miró, la blancura de los huesos contrastaba con la suciedad de la mano del muchacho. Después cerró el puño.

Logan esperó con expectación.

—Nada —dijo Halcón al cabo de un rato—. Es todo...

Sin embargo, de pronto abrió los ojos y se quedó boquiabierto, el cuerpo se puso rígido, y los músculos en tensión, como si lucharan con lo que estaba ocurriendo dentro de él. Logan se levantó para intervenir, pero se contuvo y decidió esperar la reacción del muchacho. El chico estaba temblando, el cuerpo le daba sacudidas. Intentaba decir algo, pero no le salían las palabras. Cerró el puño de la mano donde tenía los huesos y se la puso en el pecho, como si quisiera meterlos dentro de su cuerpo y empezó a moverse hacia atrás y hacia delante con fuerza.

—¿Halcón? —le susurró Logan.

Una luz blanca surgió del centro del cuerpo del chico, una luz pequeña al principio, y después una nube brillante que lo envolvió. Logan retrocedió, intentando ocultarse en la oscuridad, sin entender bien lo que estaba pasando, pero sintiendo que su presencia era incluso peligrosa. Se quedó mirando la luz, que al principio permaneció estática y después empezó a moverse al mismo ritmo que el cuerpo del chico. Halcón continuaba pronunciando palabras indescifrables, perdido en el estado de catarsis en el cual había entrado.

Continuó moviendo el cuerpo durante bastante tiempo y poco a poco fue deteniéndose, dejando al chico en el suelo, acurrucado como si estuviera en el vientre de su madre, con los huesos en una mano, apretados en el puño, con la luz de la linterna apuntando su cuerpo y proyectando su sombra en el frío suelo de hormigón de aquella celda.

—¿Halcón? —lo llamó Logan de nuevo.

El chico levantó la cabeza despacio. Vio su cara, con la piel húmeda por las lágrimas. Sus ojos verdes eran una mezcla de sorpresa y reconocimiento, su mirada estaba llena de una comprensión de la que tan solo momentos antes había carecido. Se quedó mirando al vacío. Después miró a Logan, sin verlo. Estaba mirando a otro sitio, a un sitio que solo él podía ver.

—Madre —susurró.

Lechuza estaba supervisando los preparativos para trasladarse, organizando y asignando a los demás las tareas para que recogieran sus pertenencias. Había decidido que lo mejor sería marcharse de allí, en cuanto volvieran Halcón y Logan Tom, pues ya no se sentía segura en el lugar en el que vivían. No se sentía segura en Pioneer Square, no quería seguir viviendo en aquella parte de la ciudad. Había dudado unos

días antes, pero después de la terrible batalla con el ciempiés lo tenía claro. Se irían hacia las montañas, donde no había túneles subterráneos, ni alcantarillas, ni altos edificios, no dispondrían de sitios con hormigón y acero donde protegerse, pero seguro que habría menos monstruos por allí.

Además, pensaba, tenían que empezar a hacer el viaje que Halcón había visto en sus sueños. El chico y los niños estaban a punto de partir, como ella les había contado tantas veces en los cuentos. No se podían quedar allí más tiempo.

Buscó por toda la casa, a la que se habían trasladado hacía poco, por si se dejaban algo. No quería dejarse nada de lo que habían logrado fabricar, de aquello que les había hecho más fácil su existencia marginal. No obstante, tampoco era tan importante, pues lo podrían fabricar de nuevo cuando llegaran al sitio adonde se dirigían. Observó a Cheney, tumbado en un rincón, con la cabeza entre las patas, un ojo abierto, mirándola. Había vuelto a ser el mismo de siempre: parecía estar dormido, pero no lo estaba. A veces le daba la sensación de que realmente aquel perro nunca dormía, que tan solo dormitaba y nunca se dejaba llevar por un sueño profundo.

Pantera apareció por la puerta, dejando unas cuantas mantas y ropa frente a ella.

—Tenemos que encontrar un carro o algo para llevar todo esto y debemos llevar lo indispensable porque tendremos que empujarlo cuesta arriba. ¿Se sabe algo? ¿Ha vuelto?

Sabía a quién se refería.

—No. ¿Podemos llevarnos los contenedores de agua? Es posible que no encontremos contenedores. O ni siquiera agua potable.

Pantera se encogió de hombros.

—Podemos llevarnos lo que queramos —le respondió—. ¿Qué pasa si no vuelve? ¿Qué vamos a hacer si le ha pasado algo al Hombre Pájaro?

Se quedó mirando a Pantera sin responder, sabiendo que ella no tenía la respuesta que él necesitaba, cuando de pronto vio a Cheney levantar la cabeza del suelo, apuntando con el hocico a la puerta. Se incorporó y se quedó esperando.

Halcón, pensó Lechuza al instante.

Logan Tom apareció por la puerta, con su vara negra en las dos manos, con gesto sombrío.

—Halcón es el Mutante Mágico —anunció antes de que nadie le preguntara—. Pero está prisionero en el estadio. Tessa también.

—¿No los has podido sacar? —le preguntó Lechuza, acercándose con la silla.

Logan Tom negó con la cabeza.

—No, me tendría que haber enfrentado a ellos y luchar para hacerlo. Pillaron a Halcón y a Tessa juntos, porque ya sabían que se veían. Además, sabían que habían robado medicamentos. Les hicieron un juicio, y los han condenado a muerte, los van a tirar desde uno de los muros a la puesta del sol.

—¿Hoy? —exclamó Lechuza—. Dentro de cuatro horas...

Pantera avanzó unos pasos.

—¡Dijiste que habías venido a proteger al Mutante! ¿Lo has olvidado?

—Esperaban que intentara sacarlo de allí a la fuerza. Yo creo que incluso me provocaron para que lo hiciera.

—¿Y no vas a hacer nada, Caballero de la Palabra? —Pantera estaba furioso.

Logan se quedó mirándolo.

—No, Pantera. Voy a hacer lo que he venido a hacer. Voy a volver al estadio a sacar a Halcón de allí. Y a Tessa también, si puedo, pero ahora no esperan que lo haga.

Estiró el brazo y le dio unos golpecitos al chico en el hombro.

—Y tú vas a ayudarme.

Angela Pérez y Ailie llevaban recorridos quinientos kilómetros en busca de los elfos cuando la tatterdemalion notó una presencia.

—Alguien nos está siguiendo.

Era lo que menos le apetecía oír a Ángela. Estaba encorvada sobre el manillar del Mercury 5, sintiendo la vibración del motor en todo su cuerpo y el viento contra su rostro. Incluso aunque viajaban a poca velocidad por la cantidad de chatarra que había en la autopista, los ojos le lloraban.

Miró hacia atrás por encima del hombro a su pasajera. La tatterdemalion estaba abrazada a ella como si fuera una segunda piel con su pelo azulado volando al viento. Era tan poquita cosa, que Ángela casi ni notaba su presencia.

—¿Estás segura? ¿Cómo lo sabes?

Los ojos oscuros parpadearon.

—Siento cuándo un demonio está cerca. Y uno nos está siguiendo.

Era la mujer a la que se había enfrentado en el estadio. Debería de haber sacado fuerzas de donde hubiera podido y haber acabado con ella cuando tuvo la oportunidad de hacerlo. Johnny siempre le decía que no se podían dejar enemigos vivos, porque después te perseguirían, porque les habías mostrado uno de tus puntos débiles. Johnny sabía mucho. —¿Está muy lejos?

—Oigo el sonido de otro ATV.

Ángela apretó los dientes, apagó el Mercury 5 y aparcó a un lado de la carretera. Esperó a que sus oídos se recuperaran del ruido del motor y su cuerpo de las vibraciones del vehículo. Se bajó y se puso en mitad de la carretera a escuchar. Todo lo que vio a su alrededor fue un cielo que oscurecía poco a poco en un mundo vacío y gris.

A los pocos segundos oyó el ruido de otro motor, potente y poderoso y reconocible al instante. El Harley Crawler.

Soy una imbécil, se culpó. Primero, por no haber acabado con aquella diablesa y segundo por no destruir el otro vehículo. Pensó que con solo esconder las baterías sería suficiente, pero la criatura que la perseguía no era una diablesa normal y corriente. Había sido capaz de localizarla entre las ruinas de Los Ángeles, y claramente tenía la intención de hacerlo otra vez.

Se quedó mirando al Mercury y a la vara que había colocado en el portaequipajes. No estaba preparada para enfrentarse a aquella criatura tan pronto. No es que tuviera miedo, sino que se daba cuenta de la realidad de la situación. Había tenido mucha suerte la primera vez que había luchado contra ella, pero era probable que no tuviera tanta suerte la siguiente vez.

Le dio que pensar que la diablesa pusiera tanto empeño en localizarla. Lo había hecho en Los Ángeles, cuando había descubierto lo que estaba haciendo para salvar a los niños de otros estadios, después había descubierto su secreto para salvar a los de

Anaheim y le había tendido una trampa. Y además, fue ella sola a intentar destruirla. Parecía confiar mucho en sus capacidades, para querer hacerlo sola, y casi lo había conseguido. Había tenido suerte. Suerte y la misma determinación que la mujer demonio.

Se quedó mirando a la autopista y una bifurcación. Era un camino casi sin asfaltar que desaparecía entre los árboles que había más adelante. El Harley Crawler podía ir con facilidad por la autopista, pero no por un camino tan estrecho y accidentado.

Regresó al Mercury, donde Ailie estaba sentada observándola, se montó en el sillín y volvió a arrancar el motor. Notó los bracitos de Ailie en su cintura.

—Agárrate bien, pequeñina —le dijo.

Aceleró y el ATV salió lanzado hacia la carretera polvorienta. Tomó aquella carretera sin disminuir la velocidad, preocupada por la poca luz que quedaba y la proximidad de la noche, sabiendo que no podrían ir a casi ningún sitio en cuanto oscureciera por completo. El motor del Mercury falló al posarse las ruedas en la maleza al lado del camino, pero continuó acelerando por aquella senda que se adentraba en el bosque.

A los pocos segundos, la autopista había desaparecido de la vista y la oscuridad se había espesado hasta formar una masa oscura como la tinta. Aceleró un poco, buscando la senda que a veces se adentraba a través de los arbustos y la hierba. Aquel bosque no estaba tan enfermo como otros, el follaje todavía estaba verde, a pesar de haber algunas zonas en las que las plantas estaban marchitas. Había robles entre unas coníferas y en medio de aquella penumbra todavía se podía uno creer que el bosque no había sufrido los efectos de la destrucción de la tierra y la atmósfera. A lo mejor quedaban todavía sitios que se podían recuperar con el tiempo, pensó Ángela, mientras recorría el camino en el ATV. A lo mejor sitios como en el que estaba lograrían sobrevivir.

Sin embargo, la duda empañaba sus esperanzas y prefirió pensar en otra cosa.

Estuvieron conduciendo más de una hora sin hablar. No podían ir muy deprisa, porque las condiciones del camino y la oscuridad se lo impedían. A veces llegaban a lugares donde la senda se bifurcaba y desaparecía entre los árboles. Cuando podía, entraba en los caminos más estrechos, por los que seguramente el Harley no podría pasar. Se encontraron con un arroyo y condujo por el agua más de un kilómetro antes de salir de nuevo a tierra firme. Hizo todo lo que pudo para que el otro vehículo no las pudiera encontrar.

Al cabo de un rato, se detuvo y apagó el motor.

—¿Oyes algo ahora? —le preguntó a Ailie en medio de aquel silencio.

La tatterdemalion negó con la cabeza.

—Nada.

—¿Sientes algún demonio cerca?

Ailie negó de nuevo con la cabeza.

—Bueno. De todas maneras, seguiremos un par de horas más antes de dormir. Por

si acaso.

Volvieron a montar en el Mercury, arrancaron y continuaron en medio de la oscuridad.

Delloreen sabía que cada vez estaba más cerca de ella. El olor que percibía de aquella mujer era más fuerte y más reciente. No podía oír el ruido del motor del otro vehículo, porque el rugido del suyo se lo impedía, pero sabía que no estaba lejos. La había estado persiguiendo todo el día, había esperado toda la noche antes de continuar, por si se le escapaba algo en la oscuridad. La mujer no sabía que la estaba persiguiendo y seguro que no se preocuparía de ocultar su rastro. No lo había hecho hasta ese momento, a pesar de haber escondido las baterías. Su decisión de abandonar a los niños que había rescatado, indicaba que tenía algo más importante que hacer y en lo que concentrarse. Parecía tener claro dónde iba y quería llegar a ese punto cuanto antes.

Por eso había sido tan fácil seguirla.

Porque la mujer Caballero no había aumentado la velocidad, ni había tomado otros caminos, y porque ella era Delloreen, y nada se le escapaba. Si las cosas seguían así, pronto la alcanzaría y acabaría de una vez por todas con ella.

Después de cortarle la cabeza, se la llevaría a aquel anciano y dejaría las cosas claras.

Apretó el acelerador y los músculos debajo de su piel escamosa se tensaron. La mutación, que había empezado un año antes, avanzaba cada vez más rápidamente, su aspecto reptil borrando los últimos vestigios de su humanidad. Estaba perdiendo cada vez más pelo, sus facciones eran más lisas y sus extremidades más largas. Se estaba convirtiendo en otro ser, uno mucho más eficaz y mortífero. En parte, pensó, era por voluntad propia, porque quería deshacerse cuanto antes de su pasado humano, pues despreciaba su parte humana y cuando desapareciera por completo, no derramaría una sola lágrima.

Otros las derramarían, pensó, cuando descubrieran lo peligrosa que podía llegar a ser en su nueva forma. Como por ejemplo, aquel anciano. Findo Gask lo haría, cuando se diera cuenta de que su momento había acabado.

Le había estado dando vueltas al desinterés que manifestó por ponerse al frente del ejército de anteshombres. A lo mejor no tendría que haber rechazado con tanta rapidez aquella propuesta. ¿Por qué no asumir el mando? ¿No estaba ella mucho mejor preparada y era más capaz que él? Si se ponía al frente de su causa, la aniquilación de la raza humana sería más rápida. Cuando los demonios y los anteshombres controlaran todo, empezarían a construir un nuevo mundo, se establecerían y lo dominarían. Y ella sería la que lideraría todo aquel proceso.

Estaba tan entusiasmada con todas aquellas ideas que se sorprendió al descubrir de repente que había perdido el rastro que había estado siguiendo. Todavía estaba en la autopista, todavía oía el ruido del otro ATV, estaba segura de que estaba cerca, pero había perdido el olor a humo del motor y el aroma más sutil de la mujer.

Detuvo el Harley Crawler a un lado de la carretera, paró el motor y escuchó en medio de aquel silencio. Nada. Se bajó y caminó hasta colocarse en medio de la carretera, se puso a cuatro patas para oler mejor. Nada. Parecía que la mujer se había ido por otro camino.

Se quedó pensando durante unos segundos. Tan solo había dos opciones. O la mujer había llegado a su destino, o había descubierto que la estaba siguiendo y había tomado otro camino. Delloreen se inclinó por la última opción. Tendría que retroceder y seguir buscando. La idea la puso furiosa, tanto que apretó los puños hasta que las uñas casi se clavaron en la piel de la palma de la mano. Se subió al Harley y dio la vuelta y apretó el acelerador tan a fondo, que las ruedas levantaron una nube de polvo y gravilla.

No tardó mucho tiempo en descubrir el camino que la mujer había tomado. Se podían ver con claridad las huellas de las ruedas del ATV en la tierra. Era un camino estrecho, que parecía no ir a ninguna parte, lo cual confirmaba sus sospechas de que la mujer sabía que la estaba siguiendo. Cómo lo había averiguado, Delloreen no lo sabía. Nadie había sido capaz de saberlo hasta que era demasiado tarde. Y menos un ser humano, por muy Caballero de la Palabra que fuera.

Entró con el Harley por el camino polvoriento, tratando de evitar los árboles y todos los obstáculos que se le iban presentando en su persecución. Harían falta más que unos cuantos árboles para detenerla. Aquella mujer era un poco imbécil si pensaba que se podía esconder en el bosque, pues más bien la delataba. La luna estaba casi llena y la luz que proyectaba era más que suficiente para poder seguir su rastro fácilmente.

No obstante, la oscuridad cada vez era más densa y a pesar de su resolución tuvo que ir cada vez más despacio para reconocer el camino que la otra había tomado. Los árboles se espesaban también, tanto que casi no podía pasar con el Harley entre ellos. Estuvo a punto de bajarse del vehículo y continuar caminando, pero prefirió intentarlo un poco más.

Era casi medianoche cuando no tuvo más remedio que dejarlo. Había llegado a un arroyo, por el que había conducido más de un kilómetro, antes de encontrar el rastro de nuevo. Su paciencia había llegado al límite. Paró el motor del vehículo y se bajó. Lo mejor sería pasar la noche allí y esperar al día siguiente, cuando a la luz del día pudiese ver mejor el camino. También podría seguir su pista a pie.

La podría perseguir como un animal.

Le gustó la idea, sonrió y sus colmillos brillaron en la oscuridad. Esa era la mejor opción. Ya casi se había convertido en un animal y podría ir a cuatro patas, olfateando el olor de su presa, ver sus huellas. Ella era mucho más fuerte y rápida que la mujer que estaba persiguiendo. ¿Cuánto más esfuerzo debería hacer sin la ayuda del ATV para alcanzar el otro coche? No demasiado más, en absoluto.

Se desnudó completamente bajo la luz de la luna, su cuerpo estaba cubierto de escamas. Estuvo a punto de aullar como un lobo, pero prefirió estar más cerca de

aquella mujer, esperar hasta que con su aullido se diera cuenta de que no tenía escapatoria.

Se estiró, se agachó, se puso a cuatro patas y empezó a correr.

—¡Ángela, despierta!

Las palabras surgieron a través de la densa bruma de sus sueños, de forma vaga e incorpórea. Trató de descifrar su significado, pero no pudo.

—¡Ángela, por favor, despierta!

Era la voz de una niña. Abrió los ojos y parpadeó, recuperando poco a poco la conciencia. Todavía era de noche, pero ya se veía el sol a punto de salir por el horizonte. Habían cruzado el bosque y llegado a otra carretera asfaltada después de medianoche, después habían parado en un refugio. Había escondido el ATV entre los árboles, había dejado a Ailie, que aparentemente no necesitaba dormir, de guardia y se había ido a descansar.

—¡Ángela di algo!

Ailie. La tatterdemalion estaba prácticamente gritándole al oído.

—¿Qué pasa? —murmuró, todavía bajo los efectos del sueño.

—¡El demonio nos ha encontrado!

Se levantó de forma inmediata, la noticia le puso en marcha los músculos aletargados. Cogió la vara y miró a su alrededor. Se quedó escuchando en silencio. No se oía ningún motor. No se oía nada.

—No oigo nada —susurró.

—¡No viene en ningún vehículo! —El rostro de Ailie estaba oculto por su cabello azul, y los ojos le brillaba por el miedo—. Viene a pie.

¿A pie? Ángela se levantó rápidamente, cogió la vara con ambas manos, adquiriendo una posición defensiva, con el cuerpo reaccionando de forma automática, a pesar de que su mente todavía estaba un poco aletargada. ¿A pie? Aquello no tenía sentido. Era imposible que los hubiera alcanzado a pie, por muy demonio que fuera.

Una imagen borrosa en blanco azul apareció delante de Ángela, como una ráfaga. Toda la preocupación y la confusión del momento se desvanecieron.

—¡Ángela, ya está aquí! —exclamó Ailie.

De pronto una forma grande y oscura salió del bosque, a cuatro patas, aullando y gritando como un animal salvaje. Ángela casi no tuvo tiempo de levantar la vara, y la magia surgió de ella en respuesta a sus necesidades, más rápido de lo podían ir sus pensamientos. Se arrodilló, apuntando con un extremo de la vara como si fuera una lanza, golpeando a su atacante en el pecho cuando iba a saltar sobre ella, manteniéndola en el aire. La fuerza de su ataque la hizo retroceder, la magia de la vara repelió a la diablesa, quien cayó a unos metros de distancia.

Se levantó de nuevo, completamente despierta. La mujer demonio se estaba dando la vuelta, una forma inmensa, con las extremidades largas e inconexas y la cabeza metida entre unos descomunales hombros. Intentó buscar en su rostro algo que la identificara como la diablesa a la que se había enfrentado días antes, pero no

encontró nada. Ya no tenía pelo, ni rostro ni cuerpo humano, ni piel, ni nada. Era un ser cubierto de escamas, con garras en pies y manos, un hocico en punta en el que aparecían unos colmillos brillantes, y los ojos amarillos. No obstante, era ella, Ángela lo sabía. Era la mujer demonio del estadio que había ido hasta allí para acabar con ella.

¡Diablo! ^[13], murmuró, y se preparó para la siguiente embestida.

La diablesa aulló. El sonido reverberó en el silencio del bosque y heló la sangre de Ángela.

El monstruo se abalanzó sobre ella, tan rápidamente que no pudo responder hasta que estuvo encima. Sin embargo, logró apuntarle con su vara y lanzó un chorro de fuego blanco que quemó la piel de su atacante, a pesar de sus duras escamas, golpeándola con tanta fuerza que cayó de espaldas. Volvió a aullar, como si aquel sonido le diera fuerza y volvió al ataque de nuevo. Ángela utilizó una vez más el fuego para defenderse.

Es demasiado fuerte, pensó. Vio que se ponía en pie de nuevo, y a pesar de que tenía el lomo calcinado, su locura no había disminuido un ápice. No voy a poder ganar esta batalla, pensó amargamente.

En esa ocasión, la diablesa logró atravesar el fuego y la golpeó con tanta fuerza que la tiró al suelo, a unos metros de distancia de donde estaba. Intentó levantarse, pero la cabeza le daba vueltas. Repelió un ataque y después otro y otro.

—¡Ailie! —gritó.

No esperaba ayuda de la tatterdemalion, pero quería saber dónde estaba. Miró el ATV, pensando que era el único medio que tenía de escapar de allí. Era una decisión un poco cobarde, una decisión que nunca adoptaría un Caballero de la Palabra, pero era la única forma de seguir viva.

Ailie estaba escondida detrás del Mercury y estaba pensando lo mismo que ella, pero no podía hacer nada para ayudarla, pues aquellos seres carecían casi por completo de un cuerpo para poder participar en un combate. Eran luz y aire. Podría aconsejarla, pero no luchar contra la mujer demonio.

Delloreen estaba encima de Ángela, golpeando su espalda. Parecía como si el dolor le hubiera dado renovadas energías, mientras que las de Ángela disminuían poco a poco. Logró quitársela de encima. La diablesa la atacó de nuevo, pero logró esquivar las afiladas uñas de sus garras, intentando al mismo tiempo no mirar sus terribles ojos amarillos. La mirada de la diablesa la hipnotizaba, lo mismo que hacen los depredadores cuando atrapan a su presa. Si la mirabas, no tenías escapatoria. Ángela se concentró en sus brazos y en las garras, que todavía intentaba clavar en su cuerpo. Se dio cuenta de que estaba herida, porque la sangre bajaba por el brazo desde el hombro. La diablesa había logrado atravesar sus defensas y continuaría haciéndolo hasta terminar con ella.

Hasta que acabara con todo.

Decidió ser ella la que atacase en aquella ocasión. Reuniendo toda la fuerza que

pudo, lanzó su ataque, golpeándola en el pecho. La diablesa salió volando hasta caer cerca de unos árboles. Salió corriendo hacia el Mercury, se subió y lo arrancó. El motor empezó a rugir.

La diablesa se había logrado levantar, dispuesta a atacar de nuevo, gritando de rabia.

—¡Ailie! —gritó, y sintió los brazos de la tatterdemalion en su cintura.

Apuntó con la vara una vez más a la diablesa y lanzó un chorro de fuego blanco. Con todo, la mujer demonio siguió avanzando, protegiendo su cuerpo con los brazos, y su piel escamosa ardiendo y humeando, pero avanzando de forma inexorable. Ángela mantuvo el chorro de fuego todo el tiempo que pudo, pero cuando sintió que se le estaban acabando las fuerzas, aceleró el Mercury y se fue directamente hacia la diablesa.

Una acción un tanto atrevida, pues Delloreen era demasiado grande y fuerte para pasar por encima de ella. Podría haberse quedado clavada donde estaba, pero la maniobra la cogió por sorpresa. Vio que el vehículo se le venía encima y se apartó a un lado. Antes de darse cuenta de que había cometido un error, Ángela estaba en la carretera.

La diablesa se fue a buscar el Mercury inmediatamente. Ángela apretó el acelerador. No podía ir tampoco muy deprisa, porque aquella carretera, al igual que el resto de las del mundo, estaba plagada de chatarra. Si se chocaba contra algo, se caerían y sería el final.

—¡Acelera, Ángela! —gritó Ailie.

Apretó los dientes, agachó la cabeza y pisó el acelerador, con los ojos clavados en la carretera. Cuando ya no pudo soportar más aquella tensión, miró hacia atrás, para ver a qué distancia estaban de la mujer demonio. Estaba bastante lejos. Su vehículo era más lento.

Sin embargo, seguía persiguiéndolas.

Lo último que vio de ella en la distancia fueron sus ojos amarillos, en medio de las sombras del bosque.

Halcón no sabía lo que se suponía que tenía que hacer. Después de que se marchase Logan Tom y de que se quedase a solas en la prisión, todavía no lo sabía. Entendía la reacción que había tenido cuando había tocado los huesos. Eso estaba claro. Fue como una iluminación, al sentirlos en su mano, en su palma. Minutos antes no se había creído lo que le había dicho Logan Tom que era, pero de repente descubrió que era eso y muchas cosas más.

Empezó tener visiones tan vividas que ni siquiera cuestionó que no fueran reales. Explotaban en su mente como si fueran fuegos artificiales.

La primera fue la de una mujer, alta, delgada y muy atlética, su cara le resultó familiar al instante. Tenía los mismos ojos verdes que él, su misma constitución, sus mismos rasgos. Supo quién era sin que nadie se lo dijera, sin que nadie pronunciara una sola palabra.

Nest Freemark. Su madre.

Aquella certeza despejó todas sus dudas y lo dejó sin respiración. En su visión, habló con él, le contó quién era, cómo había nacido. Se vio a sí mismo de niño en compañía de otro Caballero de la Palabra, un hombre llamado John Ross. Todavía era el Mutante Mágico, todavía en transición de la magia que le había dado vida, todavía buscando su identidad.

Después, se vio dentro de ella, todavía sin haber nacido, su propia magia mezclándose con la de su madre y empezando a formar una nueva vida.

Y después, nació, vivió hasta que tuvo edad suficiente para marcharse y después...

Después todo le resultó vago e incierto. De pronto su madre aparecía y desaparecía, viva y después muerta, en la tierra, el éter, las sombras. Se quedó solo de nuevo, durante mucho tiempo, en un mundo distinto...

«Te llevaron a un sitio donde tus enemigos no te podían localizar», le había dicho su madre.

Halcón no lo entendió. Miró a su madre a los ojos mientras le hablaba, mientras le explicaba y le revelaba su identidad.

Después se vio a sí mismo llegando a Seattle, entre los Fantasmas, y a partir de ahí empezó a establecer conexiones. Su madre sonrió, se acercó a él y le acarició la mejilla. Notó que lo quería mucho. Se dio cuenta de que no recordaba bien a sus padres porque en realidad no existían. Seguramente los había creado él para tener un sentido de pertenencia. Porque Nest Freemark era su verdadera madre y su recuerdo, que acababa de recuperar, era lo que realmente importaba.

Una voz incorpórea se dirigió a él, una voz que no reconoció. Era una voz sin rostro, que parecía salir de la nada. Parecía de una persona mayor. Le contó la historia del chico y los niños, la misma que Lechuza le había contado a los Fantasmas. Esta versión, aunque más o menos era la misma, era diferente. Era más complicada y

mucho más extensa. Aparecía el chico y los niños, pero también aparecían otras personas. Juntos recorrían un largo camino hasta llegar a un sitio en el que había muros de luz y los colores eran brillantes y puros. En aquel lugar, se respiraba paz, y se disfrutaba de la sensación de que la maldad del mundo no los afectaba. Oyó su nombre una y otra vez. *Halcón, Halcón*. No sabía lo que significaba, ni tampoco sabía quién lo estaba pronunciando, pero le gustó oírlo repetido una y otra vez.

Aparecieron varias imágenes más. Vio a monstruos y seres que surgían de la oscuridad para enfrentarse a él. Se vio a sí mismo huyendo de ellos y estos persiguiéndolo. Los Fantasmas iban con él, además de muchas personas más. La persecución continuó, una carrera larga y fatigosa contra una muerte que iba sobre los lomos de un viento feroz que seguía la estela de sus perseguidores.

Tuvo más visiones, voces. Algunas se quedaron con él, otras desaparecieron. Entendió que todo aquello era necesario, que era una forma de recuperar su identidad. Las revelaciones aparecieron como pequeñas huellas de su paso por la vida. Las del pasado eran fijas, las del futuro eran fluidas e indefinidas. Sin embargo, entendió la razón de todo y no le preocupó.

Después, su madre apareció de nuevo, se acercó a él y le besó en la mejilla, para que notara su presencia, para que la llevara siempre en su corazón.

«Confía en mí», le susurró, mientras se desvanecía.

«Madre», la llamó.

Empezó a ver todo con más claridad, las visiones y las voces, la historia de su nacimiento, la ardua naturaleza del camino que tenía por delante. Por primera vez entendió lo que había ocurrido entre Cheney y él cuando las heridas del animal se curaron de forma misteriosa en su presencia. Como Mutante Mágico, como criatura mágica, poseía una capacidad innata de curar. Aunque no entendía muy bien por qué aquella capacidad no se había manifestado nunca con anterioridad.

Con todo, lo que todavía no entendía bien era lo que tenía que hacer. Estaba atrapado en una celda y le quedaban pocas horas de vida. Logan, cuando se fue, le dijo que volvería por él, que no lo iba a dejar morir, pero aquel Caballero no podía derribar solo aquellos muros y puertas de hormigón y acero. No parecía tener la fuerza suficiente como para enfrentarse a toda la población del estadio. Era un solo un hombre y por mucha determinación y buenas intenciones que tuviera, no parecía posible que pudiera hacer nada para salvarlo.

Sin embargo, había visto su futuro y su vida no terminaba entre las paredes de aquel estadio. Con lo cual, lo más seguro era que de alguna manera conseguiría salir de aquella prisión.

¿Tendría que intentar hacerlo él solo?

Trató de pensar la forma de conseguir salir de allí, pero no se le ocurría nada. Si tenía poderes mágicos, no sabía cómo utilizarlos. Siguió recordando la imagen de su madre diciéndole aquellas tres palabras: «Confía en mí». Por razones que no podía explicar, sintió una fe inquebrantable. ¿Cómo lo podía ayudar su madre? ¿Cómo iba

él poder ayudar a Tessa?

No lo sabía. Se metió los huesos en el bolsillo, cansado de todo lo que había experimentado. A lo mejor Logan Tom sería el que lograría sacarlo de allí, como había dicho. A lo mejor lo único que él tenía que hacer era confiar en las palabras que su madre había pronunciado.

Sin embargo, se sentía impotente dentro de aquella habitación, entre los muros de aquel estadio, en las manos de personas que lo odiaban y tenían miedo de él. No se sentía nadie especial, a pesar de sus orígenes. Tan solo era un chico que trataba de encontrar un hogar y una familia.

¿Qué más se suponía que tenía que ser?

«Confía en mí», oyó de nuevo las palabras de su madre.

Entonces, se quedó dormido.

Logan Tom estaba con Pantera en la puerta del edificio de Pioneer Square. Los demás se habían quedado arriba, haciendo preparativos para el viaje. Cuando Lechuza lo informó de sus planes, Logan estuvo de acuerdo en que había llegado el momento de que se fueran de allí. Le había contado lo del ciempiés gigante, una criatura que él nunca había visto antes. Estaban pasando cosas cada vez más extrañas en el mundo y Logan Tom sabía lo que eso significaba. Si la especie humana quería seguir sobre el planeta, era el momento de empezar a pensar en cómo conseguirlo.

—Esto es lo que vamos a hacer —le dijo a Pantera—. En cuanto veamos el estadio, te irás a las puertas y empezarás a gritar que quieres que dejen a Halcón libre. No te acerques mucho. No hagas nada que les haga pensar que puedes ir armado, porque si piensan que llevas algún arma, dispararán contra ti. Lo único que tienes que hacer es gritar durante cinco minutos más o menos. ¿Vale?

Pantera asintió.

—¿Para qué?

—Porque mientras les estás gritando, ellos te mirarán solo a ti. De esa forma podré entrar sin que se enteren por el túnel que utilizaba Tessa para ir a ver a Halcón. Así lograré acceder al estadio. —Lo habrán cerrado. Además, te pueden ver.

—No te preocupes por eso. Lo único que tienes que hacer es llamar su atención durante cinco minutos. Después te marchas. No te quedes esperando a ver qué pasa. Si ves que van a salir por ti, no te hagas el héroe.

—¿Dónde tengo que ir? —le preguntó el chico.

, —Te vas al otro lado de la plaza, donde pueda encontrarte cuando termine.

Empezó a abotonarse la chaqueta que llevaba puesta y se subió el cuello. Hacía un poco de frío. Cogió la vara y se estiró la ropa. Pantera se quedó mirándolo.

—¿Y tú?

—¿Y yo, qué?

—¿Dónde están tus armas? No creo que puedas entrar allí sin armas.

Logan sonrió. Tiempo atrás, habría llevado una Tyson Flechette, casco, gafas de visión nocturna y granadas, antes de convertirse en Caballero de la Palabra.

Sin embargo, ahora solo necesitaba su vara.

—Esto es lo único que necesito —le dijo enseñándole la vara.

El sol se estaba poniendo en el horizonte mientras se dirigían hacia el estadio. Posiblemente quedaban otras dos horas de luz, dos horas para poder sacar a Halcón y a Tessa antes de que pudieran ejecutar la sentencia. Se tendrían que dar bastante prisa, porque el tiempo apremiaba.

Antes, ya se había despedido de Lechuza y le había dado las últimas instrucciones. Tenía que marcharse de Pioneer Square con los Fantasmas cuanto antes, cargando todo lo que pudieran en los carros. Si lograba sacar con vida a Halcón y a Tessa, los del estadio enviarían una patrulla armada a buscarlos, y empezarían por Pioneer Square. Les dijo que se dirigieran donde había aparcado el Lightning y que lo esperasen allí. Les había indicado cómo encontrar el vehículo, pero les había advertido que no se acercaran a él. Les comentó que si pudieran encontrar algún remolque para llevar todas sus posesiones sería perfecto, pero sobre todo, que esperaran a que él llegara.

Si no aparecía antes de medianoche, o veían que salía, alguna patrulla a buscarlos, tendrían que ponerse en lo peor y buscar algún sitio para esconderse.

Lechuza lo miró fijamente a los ojos y le prometió que cumpliría sus instrucciones. No hizo ningún comentario al respecto. Tan solo se limitó a pronunciar tres palabras:

—Por favor, sálvalos.

Logan y Pantera caminaban uno al lado del otro. El aire era frío y olía a descomposición, el brillo del atardecer era como un reflejo metálico. Los dos permanecieron en silencio.

Logan vio a miles de carroñeros dirigiéndose hacia los muros de la parte oeste. Los seres humanos que había dentro no los podían ver y Pantera tampoco. Solo sabía que estaban allí y lo que los había atraído.

Sintió un escalofrío en su espalda. Había visto muchos carroñeros antes, pero nunca de aquella manera. Si tenía alguna duda sobre la identidad de Halcón, la presencia de los carroñeros la disiparon de forma inmediata.

—Aquí nos separamos. Dirígete a la puerta principal. Procura que te vean. No mires para atrás, para ver dónde estoy pase lo que pase. Tienen que pensar que vas solo. ¿Podrás hacerlo?

—Claro —Pantera sonrió y empezó a caminar, sin mirar hacia atrás.

Logan esperó hasta que el chico estuvo cerca del estadio y los vigilantes lo vieran, después se fue hacia la parada del autobús, escondiéndose detrás de los montones de escombros y ocultándose en las sombras que proyectaban los edificios. No miró al estadio, ni siquiera cuando Pantera empezó a gritar. Tan solo cuando estuvo cerca de su objetivo, miró los muros que daban al norte, para comprobar que nadie lo había visto.

Bajó por las escaleras por las que se accedía a los túneles que comunicaban con el

estadio. Pantera seguía gritando como un poseso, con tono estridente e insistente. Logan sonrió. Aquel chico era valiente. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada. Lanzó un rayo con su vara y la cerradura saltó en pedazos. Abrió la puerta y entró, después la cerró de nuevo. Empezó a recorrer el túnel sin detenerse, sus ojos acostumbrándose a la oscuridad según iba avanzando. En un momento determinado, el túnel se bifurcaba y utilizó la brújula que llevaba en la muñeca para orientarse. Siguió caminando hasta entrar en el estadio. Tenía el mapa de cómo llegar a la celda donde estaba Halcón en su cabeza, una técnica que había aprendido en todos los años que había pasado con Michael. Cuando atacaban los campos de esclavos había que atravesar muchos túneles, y si no recordabas cómo habías entrado, después era muy difícil salir. Con todo, aquel estadio era más complicado. Recordaba más o menos hacia dónde tenía que dirigirse, pero el problema era encontrar el nivel en el que estaba.

En un par de ocasiones, se tuvo que detener para esconderse, al oír que dos personas se acercaban. No encontró mucho tráfico en aquel nivel. El problema se le presentaría cuando tuviera que subir a la superficie.

Empezó a reconocer los pasillos, los muros y las puertas. Estaba cerca.

Dobló una esquina y se encontró de frente con el vigilante que le había dejado pasar a la celda de Halcón. Los dos se miraron.

—Hola —lo saludó Logan golpeando con su vara en la cabeza del otro, que cayó al suelo.

Encontró la puerta de una celda abierta. Metió al vigilante dentro y le quitó las llaves del cinturón. Buscó la celda de Halcón. No tardó más de cinco minutos en encontrarla. Miró hacia atrás y vio que no lo seguía nadie. Metió la llave en la cerradura y la abrió.

La celda estaba vacía.

—¿Estás bien? —le preguntó Halcón a Tessa, cuando la llevaron a su lado.

Ella asintió sin decir palabra. Tenía la cara blanca, compungida, el pelo alborotado y sus manos temblaban. Tenía el aspecto de alguien que hubiera sufrido un duro golpe y todavía se encontraba en estado de choque.

Halcón dirigió la mirada hacia lo más alto del muro, donde el sol se estaba poniendo. Solo les quedaban quince minutos, no más. Lo habían llevado antes para ver si se ponía nervioso, pensó, para ver si se venía abajo. No le habían dirigido la palabra, ni le habían hecho nada, por lo que no sabía bien por qué lo habían llevado allí y le habían dicho que se sentara a esperar. En cualquier caso, poco importaba. El futuro había dejado de preocuparle, pues de todas maneras, no tenía escapatoria. Alguien iría a salvarlo, o moriría.

—Siento lo de tu madre —le dijo.

—¿Viste su cara? ¿Viste cómo me miró? ¿Qué le ha pasado? —preguntó compungida.

—Lo único que viste fue su otra cara, la que tú no conocías.

Ella cerró los ojos.

—Ojalá no la hubiera visto. Nunca la olvidaré. Delante de toda aquella gente, delante de ti. Nunca lo olvidaré.

Halcón no dijo nada, apoyó los codos en las rodillas y se miró los pies. Inhaló el sabor y el olor de la bahía, la frialdad que salía del agua. Estaban casi a finales de año y aunque las estaciones ya no eran como habían sido antes, como la gente las había conocido, sintió el frío del invierno en su rostro. Vio cómo el sol se iba ocultando cada vez más detrás de las montañas del oeste. No faltaba mucho. Miró a su alrededor, pensando en alguna forma de escapar. Imposible. Un grupo de hombres armados estaban muy cerca de ellos y todas las salidas, vigiladas. Estaban esposados y no podían soltarse de ninguna forma. Aunque lo intentaran, los cogerían antes de dar más de diez pasos. La única forma que tenían de escapar de allí era saltando al vacío.

Miró a Tessa. Tenía los ojos inundados por las lágrimas. Parecía imposible que fueran a morir.

—¿Es verdad lo del niño? —le preguntó.

Tessa negó con la cabeza.

—Lo dije para ganar tiempo, para ver si reconsideraban lo que iban a hacer.

—No fue mala idea.

Una pérdida de tiempo. Ya habían decidido todo.

—Incluso aunque hubiéramos estado casados.

—Puede.

—Me habría casado contigo si eso hubiera cambiado algo. Si nos hubieran dejado.

—Eso solo lo podían decidir ellos. No nosotros.

La amargura en su voz lo sorprendió.

—En cualquier caso, ya es tarde.

Le cogió la muñeca con la mano.

—No. Todavía tenemos tiempo. Dime que me tomas como esposa —susurró.

—Te tomo como esposa.

—Y yo te tomo como esposo.

—No quiero que nos tiren ellos. No quiero que nos pongan las manos encima —le dijo Halcón sosteniéndole las manos.

Tessa asintió.

—Sí.

—Quiero que saltemos los dos.

Se quedó mirándolo con sorpresa.

—¿Que saltemos?

—Antes de que ellos nos tiren. Antes de que nos toquen. Quiero que seamos libres cuando saltemos.

Tessa abrió la boca para decir algo, pero no pudo. Las lágrimas aparecieron de

nuevo en sus ojos.

Halcón vio una bandada de pájaros en el horizonte. Uno de ellos, pensó, quizá fuera un halcón como él. Ojalá pudiera volar y elevarse por los aires donde nadie lo alcanzara.

Respiró hondo. No parecía que nadie fuera a rescatarlos. No muy lejos, había cuatro vigilantes en torno al presidente del estadio, un hombre llamado Cole, que le había dicho que lo sentía, que él no podía hacer nada. Los hombres susurraban y miraban hacia donde ellos estaban. Se preparaban para ejecutar la sentencia.

Miró a Tessa.

—Vamos —le dijo mientras la cogía por la muñeca.

—No puedo —le respondió.

—Te amo, Tessa.

—Y yo a ti —le respondió—. Pero no puedo.

—No mires. Agárrate a mí.

Demasiado tarde. Los hombres se dirigían hacia ellos. Halcón se puso de pie, intentó tirar de Tessa, pero ella siguió sentada, llorando. Los hombres los agarraron y los hicieron avanzar.

—¡No lo hagáis! —suplicó Halcón, mirando a los guardias y a Cole, que observaba sin inmutarse—. ¡Cobardes! —les gritó.

Ninguno de ellos respondió. Miró a su alrededor. ¿No iba a ir nadie a salvarlos? Recordó las palabras de su madre: «Confía en mí». Se metió la mano en el bolsillo y sacó los huesos.

Estaban al borde del muro, podía ver las extensiones de tierra a lo lejos, como una enorme alfombra rayada, y el horizonte pintado de color carmesí; el sol se estaba poniendo. Cole dijo algo, sus palabras parecían más las de un animal que las de un ser humano. Halcón intentó soltarse y coger a Tessa, pero los hombres se lo impidieron. La miró a la cara. Intentó pronunciar su nombre, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

Los empujaron, y juntos cayeron al vacío.

En el tejado del edificio donde los Fantasmas habían tenido su hogar, Gorrión echó una última mirada a su alrededor. Ella era las piernas y los ojos de Lechuza, la que se encargaba de hacer las últimas comprobaciones. Los demás estaban ya abajo en la calle, camino de la autopista; Oso tirando del carro, Tiza y Arreglatodo llevando al Hombre del Tiempo en una camilla, Río empujando la silla de Lechuza, Vela y Ardilla llevando unas bolsas y Cheney vigilándolos a todos.

Se había ofrecido voluntaria para subir al tejado y echar un último vistazo, y les dijo que después los alcanzaría.

Miró en dirección al estadio, preguntándose si el Caballero de la Palabra habría conseguido salvar a Halcón. Seguro que lo habría conseguido. Se quedó observando por si pasaba algo, pero todo parecía estar tranquilo. El sol poniente se reflejaba en las superficies de metal y piedra del estadio, un color estridente que no le gustaba

nada. No le gustaba cómo la hacía sentirse.

De repente, vio un resplandor en lo más alto de los muros del estadio, una explosión insonora que podría haber no visto si hubiera parpadeado. Se quedó mirando fijamente, buscando su procedencia, esperando que apareciera de nuevo. ¿Se lo habría imaginado?

Frunció el ceño. No, imposible. Ella no cometía ese tipo de fallos.

Se dio la vuelta, terminó de hacer las comprobaciones y se dirigió hacia las escaleras. Ya casi había llegado a ellas cuando de pronto vio algo en el agua. Se detuvo y se quedó mirando fijamente. Miles de lucecitas aparecieron en la bahía, como salidas de la nada, avanzando sin hacer ningún ruido. Las miraba confusa, sin saber qué podían ser, y de pronto se dio cuenta.

Antorchas y lámparas en las cubiertas y los mástiles de cientos de barcos.

Parpadeó. ¿Qué hacían aquellos barcos allí?

Empezó a oír los sonidos lejanos de los tambores, una cadencia lenta y constante que claramente indicaba el propósito de aquellos seres.

Era una invasión.

Se quedó unos segundos observando, imaginándose lo que estaba a punto de pasar y después echó a correr.



TERRY BROOKS (Sterling, Illinois, EEUU, 1944). Es un célebre y prolífico autor de literatura fantástica, con más de veinticinco *best sellers* en las listas de más vendidos del *New York Times*.

Solo las novelas de la serie «Shannara» cuentan con más de treinta volúmenes, aunque también ha escrito otras sagas, como las de «Landover» o de «Word & Void».

También ha realizado adaptaciones del cine de las películas *Star Wars Episodio I: La Amenaza Fantasma* y *Hook*.

Notas

[1] El autor hace aquí un juego de palabras, intraducible, al usar el término copycat, con que hace referencia a los Gatos. (N. del T.) <<

[2] El Hombre del Tiempo cantará tres canciones, cuyas letras extrae de una canción Ella Fitzgerald, un tema popular infantil de origen inglés, y los cuatro primeros versos de Humpty Dumpty, una rima popular inglesa en la que se inspiró Lewis Carroll para construir uno de los personajes de su famosa obra Alicia en el país de las maravillas. En todas ellas cambian algunas palabras de las letras originales para adoptar un tono más triste y apocalíptico. (N. del T.) <<

[3] Juego parecido al béisbol que se practica en las calles de las ciudades del norte de Estados Unidos, especialmente en Nueva York. (N. del T.) <<

[4] Fallos que comete el bateador. En el béisbol son tres las oportunidades que tiene el bateador para darle a la pelota, por lo que solo puede cometer dos *strikes*. <<

[5] Lanzador. El pitcher es el encargado de lanzar la pelota al bateador. <<

[6] En castellano en el original. (N. del T.) <<

[7] En castellano en el original. (N. del T.) <<

[8] En castellano en el original. (N. del T.) <<

[9] *Amazing grace* es un famoso himno cristiano que narra las dificultades del camino hacia la fe. La letra de este himno cuenta el sueño de Halcón, el duro camino que lo llevará a un lugar seguro y lleno de esperanzas. (N. del T.) <<

[10] En castellano en el original. (N. del T.) <<

[11] En castellano en el original. (N. del T.) <<

[12] En castellano en el original. (N. del T.) <<

[13] En castellano en el original. (N. del T.) <<